Sophie Inari



La Maldita y el Cuervo

La Maldita
y
El Cuervo

Sophie Inari

La Maldita y El Cuervo

© 2026, Sophie Inari

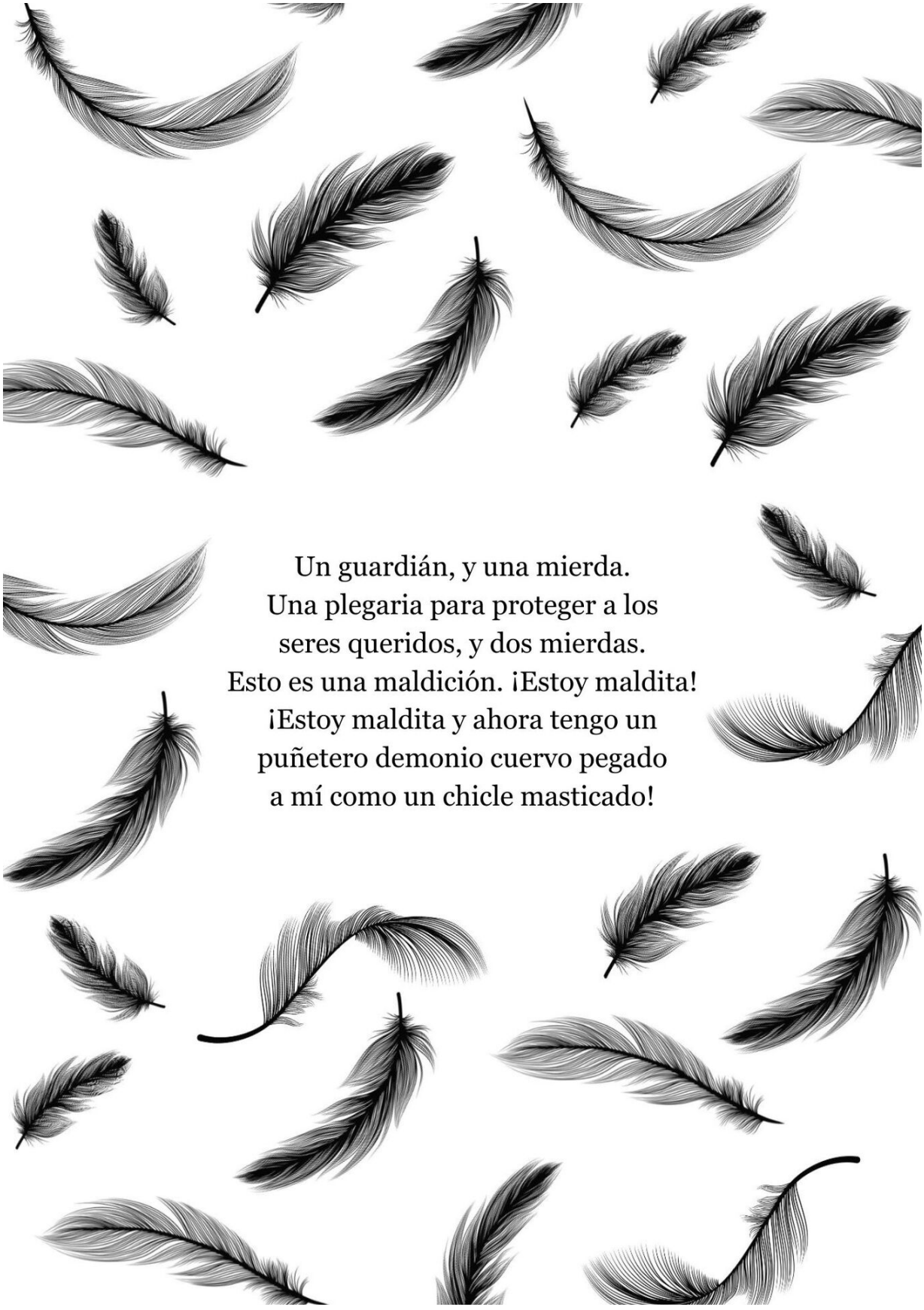
Ilustración de portada: © Raquel M. Varela (@reirei.art)
Maquetación: © Mónika Feren
Ilustración de los títulos de los capítulos: © Sophie Inari

© Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal: LR 555-2026

ISBN: 9798255077120



Un guardián, y una mierda.
Una plegaria para proteger a los
seres queridos, y dos mierdas.
Esto es una maldición. ¡Estoy maldita!
¡Estoy maldita y ahora tengo un
puñetero demonio cuervo pegado
a mí como un chicle masticado!

Sophie Inari es bióloga de profesión, pero escritora por devoción, y actualmente vive con su perra Molly (también conocida como Mochi) en el norte de España, en medio de ninguna parte, más o menos tres pasos a la izquierda de donde Cristo perdió su sandalia.

Como toda buena introvertida que se precie, Sophie adora pasar su tiempo libre en casa leyendo, viendo series y películas, escribiendo o torturándose a sí misma haciendo puzles de más de tres mil piezas. Además, es una amante de los animales, adora el otoño, el olor del mar, la cultura japonesa, las cerezas y el café.

Y, por su puesto, su mayor pasión son los libros, especialmente las sagas de fantasía. Desde niña ha devorado todas las novelas que caían en sus manos. Con el paso de los años, no ha perdido esa costumbre y, actualmente, en su casa hay más libros y manga que ropa (además de una cantidad ingente de pelos de perro, aunque eso no viene al caso).

La trilogía de fantasía romántica de *Los Mejorados* ha sido su debut literario y actualmente ya están publicadas las tres novelas que la componen.

La Maldita y El Cuervo es su segunda comedia romántica después de *Muerta por Amor. Literalmente,* obra que ha sido acogida con mucho cariño por todos aquellos que siempre se han sentido un poco "raritos".

Entre sus próximos proyectos se encuentran una nueva bilogía de fantasía romántica ambientada en el Japón feudal, *Shinobis. Elegidos de los Dioses*, que verá la luz próximamente; y *La Asesina del Sol*, una novela del mismo género que la autora envió en diciembre a algunas editoriales para probar suerte (pongamos velitas, por favor). También ha empezado a trabajar en otras dos obras: *Sirenas y Dragones 1. Mareas de fuego* y en *¡Luces, cámara y amor!*, porque la pobre no sabe estarse quieta.

Si sientes curiosidad por sus otros trabajos, puedes echar un vistazo a sus redes sociales (X: @SophieInari; Instagram: @sophieinari) o buscar sus libros en Amazon.

A Isa, por ser mi luz en los momentos más oscuros.
Y a todas esas amigas que se quedan,
que te sostienen y que te quieren
incluso cuando ni tú misma puedes hacerlo.

Advertencia de contenido sensible: este libro contiene breves flashbacks de escenas que describen una relación abusiva y que pueden afectar o herir a ciertos lectores; así como conversaciones con insinuaciones sexuales, violencia, consumo de alcohol y lenguaje malsonante.

CAPÍTULO 1 - LA PURIFICACIÓN

De camino hacia la cola del control de seguridad, me atropello el pie con la rueda de la maleta unas diez veces y maldigo en voz alta unas trece porque nunca me ha gustado ser rácana con eso de soltar improperios.

Mi despliegue de elegancia y buenos modales hace que me gane algunas miradas reprobatorias, pero también les arranca unas cuantas carcajadas a mis tres mejores amigas, las cuales andan por delante de mí con dignidad y sin percances con su equipaje de mano.

Este viaje ha sido idea suya. Lo organizaron sin decirme nada y solo me avisaron de que tenía que hacer las maletas cuando faltaba un mes para subirnos a la condenada lata gigante de sardinas con alas.

Por su cuenta y riesgo, decidieron llevarme a Japón, la tierra de mis ancestros (o los de la familia de mi madre, mejor dicho), para que purificase mi alma y mi mente.

La perspectiva de tragarme un vuelo de más de diez horas me horrorizaba tanto que me planteé chupar un pasamanos del centro comercial para ponerme mala y no tener que venir.

Al final no lo hice porque la idea era una marranada de proporciones cósmicas (solo de acordarme, me dan ganas de vomitar otra vez) y porque ellas tienen razón, necesito lo de la purificación.

Después de que los últimos cuatro años y medio de mi vida hayan sido un torbellino de mierda, un caos sucio y maloliente a más no poder, necesito una purificación, una limpieza de chacras, un trasplante de vesícula o un exorcismo, no lo tengo claro. Pero desde luego me hace falta algo que me sirva para hacer borrón y cuenta nueva.

Pasé más de tres años con un monstruo. Y hace un año por fin logré escapar de esa relación horrible y más tóxica que el aire de Chernóbil a finales de los ochenta. El tiempo que estuve con ese cafre fue espantoso, una jodida pesadilla de la que ni yo misma era consciente al principio, así de engañada y manipulada me tenía. Y la separación no fue mejor.

Él no se tomó nada bien la ruptura y durante varios meses se dedicó a hacerme la vida imposible. Me seguía, me llamaba más de treinta veces al día, se presentaba en mi trabajo, visitaba a mi familia y a mis amigas para decirles que todo había sido un terrible malentendido y que, por favor, me hiciesen entrar en razón… Fue espantoso.

Su comportamiento fue más feo que pegarle a un padre con el calcetín sudado de un futbolista que ha jugado el partido completo y dos prórrogas. Y lo peor es que yo no podía hacer nada al respecto. Él era intocable porque es policía, trabaja en la Unidad de Delitos Cibernéticos, y su tío era el jefe del Departamento de Policía Municipal de Seattle. Intenté denunciarlo en varias ocasiones y me trataron de loca a mí. ¡*A mí*!

Fue un tormento. Nunca me habría imaginado que sería más difícil librarte de un hombre que del puñetero moho de las juntas de las baldosas del baño.

Gracias al cielo, cuando yo estaba a punto de morir de ansiedad, su tío fue trasladado a otro estado. Su principal escudo protector se evaporó y a ese perturbado no le quedó más remedio que dejarme en paz. Desapareció totalmente de mi vida hace unos cuatro meses.

Dejo escapar un largo suspiro. «No pienses más en eso. La pesadilla se acabó y es lo único que importa», me recuerdo.

Igual que siempre, Isabella es la primera en percatarse de que mi ánimo se está desplomando y de que yo me estoy convirtiendo en un hongo arrugado y sombrío. Se pega a mí y apoya su cabeza en mi hombro.

—No le dediques ni un solo pensamiento más —me susurra, a la vez que me frota la espalda de un modo reconfortante. De nuestro pequeño grupo, ella es el ser de luz.

—No estaba pensando en eso —miento como una condenada, porque no quiero agobiarla. Bastante mal se lo he hecho pasar a todas ellas los últimos años.

Tuvieron que observar cómo su amiga se convertía en una sombra de sí misma. Cómo la aislaban, la encerraban en casa y la hacían sentirse peor que la mugre que se acumula debajo del frigorífico. Soportaron con paciencia que me alejase de ellas y, aun así, luego estuvieron ahí para recoger los pedazos y ayudarme a ponerme en pie de nuevo.

«Mierda, al final me pongo a llorar. Aguanta, mujer, aguanta».

—Kaya, ¿tienes gases? —salta Jenna, mirándome con una sonrisa burlona. El horror empuja mis párpados en sentidos opuestos—. Porque tienes cara de sufrimiento… Como si tuvieses gases.

—¡No tengo gases! —afirmo ofendida.

—Jenna tiene razón —coincide Meredith, y se coloca un mechón rubio detrás de la oreja—. Parece que te estés aguantando el pedo más grande de la historia de la humanidad.

—Si quieres ir al baño, yo te vigilo la maleta —se ofrece Isa con toda su buena intención.

—¿Os queréis callar de una vez? —les siseo—. No tengo gases. No tengo que ir al baño. De hecho, lo único que tengo que hacer ahora mismo, *y con urgencia*, es buscarme unas amigas que no sean unas bocazas.

—No puedes buscarte a otras, nadie te iba a soportar. —Meredith se mira las uñas pintadas de negro con gesto distraído—. Igual que tampoco nos soportan a nosotras. Por eso funciona esta amistad, porque somos las cuatro unas parias e insoportables por distintas razones.

—Qué palabras más conmovedoras, Meredith. —Jenna finge que se limpia una lágrima invisible y sus rizos morenos se agitan en todas direcciones—. Nadie pronunció nunca un discurso de amistad tan precioso.

—Yo no soy insoportable —declara Isa—. No lo soy… No lo soy, ¿verdad? —Me mira preocupada.

—No lo eres. —La estrecho con un solo brazo.

Meredith nos observa. En sus ojos azules bailan toneladas de diversión.

—Isa, tú eres tan dulce que me va a dar diabetes antes de llegar a los treinta. Jenna es una descerebrada —la aludida se encoge de hombros en una afirmación resignada— y Kaya es una hipocondríaca y podría acompañar a Blancanieves como la enanita gruñona.

Mi boca se abre para protestar porque yo no soy gruñona… O no lo era. Igual sí que se me ha agriado un poco el carácter después de mi *maravillosa* relación sentimental. De lo de hipocondríaca no puedo decir nada porque en el tiempo que llevamos en el aeropuerto ya he gastado dos botes enteros de desinfectante de manos.

Al final, me quedo calladita. Nunca ha sido buena idea llevarle la contraria a la rubia loca.

—¿Y qué hay de ti? —le interroga Jenna a Meredith.

—Yo soy una bruja de cuidado y lo peor es que me encanta serlo. Así que, sí, nos queremos entre nosotras porque nadie más nos quiere.

—Pues a mí me basta con que me queráis vosotras —asegura Jenna.

—Cuando nos jubilemos, si seguimos solteras, podemos irnos a vivir todas juntas a una casita al bosque —sugiere Isa, y sus ojos verdes, tan claros que parecen casi azules, brillan con ilusión.

—¿Cuatro viejas en el bosque? —Arqueo una ceja—. Nos van a tomar por un aquelarre y seguro que vienen los aldeanos a prenderle fuego a la casa con nosotras dentro.

Todas se ríen a carcajadas.

—Tú siempre tan positiva, Kaya —bromea Jenna.

Nuestra breve charla se ve interrumpida cuando llega nuestro turno de pasar por el control de seguridad.

Por supuesto, porque no podía ser de otra manera, soy la única a la que le retienen la maleta y me hacen vaciarla entera en el mugriento suelo porque el buen señor del escáner ha confundido mis tapones de los oídos con bolas de estupefacientes. Todo muy normal.

Y lo peor es que ahora tengo que tirarlos a la basura porque otro buen señor los ha revisado, sobado y espachurrado con unos

guantes que a saber por dónde los había pasado antes. Lo mismo hasta se había rascado la nariz… o el culo. «Joder, ¡qué asco!». Y me niego a meterme en las orejas todos esos gérmenes ajenos. No, gracias.

Una vez solventado el incidente de mis tapones y tras perdernos un par de veces por el aeropuerto de Seattle-Tacoma, localizamos nuestra puerta de embarque y nos dedicamos a seguir cacareando e insultándonos desde el más profundo amor, hasta que llega el momento de subirse a la lata de anchoas con alas.

Este es nuestro sexto día en Japón. Después de visitar Hokkaido y Tokio, ahora estamos alojadas en un precioso hotel de Nara y desde ahí nos movemos por la zona en tren para hacer excursiones.

Ayer pasamos el día en Kioto y hoy es el turno del Monte Kurama donde hay un templo muy famoso, el Kurama-dera. Ahí es donde las chicas pretenden que yo purifique mi espíritu, ya que ese es el lugar donde nació el Reiki y el uso de la energía con fines curativos. Al menos es lo que afirma Jenna, ella es la que cree en todo eso.

Francamente, me importa una leche frita si lo de la energía mística sanadora es verdad o no. En estos momentos, me conformo con no despeñarme monte abajo.

Una vez que alcanzamos nuestro destino, debo admitir que ha valido la pena arriesgar mi vida trepando con mis manos desnudas por esta montaña («mentira cochina, hay caminos y escaleras, pero tampoco me gusta escatimar en dramatismo»).

Las vistas son espectaculares. Las llamas del otoño han despertado antes de tiempo este año y van devorando poco a poco el verdor estival. Y el aire tiene una ligera fragancia a naturaleza e incienso que resulta agradable y tranquilizadora.

Paseamos por la plaza principal del recinto, visitamos las estatuas de los siete tigres que representan a los siete dioses de la fortuna y el santuario dedicado a un monje guerrero, las chicas incluso se detienen a rezar, y hacemos una ruta por la montaña donde dicen que habitan demonios mitad hombres, mitad pájaros, los tengus.

Es un día largo, a pesar de eso, cuando nos marchamos sí me siento algo más serena de lo que me he sentido desde hace… Bueno, ya ni lo recuerdo. O al menos todo lo serena que me puedo sentir yo, considerando que mi cabeza es como un vertedero en llamas sobre el que han vaciado un océano de gasolina.

Tras bajarnos del tren y antes de ir al hotel, paramos a cenar en un pequeño restaurante tradicional, un Izakaya.

Puede que la mitad de mi sangre sea japonesa, pero por los ocho millones de dioses de este país que mi conocimiento de la lengua no es muy extenso. Por eso, tengo algún que otro problema traduciéndoles la carta a las chicas y acabamos necesitando un poco de ayuda del teléfono para entendernos con el camarero.

—Me extraña que hayas pedido ramen —le dice Isa a Jenna, desenredándose con los dedos un mechón de su media melena castaña—. Pensaba que habías eliminado todos los carbohidratos de tus comidas.

Jenna es ese tipo de persona que se pone a dieta unas nueve veces al mes.

—Y los he eliminado —afirma ella.

—¿Entonces? —inquiere Meredith, arqueando una ceja.

—Es el único plato del menú cuyo nombre sé pronunciar. —Jenna se encoge de hombros mientras las demás nos reímos.

La conversación prosigue y se vuelve más animada cuando el camarero nos trae una jarrita de sake por cortesía de la casa. Yo no bebo, no quiero pasarme todo el día en el baño mañana.

Mis pobres intestinos no se han recuperado aún de todo el estrés que viví durante la ruptura con mi ex (ni de todos los años previos) y, ahora, ante la más mínima cosa fuera de lo normal, me declaran la guerra. Y es una guerra que nadie puede ganar. Uno no le gana a la diarrea, solo sobrevive a ella como buenamente puede.

Aunque no bebo, sí disfruto de la comida y de la compañía. Hacía siglos que no salía con mis amigas. Cuando quedábamos durante el último año, casi siempre lo hacíamos en mi piso porque me generaba mucha ansiedad salir a la calle por si me cruzaba con mi acosador particular.

Evidentemente no podía quedarme encerrada todo el día y me tragaba el miedo y me obligaba a ir a trabajar porque necesito dinero. No creo que en el supermercado me dejen pagar con sonrisas. Ni que mi casero acepte que le haga un dibujo de un gato amorfo como pago por el alquiler. Pero al margen de eso, procuraba no salir para nada. Fueron unos meses muy angustiosos.

«No pienses más en eso. Ya se acabó. La pesadilla se acabó».

—Esto es divertido —comento en voz alta, interrumpiendo sin querer la conversación de las otras. Ellas no se lo toman a mal, se limitan a sonreír. Isa se inclina hacia mí y me coge del brazo.

—¡Pues claro que es divertido! —exclama Jenna—. Estamos hablando de nosotras, ¡somos las reinas de la diversión!

—Dirás más bien que somos las reinas del drama perpetuo. —Meredith le da un sorbo a su vasito de sake—. Llevamos sin tener una semana normal desde… ¿Desde cuándo? Ya ni me acuerdo, joder.

—Probablemente desde la universidad —señalo.

—Esos años fueron de todo menos normales. —Jenna suelta una sonora carcajada.

—Nada que incluya acabar con sujetadores de orejeras es normal —coincide Isa.

—Eso solo pasó una vez y no fui la única. Jenna me imitó —se defiende Meredith—. Y lo hice para que no se me gangrenasen las orejas del frío. Estaba recién llegada de San Francisco y para nada preparada para el maldito clima de Seattle.

—Nos protegimos las orejas, pero se nos quedaron los airbags frontales como chuzos —se ríe Jenna.

—Cierto —asiente Meredith, y con total desvergüenza añade—: Mis pezones parecían picahielos.

—¿Podemos dejar de hablar de pechos congelados en medio de un lugar público? —les ruego.

—Qué más dará, si no nos entiende nadie. —Meredith abarca el local con un gesto de la mano.

—Yo os entiendo —refunfuño, como la gruñona que afirmo no ser —. Y nos estamos desviando del tema original. —Intento reconducir

este desastre de conversación—. Estábamos hablando del tiempo que llevamos sin tener una semana normal.

—Esta semana está siendo normal y agradable —interviene Isa con su habitual optimismo.

—Eso es cierto. Porque siga siendo así. —Meredith alza su vaso y da otro sorbo.

—¡Amén, hermana! —Jenna la imita.

Isa entrechoca su vasito con el mío con una gran sonrisa y las dos bebemos. Para ser sincera, yo solo me mojo los labios porque recordemos que mis tripas son unas rencorosas de cuidado y debo ser cauta.

Tras la cena, nos dirigimos al hotel. Jenna va colgada cual bebé mono de la espalda de Isa. El contraste entre la piel broncínea de Jenna con el níveo rostro de Isa es llamativo. Y yo me he convertido en la muleta de Meredith.

Estoy agotada y quiero meterme en la cama cuanto antes, aun así, cumplo con mi rutina para que los gérmenes de la calle no mancillen la sagrada pulcritud de mis sábanas. Me limpio bien las manos, la cara y los dientes; y por último me pongo el pijama.

Que me duelan los pies y tener agujetas no me entusiasma en exceso, pero debo admitir que acostarme con este nivel de cansancio me va de lujo para que mi cerebro no se ponga a rumiar cosas que no debe y me desvele por completo.

Hoy mi consciencia se desliza rápidamente hacia el mundo de los sueños, guiada por la suave fragancia de las sábanas y el murmullo del viento. Lo último que pienso antes de quedarme dormida es que la purificación parece haber funcionado de verdad.

Un sonido se clava en lo más hondo de mi cerebro y me despierta. «¿Qué narices…?», pienso medio inconsciente. Abro un ojo y no veo nada. Literalmente. Me quito el edredón de encima y miro a mi alrededor. La habitación está a oscuras, en silencio y vacía, como era de esperar.

Aguardo unos segundos y no oigo nada más. «Igual me lo he imaginado». Vuelvo a tumbarme, me resguardo bajo las sábanas

como un topillo en su madriguera e intento dormirme de nuevo. No puedo. Tengo un grave problema. Me hago pis. Me hago *mucho* pis.

«No quiero ir hasta el baño», gimoteo. Sin embargo, a mi vejiga le importa un rábano marinado lo que yo quiera. Como no salga de la cama, voy a tener el accidente más vergonzoso de la historia de mi vida. Bueno, igual el más vergonzoso no.

Ese sigue siendo la vez que le vomité encima a un compañero de clase después de marearme en el autobús escolar. Seguido muy de cerca por aquella vez que salí del baño del trabajo con la falda metida por dentro de las bragas y me paseé delante de todo el mundo enseñando mi esmirriado culo.

Pero desde luego sería uno de los más bochornosos. Nadie se hace pis en la cama con veintiocho años. Así que, sin otra opción, abandono mi guarida y me encamino al baño con pasos apresurados y juntando los muslos para hacer más fuerza. Parezco un pato.

Una vez resuelto el problema de la vejiga a punto de reventar, vuelvo a la cama. Tengo ya un pie dentro cuando ese ruido espeluznante vuelve a sonar. Se me erizan hasta los pelillos de la nariz y un escalofrío desciende a toda velocidad por mi columna. Ha sonado como un tenedor arañando un plato… «O un cristal».

A pesar de la repentina rigidez que se ha instalado en mi cuerpo, mi cuello se gira hacia la cristalera del balcón. Mis latidos se desbocan al ver una sombra extraña fuera.

«Kaya, por favor, no seas idiota», me reprendo, y lo hago con razón. Mi habitación está en un octavo piso. *Nadie* podría haberse colado en mi balcón a no ser que fuese el jodido Spider-Man o un alien que se hubiese caído del platillo volante.

En cuanto vuelvo a fijar mi vista en la cama, intentando controlar mis pulsaciones, ese sonido rasga el aire por tercera vez. No son imaginaciones mías. Hay algo ahí fuera.

Con mucha cautela, me acerco a la cristalera y como una persona adulta e inteligente, me escondo tras las cortinas. Porque todos sabemos que en las películas de miedo las cortinas son lo que salvan a la gente, claro.

Ignorando mi propia estupidez, descorro un poco la tela para echar un vistazo al exterior. A simple vista, la terraza está vacía. Solo

hay sombras más negras que las plumas de un cuervo.

Tras comprobar cinco veces que realmente no hay nada, el miedo afloja un poco sus garras sobre mi maltratada mente y dejo escapar un suspiro que lleva la misma cantidad de alivio que de frustración. «Parece que la purificación no ha servido. Sigo paranoica y desquiciada», me lamento.

Me lleva sucediendo esto desde hace mucho. Vivo con la sensación constante de que me observan, veo cosas, me imagino ruidos… «Supongo que, si me encierran en un psiquiátrico, al menos me ahorraría el alquiler», bromeo, en un penoso intento de animarme. Todo este incidente me ha dejado la moral por los suelos.

Regreso a la cama arrastrando los pies, pero no he dado ni cuatro pasos cuando el condenado chirrido suena otra vez.

—Bueno, ¡ya está bien! —mascullo entre dientes, furiosa conmigo misma.

Ni corta ni perezosa, abro la puerta corredera de cristal con un enérgico tirón y salgo al frío de la noche en pijama y descalza. Otro signo de inteligencia extrema, sí señor.

Da igual que aún sea verano, el viento a esta altura es fresco y muy fuerte, y mi melena oscura se agita con violencia y se enreda alrededor de mi cara. La retiro y la sujeto como buenamente puedo con una mano, y me giro hacia la izquierda.

—¡Ves! —exclamo, hablando conmigo misma y en voz alta, ganando cada vez más puntos para acabar encerrada en algún sitio blanquito y mullido—. ¡Aquí no hay na…!

Mis palabras se convierten en un gallo estrangulado cuando me giro hacia la derecha y veo a un chico.

Hay un joven en mi balcón.

Hay un joven en mi jodido balcón de la octava planta, el cual además se encuentra separado de las terrazas adyacentes por metros de vacío.

Un joven alto, de piel tan pálida como la nieve recién caída y vestido con un yukata[1] igual de negro que sus ojos y su pelo…

—Ay, la leche —se me escapa, al percatarme de que su corta melena está hecha de sedosas plumas oscuras en vez de cabellos.

Una pequeña voz dentro de mi cabeza me grita que corra. Que vuelva a mi cuarto, atranque la puerta y siga corriendo. Pero mis pies se han fundido con el suelo y soy incapaz de dar un paso.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro lo que me parece una eternidad hasta que él sonríe.

—¡Ay, la leche! —digo, más alto de lo que pretendía, al ver que tiene dos colmillos *gigantes* y afilados como los de un depredador.

Rompo a sudar, me tiemblan las manos, las rodillas y hasta el puñetero páncreas, y mi corazón parece haberse tomado unas cincuenta tazas de café (y todas de golpe). Mis nervios están más tensos que las cuerdas de una guitarra y en cualquier momento van a ceder, lo presiento.

—Buenas noches, Kaya —me saluda él con toda la cordialidad del mundo, acompañando sus palabras con una profunda inclinación.

—¡¡Buenas noches y una mierda!!

Es lo último que digo antes de desmayarme.

CAPÍTULO 2 - EL CUERVO

La alarma suena e inmediatamente echo la mano a la mesilla para apagarla, antes de volver a refugiarme bajo las sábanas. Aunque sé que hoy no puedo remolonear más de la cuenta, tenemos que salir pronto del hotel para coger el tren a Kobe.

Tampoco puedo quedarme en la cama mucho más porque tengo que ir al baño con cierta urgencia, mi vejiga parece un globo. «Espera…». Algo se conecta en mi cabeza. Mi vejiga. El balcón. El joven con la melena de plumas. «Madre mía. Vaya locura de sueño tuve anoche».

Me froto los ojos y me desperezo cual gato, estirando mi columna hasta que cruje como el pan tostado. Salgo de la cama, me pongo en pie y… Todo el calor me abandona de golpe. El chico de mi sueño está sentado en la butaca de la habitación.

—Esto no es real —murmuro.

—¡Buenos días, Kaya! —me sonríe él, alegremente.

—No me hables. No eres real… Eso es, sigo soñando —me río de forma un tanto histérica—. O puede que esté alucinando. A lo mejor las gambas de la cena no estaban bien, igual estaban pasadas, drogadas o envenenadas, no lo sé.

Me dirijo al baño con pasos temblorosos y apresurados, e ignoro a la aparición que está sentada dentro de mi cuarto. O al menos lo intento hasta que él se pone de pie y me sigue con la clara intención de meterse al baño conmigo.

—¡¿Qué puñetas haces?! —le increpo.

—Soy tu guardián, tengo que vigilarte.

—Aunque seas una alucinación, no pienso permitir que te metas ahí dentro conmigo. —Señalo el baño—. Y no necesito un guardaespaldas. Lo más peligroso que me puede pasar es que me caiga dentro del retrete y me ahogue, y eso es imposible porque no

quepo por ese agujero. Así que largo. —Lo espanto con la mano como si fuese una mosca gigante y él se ríe. Unos colmillos *enormes* quedan a la vista y mi corazón y mi estómago invierten sus posiciones dentro de mi cuerpo.

—Tienes un carácter bastante hostil.

—Me lo dicen mucho. Y ahora, ¡largo, producto de mi imaginación!

Lo empujo y es como intentar mover una montaña. Su cuerpo es duro y siento sus potentes músculos tensarse bajo la fina tela del yukata. Y al acercarme a él percibo claramente un olor a fósforo quemado, igual que cuando apagas una cerilla.

Las sensaciones son *demasiado* reales y mi nivel de ansiedad pasa de cero a tres millones en un parpadeo.

—Tú… Tú no… —balbuceo. Quiero decirle que deje de oler, de ser tan musculoso, de respirar y de hablar porque no es real, solo es un sueño; pero las palabras se enredan unas con otras y se quedan atascadas en mi garganta.

Mi respiración se acelera para seguirle el ritmo a los latidos de mi corazón. No es suficiente. Empiezo a marearme otra vez.

—Kaya, tranquila. Inspira más lentamente. —Su voz suena preocupada.

Coloca una de sus manos encima de las mías, que siguen apoyadas en su pecho, y veo unas garras largas, negras y puntiagudas donde se supone que deberían estar sus uñas. Y lo que es aún peor, su piel está *extremadamente* fría, como si no tuviese sangre dentro de las venas que lo calentase.

Soy consciente de que tengo una imaginación bastante activa y mis desvaríos han empeorado drásticamente en el último año por culpa de la ansiedad. Sin embargo, tengo mis serias dudas de que mi alocada cabecita haya podido fabricar tal cantidad de detalles.

«Esto no es una alucinación… Esto no es una jodida alucinación». Cuando la idea por fin cala en mí, me fallan las rodillas. Me habría partido la crisma contra el suelo de no ser porque él me ha sujetado pasando su brazo por detrás de mi cintura.

Tira de mí para ponerme derecha, pero tiene demasiada fuerza y me levanta más de un palmo del suelo. Mi rostro se acerca al suyo y

puedo contar cada una de sus kilométricas pestañas. Puedo ver esos pómulos que parecen cincelados por la mano de un artista. Esos ojos más oscuros que una noche sin luna. Y esos colmillos que podrían desgarrarme la garganta de un mordisco…

«¡¡Me cago en las piruletas de cereza!!». Me pongo a berrear como lo que soy: una histérica aterrorizada y a punto de morirse de un infarto, tres embolias y cinco aneurismas. También forcejeo con él para soltarme, pero es inútil. Este tipo es más robusto que un roble centenario.

—Kaya, no grites, por favor. No hace falta que te asustes —me dice con voz calmada el de los dientes de tiranosaurio—. Estoy aquí para protegerte.

—¡¿Protegerme?! —En medio de los gritos se me escapa la carcajada más irónica que nadie ha soltado jamás en toda la historia de la humanidad—. ¡¿Cómo coño vas a protegerme si estoy a punto de morirme por tu culpa?!

El emplumado tiene la desfachatez de reírse, como si todo esto tuviese alguna puta gracia. Su aliento me roza la cara e inunda mi nariz de notas ahumadas.

—No vas a morirte. —Niega con la cabeza y la luz de los fluorescentes del baño arranca destellos de matices azulados y púrpuras a sus plumas.

—¡¿Y tú qué sabes?! ¡¿Y quién te has creído que eres para decidir si yo puedo morirme o no?!

El miedo está dejando paso al cabreo. Y a uno monumental, para ser precisos. Lo cual me sorprende bastante porque, por culpa de mi última relación, solo me enfado con la gente con la que me siento lo suficientemente segura. Y con él no me siento así. O no debería. Y sin embargo, aquí estoy, echando humo por las orejas.

«Si yo quiero morirme, me muero y punto, leches».

—Lo sé porque yo jamás permitiría que te sucediese nada malo —asevera, mirándome a los ojos—. Y mucho menos que te murieses. Eso no sería digno de un demonio guardián.

Los alaridos se apagan de golpe. Me acabo de quedar muda. Y ni siquiera sé si ha sido por la intensidad con la que este desconocido me acaba de asegurar que él jamás permitiría que me pasase nada

malo o por lo de que es un demonio. Seguramente sea por lo segundo, aunque lo de antes también me ha dejado bastante patitiesa, para qué negarlo.

—Los demonios no existen —suelto sin pensar. Si lo analizase un poco, me daría cuenta de que eso explica las rarezas imposibles de este hombre. Pero mejor no lo analizo, no vaya a ser que al final me crea de verdad que es un ser infernal. Mi cordura ya está pendiendo de un hilo, no vamos a forzarla, pobrecita.

—Claro que existimos, ¿no me ves? —me pregunta con una amplia sonrisa.

—Sí, te veo perfectamente. Y también veo que te has colado en mi habitación de noche y que me estás sujetando en contra de mi voluntad, cosas que son un delito y por las que puedes ir a la cárcel —le espeto.

—Ah, ¿sí? —Sus cejas se van de viaje al nacimiento de sus plumas, parece genuinamente sorprendido—. Llevaba mucho sin salir de mi montaña, puede que las leyes hayan cambiado. Bueno, el mundo en general parece haber cambiado bastante —añade, mirando la pantalla del televisor y las lámparas.

—Bien. —Intento sonreír, y de los nervios solo me sale una mueca—. No salías de tu montaña y ahora no vas a salir de prisión como no me sueltes ya, ¡tarado!

—No me llamo Tarado, me llamo Karasuhito. Es un placer volver a verte, Kaya.

—El placer es solo tuyo —siseo, y el muy… se ríe—. Y suéltame de una vez.

Al fin me deposita en el suelo, libera mis manos y retira su brazo de mi cintura; pero no se aleja, sigue plantado como un bonsái gigante, negro y emplumado a escasos palmos de mí y con una sonrisa despampanante en la cara.

Aprieto los dientes y los puños, me yergo todo lo alta que soy (que no es mucho) e intento aparentar calma y que tengo el control de la situación; aunque no sé para qué me molesto porque me he tirado cinco minutos berreando, por poco me desmayo (por segunda vez) y si no me he hecho pis encima ha sido un milagro. Y él lo sabe.

—¿Ya estás lista para escucharme?

—¿Ya estás listo para largarte de mi cuarto? Porque como no desaparezcas en los próximos diez segundos, voy a llamar a la seguridad del hotel, a la policía o al ejército, aún no lo he decidido.

—No puedo irme. Ya te lo he dicho, ahora soy tu guardián y debo permanecer a tu lado para protegerte.

—No necesito que me protejas porque no hay nada de lo que protegerme. —Mi voz tiembla levemente por la mentira que acabo de soltar.

—La persona que oró por ti ayer en el Monte Kurama, pidiendo a los dioses que te mantuviesen a salvo, no comparte esa opinión —me cuenta—. Ella está asustada, muy preocupada por ti y convencida de que hay un hombre que quiere hacerte daño.

Nadie me ha tocado, pero yo siento como si me acabasen de dar un puñetazo en el estómago. Son detalles demasiado personales para que un extraño los sepa. Y lo que es peor, si lo que dice es cierto, eso significa que las chicas siguen *muy* preocupadas por mí.

El problema es que, si acepto como cierto todo esto, también tengo que aceptar que lo otro es verdad. Que este chico es un demonio y mi cabeza no sabe cómo procesar eso sin haberme tomado antes un café. Y aunque me hubiese bebido la cafetera entera tampoco sabría cómo gestionar lo que está pasando.

—Tengo que sentarme… —murmuro, porque me zumban los oídos y hay copos de nieve demasiado brillantes flotando en mi campo de visión.

Avanzo dos pasos y, para mi desgracia, él me agarra del brazo, apoya su otra mano en mis lumbares y me guía con una delicadeza extrema hasta la butaca que él estaba ocupando cuando me he despertado.

«Joder, ahora que lo pienso…». Anoche me desmayé en el balcón y me he despertado en mi cama. Él ha pasado toda la noche dentro de mi cuarto y no me ha hecho absolutamente nada. «¿Qué coño está pasando aquí?».

Tras asegurarse de que estoy bien acomodada, el caballeroso demonio se sienta en el suelo frente a mí con las piernas cruzadas como un chiquillo. También sonríe como uno.

—Sé que esto puede ser un poco raro al principio —me dice con voz serena y profunda—, pero de verdad que estoy aquí para cuidar de ti…

—Eso ya lo has repetido unas cincuenta veces —le corto, a la vez que hago un esfuerzo *inmenso* por no ponerme a hiperventilar, a vomitar o ambas cosas, lo cual sería terrible y asquerosísimo.

—Porque es la verdad. Soy un karasu-tengu. Un demonio cuervo —añade, al darse cuenta de que no he entendido lo primero que ha dicho—. Procedo de un linaje de guerreros, llevamos siglos viviendo en el Monte Kurama y respondemos a las oraciones de la gente que pide ayuda o protección para sus seres queridos. La plegaria de esa chica captó mi atención y vine anoche a echar un vistazo. Y cuando te vi… —Algo turbulento cruza sus oscuros ojos—. Decidí aceptar el encargo. A partir de ahora, me quedaré a tu lado y cuidaré de ti. —Su gesto atormentado desaparece y lo sustituye una sonrisa. Esos alarmantes colmillos vuelven a quedar a la vista.

—¿Y yo no tengo ni voz ni voto en todo esto?

—¿A qué te refieres? —Ladea la cabeza igual que un perro que no ha entendido una orden.

—Una de mis amigas rezó por mí…

—Así es —confirma él.

—Bien, no tengo quejas sobre eso. Pero ahora tú apareces aquí diciendo que no te vas a separar de mí. Y sobre eso *sí* tengo unas cuantas quejas. Yo no quiero que un extraño se me pegue como una lapa.

—No soy un extraño —me contradice, sin dejar de sonreír.

—Te conozco desde hace cinco minutos, joder.

—Si crees eso… —Se encoge de hombros y hay cierta condescendencia en su tono, lo cual me enerva *bastante*.

—Claro que lo creo.

—No han sido cinco minutos, pero te lo perdono porque sé que estás nerviosa —sonríe.

—La madre que te… —Me callo porque ni siquiera sé si esta cosa tiene madre o si salió de un huevo—. Cinco minutos o cinco horas, me da igual. Eres un desconocido y no te quiero aquí. Así que haz el favor de largarte de una vez. —Eso tenía que haber sido una orden

firme y ha acabado sonando como una súplica, y me maldigo profundamente por ello.

—No puedo.

—Sí puedes. Ahí está la puerta… Y ahí el balcón, por si lo prefieres —añado, al recordar dónde apareció anoche—. O a lo mejor puedes evaporarte en medio de una nube de humo.

De repente, él suelta una sonora carcajada. Un sonido limpio y vibrante, algo que nunca esperarías oír de alguien que afirma ser un bicho infernal, y casi parece despertar algo dentro de mí. Casi.

—Eres muy graciosa, Kaya —afirma con una gran sonrisa.

—Yo no le veo la gracia a nada de esto. Y estoy hablando totalmente en serio.

—Yo también. —Su sonrisa se evapora, su gesto se vuelve frío, una chispa azul prende en la noche de su mirada y mi estómago se encoge y se arruga como una uva pasa—. Acepté una plegaria y no voy a desaparecer hasta que el deseo de esa chica se cumpla y tú estés a salvo de todo mal. —Se desliza por el suelo hasta colocarse al lado de la butaca, se alza y se aproxima peligrosamente a mí. Trago con fuerza para empujar a mi corazón de regreso al pecho—. No me iré antes de eso. E incluso entonces solo me iré si tú así lo quieres. A partir de este momento, soy tuyo —declara con vehemencia, y yo estoy a punto de tragarme mi propia lengua. «¡Joder con el Cuervo!»—. Y solo me separaré de tu lado antes de cumplir con mi misión si tú mueres o si muero yo, y los dioses saben que jamás permitiré que sea la primera.

Una vez que se ha quedado bien a gusto después de soltarme semejante discurso, él aguarda a escasos palmos de distancia. Seguramente está esperando una respuesta. Y de verdad que quiero dársela.

Quiero decirle que toda esa palabrería no me ha impresionado lo más mínimo y que se puede meter todos sus buenos propósitos por el agujero que elija (si es que tiene alguno más aparte de los que veo en su cara, no he estudiado la anatomía demoníaca).

El problema es que *sí* estoy impresionada, por mucho que me odie por ello, y ahora no recuerdo cómo narices hace uno para hablar.

—Me voy a quedar a tu lado, Kaya —repite él, al ver que no digo nada. Y no contento con todo lo que ha hecho ya, va y me acaricia el lateral del rostro con la misma delicadeza con la que lo haría mi madre. Mi garganta se cierra y noto una opresión espantosa en el pecho—. Sé que al principio será un poco raro, pero pronto te acostumbrarás, te lo prometo. —Su sonrisa regresa, dándole un aspecto mucho más relajado, juvenil y menos mortífero, para qué engañarnos—. Y quién sabe, a lo mejor si pasamos el suficiente tiempo juntos, acabas por…

Unos enérgicos golpes en la puerta le interrumpen.

—¡Kaya! —grita Jenna, desde el pasillo—. ¿Qué estás haciendo? Habíamos quedado hace cinco minutos en el restaurante para desayunar. —Mi lengua sigue trabada—. Meredith me ha pedido que te comunique que, si te has quedado dormida, te va a arrancar los pelos de la cabeza uno a uno y se va a hacer un cojincito con ellos.

Incluso en medio de mi debacle emocional, el comentario me hace reír y gracias a eso mi cerebro consigue recordar cómo mover mis labios. Al oír mi risa, el Cuervo me contempla de un modo que por poco me hace colapsar por segunda vez.

—No me he dormido —respondo—. Solo… Solo he tenido un pequeño… *percance*. —Miro de reojo al emplumado.

—¿Percance? —La voz de Jenna suena preocupada—. Cielo, ¿estás bien? ¿Necesitas ayuda con algo? Déjame entrar y…

—Tranquila, ha sido una tontería. Empezad a desayunar, que enseguida estoy con vosotras.

—Vale. Pero como no bajes en cinco minutos, vamos a subir las tres y a echar esta puerta abajo, quedas avisada.

—Deja de decir disparates y vete a desayunar, Jenna.

Pasan varios segundos antes de que escuche sus pasos alejándose por el pasillo. Sé que se preocupan por mí porque me quieren. Y precisamente porque yo también las quiero, siempre me siento como una mierda cada vez que les causo alguna preocupación. Cosa que he hecho *mucho* últimamente. Y la mejor prueba de ello es que estemos en Japón. Y la otra mejor prueba es el hombre, o demonio, o pájaro que sigue de rodillas delante de mí.

—Tengo que prepararme o mis amigas se van a agobiar aún más. —Intento levantarme de la butaca, pero él está bloqueando mi camino—. ¿Te importa? —resoplo exasperada.

—¿Y a dónde vamos?

—¿*Vamos*? —me sorprendo. «¿Desde cuándo hay un "vamos" en plural?»—. *Yo* voy a irme con mis amigas como tenía planeado. Y tú… Francamente, me importa un bledo a dónde te vayas tú. Puedes volver a tu casa, a tu nido o al infierno.

Estoy siendo una borde, soy consciente de ello; pero es que todo esto es demasiado. Necesito que este chico desaparezca y recuperar mi vida que ya era bastante complicada de por sí sin sumar a la ecuación seres sobrenaturales.

Su ceño se frunce y por un segundo temo haberlo ofendido de verdad. Y solo lo temo por el recuerdo de esos colmillos.

—Yo no vivo en un nido —declara con tono ofendido. Además, pone una cara que lo hace parecer un niño enfurruñado y mi miedo se evapora—. Los tengus vivimos en cuevas en las montañas. ¿No lo sabías?

—Claro que sí, porque tengo un extenso conocimiento sobre el mercado inmobiliario de los demonios —afirmo con demasiada ironía. Con tanta, que hasta el tarugo de las plumas se percata.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes.

—Tampoco me hacía falta saberlo.

—Entonces, ¿a dónde vais a ir? —repite.

—Eso no es asunto tuyo.

No voy a caer en los mismos errores dos veces. Puede regalarme los oídos con palabras bonitas todo lo que quiera, eso no cambia el hecho de que lo que yo haga, lo que yo diga, lo que me ponga, con quién salga o a dónde vaya no es asunto de ningún hombre. Menos aún de uno que ni conozco.

—Si no me lo quieres decir, no pasa nada, pero ten cuidado, ¿vale? —me pide. Estaba a punto de empujarle para quitarlo del medio y me quedo paralizada al oír eso—. Pásalo bien con tus amigas. —Ese añadido me deja todavía más paralizada. «¿Me acaba de decir que me lo pase bien? ¿No se enfada?». Lo miro, extrañada —. Y si tienes cualquier problema, solo tienes que llamarme y estaré

ahí en un segundo. Es cierto que prefiero no perderte de vista, sin embargo, respeto que quieras ir sola con tus amigas. Y aunque no estemos juntos, ahora hay un vínculo entre los dos y siempre que no haya demasiada distancia entre nosotros, podré llegar a ti en un momento si me llamas.

Por poco me caigo de culo con eso del respeto y del vínculo. Él no parece darse cuenta, se limita a sonreír mientras se pone en pie con un movimiento elegante. Después, me tiende la mano.

Estoy tan aturdida que la acepto sin pensar. De nuevo me sorprende lo fría que es su piel, es igual que tocar nieve recién caída. En mi cabeza asocio a los demonios con el infierno y con el fuego, pero él es todo lo contrario. Frío y calma.

El Cuervo me ayuda a ponerme en pie y se hace a un lado para que yo pueda moverme libremente por la habitación.

Cojo algo de ropa sin fijarme demasiado en lo que elijo porque sigo profundamente conmocionada y me encamino con pasos rápidos al baño. El chico me sigue y, por segunda vez, tengo que impedir que se meta dentro conmigo.

Tras una extenuante conversación en la que le explico las mil trescientas razones por las que no está bien visto que un hombre (demonio o no) se meta en el baño con una señorita, él cede, se disculpa repetidas veces y se va a la butaca a esperar.

Por supuesto, antes de empezar a prepararme, echo el pestillo y estoy tentada de usar la barra de la cortina para atrancar la puerta.

Como era de esperar, mis tripas me declaran la guerra biológica después de tantísimo estrés y al final llego diez minutos tarde al desayuno.

CAPÍTULO 3 - GÉRMENES CALLEJEROS

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —me reprocha Meredith, en cuanto sus ojos azules se posan en mí.

—¡Kaya! ¡Al fin! —vocifera Jenna. Al segundo, la rubia le chista y le estampa un trozo de pan en la cara—. ¿Qué haces, trastornada?

—¿Quieres dejar de dar voces? —sisea Meredith—. Es muy temprano y yo estoy muy resacosa para eso.

Antes de que esas dos puedan enzarzarse en una lucha a muerte, tomo asiento y les ofrezco una mentira para que aderecen sus desayunos.

—Perdonad el retraso, creo que la cena de ayer no me sentó muy bien y he tenido algún problemilla en el baño.

La parte del baño es verdad. La causa del problema, no. Aunque en este caso, mentir es necesario porque no puedo decirles que un demonio cuervo se coló en mi habitación y ahora afirma ser mi guardián, tener un vínculo conmigo y no sé qué más patochadas. Porque si les dijese eso, se creerían que tengo diarrea, pero cerebral.

—Kaya —Isa me mira con preocupación—, ¿ya te encuentras un poco mejor? Yo tengo medicinas en mi cuarto si quieres.

No tengo tiempo de responder antes de que Jenna me haga desear estar muerta.

—¿Te has pasado la noche en el baño? ¿Vómitos? ¿O también de lo otro?

Mi piel se incendia y ahora la que tiene ganas de estamparle una rebanada de pan (o un plato) en la cara soy yo.

—He pasado la noche bien, *gracias* —bufo—. Ha sido al levantarme cuando he tenido que estar un buen rato en el baño.

—Si quieres, nos quedamos hoy aquí —sugiere Meredith.

—Sí, no tenemos obligación de ir a ningún lado —añade Isa—. Podemos tomarnos un día de descanso.

—No estoy tan mal —les aseguro—. Y no quiero que cancelemos nuestros planes por mi culpa.

—Cielo, si estás mala no es culpa tuya ni de nadie. Son cosas que pasan. —Jenna se encoge de hombros.

—Y yo tampoco estoy para tirar cohetes —admite Meredith—. Si el café no me revive lo suficiente, me voy a pasar el día de *muy* mal humor.

—Tú siempre estás de mal humor, Mer —se ríe Jenna.

—Totalmente cierto —asiente la aludida con una sonrisa torcida, antes de darle un sorbo a su taza.

—Podemos hacer algo en Nara, cerca del hotel, por si en algún momento te encuentras muy mal y necesitas volver —propone Isa, y me frota el brazo.

Agradezco mucho su preocupación y considerando que mis intestinos están bailando un tango dentro de mi abdomen, aceptaría de buen grado su sugerencia.

El problema es que no quiero quedarme en el hotel ni cerca de él. Quiero poner toda la distancia que pueda entre el emplumado y yo, volver lo más tarde posible y rezar para que el tipo se aburra de esperar y se largue antes de que yo regrese.

—Eso no es necesario, chicas. Estaré perfectamente. —Spoiler uno: no lo estaré—. Solo debo tener un poco de cuidado con lo que coma hoy y todo irá bien. —Spoiler dos: no irá nada bien.

—De acuerdo —claudica Jenna, en nombre de todas—. Pero si en algún momento te sientes demasiado mal, dilo y nos volvemos inmediatamente.

Spoiler tres: jamás lo diría. Aun así, me hago la loca.

—Vale, *mamá*.

—No te pases de lista —se ríe, y me tira una servilleta arrugada —. Y si yo soy la madre, ¿qué es ella? —Señala a Isa.

—Ella es la hermana adorable que siempre te cuida y te mima —contesto.

Isa sonríe y Jenna asiente.

—¿Y ella? —pregunta, señalando a Meredith.

Lo medito un segundo.

—Ella es la tía abuela que vive con ochenta gatos y de la que sospechas que tiene una cámara de tortura en el sótano.

Las otras dos se ríen, Isa de forma más disimulada que Jenna, y a Meredith se le curva una comisura de la boca.

—Totalmente cierto. —Brinda con su taza de café.

El día de hoy solo puede definirse como lamentable. Creo que he visitado todos los baños de Kobe y alguno más (vale, igual no tantos, pero decididamente han sido muchos). Los nervios han hecho estragos con mis tripas y yo estoy haciendo lo posible por sobrevivir, porque recordemos que la diarrea es una batalla que *no* se gana.

Por eso he vuelto derecha al hotel mientras las chicas han ido a cenar. He decidido darle un poco de descanso a mis intestinos a ver si así contengo este apocalipsis diarreico; y eso a pesar de que sí tengo bastante hambre porque apenas he comido y mi malestar digestivo se debe al estrés. Un estrés que me ha causado el maldito pajarraco con forma humana.

«Y hablando del pajarraco…». Mi mano se detiene sobre el tirador de la puerta de mi habitación. «Por favor, que se haya ido. Por favor, por favor, por favor», imploro. «O lo que es aún mejor, que lo de esta mañana sí haya sido una alucinación causada por unas gambas rancias».

Tras inhalar profundamente diez veces, abro y entro al cuarto. Las luces están apagadas, hay un tenue olor a incienso en el aire y no se escucha absolutamente nada. «Madre mía, menos mal». Estoy a punto de echarme a llorar del alivio.

Me giro para encender la luz y algo me cae encima desde atrás.

—Kaya, ¡ya has vuelto! —exclama el Cuervo, entusiasmado—. Te he echado de menos. ¿Has tenido un buen día? ¿Te lo has pasado bien?

«No, no, no, no, no, no… ¡¡Me cago en los Teletubbies!! ¿Por qué sigue aquí? ¿Por qué le interesa mi día? ¡¿Y por qué coño me está

abrazando?!». Estoy a punto de gritar, vomitar o desmayarme. O puede que suceda todo a la vez, ya veremos.

—¡Suelta! —protesto, intentando zafarme de sus brazos. Es imposible. Es igual que pelear con un oso.

Para mi inmensa desgracia, no solo no me suelta, sino que me levanta por los aires y comienza a moverse por la habitación conmigo a cuestas.

Me lleva hasta la butaca y me sienta con cuidado. Después, se arrodilla delante de mí y me mira como si él tuviese cinco años y yo fuese algo que se ha encontrado debajo del árbol en la mañana de Navidad. Una sensación cálida aletea tímidamente dentro de mi estómago.

—¿Has disfrutado con tus amigas? —me interroga, genuinamente interesado.

«No te dejes engañar. Siempre empieza así. Parecen tiernos, detallistas y considerados; y mira cómo acaba todo cuando sacan a relucir su verdadero rostro».

—No ha sido un mal día —respondo secamente, omitiendo a propósito toda la parte de los mil baños porque mis movimientos intestinales no son asunto de este tarado. Ni de nadie, ya que estamos.

—¿Y ellas se lo han pasado bien?

La sorpresa empuja mis párpados en direcciones opuestas.

—Sí, se lo han pasado bien —admito.

Meredith ha estado a punto de matar a Jenna unas treinta veces antes de que le hiciesen efecto el café y el paracetamol, pero eso tampoco es asunto de este chico.

—Me alegro —sonríe, dejando a la vista esos colmillos que dan escalofríos—. ¿Ellas también han regresado ya al hotel?

—Ellas han ido a cenar.

—¿Y tú no cenas? —Sus cejas se mudan a lo alto de su frente y por poco desaparecen entre sus sedosas plumas—. La comida es importante. Si no te alimentas bien, podrías enfermar. ¿Quieres que vaya a buscar algo para ti?

Tengo que detenerlo porque ya estaba a punto de ponerse en pie.

—No hace falta. No tengo mucho apetito y no creo que sea bueno que te pasees por ahí con esas pintas.

—¿Qué pintas? —pregunta confuso.

«¿En serio se lo tengo que explicar?». Resoplo con tanta fuerza que podría tumbar muros.

—Pues con esas pintas. —Señalo su cabeza.

—¿Tengo algo en la cara?

Me golpeo la frente con la palma con demasiado ímpetu y por poco me abro un boquete en la cabeza.

—¿Te refieres a algo más aparte del trillón de plumas? —le increpo.

—Pero mis plumas son bonitas. —Se pasa una mano por la melena, si es que se le puede llamar de ese modo—. Y también son muy suaves. ¿Quieres tocarlas? —El Cuervo sonríe de forma pícara.

—¡Por supuesto que no! ¿Y si tienes piojos de las plumas? —Ni siquiera sé si eso existe, pero me está dando asco igualmente—. ¿O liendres? ¿O ranúnculos? —Tampoco sé qué es eso, pero también suena asqueroso.

Su sonrisa pícara es devorada por un aura amenazadora que haría que Superman se cagase en los leotardos. Y si yo no lo he hecho es solo porque mis tripas están vacías.

Algo prende en sus ojos y su labio superior se curva levemente en un gruñido silencioso que deja a la vista sus colmillos.

—Yo no tengo parásitos. Mantengo un cuidado y una higiene perfectos de mis plumas. —Inclina la cabeza hacia mí—. Mira, toca.

—No voy a tocarte. Ni a ti ni a tus plumas —respondo con una voz demasiado aguda.

Aunque sigue de rodillas, alza su cuerpo y se aproxima a la butaca. Sus largos dedos acabados en garras puntiagudas se apoyan en los reposabrazos, cortándome toda posibilidad de huir.

—Toca.

—Que no.

—Kaya, tócame las plumas —me ordena.

«Joder, eso ha sonado fatal». Ya no sé si ponerme a gritar del miedo o a reír como una loca. Al final, acabo recogiendo las piernas

en la butaca y aovillándome sobre mí misma cuando él se aproxima más.

—¡Largo de aquí, bicho! —Le empujo con la punta del pie.

—No me llamo Bicho, me llamo Karasuhito.

—Me alegro por ti. Y no voy a tocarte, leches. Déjalo de…

Un rugido ensordecedor me interrumpe, me deja muda y con ganas de ahorcarme con la manguera de la ducha.

—¿Eso has sido tú? —me pregunta el Cuervo, perplejo, mirando en la dirección de la que procedía el sonido, es decir, mi estómago.

—No, qué va —miento como una condenada—. Eso no he si…

Mi estómago protesta por segunda vez y no se calla. Sigue emitiendo gemidos lastimeros de forma intermitente.

—Sí que eres tú —se ríe él, y se vuelve a sentar sobre los talones. Al menos este bochornoso incidente ha servido para que se olvide de lo de sobarle el plumón.

—No soy yo —niego tercamente, a pesar de que es evidente que sí lo soy.

Mis tripas continúan su discurso. Imagino que estarán hablando sobre la necesidad de reducir el estrés, moderar el consumo de picante y aumentar la de helado y chocolate.

Yo cada vez estoy más abochornada y el pajarraco cada vez se ríe más. Juro que sus carcajadas son tan graves que reverberan dentro de mi pecho.

—Creo que están intentando comunicarse con nosotros —afirma, entre risas.

—Pues que se comuniquen todo lo que quieran porque no van a obtener nada. —Cruzo los brazos por delante del pecho y giro la cabeza. Me estoy muriendo de la vergüenza, sí, pero también empiezo a estar un poco ofendida de que él se esté riendo así de mí.

—No te enfades. —El hielo de su voz se ha fundido del todo y me roza la mejilla con el pulgar dejando un hormigueo extraño en mi piel—. Es normal que tengas hambre si no has cenado.

—Pues muy normal no debe de parecerte cuando te has pasado los últimos quince siglos riéndote de mí —le reprocho, y él hace justamente eso, se ríe. Aunque enseguida sofoca la risa con un par de toses.

—No me reía de ti, sino de la situación —asegura. Le miro de reojo y tiene una sonrisilla traviesa en los labios que lo hace parecer endemoniadamente atractivo, nunca mejor dicho—. Es que me ha sorprendido que una chica de tu constitución y con un aspecto tan delicado fuese capaz de producir semejantes ruidos…

—¡Ya vale, ¿no?! —estallo, cuando se le escapa otra risa.

—También me sorprende que una chica de tu constitución y con un aspecto tan delicado pueda enfadarse tanto.

«Bueno, ya está bien. Demonio o no, yo lo mato».

—Escucha… —Le apunto con el dedo y lo asesino de veinte formas distintas con la mirada.

Él me sonríe, envuelve primero mi dedo y luego toda mi mano con la suya para apartarla de su cara, y me acaricia por segunda vez el rostro con el pulgar.

«¡Qué manía con tocarme!».

—Perdona, Kaya. —Una disculpa era lo último que me esperaba en esta vida y mi boca se descuelga—. No quería hacerte enfadar. De verdad que no me reía de ti. Ahora dime qué te apetece comer y yo te lo traigo, ¿vale?

«¡Y qué manía con sonreír como si fuese un puñetero sol en miniatura!», refunfuño en mi cabeza. No sé por qué me pone nerviosa eso, pero lo hace. Y para ocultar mi nerviosismo, me aferro a la otra emoción principal que recorre mis venas ahora mismo: el cabreo.

—Te he dicho que no quiero comer nada —contesto tercamente. Recupero mi mano y vuelvo a cruzar los brazos por delante del pecho en actitud protectora.

—Pero tienes hambre. Lo lógico es que comas.

—No tengo tanta hambre. —Mi estómago me lleva la contraria de forma enérgica y audible. «Me cago en todo, una no puede ni mentir en paz»—. Y la lógica también dicta que tú no deberías existir y aquí estamos —contraataco.

—Eres adorable cuando te enfadas —se ríe.

Por poco se me cae la boca al suelo y tengo que hacer dos intentos antes de poder hablar.

—¿Sabes lo que va a ser adorable? Cuando te meta mi zapato por el gaznate. —Entrecierro los ojos—. Soy peligrosa. Una amenaza. —Mentira cochina—. Deberías tenerme miedo, Cuervo.

El muy impresentable vuelve a reírse en vez de ponerse a temblar.

—Gracias. —Se seca una lágrima—. Hacía siglos que no me reía tanto.

—Pues qué bien —murmuro enfadada, ofendida y humillada a partes iguales porque el pajarraco no se haya sentido ni un poquito intimidado por mí.

—Dime qué quieres de cenar.

—¡¡Pesado!!

Mi estómago también lo insulta. O a lo mejor le está diciendo lo que quiere comer, no lo sé. No domino el lenguaje de las vísceras.

—Si te acuestas con hambre, no vas a poder dormir. Y mañana no vas a tener las energías necesarias para afrontar tu día.

A pesar de todas las veces que le he gritado, amenazado e insultado, él sigue sonriendo y hablándome con calma. Y francamente, lo que dice es perfectamente razonable. Al menos lo que acaba de decir, lo de antes, lo de tocarle el plumón no era razonable. Aún estoy dudando si puede considerarse acoso sexual demoníaco.

Lo que pasa es que no puedo ceder porque me preocupa seguir mal mañana y estropearles otro día a las chicas. Necesito recuperarme cuanto antes para no ser una carga.

—¿Qué te apetece? —insiste.

«No va a darse por vencido, ¿verdad?». Un suspiro largo y resignado se escapa de mis labios. El Cuervo está tan cerca que las puntas de sus plumas se mecen al compás de mi aliento.

Al final, no me queda más remedio que contarle la verdad.

—No quiero cenar porque llevo todo el día un poco mal del estómago…

—¡¿Estás enferma?!

Doy un respingo porque es la primera vez que lo escucho alzar el tono. En menos de un segundo, él se pone en pie. Me está mirando igual que si me hubiesen brotado champiñones por el cuerpo.

—No estoy enferma. Es solo que… —Se me escapa un chillido, seguido de una palabra nada apropiada para una señorita cuando el emplumado me coge en brazos y me levanta de la butaca—. ¡¿Qué haces?!

—Si estás enferma, tienes que estar en la cama. Y tendrías que habérmelo dicho antes. —Su comentario suena a reproche. La mirada que me dirige de soslayo también va cargada de él.

Quiero decirle que mi salud no es asunto suyo y que ya me estoy hartando de que me toque y me coja sin permiso, sin embargo, tengo un problema más acuciante entre manos. Este loco está a punto de meterme en la cama y yo sigo cubierta de gérmenes callejeros.

—¡La cama no! ¡Aún no! —grito, y me agarro a su cuello con desesperación para impedir que me suelte y yo mancille la sagrada pulcritud de mis sábanas con la ropa que he llevado puesta todo el día y que he ido restregando por todas partes, asientos públicos incluidos.

Nos quedamos congelados. Él ligeramente inclinado sobre la cama y sujetándome con un solo brazo, como si yo no pesase nada, mientras retira el edredón con la otra. Y yo totalmente abrazada a él, respirando sobre la piel de su pecho, que queda expuesto por el yukata, y con una de mis manos perdida dentro del cuello de su ropa y en contacto directo con la parte alta de su espalda.

En cualquier otra situación, la vergüenza me habría matado. O lo habría hecho yo misma bebiéndome el bote de desinfectante de manos. Sin embargo, en mi lista de prioridades vitales la higiene está por encima de cualquier otra cosa.

—Solo iba a dejarte en la cama —murmura él con voz grave y apenada—. Te prometo que no iba a hacer nada más. Ya te lo dije, yo jamás te haría daño de ningún modo.

En medio de las turbulencias de mis pensamientos caigo en la cuenta de que para alguien que no me conoce de nada, seguramente mi comportamiento ha podido interpretarse de una forma errónea. Él se ha pensado que yo estaba asustada de él o de que me hiciese algo en la cama.

—No… No es eso… —Al hablar, ese olor a fósforo quemado me acaricia la lengua—. No quiero meterme en la cama con la ropa puesta. Está sucia y llena de porquería. Y yo no me he lavado tampoco. No puedo acostarme así… Por favor —añado, intentando que él comprenda lo importante que es esto para mí. Sé que para mucha gente parezco una desquiciada y una paranoica, pero no puedo evitarlo. Esta es una de las muchas formas en las que se manifiesta mi ansiedad y no sé cómo controlarlo.

La onda expansiva de su suspiro se propaga por mi cuerpo.

—Perdona por no haberme dado cuenta, a veces puedo ser un poco obtuso.

Mis ojos se abren por la sorpresa y me recibe un campo de nieve recién caída. La única imperfección en su piel es una gran cicatriz estrellada debajo de su clavícula izquierda.

Nos movemos otra vez, aunque ahora nos alejamos de la cama. Me está llevando al baño.

—Puedo andar yo sola —susurro, y sin querer desvío la mirada hacia arriba. Ha sido una idea pésima porque me topo de lleno con sus ojos oscuros que están fijos en mí y con su deslumbrante sonrisa.

—No me importa llevarte. Es agradable tenerte en brazos.

Ante semejante afirmación, me veo forzada a volver a incrustar la frente en su pecho. «No dejes que te impresione. Solo es un montón de palabrería bonita y vacía», me recuerdo.

Me centro en otra cosa para no pensar en temas que no debo. Jamás imaginé que los demonios tuvieran corazón; sin embargo, yo siento sus latidos calmados y regulares contra mi frente.

Por lo visto, el Cuervo ha aprendido algo de nuestra conversación de esta mañana porque se limita a dejarme en la puerta del baño y no intenta entrar conmigo.

—Si estás mal del estómago, el arroz es lo que más te conviene —asevera—. Voy a ver si encuentro gachas de arroz en algún lado y, si no, traeré onigiris[2]. Mientras tanto, tú aséate, cámbiate y espérame en la cama, ¿de acuerdo? No tardaré mucho. —Me da unas palmaditas en la cabeza.

Cuando se gira, sus plumas ondean. «¿Cómo se va a presentar en un restaurante con esos pelos? O plumas. O lo que sea. Al pobre camarero le va a dar un infarto igual que a mí anoche», me agobio.

—¿Y si pido comida para que la traigan aquí?

—¿Pedir comida? —Enarca una ceja.

—Sí. Seguro que encuentro algún sitio online donde repartan a domicilio también en hoteles.

Su gesto cada vez parece más confundido y empeora cuando saco mi móvil del bolsillo.

—¿Qué es eso?

—Un teléfono —respondo, algo extrañada por su pregunta.

—Teléfono… ¿Eso se come?

—¿Perdón? —Casi se me cae el móvil al suelo de la impresión y, a pesar de eso, él parece más perplejo que yo—. ¿Nunca…? ¿Nunca has visto un teléfono?

—No. Parece un filete quemado.

—¿Se puede saber dónde has estado metido los últimos veinte años?

—Ya te dije que llevaba sin salir de mi montaña mucho tiempo. —Le da dos toquecitos con la garra a la pantalla y se retira de un salto cuando esta se ilumina.

—¿Cuánto es mucho tiempo? ¿Trescientos años? —me río con ironía.

—Un poco más. Seiscientos.

Mis risas cesan de golpe. Por poco me fallan las rodillas.

—Se… Sei… Seiscientos —tartamudeo. No quiero preguntar, pero acabo haciéndolo—. ¿Cuántos años tienes?

—Ochocientos treinta y uno.

«¿Ocho…?». Me atraganto con mi propia saliva y me agarro al marco de la puerta cuando todo se pone a girar a mi alrededor. «Joder, es más viejo que el barbero de Jesucristo».

—Pues sí que te conservas bien… —Es lo único que atino a decir, y lo hago con una voz de pito que da vergüenza ajena.

—Gracias —sonríe ampliamente—. Ya te he dicho que me cuido bien las plumas.

Una risa histérica trepa por mi garganta y tengo que reprimirla tapándome la boca con la mano. «No voy a sobrevivir a este viaje. Voy a acabar muerta o loca del todo», me lamento, mirando de reojo al… «¿Puedo seguir llamándolo joven? Lo dudo mucho».

Mi cerebro no sabe cómo asimilar que él estuviese vivo incluso antes de que el continente americano fuese descubierto por los europeos. No hay forma de asimilar eso.

—¿No ibas a buscar comida? —le interrogo con un hilo de voz.

Llegados a este punto, ya me da igual si le causa un infarto a otra persona, con que no me lo cause a mí, me conformo. Y para que eso sea así, necesito un poco de tiempo y espacio para tratar de digerir todo esto.

—¡Cierto! —Da una palmada—. Tú ponte cómoda, yo vuelvo enseguida.

El emplumado se dirige al balcón. Sí, al balcón. No va a la puerta. Va derecho al balcón. Al balcón. Si se arroja al vacío, creo que mi cordura saltará detrás, así que me encierro en el baño antes de tener tiempo de ver qué se propone.

CAPÍTULO 4 - EL LADRÓN Y LA GALLINA

Una vez que estoy perfectamente limpia, me pongo el pijama y salgo a la habitación. El pajarraco aún no ha regresado, gracias al cielo. Con un poco de suerte, a lo mejor se pierde y ya no vuelve nunca más.

Considero la opción de sentarme en la butaca, pero tengo miedo de que, si ese pirado aparece, repita el numerito de antes y me lleve en brazos a la cama otra vez, como si esto fuese nuestra luna de miel.

Un escalofrío se desliza por mi columna al recordar la forma en que me ha levantado sin ningún esfuerzo, el tacto de su piel, tan fría y suave como el mármol, y los fuertes músculos de su espalda cuando mi mano se ha colado sin querer bajo su yukata.

Mis mejillas se calientan y un hormigueo muy molesto se instala en mi rostro. «Sí, el pajarraco está cuadrado y es agradable a la vista, pero eso no importa. Es un demonio. Y lo que es todavía peor, es un hombre. Y yo no quiero saber nada de esos nunca más».

Al final me meto en la cama y espero. Espero tanto que mi cerebro se pone a divagar. Fogonazos de imágenes desfilan por mi cabeza: la primera vez que lo vi en el balcón envuelto en sombras, esas pestañas infinitas que enmarcan sus rasgados ojos, su entusiasmo al recibirme antes, esa chispa azul de las profundidades de su mirada, sus grandes manos, sus afiladas garras, sus intimidantes colmillos, un puño que impacta a escasos centímetros de mi rostro…

Me incorporo de golpe y me llevo la mano al pecho. «No pienses en eso… No pienses en eso…». Ya es tarde. El miedo ha llenado de golpe mi estómago y ha empujado toda la bilis hacia mi boca. Mi

respiración es demasiado superficial y mis latidos están a punto de partirme una costilla.

«Estás bien. Él ya no está. Todo eso pasó. Estás bien. Traga. Respira. Estás bien». Me lleva muchos minutos volver a encerrar el pánico en el baúl donde suelo esconderlo. Aun así, la sensación de derrota por no ser capaz de olvidar todo eso es intensa y abrumadora.

Me hundo en la almohada, cierro los ojos y me tapo la cara con las manos. Quiero dejar todo eso atrás. Quiero olvidarlo, recuperar el control de mi vida, seguir adelante como si nada de eso hubiese sucedido… Y no sé cómo. Y no saberlo hace que me sienta impotente, miserable y fracasada.



Aterrizo en la barandilla y de ahí desciendo de un salto al balcón. Me ha costado bastante más de lo que pretendía conseguir algo de cena para Kaya.

El mundo ha cambiado muchísimo en estos siglos. Ahora hay estrellas artificiales alumbrando prácticamente todos los rincones de la ciudad, gente por todos lados, ruido constante... En estas condiciones, me cuesta más moverme sin ser visto.

Al amparo de las sombras, repliego las alas y me subo la parte de arriba del yukata para no entrar al cuarto con el torso desnudo. No es que a mí me importe, tengo un cuerpo bonito y no me avergüenza enseñarlo. Sin embargo, tengo la sensación de que a Kaya no le gustaría.

Descorro la extraña puerta transparente y un olor sale reptando de la habitación. Miedo. No, mejor dicho, terror. Mi cuerpo se pone en alerta y barro la estancia con la mirada. Aquí no hay nadie salvo Kaya, que está tumbada en la cama con el rostro cubierto. Su respiración suena laboriosa y entrecortada. Ella es la fuente del olor.

Mi sangre crepita igual que la madera tierna que es arrojada al fuego. Está claro que sí hay algo que la acecha. La acecha incluso dentro de su propia mente; y eso significa que alguien ya le ha hecho mucho daño y la ha dejado marcada con cicatrices de las que

no se ven. Por eso, la otra joven rezó por Kaya con semejante desesperación.

Por el momento no puedo hacer nada respecto al humano que ha provocado esto. Tendré que coger toda mi ira y mis ganas de eviscerarlo y guardarlas a buen recaudo hasta que me tope con él cara a cara.

Lo que sí puedo hacer es centrarme en ayudar a la chica que está sufriendo, perdida en medio de las tinieblas. Cojo aire y busco esa pequeña luz dentro de mí que ha sobrevivido todo este tiempo. La luz que ella prendió hace seis siglos y que ahora va a servir para traer a esta Kaya de vuelta.

—¡Buenas noches! —exclamo. La pobre da tal salto que por poco se cae por el borde de la cama—. Ya traigo la cena. Perdona el retraso.

Cierro la puerta del balcón y en el reflejo veo cómo ella se limpia los ojos. Tengo que reprimir un gruñido bronco. «Voy a despedazar a ese bastardo cuando lo encuentre».

—En serio, me vas a acabar matando de un susto —protesta ella con voz nasal—. ¿Cómo has entrado sin que te oyese?

—Soy un guerrero, ser silencioso forma parte de mi naturaleza. —Me encojo de hombros.

—Usted disculpe, señor Ninja —replica con sorna.

—Ya les gustaría a esos shinobis ser la mitad de silenciosos que los tengus —resoplo con indignación. No me gusta esa gente. No me gusta *nada* en absoluto.

Ella se limita a poner los ojos en blanco.

—Te ofendes enseguida, ¿sabes? Tienes un ego demasiado frágil.

—Lo que tengo es un gran apego a la verdad —sonrío, y sé que lo hago con cierto descaro—. No me gusta que insinúes que tengo parásitos o que mis aptitudes son como las de esos mercenarios porque eso no es cierto. —Realmente no me gusta que ella piense mal de mí en ningún sentido, punto—. Yo soy mucho más sigiloso y limpio.

—Dijo el demonio de las garras llenas de roña más negra que la tinta. —Frunce la nariz con asco.

—No es roña, es que son así. Es su color natural —me defiendo.

—Lo que tú digas.

«Y dale con pensar que soy un cochino».

—Que sí, mira. —Me acerco a la cama y le enseño mi mano—. Crecen negras ellas solitas, igual que las plumas. Mira. —Me inclino sobre ella para que pueda verlas bien.

—No tengo ningún interés, gracias.

—No seas así —protesto, necesito que entienda que no soy un marrano porque antes me ha quedado claro que la higiene es un tema importante para ella y no quiero que me aparte de su lado solo por pensar que estoy lleno de… «¿Cómo los ha llamado? ¿Forúnculos?». Da igual. El caso es que estoy limpio—. Solo mira entre mis plumas y verás que nacen así. Además, son muy suavecitas. —Acerco más mi cabeza a su rostro.

—Deja de pegarte tanto, joder. —Me empuja, pero no tiene la fuerza necesaria para moverme. No puedo evitar sonreír ante su adorable intento y alzo la cara. Nuestras miradas se cruzan y sus mejillas se arrebolan. «Después de tanto tiempo sigue igual», pienso con una mezcla de nostalgia y cariño—. Que sepas que es muy indecoroso. Igual que lo de insistir en que te mire y, lo que es aún peor, que te toque.

—Pues antes bien que me has tocado y me has metido la mano por dentro de la ropa —le recuerdo.

Todo el color la abandona de golpe y se queda más pálida que yo. Y cuando está a punto de volverse traslúcida, el amanecer estalla en su rostro y su piel pasa de ser un loto blanco a una camelia carmesí.

—Eso… Eso no… Yo no… Solo estaba…

De repente, pega un grito muy agudo, se deja caer sobre la cama y tira de la colcha hasta cubrirse entera. Parpadeo un par de veces, observando el capullo que se ha formado en medio del colchón.

—Kaya, ¿estás bien?

—¡No me hables! Si no te veo y no te oigo, no existes. Y si tú no existes, lo de antes tampoco ha ocurrido.

Su voz se ha convertido en un pitido estridente, lo cual me preocupa un poco. Sin embargo, todo el olor a miedo ha

desaparecido por completo y eso me quita varias toneladas de peso de encima.

—Vale… Pero si yo no existo, entonces la cena que he traído tampoco existe…

En cuanto menciono la comida, su estómago deja escapar un lamento infinito y lastimero.

Hago un esfuerzo por aguantar la risa para no avergonzarla más. Es importante que salga de su escondrijo y coma, ya está bastante delgada, no puede descuidar su alimentación.

Unos dedos emergen por el borde de la colcha y esta desciende hasta dejar a la vista dos ojos y nada más. Unos preciosos e inmensos ojos castaños con un halo verde enmarcándolos.

—¿Qué has traído? —me interroga.

—No he podido encontrar gachas de arroz, así que he traído onigiris —sonrío. No por los onigiris, sino porque esté interesada en la comida. Eso me hace feliz.

—¿De qué son?

—Solo los había de salmón y de ciruelas encurtidas. Puedes quitarles el relleno y comerte el arroz para que sea más suave.

Sale de debajo de las mantas y repta hasta el lateral opuesto de la cama para ponerse en pie sin cruzarse conmigo. Su actitud distante es entendible, aunque no por eso me duele menos.

La sigo, llevando la comida, y cuando ella toma asiento en la butaca, yo lo hago en el suelo. Le ofrezco la bolsa para que ella elija primero. Yo me comeré las sobras.

—¿Solo vas a coger tres? —le pregunto, cuando hace a un lado el resto.

—No quiero comer demasiado y ponerme peor. Ya les he fastidiado bastante los planes a las demás hoy —añade cabizbaja. «Hay demasiados sentimientos negativos dentro de ella», me lamento—. Siento si has comprado toda esta comida para nada.

—¡Por eso no te preocupes! —la animo—. Podemos guardar un par de onigiris por si te da hambre más tarde y el resto me los como yo, tú tranquila.

La sorpresa tira de sus párpados y su vista se fija en mí.

—¿Comes comida normal?

—Puedo comer varias cosas, entre ellas, comida humana. Me acostumbré la última vez que fui guardián de alguien... —Cierro la boca antes de que el temblor del pecho se traslade a mi voz e inhalo profundamente un par de veces.

Ella no parece percatarse, ya ha empezado a roer su arroz y me observa con ojos distraídos. Cojo un onigiri y le doy un buen bocado para que vea que es verdad y para ganar un poco más de tiempo antes de volver a hablar.

—Así que no te preocupes, la comida no se va a desperdiciar —sonrío—. Además, tampoco la he comprado como tal.

Le doy otro mordisco a la bolita de arroz, escucho una tos y varios granos blancos surcan el cielo como pájaros en miniatura.

—Kaya, ¿estás bien?

Tras darse un par de golpes en el pecho, ella por fin es capaz de responder:

—¿Qué es eso de que no los has comprado *como tal*? ¿Cómo los has comprado, entonces?

—No he podido comprarlos porque yo no tengo dinero, soy un demonio. —Me encojo de hombros. Además, por lo que he observado, el dinero que yo conocía ya no existe.

La boca se le abre casi tanto como los ojos.

—¡¿Los has robado?! —se espanta.

—No los he robado.

—¡Eres un delincuente!

—No lo soy.

—¡Ladrón!

—Que no…

—¡¡Pecador!!

—Si me dejas que te lo…

—¡Mercenario shinobi!

Algo sisea dentro de mi pecho.

—Kaya… —El hielo de mi voz la congela—. Ya te he dicho hace un rato que no tengo nada que ver con esas personas.

—Perdón —murmura—. Es que de pequeña me caí de la cuna, ¿sabes? Y desde entonces tengo algunas cosas sueltas en la cabeza y a veces sufro episodios de amnesia transitoria, no me lo tengas en

cuenta. —Mira para otro lado y le da un bocado diminuto a su onigiri.

—No pasa nada. —Respiro para serenarme—. Pero no me gusta que pienses esas cosas horribles de mí —confieso—. No he robado la comida, la he intercambiado.

—¿Intercambiado? —Enarca una ceja.

—Sí, yo me he llevado los onigiris y a cambio les he dejado una gallina en la cocina. —Estoy muy orgulloso de mí mismo por haber encontrado esa solución para solventar el problema del dinero y poder traerle la cena a Kaya.

—¿*Disculpa*?

—Estás disculpada —sonrío, agradecido de que se haya dado cuenta de su error por haberme insultado de ese modo al llamarme pecador y mercenario shinobi.

Por alguna razón, me bufa como un gato al que le han pisado la cola.

—¿Has hecho un trueque por la cena? —me interroga, y asiento —. ¿Y has dejado una gallina viva en un restaurante donde preparan comida? —Vuelvo a asentir—. ¡Eso va contra las leyes sanitarias!

—¿Las qué?

—¿Y de dónde has sacado una condenada gallina? No —me interrumpe, cuando iba a responder—. No quiero saberlo. Si nos interrogan es mejor que no sepa nada.

—¿Por qué nos iban a interrogar?

—Ay, Dios santo. —Se frota la cara con desesperación y de pronto se queda congelada—. Espera… Espera un momento… —Un olor extraño me llega de ella, una explosión de miedo y otra cosa que no reconozco—. Dime *por favor* que no has tocado nuestra comida después de tocar a un animal de granja… O que al menos te has lavado las manos entre medias… —Le da una arcada.

—¿Kaya? —me agobio. «Si solo le ha dado dos bocados al arroz. ¿Tan enferma está?»—. ¿Te ha sentado mal la cena?

—Todo dependerá de tu respuesta —dice con voz estrangulada y tapándose la boca con la mano.

—¿Mi respuesta a qué?

—Dime que no has tocado nuestra comida después de haber tocado a esa ave…

Otra arcada la interrumpe.



—Dime que no has tocado nuestra comida después de haber tocado a esa ave… —Una segunda arcada, peor que la primera me dobla en el sitio—. Me voy a morir. Me va a dar gripe aviar. O psitacosis. —Ahora mismo me importa más bien poco que eso lo tengan los loros —. O argiria. —Ni siquiera sé qué es eso, puede que me lo acabe de inventar, pero suena fatal y mortífero—. ¡¡O clorofila!! —Ya no sé ni lo que digo, solo sé que puedo sentir los gérmenes extendiéndose por todo mi interior como el moho sobre el pan de molde. Me da otra arcada.

De repente, mi melena empieza a flotar en el aire. «Ay, Dios, ¿ya me he muerto? ¿Soy un fantasma?». Acto seguido, algo gélido se posa en mi cuello y un pulgar traza pequeños círculos tranquilizadores en mi nuca. Agradezco sentir el frescor en mi sobrecalentada piel y también agradezco en secreto el gesto, aunque de normal me molesta que sea tan sobón.

—Kaya, no te agobies. No pasa nada.

—Es muy fácil decir eso cuando tú no puedes morirte y a mí me va a dar ébola por tu culpa —le reprocho, al borde de las lágrimas.

—Primero, sí puedo morir. —La sorpresa consigue que se me olvide un poco la crisis de ansiedad—. Se tienen que dar unas determinadas circunstancias, pero de hacerlo, sí puedo morir. Y segundo, por supuesto que me he lavado las manos antes de tocar lo que ibas a comer.

Una pequeña esperanza prende en mi pecho. «Igual no me muero».

—¿De verdad? —Alzo el rostro.

Él está a menos de un palmo de distancia. Sinceramente, me esperaba ver exasperación o enfado en su cara por mi exabrupto dramático; sin embargo, me está sonriendo de una forma cariñosa y reconfortante mientras su pulgar sigue dibujando formas en mi piel.

—De verdad. Ya te lo he dicho varias veces, no voy a dejar que te ocurra nada malo. Así que puedes comer tranquila, ¿de acuerdo?

Asiento y él me regala una sonrisa resplandeciente. Si no fuese por los colmillos de tiburón, sería una sonrisa verdaderamente hermosa. Mi piel se calienta otros dos grados en la zona de las mejillas.

«No seas boba», me reprende una vocecilla dentro de mi cabeza. «Tú mejor que nadie sabes que hasta los monstruos pueden disfrazarse de ángeles».

Entre las náuseas y ese último pensamiento, noto la boca muy espesa y un regusto amargo al fondo de la garganta. Me cuesta tragar mi propia saliva, por eso no cojo la comida inmediatamente y el Cuervo se da cuenta.

—Te prometo que la comida no tiene gérmenes —me ofrece los onigiris— y no te va a dar colorifilia de esa.

Después de tanto estrés, me cuesta unos segundos de más procesar lo que él ha dicho y en cuanto mi cerebro lo asimila, algo vuelve a trepar por mi garganta. Esta vez es una carcajada que limpia de golpe todo el amargor.

Los ojos del emplumado se abren por la sorpresa al escucharme reír y su comisura izquierda se alza en un vuelo solitario.

—¿No me va a dar el qué? —le interrogo.

—¿Condrofilia? —duda. Se me escapa otra carcajada y él sonríe —. ¿No era así? —Niego con la cabeza y le doy un mordisco a la comida. Su sonrisa se ensancha—. ¿Flocorfila?

—¿Qué dices? —Por poco escupo todo el arroz al reírme.

—¿Colchicina?

—Estás diciendo palabras al azar —me río.

—¿Congriocina? ¿Mochifilia?

—¡Basta! —protesto, porque a este paso me voy a atragantar con tanta risa—. Lo estás haciendo a propósito.

—Pues sí —admite con descaro—. Me gusta verte reír. Tu risa es preciosa. Como toda tú.

«La madre que me…». Al final me atraganto de verdad, pero no de la risa precisamente.

—¡Kaya! —El Cuervo se pone en pie, agobiado, y empieza a darme golpecitos en la espalda—. ¿Estás bien?

—Se me ha ido el arroz al pulmón —consigo decir, medio ahogada y con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Quieres que te sople a ver si se te pasa?

—¿*Perdón*?

«¿Qué leches tiene que ver el soplar con el atragantarse?».

Como no le digo nada más, el pajarraco decide que sí es buena idea soplarme. Su aliento se desliza por mi rostro y agita mis cabellos, también se cuela dentro de mi boca, dejando un sabor ahumado en mi paladar.

—¡No soy una sopa demasiado caliente, joder! —refunfuño, para esconder que lo que acaba de hacer me ha alterado *mucho* por alguna razón que escapa a mi comprensión.

—De verdad, tienes muy mal carácter —se ríe.

—Ya habíamos acordado que eso era así, no hace falta seguir repitiendo lo obvio.

—Me alegra ver que ya estás mejor. —Me acaricia el pelo y se vuelve a sentar en el suelo—. Pero no me des esos sustos, por favor.

—¡El susto me lo he dado yo! —le rebato. Y me lo he dado porque ha dicho que soy preciosa, aunque esa parte me niego a repetirla en voz alta.

Él abre la boca para replicar y lo interrumpen unos golpes en la puerta.

—Escóndete —le ordeno, antes de ponerme en pie e ir a abrir.

Al otro lado de la puerta está una señora que parece bastante mayor. La mujer me saluda con una inclinación que hace crujir su espalda y comienza a hablarme en japonés.

Si bien es cierto que soy capaz de entender algunas frases y de decir otras pocas, esta anciana tiene un acento un tanto peculiar y habla bastante rápido. No logro comprender ni una sola palabra de lo que me dice.

Balbuceo torpemente para pedirle que hable un poco más despacio. No consigo nada. La mujer me suelta otra parrafada incomprensible y aguarda mi contestación.

Me estoy planteando muy seriamente llamar a la recepción para ver si alguien puede hacer de traductor entre nosotras cuando un brazo enfundado en una manga negra planea en la periferia de mi visión, se posa sobre mis hombros y me aparta gentilmente.

Por poco me atraganto otra vez cuando el Cuervo se inclina ante la mujer, la cual no parece inmutarse lo más mínimo por sus plumas, su piel anormalmente pálida, su altura descomunal o sus colmillos. «Igual la señora está un poco cegata por la edad», recapacito.

Para mi sorpresa, él se dirige a ella en japonés y los dos se ponen a conversar. Es en ese momento cuando caigo en la cuenta de que durante todo este tiempo nos hemos estado comunicando en inglés.

Tras un par de minutos y tras intercambiar varias reverencias entre ellos, la anciana por fin se va y nosotros nos quedamos solos otra vez.

—¿De qué iba todo eso? —le pregunto al emplumado—. ¿Y por qué puedes hablar mi idioma? Pensaba que no habías salido de tu montaña en los últimos seiscientos años. —El escepticismo de mi voz es perfectamente audible. No quiero reconocerlo, pero la posibilidad de que me haya mentido me pone *bastante* nerviosa… y de mala leche.

—Respondiendo a tu primera pregunta, esa buena mujer es de las islas Goto y sus hijos le han regalado un viaje por su cumpleaños para que haga turismo en Kioto y Nara. Está ocupando la habitación adyacente y estaba preocupada por tus constantes gritos —sonríe.

—¡Yo no…! —Me callo de golpe y el fuego consume mi rostro. El pajarraco me mira con una suficiencia que resulta abrasiva.

—Ya me he disculpado en nombre de los dos y le he asegurado que no la molestaremos más —me cuenta. Estoy a punto de darle las gracias por eso, cuando añade—: Creo que nos ha tomado por una pareja de recién casados. —El fuego se propaga de mi cara a todo mi cuerpo y mis palabras mueren calcinadas. Él se da cuenta y su sonrisa se ladea, aun así, no comenta nada y prosigue—: Y hablo tu idioma igual que hablo todas las lenguas humanas.

—Y una mierda —le espeto—. ¿No sabes decir clorofila y pretendes que me crea que conoces todos los idiomas del mundo? Y

una mierda —repito, por si mi incredulidad no había quedado lo suficientemente clara de primeras.

—Los demonios, al igual que todos los yokais[3] y los dioses, disponemos de ese conocimiento sobre los hombres. Esto es así para que podamos comunicarnos con vosotros sin importar vuestro origen —me explica con paciencia—. Pero que yo conozca todas las lenguas humanas no quiere decir que conozca absolutamente *todas* las palabras en cada idioma, o que no tenga dificultades con las más modernas o complejas —admite, y juraría que parece abochornado.

Su respuesta tiene sentido (o todo el sentido que puede tener considerando que estamos hablando de demonios y otros seres que no deberían ser reales) y me deja más tranquila.

Puede parecer una tontería, pero detesto que me mientan incluso en cosas pequeñas o que en teoría no tienen nada que ver conmigo. No me gusta que jueguen así con mi confianza y, además, si alguien miente en lo insignificante, imagínate lo que pasa con las cosas importantes.

—Gracias por explicármelo —contesto. Él sigue mirando al rincón. Creo que sí le ha dado vergüenza admitir eso en voz alta, por eso, digo—: Y yo también me invento palabras todo el rato, así que no te preocupes.

Ha sido un intento bastante lamentable de animarle, aun así, funciona y su sonrisa vuelve en menos de un parpadeo.

Sin más interrupciones, acabamos de cenar. Yo me lavo los dientes, las manos y la cara por segunda vez, y me acuesto en la cama. Él se queda en la butaca.

Seguramente debería estar horrorizada porque hay un joven («no es un joven, es más viejo que el polvo») en mi cuarto, sin embargo, no lo estoy. Si ayer no me hizo nada cuando yo estaba de visita por el hiperespacio, dudo que lo haga ahora.

Y sí, es ciertamente molesto tenerlo alrededor, que se acerque tanto, que me toque todo el tiempo, que se angustie más por mí que mi madre, que no deje de sonreír y que no pare de intentar que le sobe el plumón. Es un incordio, pero no me da miedo. Yo he

experimentado lo que es tener a alguien cerca que te aterra de verdad y él no lo hace.

Dentro del refugio de la cama, me permito observarlo a hurtadillas. Está mirando distraídamente por la ventana y la suave luz de la luna se refleja en su pálida piel, haciendo que sus plumas y sus ojos parezcan más oscuros.

Debo admitir que el chico es muy guapo y que su rostro me transmite calma y una extraña sensación de familiaridad y seguridad. Cosa que no debería ser posible porque lo conozco literalmente desde hace un día.

«Creo que al final todas esas memeces de que es mi guardián y de que está aquí para protegerme me están reblandeciendo el cerebro», me lamento.

Aunque supongo que puedo dejar que me reblandezca el cerebro un poco. Total, solo nos quedan cuatro días más en Japón. Después regresaré a casa, lo perderé de vista y todo esto se convertirá en un extraño recuerdo que acabaré olvidando con el paso del tiempo.

CAPÍTULO 5 - UNA MALDICIÓN PEGADA AL CULO

Estoy terminando de meter el pijama y las cosas de aseo en la maleta bajo la atenta mirada del Cuervo. Está extrañamente tranquilo, teniendo en cuenta lo obsesionado que parecía con cuidarme y que está a punto de perderme de vista para siempre.

«Supongo que en el fondo no le importo tanto como decía. Si es que son todos iguales», me río sola. Pero tampoco se lo puedo reprochar, después de todo, se vio obligado a estar conmigo por la petición de una de esas alcahuetas metetes. Seguramente, él estará feliz porque esta situación se vaya a acabar, igual que yo.

Esta convivencia forzada ha sido de lo más extraña y yo echo de menos mi intimidad. Echo de menos ir al baño sin preocuparme de qué clase de ruidos saldrán de mi cuerpo. Echo de menos despertarme y no tener que agobiarme por si me he babeado entera. Y echo de menos que nadie invada mi espacio personal cada dos minutos.

Cuando no tengo nada más que guardar y ya no puedo seguir posponiendo lo inevitable, dirijo mi atención hacia el emplumado.

No sé cuál es el protocolo social para las despedidas demoníacas. ¿Un apretón de manos? ¿Un abrazo? «Ni loca lo abrazo yo». Ni idea. Por eso me limito a cruzarme de brazos, visiblemente incómoda, y a decir:

—Bueno, pues supongo que esto es un adiós.

Él ladea la cabeza, confundido, y sus plumas caen todas hacia la derecha.

—¿Un adiós?

—Sabes que vuelvo a casa, ¿no? —Tiene que saberlo, estos días lo he mencionado varias veces de forma no tan disimulada para que

se fuese mentalizando por si acaso.

—Sí.

—Entonces, esto es un adiós.

—Sabes que voy contigo, ¿no? —me suelta. Por poco me desplomo—. Así que solo es un hasta luego —sonríe.

—Co… Co… Com… Co… —Igual sí que se me pegó algo de la gallina, porque estoy cacareando igual que una.

—¿Estás bien? —Da un paso en mi dirección con gesto preocupado. Yo retrocedo otro.

—¡¡No puedes venir conmigo!! —Las palabras salen todas de golpe como una explosión.

—Tengo que ir o no podré protegerte. El vínculo no funcionará si estamos separados por un océano, Kaya.

Él está increíblemente tranquilo. Yo me siento de todo menos calmada en estos momentos.

—Primero, no hay nada de lo que protegerme, ya te lo dije.

Su gesto se ensombrece y esa aura intimidante que confirma que es un demonio regresa.

—Eso no es verdad y lo sabes. —Avanza otros dos pasos hacia mí y yo ya no tengo más espacio para alejarme, he acabado incrustada en la pared. Esa fogata azul vuelve a danzar en sus ojos, haciéndolos parecer más oscuros y profundos, a juego con su voz.

«No te achantes. Has visto cosas que daban muchísimo más miedo que esto», me recuerdo, a la vez que me obligo a aguantarle la mirada.

—Aunque eso sea así —admito a regañadientes—, hasta ahora me las he apañado bien y seguiré haciéndolo. No te necesito —afirmo desafiante, intentando parecer más valiente de lo que me siento. Su rostro se ensombrece aún más—. Así que te puedes guardar todas esas chorradas del guardián donde te parezca.

—No son chorradas. Lo digo en serio. Estoy aquí para protegerte y no me iré hasta que estés a salvo de todo peligro. Es mi obligación como guerrero y como tengu.

«Joder, qué *pesado*. Y qué obsesión tiene con las obligaciones. Uno pensaría que los demonios no son tan estirados».

—Bueno, pues hablaré con mis amigas para saber quién te hizo esa petición y le diré que la retire —propongo—. Así ya no estarás atado a ninguna obligación y podrás perderme de vista.

—Aunque la plegaria sea retirada, yo no me iré. Ya me he vinculado contigo y ahora me debo en cuerpo y alma a ti.

Por ya ni sé qué vez vamos, me atraganto con mi propia lengua. «Por favor, ¿puede dejar de hablar de ese modo? ¿Como si estuviésemos casados o algo?», imploro.

—Yo no recuerdo ninguna ceremonia de vinculación —le increpo.

Su gesto por fin se relaja un poco y una sonrisilla tuerce su labio superior, haciendo que su colmillo izquierdo asome ligeramente.

—Eso es porque estabas inconsciente.

El cuerpo se me queda frío de golpe.

—¿*Disculpa*? —No atino a decir nada más.

—Ya te lo dije. —Se encoge de hombros; sin embargo, yo no recuerdo que mencionase nada de ninguna vinculación mientras mi mente estaba de paseo por el vacío sideral—. La plegaria de tu amiga captó mi atención, pero no acepté hacerme cargo de inmediato. Vine aquí por curiosidad y, después de verte, fue cuando decidí que sí lo haría, que te mantendría a salvo de lo que fuese sin importar el precio o las consecuencias. —«La leche con el intensito. Y luego soy yo la dramática». Aunque me hago la dura, lo cierto es que me están temblando hasta los huesecillos del oído al escucharlo decir esas cosas—. Y por eso, cuando te desmayaste, me vinculé contigo para sellar el trato. Además, el vínculo es lo único que me permite encontrarte y acudir a ti siempre que me necesites, era necesario hacerlo.

—Ya… Y… Y eso de la vinculación… —Trago fuerte—. Exactamente, ¿en qué consiste y cómo pasó?

No puede ser lo que mi mente sucia y depravada está pensando. Demonio o no, pegajoso o no, se lleva comportando como un caballero conmigo todos estos días. Además, ni siquiera estoy segura de que él disponga de los mismos… *utensilios* que un hombre normal. Igual es como un Ken y está más liso que una tabla ahí abajo.

—Para vincularme contigo, tengo que introducir una parte de mí en ti —me explica. Mi estómago se reduce al tamaño de una chinche y me empiezan a pitar los oídos. Creo que me voy a desmayar—. Por eso puedo encontrarte siempre que me llames, porque puedo rastrear esa parte de mí que sigue en ti.

—¿Cómo que sigue en mí? —Mis ojos se desvían solos a mi entrepierna.

—Mi sangre permanece en ti.

Con tanto estrés me cuesta un poco reaccionar.

—Sa… Sangre…

—Sí. Vertí una gota de mi sangre en tu boca —sonríe, como si hubiese hecho algo bueno y no la mayor cerdada de la historia de la humanidad. Me da una arcada—. Kaya, ¿qué te pasa? —Se acerca a mí y me frota la espalda mientras me da aire con la otra mano.

«¿Que qué me pasa? ¡¿Que qué me pasa?!». Mi mano vuela sola y se cierra alrededor del cuello del yukata de este pajarraco mamarracho. Tiro de él con ímpetu y logro arrastrarlo hacia abajo, hasta que nuestras narices se tocan.

—Me llenaste la boca de tus gérmenes de cuervo demoníaco… A mí, que me lavo los dientes diez veces al día. A mí, que me falta usar lejía como enjuague bucal. ¡¡*A mí*!!

—Era necesario para sellar el pacto.

—¡Haber usado papel y tinta como toda persona normal!

—Es que no soy una persona, soy un demonio.

No sé cómo contestar a eso porque el tarado tiene razón. Así que, como una persona adulta, madura y racional, me dejo caer al suelo y me hago una bolita de miseria y autocompasión.

«Un guardián, y una mierda. Una plegaria para proteger a los seres queridos, y dos mierdas. Esto es una maldición. ¡Estoy maldita! ¡Estoy maldita y ahora tengo un puñetero cuervo pegado a mí como un chicle masticado!».

En el fondo, tenía que haberlo imaginado antes porque así son los viajes con amigos. Todo son risas y diversión hasta que alguien acaba con una maldición pegada al culo. Y *cómo no*, ese alguien he sido yo.

«¿Por qué me pasan estas cosas tan horribles y extrañas?», me lamento. Empiezo a tener la firme teoría de que igual ya estaba maldita. Igual lo estoy desde que nací. Eso, o soy la reencarnación de Vlad el Empalador, de Hitler o del Joker; y sigo pagando por mis pecados en esta vida. Es la única forma de explicar mi mala suerte.

Un rostro aparece dentro de mi pequeña burbuja de desdicha. Los ojos del Cuervo están enmarcados por unas duras líneas de tensión.

—Kaya, no quería alterarte de este modo…

—Haberlo pensado antes de convertirme en Drácula —le reprocho con toda la mala leche que puedo.

Moviéndose en cuclillas, se aproxima más a mí. Me acaricia el pelo, el rostro y la espalda. Deja su brazo por encima de mis hombros y su manga me envuelve parcialmente como si fuese un ala negra. Me estrecha con delicadeza y apoya su cabeza en la mía.

En estos momentos me odio *profundamente* porque, a pesar de que debería agarrar al pajarraco y echarlo en un barreño de agua bendita para que se ahogase, lo cierto es que la ternura de sus gestos y su cercanía resultan reconfortantes. Es una especie de ancla firme, un faro en medio del caos y las tinieblas de mis ataques de ansiedad.

—No quería disgustarte y lo siento mucho por eso —se disculpa con voz sincera—; pero vincularme contigo era necesario para poder protegerte. Gracias al vínculo, si te sucede algo malo y no estamos juntos, solo tienes que llamarme y yo sabré al instante que me necesitas y podré encontrarte. —Hace una pausa durante la cual sigue acariciando mi hombro con su pulgar—. Y te prometo que solo fue una gotita de nada…

—¡Calla! —le ordeno—. No quiero saber nada más del tema o voy a vomitar de verdad.

—Entonces, ¿me perdonas? —Se aparta un poco y me mira como un cachorro al que has pillado comiéndose tus zapatos más caros.

—No lo sé… —mascullo entre dientes. Sus ojos se redondean en actitud suplicante. De verdad parece un puñetero y adorable cachorro. Suspiro con resignación—. Supongo que, si no me he muerto ya, eso significa que no había nada raro en tu sangre, así

que igual sí te perdono… Pero como vuelvas a hacer algo así o como me ponga enferma en los próximos días, te juro que llamo a un cura para que te exorcice —le amenazo, y el muy cenutrio va y se ríe.

—Muchas gracias por entenderlo y por perdonarme. —Me abraza tan fuerte que por poco me parte una costilla—. Y no vas a ponerte mala ni a contagiarte de culandrofilia, te lo juro.

Muy a mi pesar, me río y me gano otro abrazo por hacerlo. Para ser una criatura infernal, es más pegajoso que el queso gratinado. También es más gentil y caballeroso que el noventa y nueve por ciento de los hombres con los que me he cruzado a lo largo de mi vida.

A pesar de eso, no puedo fiarme del todo de él porque, mitad cuervo o no, sigue perteneciendo al género masculino. Francamente, no sé si alguna vez podré volver a confiar del todo en un chico. Tampoco sé si quiero. Es más fácil y seguro si me quedo sola.

Y eso me lleva al otro gran problema del día: no puede volver a casa conmigo. He tolerado su presencia porque sabía que era algo temporal, sin embargo, no puedo dejar que viaje a Seattle y… «¿Y qué? ¿Qué viva conmigo? Imposible».

Como la sutileza nunca ha sido lo mío, saco el tema directamente.

—Escucha, te perdono lo del asunto del vínculo, pero eso no significa que puedas venir conmigo. Es una locura. Yo tengo que volver a casa y tú tienes que quedarte aquí.

—Eso no va a pasar —asevera. La temperatura a nuestro alrededor desciende de golpe un par de grados.

—Sé razonable —le pido—. Es totalmente imposible que viajes conmigo.

—A mí no me parece imposible.

Resoplo, pongo los ojos en blanco y me pellizco el puente de la nariz, todo al mismo tiempo. Mi frustración está alcanzando unos límites que no son compatibles con el bienestar de un ser vivo.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo vas a venir? ¿Qué pretendes hacer? ¿Colarte en el avión? —le espeto—. Porque dudo mucho que tengas pasaporte y un visado de turista para entrar en los Estados Unidos.

—¿Qué es un avión? ¿Es lo que te va a llevar a casa?

—Ves, si ni siquiera sabes lo que es. —Me froto los ojos con desesperación—. Seguro que nunca has visto uno. No tienes dinero para pagar un billete. No tienes los documentos necesarios para viajar. —Sinceramente, ni siquiera sé si en su caso le hace falta un pasaporte o la cartilla veterinaria—. Y aunque los tuvieras, no puedes pasearte delante de la gente con tus pintas. No puedes venir. Es imposible.

Él agacha la cabeza y creo que por fin lo ha comprendido y se ha dado por vencido. Spoiler: no lo ha hecho y yo soy idiota.

—¿Tu equipaje viaja contigo? —Señala mi maleta del tamaño del Monte Fuji.

—Sí y no. Va en el mismo avión, pero en la bodega de carga.

—O sea, que no va a la vista de todo el mundo.

—No —contesto, aunque no tengo ni idea de a dónde quiere ir a parar con esto.

Una sonrisa deslumbrante aparece en su rostro y yo siento miedo, *mucho* miedo, porque eso no augura nada bueno.

—Pues entonces, me limitaré a seguirte hasta ese… ese avión, me subiré a escondidas y permaneceré con tu equipaje hasta que lleguemos a tu hogar —declara con un gesto triunfal.

—Traducción: te vas a colar en el avión y vas a viajar gratis —le censuro.

—Ni que eso fuese un delito. —Se encoge de hombros.

—¡Sí que lo es!

—Ah, ¿sí?

«No puedo hacer esto». Empiezo a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado.

—Sí, ¡zopenco! ¡Y no se te ocurra dejar otra gallina en la bodega del avión como pago por tu billete! —añado, por si acaso.

—No me llamo Zopenco, me llamo Karasuhito. Kaya, tienes muy mala memoria para los nombres —se ríe.

—Y tú tienes una capacidad nula para captar la sutileza del sarcasmo —murmuro, sin dejar de caminar de un lado a otro. Mis niveles de estrés están a punto de cruzar la estratosfera y en cualquier momento va a llegar la hecatombe digestiva, lo presiento.

—¡Pues asunto arreglado! —exclama el Cuervo—. Yo viajaré con tu equipaje en la bodega de esa cosa, de ese… avión. Ya verás como todo irá bien.

Nada va a ir bien. *Nada*. Empezando por el hecho de que al final yo me voy a morir antes de abandonar este hotel y no son ni las cinco de la mañana, joder.

No puedo dejar que se venga conmigo. No puedo dejar que toda esta locura me persiga a casa. No, cuando por fin parecía que las cosas estaban empezando a calmarse un poco después de lo de Ethan.

Al pensar en su nombre, un escalofrío desciende por mi columna, se filtra en mi piel, se enrosca alrededor de mi corazón y lo estruja como si fuese una fruta pocha.

Tengo que impedirlo como sea. Llegados a este punto, y considerando que mi cerebro parece ahora mismo pepino licuado, solo se me ocurre una cosa que podría detener al emplumado.

—Escucha, si llevabas seiscientos años sin salir de tu montaña, ¿no te parece excesivo irte del país? ¿No vas a echar de menos tu hogar? —No sé si los demonios tienen familia o amigos, pero aun así me la juego—. ¿No vas a extrañar a los tuyos? ¿No vas a sentirte triste dejando todo esto atrás?

«Por favor, recapacita», imploro, porque soy consciente de que esta es mi única vía de escape. Yo no tengo la capacidad de detener a esa montaña de músculos y plumas por la fuerza, solo puedo rezar por que él decida quedarse.

El silencio se prolonga segundos, minutos, años… Ya no sé si él está meditando lo que le he dicho o si se ha puesto a descifrar los orígenes del universo.

Me estoy quedando sin tiempo, en menos de cinco minutos tengo que reunirme con las chicas en el vestíbulo para ir al aeropuerto.

Mi boca se abre para insistir y él fija esos ojos tejidos con sombras en mí y se acerca con un gesto decidido en el rostro. No sé si eso es bueno o malo.

—No voy a mentirte —empieza—, sí que voy a extrañar Japón y seguramente me sienta triste y perdido en tu hogar. Ya lo estoy un poco con todo lo que ha cambiado el mundo y será peor en un lugar

desconocido —admite. «Gracias al cielo», suspiro aliviada—. Pero todo eso no importa, iré igualmente —afirma con un tono feroz. «A la mierda el cielo»—. De todos modos, mis relaciones con los otros tengus del Monte Kurama no son muy buenas. No me importa viajar a otro país si es por ti. No me importa sentirme solo o perdido. Solo importas tú. Haré lo que sea por ti, Kaya.

Después de semejante declaración, yo pierdo la capacidad de hablar y no la encuentro hasta que llega el momento de abandonar la habitación e ir a reunirme con las chicas.

CAPÍTULO 6 - BUFFY LA CAZAVAMPIROS

—¡Atención, soldados! —Meredith se pasea con pasos largos y firmes por delante de la línea que nos ha obligado a formar a las demás—. Antes de abandonar el hotel, repasemos una vez más que llevamos todo lo necesario y que tenemos todo listo para evitar problemas en el aeropuerto. ¡Pasaporte!

Todas miramos en nuestros bolsos.

—Sí —decimos las cuatro a la vez.

—Móvil y cargador.

—Sí —respondemos, tras comprobarlo.

Meredith prosigue con su lista. También lo hizo antes del viaje a Japón. Ella es la más organizada de todas nosotras y está bien que se ocupe de estas cosas para evitar sustos y percances posteriores.

El problema es que esta vez puede haber un susto bien gordo y un percance descomunal como alguien descubra que en mi maleta, aparte de comida y suvenires, también llevo un puñetero karasu-tengu.

Y no hablo solo del riesgo de que alguien lo vea. Está todo el tema de aduanas. Se supone que antes de entrar en los Estados Unidos debemos declarar cualquier cosa extraña que llevemos en el equipaje.

«¿Cómo coño declaro que llevo un demonio en la maleta? ¡No puedo! ¡Me van a tomar por una loca! Y no una de las graciosas y adorables, sino de las que tienen que estar vigiladas porque son un peligro para la sociedad».

Por eso, cuando me entreguen ese papelito en el avión preguntando si llevo seres vivos o algo que declarar en el equipaje, me callaré. Me callaré como una muerta y rezaré para que nadie se

entere y que, a mi llegada al aeropuerto de Seattle, no me estén esperando la policía, el ejército o Buffy la Cazavampiros para detenerme por tráfico ilegal de seres sobrenaturales.

«Madre mía, qué estrés», me angustio. Sinceramente, no sé por qué me preocupo por acabar encerrada en la cárcel o en un psiquiátrico porque a este paso no voy a llegar viva a mi hogar. Me voy a morir de un aneurisma, de una úlcera sangrante o de un colapso multiorgánico.

Dos dedos chasquean a escasos palmos de mi nariz y me arrastran de golpe y porrazo al presente.

—Kaya, ¿quieres hacer el favor de no dispersarte? —me reprocha Meredith—. Esto es importante.

—Perdón —murmuro—. Son los nervios por el viaje. —Esto es una mentira parcial. Es verdad que estoy nerviosa por el viaje, pero por unas razones que no puedo contarle a nadie.

—Estarás menos nerviosa si te aseguras de que tienes todo en orden para no volver a dar un espectáculo en el control de seguridad —sonríe Meredith con malicia.

—Nadie va a dar un espectáculo —afirma Isa con dulzura.

—A mí no me importa darlo —salta Jenna—. Siempre y cuando me paguéis por adelantado, claro —se ríe.

—Calla, loca. —Meredith enrolla el papel que tiene en la mano y le arrea en la cabeza. Con todos esos rizos, no creo que Jenna lo haya notado—. Y sigamos con esto antes de que se nos haga tarde. Bien, ahora vamos a repasar en el mapa los enlaces de tren para llegar al aeropuerto por si acaso alguna se despista o se separa del grupo. Así todas sabréis llegar.

Los siguientes quince minutos los pasamos intentando descifrar lo que nos está diciendo. Esto es más difícil que una clase de Física Atómica.

Necesito aclarar algo sobre la buena de Meredith. Es extremadamente inteligente, muy organizada y atenta, pero se le da como el culo dar explicaciones. Para ella todo es fácil y no entiende que el resto de los mortales no tenemos tantas conexiones neuronales dentro de la cabeza. Y la cosa empeora todavía más

cuando se trata de direcciones porque mi amiga la rubia es ambidiestra y no sabe distinguir la derecha de la izquierda.

Por esa razón, cuando Meredith acaba, se da de bruces con tres caras perdidas.

—¿Por qué me estáis mirando como tres besugos recién pescados? —nos increpa.

—No sé las demás —Jenna toma la palabra—, pero yo no me he enterado de nada. Y cuando digo nada, es *nada*.

—¿Qué? —se sorprende Meredith—. ¿Me estabas escuchando?

—Claro que sí —se defiende Jenna—. Pero me he perdido por completo la tercera vez que has dicho derecha y has señalado a la izquierda en el mapa.

Los ojos azules de Meredith se inundan de agobio.

—¿Y vosotras dos? —nos interroga a Isa y a mí—. Vosotras sí que os habéis enterado de cómo llegar al aeropuerto, ¿no?

—Yo… —Isa se queda callada, incapaz de decirle que sus explicaciones son peores que un sándwich de queso y chocolate.

Las miradas de las tres se fijan en mí. El muerto de decirle la verdad ha recaído de algún modo en mí. «Bueno, total qué más da. Ya tengo un demonio, también puedo hacerme cargo de un muerto. Y si sigo así, podré montarme mi propia mansión del terror».

—Se te da fatal dar indicaciones para llegar a los sitios, Meredith —suelto por mi bocaza. Ya he dicho antes que lo de la sutileza no va conmigo.

—¿Qué dices? —Sus ojos se abren con espanto—. ¡Eso no es cierto! ¿A que no, Isa? —Por supuesto, busca a la más amable de las cuatro para que le eche un cable.

—Yo… A ver… —La aludida se recoloca un mechón de pelo castaño detrás de la oreja—. Yo no diría que a ti se te da mal explicar… Lo más seguro es que nosotras seamos torpes y por eso no te entendemos.

—¡Oye! ¿A quién llamas torpe? —se ofende Jenna, y a la pobre Isa le desaparece todo el color de la cara.

—Lo que pretendía decir… es que… Bueno… Yo… Santo ravioli… —murmura, desesperada por hallar un modo de salir de esta—. No sé qué pretendía decir —se rinde.

—Creo que es una mezcla de ambas cosas. —Voy al rescate de mi amiga—. Meredith es una inútil enseñando cómo llegar a los sitios y nosotras tres no sumamos ni dos neuronas funcionales juntas. —Me encojo de hombros.

Todas me miran unos segundos antes de echarse a reír.

—Y de esas dos, yo creo que una está de baja —dice Jenna.

—O se ha suicidado —añade Meredith—. Pero volviendo a lo importante, viendo el panorama, vamos a esforzarnos todas porque nadie se despiste y alguna se suba al tren que no es. —Le lanza una mirada de soslayo a Jenna. Ya le ha pasado tres veces desde que llegamos a Japón.

—Yo le echo un ojo —se ofrece Isa, y la rubia asiente—. No te vas a alejar de mí hasta que lleguemos al aeropuerto, señorita. —Se engancha al brazo de Jenna.

—Si se pone rebelde, usa chocolatinas para engañarla y que te siga —sugiere Meredith.

—¡No soy un perro! —protesta Jenna—. Aunque no diría que no al chocolate, me muero de hambre.

—Ya desayunaremos al llegar al aeropuerto —le consuela Isa.

Tras un último repaso rápido para asegurarnos de que de verdad estamos listas, emprendemos el camino que nos llevará de regreso a casa… A nosotras y a un inesperado polizonte de última hora.



La temperatura exterior no suele ser un problema para los demonios. El clima tiene que ser muy extremo para que lo notemos y por los dioses que yo lo estoy notando ahora mismo. Hace *muchísimo* frío dentro de esta bodega, como la ha llamado Kaya. También huele raro, hay una vibración que nace del suelo debajo de mí, y un rugido extraño y ensordecedor lleva sonando desde hace horas.

Me acurruco un poco más contra la maleta de Kaya y me envuelvo mejor con mis alas. He tenido que desplegarlas para tener

algo con lo que cobijarme. «Solo espero que Kaya no esté pasando por todo esto», me lamento.

No soporto la idea de que su delicado cuerpo esté expuesto a este frío espantoso. Cuando se ha ido esta mañana, no llevaba suficiente ropa de abrigo para esta temperatura, podría enfermar… Los humanos son muy delicados.

«Tranquilo, seguro que ella está en un sitio más cómodo», me animo para no emprender el ascenso por las entrañas de esta bestia de metal e ir en busca de Kaya para asegurarme de que está bien.

A lo mejor estoy siendo un *poquito* paranoico y sobreprotector, pero no puedo evitarlo. No soportaría perderla cuando la acabo de encontrar.

Entierro la cabeza bajo el ala, me abrazo las rodillas y cuento mis propios latidos para serenarme. Al amparo de la oscuridad mi mente vaga sin rumbo buscando recuerdos felices, estrellas dentro de la noche que habita en mi cabeza, que me permitan mantener la calma. Igual que siempre, sus recuerdos son los que encuentro.

Su sonrisa resplandeciente cuando tendía la ropa. Sus preciosos ojos rebosantes de alegría. Los pequeños hoyuelos de sus mejillas cuando se reía de mis tonterías. Su sedoso pelo de ébano que parecía tinta líquida sobre el futón. Las dulces melodías que entonaba mientras cocinaba. El sabor de su comida llena de amor. La calidez de sus abrazos…

Han pasado seiscientos años y aún recuerdo cada detalle como si hubiese sido ayer mismo porque he atesorado cada memoria suya con el mayor cuidado. Son lo más valioso que tengo en esta vida… O lo eran hasta hace poco.

Pensar en ella me da fuerzas y me calma, aunque también duele horrores. Porque a pesar de los siglos transcurridos, su pérdida me sigue destrozando el corazón. También he guardado esa sensación con sumo cuidado porque el dolor es la prueba de cuánto la amé. Esta pena inmensa es la prueba de que ella fue mi mayor alegría. Esta oscuridad que ahora plaga mi alma es la prueba de que ella era mi sol.

Antes de ella, yo solo conocía la violencia, la lucha y la muerte. Mis manos no estaban manchadas de sangre, sino que el líquido

carmesí se había convertido en mi segunda piel. Con ella llegó la paz. Con ella descubrí lo hermoso que era este mundo en realidad. Con ella hallé una felicidad tan grande como el firmamento.

Ella me vació de todo lo malo y luego me llenó de emociones hermosas, casi tan hermosas como lo era ella. Conocí una vida mejor. Aprendí a ser mejor. Lo hice por ella, para hacerla igual de feliz que ella me hacía a mí.

Lo compartimos todo durante el breve tiempo que duró su vida… Los años que pasé a su lado fueron un suspiro, una gota en medio de la vasta inmensidad de mi existencia y, aun así, lo cambiaron todo. Me cambiaron a mí. Perderla también me cambió de una forma irremediable.

Y desde que su vida se apagó, he guardado cada momento, cada sentimiento, cada caricia y cada lágrima; lo he abrazado todo, lo bueno y lo malo, durante seiscientos años para no olvidarla. De ahí he sacado la fuerza para poder seguir adelante con mis días, aguardando paciente… «Y ha merecido la pena», sonrío.



El viaje ha sido largo, *muy* largo. Y cuando nos bajamos del avión, mis ojos vagan inconscientemente hacia la barriga de esa lata de sardinas gigante. «¿De verdad irá ahí? ¿De verdad me habrá seguido hasta aquí?».

Una parte de mí cree que es imposible que un hombre, demonio o no, se haya tirado más de diez horas echo un ocho entre maletas para acompañar a alguien que conoce desde hace menos de una semana.

Otra parte de mí espera que no lo haya hecho por dos razones. La primera y más importante, no necesito más follones en mi vida. Ya he cumplido el cupo de desgracias que le pueden acontecer a una sola persona y no he llegado ni a los treinta, joder. La segunda, me da bastante pena imaginarlo en la bodega del avión.

Y una diminuta parte de mí, una parte a la que me gustaría meterle una botella de cicuta por el gaznate, desea que sí lo haya

hecho.

Es la parte que ansía creer que todas las cosas que me ha estado diciendo ese pajarraco en los últimos días son verdad. La parte que quiere volver a confiar en otros. La parte que necesita con desesperación que alguien me demuestre que soy digna de que me quieran y me cuiden de una forma sana y normal. La parte de mí que sigue siendo una ingenua y una idiota, al parecer.

Cuando las maletas empiezan a salir por la cinta transportadora casi me espero que él aparezca tumbado sobre la mía con una de esas despampanantes sonrisas suyas. Pero no es así. No hay ni rastro del emplumado por ninguna parte.

Tampoco aparece cuando me monto en el taxi con Meredith, ya que las dos vamos en la misma dirección. Ni cuando llego a mi edificio en la zona noreste de la ciudad, cerca del parque Washington y del Jardín Botánico. Ni cuando entro en mi apartamento.

«En el fondo es mejor así», me digo, y sé que es verdad. Lo mejor para ambos es que él se haya quedado en el lugar al que pertenece, eso nos ahorrará mucho sufrimiento. Porque espero que se haya quedado en Japón… «Dios, no se habrá caído del avión, ¿no?», me agobio.

No, eso es imposible. Los aviones están perfectamente sellados, no habría podido caerse ni queriendo. «Perfectamente sellados…». Otro pensamiento horrible sustituye al primero. «¿Y si se ha asfixiado al no tener aire? ¿Es eso posible?». No, a veces viajan animales ahí. Además, es un demonio. Dudo que pueda morirse por una cosa tan tonta como el oxígeno.

Y lo que es más importante, eso no es asunto mío. Lo que le pase al Cuervo no me incumbe ni debe afectarme. Compartimos espacio vital durante unos días, él por poco me causa treinta infartos, me echó sangre en la boca cuando yo estaba inconsciente, robó una gallina para alimentarme y eso fue todo. A partir de ahora, cada uno en su casa o en su nido, y Dios en el de todos.

Un poco más serena, voy a la habitación para dejar mi maleta. No me apetece nada ponerme a deshacer el equipaje en estos momentos, aun así, lo hago para poner la lavadora porque no

soporto la idea de que los gérmenes proliferen en la ropa sucia. Recordemos que soy idiota y estoy loca.

También me doy una ducha porque tampoco soporto la idea de que los gérmenes del avión y del aeropuerto proliferen sobre mí.

Para estar más cómoda, me pongo unos pantalones de chándal y una camiseta descolorida de un concierto al que fui con las chicas hará como, no sé, *porrocientos* años. Fue mi último concierto. Después de eso dejé de salir porque conocí a… «No, no, no». Consigo detener mi mente a tiempo, sin embargo, ha estado cerca. *Demasiado* cerca.

Con la respiración un poco agitada, voy a la cocina a por un vaso de agua. Al agarrar el cristal me doy cuenta de que mi pulso tiembla levemente y me maldigo en todas las lenguas que conozco, que solo son dos, pero ya es mejor que una.

Doy pequeños sorbos. No sirve de nada. No me tranquilizo. De hecho, la visión del vaso empuja mis ojos sin querer hacia el pique y la pequeña mancha de la pared que no conseguí limpiar del todo, por mucho que froté hasta despellejarme los dedos.

De repente, mis sentidos se inundan de recuerdos. El sonido del cristal estallando. El olor de la cerveza. La visión de la espuma fluyendo por la pared como una ola. Los gritos. El miedo… «Mierda». Suelto el vaso corriendo y me agarro a la encimera para no venirme abajo.

Mis latidos cada vez reverberan con más intensidad dentro de mi pecho y las rodillas se me están convirtiendo en dos verduras cocidas. Me pongo en cuclillas por si acaso las piernas me fallan. Entierro la cabeza en las rodillas y me esfuerzo por respirar.

Por alguna estúpida razón, espero escuchar al pajarraco preguntándome si estoy bien justo antes de frotarme la espalda. Mis ojos amenazan lluvia y no sé si es por el ataque de pánico o porque aquí solo estoy yo, incapaz de lidiar por mí misma con toda la mierda que el cabrón de Ethan dejó en mi interior.

Pasa una eternidad y yo sigo echa una bola en el suelo de la cocina. La luz del exterior se apaga y las sombras lo van devorando todo a mi alrededor después de darse un festín conmigo.

Llevo tanto tiempo en esta posición que tengo todo el cuerpo agarrotado y empiezo a dudar de si seré capaz de ponerme en pie otra vez. Las dudas se resuelven solas cuando tres golpes suenan en la cristalera del balcón y yo por poco atravieso el techo del bote que pego.

Al mirar en esa dirección veo plumas y casi lloro de verdad. Ese memo está en mi terraza, saludándome con una mano, y con su estúpida y perfecta sonrisa pegada al rostro.

Ato en corto todas mis desbocadas emociones, tomo dos bocanadas de aire que ahora sí parecen llenar mis pulmones y me pongo en pie.

Camino con pasos lentos por precaución, abro la puerta del balcón y preparo mi mejor cara de indiferencia. Al final, la indiferencia se evapora cuando al Cuervo se le borra la sonrisa de un plumazo y un sentimiento violento se apodera de su rostro.

—¿Qué…? ¿Qué pasa? —pregunto nerviosa.

Él me hace a un lado con cuidado y entra en el piso, deambula por el salón, mira en todas direcciones como si buscase algo, luego se da la vuelta, me contempla unos segundos y sus brazos se me tragan viva.

Mis nervios se tensan ante el inesperado abrazo y, sobre todo, ante la ferocidad del mismo. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que me han abrazado como lo está haciendo ahora él.

Me estrecha tan fuerte contra su pecho que cualquiera diría que intenta meterme dentro de su cuerpo. El olor a fósforo quemado está por todas partes y la frialdad de su piel atraviesa las capas de ropa que nos separan y me alcanza; sin embargo, no me molesta.

Una de sus manos abandona mi espalda y me acaricia varias veces la cabeza, después aparta mi cabello y lo coloca tras mi oreja, desatando un cosquilleo que rápidamente se convierte en un incendio descontrolado cuando me susurra al oído:

—Perdona por haberte dejado sola tanto tiempo. Me ha costado mucho seguir tu rastro y llegar aquí sin ser visto. Este sitio es un caos de gente, ruido y luces, y he tenido que esperar a que oscureciese para poder moverme entre las sombras.

—Sí, bienvenido a los Estados Unidos —intento bromear—. Y no pasa nada. Podías haberte tomado todo el tiempo del mundo. Podías no haber venido porque yo estaba perfectamente bien —miento como una condenada, y creo que él lo sabe porque me abraza más fuerte.

—Lamento haber tardado tanto —repite—. Y ahora vamos a que te pongas cómoda y te abrigues bien.

El brazo que aún tiene en mi espalda desciende hasta mi cintura, él se gira y me carga sobre su costado sin el menor esfuerzo.

Se me escapa un sonido nada digno de una señorita, ni de un ser humano, ya que estamos. Creo que ni una alimaña atropellada haría un ruido semejante. El Cuervo se limita a reírse y cierra el balcón.

Me lleva derecha al sofá y me deposita en él, igual que hacía con la butaca del hotel. También se arrodilla delante de mí y me estudia el rostro con una atención digna de un alumno de matrícula de honor.

—¿A qué venía eso de abrigarme? —le interrogo, por distraerme del hormigueo de mis mejillas y de mi estómago.

—Hacía mucho frío durante el viaje, por poco se me congelan las plumas. —Hace un mohín y se acaricia la cabeza un par de veces. Parece un niño enfurruñado y, para mi más absoluta vergüenza, lo encuentro jodidamente adorable—. Estaba preocupado por ti. Tenía miedo de que enfermases. ¿Estás bien? —Envuelve mis manos con las suyas.

Me siento culpable porque yo he viajado en un lugar climatizado y me han dado dos mantas mientras él iba con las maletas. Pero supongo que me sentiré todavía peor si dejo que se preocupe sin motivos. «Espero que no se enfade al saberlo…».

—Donde yo estaba sentada no hacía tanto frío y me han dado mantas para taparme.

Su sonrisa por poco me abrasa las córneas.

—¡Eso es estupendo! Menos mal. —Suspira, y cualquiera diría que el aire lo he soltado yo porque de pronto me siento más ligera —. Bien, pues entonces solo queda ocuparnos de una cosa. ¿Qué vamos a cenar? ¿Quieres que salga a buscar algo?

—¡No, por Dios! —Aquí no va a encontrar gallinas por ningún lado y no quiero saber qué dejaría a cambio de la comida. Una rata de las alcantarillas, tal vez—. Mientras estés aquí, no saldrás a por comida ni intercambiarás animales vivos por bienes, y se acabó lo de no pagar por las cosas, ¿entendido? —Le apunto con un dedo.

—Entonces, ¿qué vamos a comer?

—Tú, no sé. —No quiero sentar malos precedentes y que crea que yo le voy a hacer la comida a diario—. Yo comeré lo que cocine, igual que siempre.

—¡¿Vas a cocinar?! —Sus ojos se iluminan y juraría que se le han levantado las plumas del cogote.

—Sí, voy a cocinar *para mí* —separo bien las sílabas para que le quede claro.

—¿Y yo puedo probar algo de lo que cocines? Solo un poquito. Por favor. *Por favor*. —Alarga la última palabra de un modo infinito y su sonrisa es tan amplia que puedo verle hasta las muelas. Solo le falta ponerse a dar saltitos y a aplaudir.

Una de mis cejas se muda a lo alto de mi frente por culpa del escepticismo. «¿Se puede saber qué tripa se le ha roto a este bicho raro? ¿Y esta obsesión con mi cocina?». Porque tampoco es que yo sea una chef de tres estrellas. Ni de dos. Ni de media.

«A lo mejor se cree que haciéndome la pelota va a conseguir que cocine para él también».

—Por favor, Kaya —suplica—. Aunque solo sea un bocadito. Uno chiquitito. Un poquito de nada. Por favor.

«Esto es peor que tener a un perro rogándote por las sobras, joder». Y sé lo que digo porque mis padres siempre han tenido perros en casa y todos se metían debajo de la mesa a la hora de comer para torturarme con sus ojos de cachorro y babearme en el regazo, pidiendo cualquier migaja que tuviese a bien darles.

—Por favor. Por favor. Por favor. —Se mece en el sitio y a mí me da acidez de estómago de verlo.

Como no cedo ni respondo, me vuelve a coger las manos. Ahora que estoy un poco más calmada, me percato de que está más frío que de costumbre. Su nívea piel ahora parece agua helada, pues hay un leve matiz azulado en el dorso de sus manos.

«Se ha quedado como un chuzo en la bodega del avión». La acidez de estómago aumenta a la par que mi cabreo. Cabreo conmigo misma y ni siquiera comprendo bien las razones.

A lo mejor es porque está empezando a importarme esta versión demoníaca de un golden retriever, porque me siento responsable por sus penurias o porque estoy a punto de ceder como una gilipollas a su petición.

Suspiro por no ir y darme de cabezazos contra la encimera de mármol hasta cascarme la cabeza que, al parecer, tengo llena de serrín en vez de sesos.

—Cocinaré algo para los dos…

Unos brazos me rodean y al segundo siguiente estoy volando por los aires y girando.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, Kaya!

—Ni gracias ni nada, ¡bájame, joder! —exclamo, abochornada y abrumada por su reacción. Cuando mis pies vuelven a tocar el suelo y consigo tragarme de vuelta el corazón, añado—: Y será solo hoy. Hoy haré la cena para los dos y eso será todo. No volverá a suceder *nunca más* —le advierto muy seria.

—Lo que tú quieras —sonríe el Cuervo, entusiasmado.

Spoiler: si volverá a suceder. Y en repetidas ocasiones, además. Y no será solo la cena.

CAPÍTULO 7 - LA TIRITA

Me llevo la taza de café a los labios y por encima del borde observo atentamente al Cuervo. Está sentado tan tranquilo en mi sofá, comiéndose la tercera tortilla del día… Y no son ni las diez de la mañana.

La pálida luz de mediados de diciembre arranca suaves reflejos índigo a sus plumas y hace que su piel parezca más pálida y perfecta que de costumbre.

Lo cierto es que, si ignoras las garras, los colmillos y la melena hecha de plumas, es muy atractivo. Incluso sin ignorar todo eso sigue siendo atractivo, joder. Pero ya se sabe que en la naturaleza las cosas más hermosas suelen ser las más mortales.

Además, da igual si es atractivo, mitad pájaro o un demonio. Por encima de todo es un hombre. Y ese es el problema. Los hombres dan asco. No te puedes fiar de los hombres. Aunque afirmen ser tu guardián y estar aquí para protegerte de todo mal.

Cosa que el Cuervo lleva haciendo los últimos dos meses y medio. Sí, dos meses y medio. Ese pajarraco infernal con pestañas de supermodelo lleva viviendo aquí, del cuento, casi *tres* meses. Ha hecho de mi apartamento su nuevo nidito, literalmente, y tampoco es que me esté protegiendo de gran cosa. Lo máximo que ha hecho hasta ahora es matar un bicho.

Aunque siendo totalmente sincera, cuando lo vi salir de debajo del sofá, por poco me arrojo al vacío desde la ventana, así que ese día sí que me salvó la vida. Pero solo ese día. El resto del tiempo no hace nada útil.

Mi mala conciencia empieza a darme toquecitos con un dedo huesudo y puntiagudo. Resoplo, exasperada, y reprimo las ganas de partirme la taza en la cabeza.

Supongo que, si vamos a ser *totalmente* sinceros…, debo admitir que sí me ayuda con otros temas. Siempre que la ansiedad amenaza con tragarme viva, él está ahí al segundo. Cuando tengo un mal día o estoy triste, siempre consigue hacerme reír. Está pendiente de mí, intenta ser útil en casa… Y gracias a Dios no ha vuelto a cometer más delitos. Sin embargo, no sé si todo eso me compensa.

No quiero bajar la guardia y que me vuelvan a engañar. Y con él pululando por aquí, con todas esas sonrisas despampanantes, esa gentileza, esos músculos y esas declaraciones de devoción totalmente inapropiadas; a veces me olvido de que los hombres son caca de la vaca.

Capto un movimiento en la periferia de mi visión y eso me arrastra de vuelta a la realidad. El emplumado se estira y bosteza, dejando a la vista sus colmillos de tiranosaurio.

Antes, esos dientes me daban pavor. Eran un recordatorio de que este chico es un depredador y de que, comparada con él, yo tengo el mismo poder de destrucción que una lombriz de tierra. Si él quisiese darse un festín con mis tripas, yo solo podría preguntar si las quiere fritas o al vapor. Sin embargo, por alguna razón (tal vez porque soy una descerebrada o porque he vivido con cosas peores), ya no me dan ningún miedo ni sus dientes ni él.

El Cuervo se dirige con pasos perezosos a la cocina. Al pasar a mi lado, me sonríe de esa forma dulce, cálida y luminosa; esa que hace que me den ganas de apuñalarme los ojos con un tenedor porque me perturba de un modo que no quiero (ni debo) analizar.

Abre la nevera y mete medio cuerpo dentro. «Qué cosa más adorable», pienso con ironía. Lo siento, pero que sea un ente demoníaco lo puedo tolerar; que sea antihigiénico, no.

—Oye, Kaya, no nos quedan huevos —me informa con tono lastimero.

—No soy yo la que se ha comido tres tortillas en lo que va de mañana —le reprocho—. Come otra cosa.

—La tortilla es de las pocas cosas que me has enseñado a cocinar —se queja.

Ahí tiene razón. Desde aquella primera cena que le hice (durante la cual juro que me pareció ver que se le saltaba una lágrima), me

ha pedido en repetidas ocasiones que le enseñe a cocinar. También a hacer otras tareas de la casa.

Que haga la colada, que quite el polvo o que barra no me importa; incluso lo agradezco. Sin embargo, verlo manipular la comida con esas garras como mejillones es algo que *no* soporto. Así que me he limitado a enseñarle las recetas más básicas, entre ellas, la tortilla.

—Hazte una ensalada o come fruta, eso no necesitas cocinarlo —sugiero. Su gesto se arruga en una mueca de desagrado. «Por Dios, ni que fuese un niño de cinco años»—. No puedes comer siempre huevos, tienes que ampliar tu repertorio de alimentos o, al final, te va a dar anemia, escorbuto o la menopausia, yo qué sé. —Por la cara que tiene es evidente que no le estoy convenciendo, así que cambio de estrategia—. Además, no creo que *tú*, precisamente, debas comer huevos.

—No comprendo a qué te refieres. —Enarca una ceja.

—¿No eres medio pájaro? ¿No se considera canibalismo o algo así?

—¿Y? —Su cara es de confusión absoluta. La mía también.

—¡Pues que está mal, tarugo!

—Ah, ¿sí? Primera noticia que tengo al respecto —declara sorprendido. Tengo que agarrarme a la encimera para no caerme del taburete. «Estoy viviendo con un perturbado»—. Y no me llamo Tarugo, ya lo sabes. Me llamo Karasuhito.

—Por mí como si te llamas Barbie.

—Kaya, tengo hambre… —gimotea de forma lastimera. El Cuervo cierra la nevera y se cuelga de mis hombros—. ¿No puedes preparar algo, por favor? —suplica—. Yo te ayudo. ¡Hagámoslo juntos!

—¡Quita de encima, bicho! —Me sacudo de malas maneras porque no es solo su risa lo que me perturba de una forma que no quiero analizar, también su contacto y su olor. Él se ríe y se pega más—. ¡Y deja de comerte mi comida! —estallo, por los nervios—. Eres un demonio, ¿no? Pues búscate la vida. Seguro que puedes alimentarte de culebras, ratas, sapos, cucarachas o alguna marranada. —Me da una arcada al imaginarme eso.

—No sé con qué clase de bestia me estás confundiendo, pero soy un demonio. Puedo comerme tu comida o a ti, tú decides —me susurra al oído con un tono que esconde abundantes notas de diversión bajo la superficie.

«Yo no le veo la gracia por ningún lado, maldita sea». Su amenaza no me ha dado miedo porque sé que el pajarraco no iba en serio. A pesar de eso, no me gusta que me susurren que me van a devorar… O igual sí… «Mejor no pienso en eso tampoco».

—Ya voy a hacerte algo rápido —refunfuño. Si cedo, seguro que el emplumado me deja en paz de una vez.

—¡Muchas gracias! —Aplaude con la misma alegría que un crío—. Y déjame ayudarte. Así aprendo más recetas y la próxima vez que pase esto ya no te molesto ni te doy más trabajo.

Suspiro resignada. Supongo que es por cosas como esta por las que no lo he echado aún de mi casa ni he traído a un cura para que lo exorcice. Es un monstruo, sí, pero por lo menos es considerado y se esfuerza por ayudarme.

Me levanto, me lavo las manos durante cuarenta segundos (el doble de los recomendados porque una nunca está lo suficientemente limpia, segura ni loca) y voy hasta el frigorífico a ver qué puedo preparar.

El loco de las plumas por pelos sigue abrazado a mi espalda.

—Así no puedo cocinar —le increpo, intentando que se separe de mi cogote.

—No quiero soltarte.

—Quita de encima. No eres un koala —insisto—. ¿Es que tus padres no te enseñaron a respetar el espacio personal?

—Los demonios no tenemos padres —me informa. Se me olvida lo mucho que me exaspera y me da un poco de lástima—. Y no entiendo a qué te refieres con eso de "espacio personal".

—Siento mucho que seas huérfano, pero eso no te da derecho a colgarte de mí. No soy tu árbol de eucalipto —contesto, tratando de reunir algo de paciencia.

—Es que me gusta abrazarte. Eres blandita y calentita…

«A la mierda la lástima y la paciencia».

—¡Tampoco soy una jodida bolsa de agua caliente! ¡Quita, leches!

El muy… tiene la desfachatez de reírse.

—Para tener un aspecto tan dulce, tienes un carácter de lo más espantoso.

—¡Lo único espantoso aquí eres tú! —me defiendo—. Y si nadie te ha enseñado lo que es el espacio personal, haz lo que toda persona decente y normal, búscate un tutorial en internet que te lo explique.

Ahora ya puedo decirle esas cosas porque le he dado un curso intensivo sobre internet, las nuevas tecnologías y los electrodomésticos. Le costó un poco asimilarlo todo y adaptarse, pero lo cierto es que se esforzó mucho. Como con todo.

—También me gusta abrazarte porque hueles muy bien. —Me husmea la nuca y entre el escalofrío que me baja por el cuello y el cumplido, se me pasa un poco el enfado—. Hueles igual que el flan de huevo.

Mi enfado repunta y por poco le atizo con la tabla de cortar. Me da igual si es cierto que mi pelo huele a flan porque mi champú es de vainilla, no voy a tolerar que me compare con algo amarillo y de consistencia cuestionable.

Mis amenazas no sirven de nada. El pegajoso del Cuervo no me suelta y observa atentamente todo lo que hago por encima de mi hombro para aprender. Y yo me veo obligada a hacer malabares para cocinar con un cuerpo que me saca casi dos cabezas de altura y media puerta de ancho colgado a la espalda.

Como era de esperar, al final sucede una tragedia. Me corto en el antebrazo con la punta del cuchillo y la versión escarlata de la Fontana de Trevi se materializa en mi cocina.

No me enorgullezco mucho de esto, pero la sangre me da asco. Me da *mucho* asco. Casi tanto como los gérmenes. Un sudor frío me empapa la espalda y me fallan las rodillas. Me habría caído de culo si el emplumado no me llega a tener bien sujeta.

Unos brazos fuertes me levantan por los aires y me depositan con cuidado en el sofá, donde me quedo tirada más lánguida que una acelga hervida. Soy incapaz de abrir los ojos.

—Kaya, ¿cómo te ayudo? ¿Quieres que te chupe la herida? —me pregunta él, agobiado.

—Joder, no. ¡Qué asco! —El estómago me pega una violenta sacudida. Ya me hizo beber su sangre, no hace falta que lo repitamos en el sentido inverso.

—Entonces, ¿qué hago?

—En el baño hay tiritas, tráeme una… O dos, o veinte, no sé.

—¿Qué es una tirita?

—Madre mía, qué merluzo. —Aunque tampoco puedo culparlo, no sabe *nada* del mundo moderno. Va aprendiendo sobre la marcha —. Son unas cosas alargadas con una parte blanca que absorbe la sangre.

—¡Vale! ¡Lo tengo! ¡Tiritas!

Me suelta la mano y escucho sus pasos salir a la carrera en dirección al baño. Al sonido de sus pies le siguen los golpes de cajones y de cosas moviéndose y cayendo al suelo.

Pensar en el desastre que está armando en mi perfectamente ordenado cuarto de baño me da ganas de llorar. A pesar de eso, por una vez me callo y no me quejo, dado que lo está haciendo para ayudarme.

Después de lo que me ha parecido una eternidad, él regresa y me pega *algo* en el antebrazo. «¿Por qué parece gigante?». Sabiendo que la herida está tapada, me atrevo a abrir los ojos. Al segundo me arrepiento *profundamente*.

—Esto… Esto no es una tirita… —titubeo—. Esto es una compresa…

—Pero es alargada, tiene una parte blanca y en el paquete ponía para sangre abundante. Y tú estás sangrando abundantemente.

Parpadeo varias veces, perpleja. No sé si reír o llorar. Y lo peor es que no me puedo enfadar porque él tiene razón.

—Muchas gracias —claudico. No tengo fuerzas para seguir discutiendo.

—De nada, ya sabes que estoy aquí para ayudarte y protegerte —asegura, con una sonrisa satisfecha en la cara después de su asombrosa *hazaña*.

«Desde luego tiene que estar *orgullosísimo* de su papel de guardián», pienso con un sarcasmo más ácido que el zumo de lima. En dos meses y medio me ha protegido de un bicho y ha evitado que me desangrase pegándome una compresa en el brazo. Le van a dar el premio al empleado del año.

Sin embargo, la realidad es que ahora sí me ha ayudado mucho. De no ser por él, me habría partido la crisma en la cocina al desmayarme. Así que, por no hacerle sentir mal, me paso el resto del domingo con una compresa de noche pegada al brazo.

CAPÍTULO 8 - TRESCIENTOS

Mientras Kaya se peina y se arregla para ir a trabajar, yo recojo el futón en el que duermo. Ella me ofreció dormir en el sofá, que al parecer puede convertirse en una cama gracias a algún conjuro, pero rechacé la idea porque me parecía demasiado extraño.

Yo pensaba pasar las noches en el suelo, me bastaba con eso. Entonces ella sugirió la idea del futón. A eso sí accedí porque me recuerda a mi hogar, me es familiar y me resulta reconfortante. Y Kaya fue tan amable de comprar uno para mí.

También me compró ropa para que no tuviese que llevar siempre el mismo yukata. Aunque creo que eso lo hizo para que no fuese por ahí desnudo mientras el yukata se lavaba. A mí me daba igual, no me avergüenzo de mi cuerpo; aun así, le agradezco el detalle.

Es verdad que a veces puede ser un poco gruñona y su carácter tiende a volverse beligerante con demasiada facilidad, pero no me molesta ni se lo tengo en cuenta.

Primero, porque cuando se enfada sus mejillas se hinchan y sus labios se fruncen de una forma adorable.

Segundo, porque entiendo la razón de que sea así y no es culpa suya. Hay demasiados sentimientos negativos en su interior y es imposible que alguien pueda manejar todo eso sin perder los nervios de vez en cuando.

Y tercero, porque sé que en el fondo sigue siendo la misma Kaya dulce, generosa y atenta de siempre. Lo demuestra con detalles de los que creo que ni ella misma es consciente.

Es un alivio saber que aún hay luz en su corazón a pesar de toda la angustia que habita en ella. También me alegra ver que cada día sonríe más, sus hombros están menos tensos y su mirada se va aclarando poco a poco.

Todavía no he encontrado al hombre que le hizo daño y que sigue siendo una amenaza para ella. No creo que pueda hacerlo hasta que Kaya me cuente lo que le ha pasado y me dé detalles sobre él, o hasta que él dé la cara.

De momento me conformo con estar a su lado, apoyarla, ayudarla a sanar su espíritu y protegerla de otras amenazas, como lo de ayer con el cuchillo.

La pobre perdió mucha sangre y su cuerpo no es precisamente muy grande. Miro con preocupación hacia la puerta del baño. «¿Cuánto tardan los humanos en reponer la sangre perdida? ¿Y si se desmaya en el trabajo?». De pronto, noto mucho frío y una sensación tensa dentro del pecho.

—Kaya, ¿estás segura de que puedes ir a trabajar? —La inquietud que siento se filtra en mi tono.

Ella se gira, con el cepillo aún en la mano y me mira extrañada.

—¿Por qué no iba a poder?

—¿No te duele el brazo? ¿Te sientes débil? Ayer perdiste mucha sangre…

Agita el cepillo con brío como si espantase un insecto.

—Pierdo mucha más sangre cuando estoy con la re… —Se calla de golpe, sus ojos se abren muchísimo y su piel se incendia.

Me quedo embobado mirándola. Cuando se sonroja está muy bonita. Bueno, siempre está preciosa, pero el rubor acentúa los brillos caoba de su cálida melena castaña creando un efecto cautivador. «Céntrate», me regaño. No puedo distraerme con esas cosas, tengo otro asunto importante entre manos.

—¿Cuando estás con qué? —inquiero.

—¡Con nada! ¡Olvídalo! —dice apurada.

—Si hay algo que te hace daño y pierdes sangre por eso, quiero saberlo —afirmo, y me acerco un paso.

—No, no quieres.

—Claro que quiero.

—¡Te aseguro que no! —Su voz suena anormalmente aguda.

—Kaya… —La advertencia es clara—. Dímelo.

—No pienso discutir contigo mis ciclos menstruales.

«¿Ciclos…?». Por fin todo se conecta en mi cabeza.

—Oh…

—Sí, *oh* —me bufa—. Y ahora deja que termine de arreglarme o voy a llegar tarde al trabajo por tu culpa. —Me empuja para echarme y no consigue moverme ni un centímetro.

—¿De verdad te sientes bien? —insisto.

—¡¡*Pesado*!! —estalla, a la vez que me arrea con el peine. Ha sido más una caricia que un golpe. Intento contener la risa y fracaso miserablemente. Eso solo la enfurece más y me da otra vez—. Me duele un poco la herida y verla me da *mucho* asco; al margen de eso, estoy bien. Ahora, ¡largo de mi baño o te juro que te desplumo como a un pavo el día de Acción de Gracias!

No he entendido la mitad de las cosas que me ha dicho, aun así, ver esos mofletes hinchados y sonrojados como dos manzanas y esos labios fruncidos basta para hacerme sonreír. «No puede ser más hermosa», me maravillo.

Por no agraviarla más, le hago caso, salgo del baño y voy a la cocina para ir preparando las cosas que tiene que llevarse.

Ya he aprendido que siempre que va al trabajo necesita la cartera, el móvil, las llaves, la tarjeta identificativa, la comida, su botella de agua, el desinfectante de manos (dos botes), las toallitas alcohólicas y pañuelos. Y ahora que hace frío, los guantes y la bufanda.

Lo coloco todo como ella me enseñó y aguardo a que acabe de peinarse.

—Gracias —murmura, al ver que ya lo he preparado todo.

—No se merecen —sonrío—. Solo quiero ayudarte en todo lo posible.

—Igualmente, gracias. —El rubor vuelve a florecer en su rostro.

—Cuídate mucho hoy —le ruego—. Y si en algún momento te encuentras mal, recuerda que solo tienes que llamarme y estaré ahí en menos de un latido, ¿de acuerdo? —Ella asiente de forma distraída—. Porque recuerdas cómo me llamo, ¿no?

Kaya nunca se ha dirigido a mí usando mi nombre y no sé si se abstiene de hacerlo porque no quiere o porque realmente no lo recuerda. Siempre me llama otras cosas, lo cual me apena bastante. La forma en la que sus labios acariciaban mi nombre, con ternura y

suavidad, era una de las cosas que más feliz me hacía en este mundo.

—No importa si lo recuerdo o no porque no voy a llamarte. Estoy perfectamente —asegura con obstinación.

Me trago el suspiro resignado que pugnaba por escapar de mi boca.

—Por si acaso, me llamo Karasuhito.

—Bien por ti. —Se pone el abrigo, se cruza el bolso sobre los hombros y se cuelga la mochila a la espalda. Con tantos trastos a su alrededor parece *tan* pequeña. Antes de que la opresión del pecho me impida moverme, la abrazo fuerte—. No me estrujes tanto que no puedo respirar —protesta.

—Si puedes hablar, es que puedes respirar —me río.

—Majadero.

Me aparto lo justo para poder mirarla a los ojos.

—Ten mucho cuidado. Y llámame si me necesitas. Estaré aquí, esperando tu regreso.

Separarme de ella me entristece, pero me obligo a sonreír para infundirle ánimos. El tiempo que llevo a su lado también he aprendido que detesta los lunes con fervor.

Kaya pone los ojos en blanco.

—Estoy empezando a pensar que la pesadez aumenta con los años… Y tú tienes más de ochocientos…

—No sé qué quieres decir con eso —admito.

—Pues ya tienes algo en lo que pensar mientras yo no estoy. Me marcho. Cuida de la casa y pórtate bien —me dice, igual que todos los días cuando se va.

Aunque es una forma de despedirse un tanto peculiar, la acepto igualmente. Cualquier palabra que venga de ella es bien recibida.

Antes de que se vuelva a ir, la abrazo rápidamente por segunda vez. Ella corresponde mi gesto dándome unas palmaditas en la espalda y eso sirve para animarme de golpe.

Su actitud conmigo sigue siendo precavida y distante la mayor parte del tiempo, sin embargo, se va suavizando poco a poco y yo no pierdo la esperanza de que en algún momento me recuerde. Sé

que lo hará. De momento, lo importante es que yo sí la recuerdo a ella. Lo recuerdo *todo*.

—¡Que tengas un buen día! —me despido con tono alegre, y me asomo al pasillo para decirle adiós con la mano antes de que Kaya se monte en esa caja que sube y baja.

Una vez que ella se ha ido, ya puedo ocuparme de las tareas de hoy. Tengo que limpiar, hacer la colada y que no se me olvide buscar qué es eso del "espacio personal". Y ya que estoy, igual puedo investigar sobre lo de la pesadez y la edad porque me he quedado con las dudas.

Meto la ropa sucia a la lavadora. Debo admitir que el mundo moderno tiene sus ventajas. No tener que buscar un río para lavar es una auténtica maravilla. Y tener agua caliente con solo abrir un grifo parece obra de los dioses. Aunque sin lugar a dudas lo que más me entusiasma es el frigorífico.

Ese aparato puede guardar cantidades ingentes de comida y, además, la conserva durante semanas. Cuando Kaya me lo explicó, me dieron ganas de arrojarme a los pies de esa mole gris y llorar de alegría.

Igual que siempre, me quedo sentado en el suelo hasta que veo a través de la ventanita redonda que la ropa empieza a girar y que aparecen olas blancas de espuma. Después me centro en la tarea de limpiar.

Ya que estoy en la cocina, empiezo por aquí. Cojo el… el… «¿Esto se llamaba estropajo o espantajo?». Todavía tengo algunos problemas con ciertas palabras en este idioma. Sobre todo con los nombres de cosas que no existían la última vez que yo moré entre humanos.

Me paso una mano por las plumas, intentando hacer memoria. «Yo creo que era estropajo… ¿O a lo mejor era espumarajo? No, eso es otra cosa. Tiene que ser estropajo. Estoy casi seguro».

Cojo el estropajo y me percato de que tiene algunas zonas oscuras y la parte verde que parece un musgo rasposo ya ralea.

«Si Kaya ve que está tan sucio y desgastado, igual se disgusta. Igual le dan arcadas otra vez», me agobio. A esa pobre chica le dan

más náuseas que a cualquier ser humano que yo haya conocido nunca.

Voy al armario donde guarda los productos de limpieza y los recambios, pero no veo más estropajos. Tengo el último en la mano.

Ayer ya le pedí que comprase huevos, no quiero seguir dándole más trabajo, se supone que estoy aquí para ayudarla. Sin embargo, yo no puedo ir a la tienda. Le prometí que no saldría de casa a menos que fuese una emergencia. «Igual no me hace falta salir para conseguir más». Sé que ella compra cosas usando esa pantalla portátil que está conectada a internet. La he visto hacerlo varias veces, no puede ser tan complicado. Creo. Espero.

Por hoy me apaño con el estropajo usado y cuando la lavadora termina, meto la ropa en la secadora. Este también es un gran invento. La ropa se seca en un par de horas y sale calentita y esponjosa, como una nube que ha estado toda la tarde al sol.

Con todas las tareas hechas, cojo la pantalla en miniatura, me siento en el sofá e intento averiguar cómo comprar los estropajos, qué es el espacio personal y por qué la pesadez aumenta con la edad.

Me lleva un buen rato familiarizarme con el tema de las compras, pero finalmente estoy listo para hacer mi primera transacción por internet. Siento un revoloteo de excitación en el estómago, seguro que Kaya va a estar *muy* orgullosa de mí.

En el último segundo, aparece un escollo en mi camino. «Pack de tres. Pack de diez. Pack de trescientos… ¿Qué es esto?».

Kaya me dijo que nuestro edificio es el número trescientos. «Significa eso que este es el que tengo que comprar para que sepan que tiene que llegar aquí? Es probable, porque esta ciudad es inmensa y un caos».

Cuando tengo la confirmación de que mi compra se ha realizado con éxito, me dan ganas de aplaudir. «Bien, ahora pasemos a lo del espacio personal».

Teclear en la pantalla con mis garras es complicado y por eso acabo pulsando un botón que no es el que yo quería. «Oh». Se abre una página sobre parejas. Intento retroceder. «Oh, vaya». Acabo no

sé cómo en un sitio con consejos para conquistar a un hombre. «Vamos para atrás y… ¡Ay, madre!».

—¡¡Atrás, demonios!! —grito, cuando un anuncio gigante aparece de pronto en la pantalla con imágenes de señoritas *muy* ligeras de ropa y con demasiada piel expuesta—. ¡No vais a tentarme! ¡Mi corazón y mis ojos le pertenecen a Kaya!

Con la vista fija en el techo, presiono la pantalla como un energúmeno para cerrar corriendo esa ventana. Por poco parto el aparato en dos y por alguna misteriosa razón, acabo en otra página sobre cómo cazar un marido millonario.



La mañana está siendo tranquila. El brazo me molesta un poco, pero no es un dolor insoportable. Seguramente es de mover tantos libros para colocar las devoluciones del viernes en las estanterías.

Trabajo de bibliotecaria en la facultad de ciencias de la Universidad de Washington. Es la misma universidad en la que me gradué. Las chicas y yo estudiamos aquí, así es como nos conocimos.

Meredith también trabaja en la universidad. Terminó su doctorado en Química el año pasado y el departamento la contrató para continuar el proyecto de su tesis. Isa es enfermera pediátrica en el Hospital Universitario Montlake que está aquí al lado. Y Jenna trabaja en una sucursal del banco Wells Fargo que también está cerca.

Esto es una bendición porque así nos reunimos a diario para comer juntas en una de las cafeterías del campus. Meredith, Isa y yo seguimos vinculadas a la universidad, así que no hay problema. Y a Jenna la dejan pasar porque antes trabajaba ahí y todos la conocen.

La hora del almuerzo es mi pequeño oasis en medio de la jornada laboral. Y no es que mi trabajo no me guste, porque no es así. Amo los libros, amo leer, siempre quise dedicarme a esto y algún día aspiro a trabajar en una biblioteca inmensa llena de novelas. Mientras tanto, esto está bien para ganar experiencia y pagar las facturas.

Lo que no me gusta es mi jefe. Ese hombre de carácter agriado, con la empatía de una coliflor y con unos antihigiénicos pelos que le salen de las orejas y de la nariz como plumeros grises. Me tapo corriendo la boca para contener una náusea. También tiene siempre una capa de pelusilla cubriéndole el labio superior y parte de las mejillas.

Ese impresentable la tiene tomada conmigo desde que mi ex montó dos escándalos aquí. De algún modo, ese señor con más pelo facial que un kiwi me responsabilizó a mí de lo ocurrido y desde entonces me trata fatal.

No lo aguanto. Y esta tarde tengo una reunión con él. Solo de pensar en ello me da acidez de estómago. «Menos mal que en quince minutos veo a las chicas», me animo al comprobar la hora.

De repente, se me ponen los pelos de la nuca de punta y un escalofrío se desliza por mi piel. «¿Qué coño me pasa?». Mis latidos se aceleran y mi respiración va detrás. Algo no está bien. Tengo la impresión de que… «De que me están observando».

Me quedo paralizada a medio camino de dejar un libro sobre vacunas en la estantería. Tengo miedo de darme la vuelta para comprobar si realmente hay alguien ahí o no.

Se escucha un chirrido, el ruido de una suela sobre el linóleo, y el pánico inunda mi boca. «Respira, maldita sea», me ordeno. «Estás en un sitio público, es normal que haya gente, que se oigan ruidos y que alguien te haya mirado», razono.

El problema es que el pánico no atiende a razones, el pánico solo sabe de sensaciones y las mías están a punto de sepultarme.

Sigo paralizada, hundiéndome en una ciénaga invisible y, aun así, muy real para mí. Lo único que se mueve es mi pecho y lo hace a una velocidad anormalmente rápida.

Mis dedos están tan crispados alrededor del lomo del pesado libro que me duelen los tendones de la mano. El dolor se propaga como un latigazo cuando el corte de ayer se estira más de la cuenta. Casi espero sentir en cualquier momento las gotas calientes deslizarse por mi piel.

Al pensar en la sangre mi mareo empeora y, entonces, en medio del pringue pegajoso que cubre toda mi mente, aparece una

imagen. Una compresa de noche pegada a mi antebrazo.

Algo trepa por mi garganta y un sonido a medio camino entre una risa y un gruñido se escapa de mis labios. Ese sonido evoca otra imagen, la sonrisa del Cuervo cada vez que me escucha reír. Un pequeño sol florece en medio de la noche más oscura.

Me estabilizo y logro controlar al fin mi desbocada respiración. «Solo te lo estás imaginando», me reprendo una vez que estoy algo más calmada. Sigues paranoica y como has pensado en las veces que ese cafre se presentó aquí, ahora estás alucinando.

Aunque lo cierto es que la semana pasada ya me ocurrió algo similar dos días y entonces no había pensado en nada ni en nadie previamente. Simplemente me sentí observada de repente y todo mi cuerpo se puso en situación de alerta máxima.

Me obligo a guardar toda la ansiedad en un cajoncito reforzado y continúo con mi trabajo como si nada hubiese pasado. Fingiendo que todo está bien. Que yo estoy bien. Igual que llevo haciendo desde hace meses.

—La Navidad está a la vuelta de la esquina —comenta Jenna, antes de llevarse una cucharada de puré a la boca.

—Todavía quedan tres semanas, no jodamos ya con el espíritu festivo, *por favor*. —Meredith frunce el ceño.

—Tú calla, Grinch —replica Jenna, y se me escapa una risilla—. ¿Vamos a celebrarlo juntas este año?

—Yo vuelvo a casa a pasar las fiestas con mi familia —se disculpa Isa.

Ya lo sabía. De hecho, yo me voy a quedar con Aceituna, la gata de Isa, las dos semanas que ella va a estar en Nueva Jersey. Esa bolita de pelo es un amor, igual que su dueña.

—Yo también vuelo a San Francisco el día veintidós —añade Meredith.

—Suertudas… A mí me han endilgado los turnos de Navidad en el trabajo —se lamenta Jenna.

—Ya sabes que yo estaré aquí, puedes venir conmigo si quieres —le consuelo.

A diferencia de ellas, mi familia vive aquí en Seattle a las afueras de la ciudad, así que yo no tengo que viajar, cosa que agradezco muchísimo. Además, este año tengo un problema añadido: el emplumado.

No tengo ni idea de cuántos días puede quedarse solo un demonio si le dejas comida y agua en abundancia. Aunque considerando que el perturbado me siguió desde Japón, imagino que, si viajase dentro de los Estados Unidos, vendría conmigo. Lo cual me plantea otra duda: «¿podría ir en el asiento del tren o tendría que meterlo en un transportín?».

—¿A tu familia no le parecerá mal? —me interroga Jenna.

—¿Mal? —me río—. Mis padres te adoran. A todas —añado. Ellas son las que se quedaron a mi lado cuando todo se fue a la mierda y mi familia lo sabe—. Estarán encantados de que celebres las fiestas con nosotros. Si a ti no te importa pasar la Navidad rodeada de un grupo de pelirrojos bolingas y ruidosos, eres bienvenida.

La familia de mi madre procede de Japón, sin embargo, la de mi padre tiene raíces escocesas. Son todos pelirrojos, de ojos verdes, pecosos, con voz atronadora y se toman *muy* en serio lo de celebrar cualquier fiesta, especialmente la Navidad.

—Muchas gracias, Kaya. Me quedo más tranquila —admite ella—. Aunque me da pena no veros también a vosotras esos días.

—No me ibas a ver de todos modos —suelta Meredith—. Mis actividades navideñas favoritas son hibernar y tratar de no morir de una indigestión. No piso la calle a no ser que me arrastren de los pelos. —Se pasa la mano por su larga coleta rubia—. Ver tanta gente sonriente y feliz me da urticaria.

—Joder, Meredith, ni yo soy tan ogro —me río.

—Tú solo eres gruñona. Yo soy asocial. —Se encoge de hombros —. No intentes competir conmigo cuando yo iría por la calle con un lanzallamas en una mano y un bote de arsénico en la otra si me dejasen.

No puedo evitarlo y niego con la cabeza mientras me río en silencio. No soy la única. Isa se cubre la cara como puede con el osito rosa que lleva siempre colgado de su tarjeta del hospital. Y

Jenna está totalmente girada en la silla, pero el movimiento de sus rizos la delata.

—¿Y qué os parece si hacemos algo después de las fiestas? —propone Isa—. En enero la gente ya no irá derrochando entusiasmo por la calle —comenta, y Meredith asiente satisfecha—. Podemos salir a cenar y a tomar algo por ahí.

—Sería una buena idea —coincide Jenna—. Hace siglos que no salimos por la ciudad. ¿A ti te parece bien, cielo? —Me mira directamente porque la razón de que llevemos siglos sin salir soy yo y mi miedo a cruzarme con cierta persona.

—Si no, podemos quedar en casa de alguna, ver una película y comer helado hasta que nos dé un coma diabético —rectifica Isa, en cuanto se percata del problema.

Mi ánimo hace aguas y está a punto de irse a pique como el Titanic. Me siento como una mierda porque ya ha pasado casi un año desde que rompí con él y, por mucho que me duela admitirlo, sigo prácticamente igual.

Soy incapaz de llevar una vida normal y lo peor es que arrastro a las personas de mi alrededor al fango, cuando ellas no tienen culpa de nada y lo único que han hecho es apoyarme y quererme incondicionalmente, incluso cuando ni yo misma lo hacía.

Estoy cansada de vivir con esta congoja. Estoy harta de que un imbécil siga condicionando mis días. Quiero pasar página de verdad. Seguir con mi vida. No tener ansiedad. No imaginarme cosas. No vivir paranoica.

—Podemos ir a cenar y a tomar algo. —Me obligo a sonreír—. No pasa nada. No tenéis que preocuparos más por mí. Las cosas llevan en calma varios meses y yo estoy perfectamente.

—¿Estás segura? —Isa me da un leve apretón en el brazo.

—¡Por supuesto! Tengo ganas de volver a aquel restaurante donde tenían esas gambas con sésamo, ¿os acordáis? ¡Estaban buenísimas! —Finjo más entusiasmo del que siento en realidad—. Saldremos todas juntas y tendremos una noche *increíble*.

—¡Así se habla! —exclama Jenna, alzando un puño al cielo y sobresaltando a toda persona viva en un radio de veinte metros—.

Se acabó el lamentarse. Que se prepare la ciudad porque el fin se acerca. ¡Estamos de vuelta, nenas!

—Ni que fuésemos un grupo terrorista —se ríe Meredith.

—Dijo la del lanzallamas y el bote de arsénico —me burlo, ignorando el nudo de mi estómago.

El resto de la comida nos dedicamos a elegir fecha, el restaurante, posibles bares a los que ir después, qué ropa llevará cada una… Todo entre risas, bromas y gritos de excitación.

Mantengo la sonrisa y procuro que mi ánimo no refleje la inquietud que sigue arañando mi alma desde el susto de la biblioteca. La sensación de que alguien me observa persiste.

CAPÍTULO 9 - MATAR ESTÁ MAL

Cuando salgo de la reunión con la garrapata de mi jefe, estoy exhausta. Tratar con él me drena la energía, la alegría y las ganas de vivir. Y a eso tengo que sumarle todo el estrés que he acumulado a lo largo del día por culpa de esa extraña sensación de que me vigilan.

Pongo un pie en la calle y me dan ganas de cagarme a voz en grito en los Teleñecos. Está diluviando y yo no tengo paraguas. Además, tengo que ir a comprar huevos para el pajarraco porque se nos acabaron ayer.

El camino hasta la tienda es igual que todo este día, gris, penoso y una mierda de proporciones bíblicas. Y por supuesto, acabo calada hasta los huesos.

Cojo lo que necesito lo más rápido que puedo y voy a pagar. Al verme llegar con los veinte cartones de huevos, a la pobre cajera se le desencaja el gesto. Alterna su mirada varias veces entre mi esmirriado cuerpo y la pila de huevos que he dejado delante suyo. Seguramente se crea que estoy intentando matarme de una embolia a causa del colesterol.

Como no estoy de humor para dar explicaciones ni para inventarme nada, me limito a sonreír de forma tensa hasta que ella reacciona, pasa mis artículos por el lector y me cobra.

Tras un infernal ascenso calle arriba bajo la lluvia y cargando con la pesada compra, por fin llego a mi apartamento. Estoy igual de empapada que una rata de alcantarilla, me duelen los brazos, tengo los dedos gangrenados y me siento más un despojo que un ser vivo.

En el segundo que abro la puerta, un cuerpo más pesado que un armario me cae encima y por poco me derriba.

—¡Kaya! —El Cuervo me abraza o, mejor dicho, me estruja y me saca todo el aire de los pulmones—. ¡Qué bien que ya estás en casa!

Te he echado de menos. ¿Estás bien? ¿Cómo te ha ido el día?

«Más que un demonio, parece un golden retriever sobreexcitado».

—Me estás… aplastando…, mentecato —consigo decir, casi sin aliento.

—No me llamo Mentecato, me llamo Karasuhito —se ríe—. Ya lo sabes.

Lo sé, pero me importa un rábano frito. No puedo acercarme demasiado a él. Ni confiar en él. Ni ser su amiguita, ya que estamos.

—Quita de encima, que vas a romper los huevos… Y mis costillas…

—¡Huevos! —exclama entusiasmado. Coge la bolsa y se va corriendo a la cocina—. Muchísimas gracias por acordarte y hacer la compra. —Al sonreír, sus colmillos quedan a la vista. «Al menos es educado… Y *muy* agradable a la vista», pienso mientras me fijo en la forma en que la camiseta negra se pega a su cuerpo y en sus fuertes brazos. «Deja de mirarle así, depravada», me regaño—. Ya decía yo que hoy estabas tardando más de lo habitual en volver. Me tenías preocupado.

—Eso ha sido culpa de mi jefe, no de la compra. —Resoplo exasperada—. Tenía una reunión con él que debería haber durado cuarenta minutos a lo sumo y ha acabado triplicando ese tiempo. Además, mientras estábamos en su despacho, él ha tosido tres veces. ¡*Tres*! Seguro que está enfermo. Seguro que tiene catarro, gripe o Covid. —Cada vez hablo más acelerada. Los nervios del día se están descontrolando finalmente—. O considerando su edad, a lo mejor tiene bronquitis o neumonía. ¡O a lo mejor es sarna! —Ni siquiera sé si la sarna provoca tos—. Madre mía, ¡seguro que era rubeola! —A mi desquiciado cerebro le importa tres leches si esa enfermedad es de mujeres.

El Cuervo se acerca con pasos lentos y me acaricia la cabeza y el pelo de forma suave y rítmica. Centrarme en eso me ayuda a acompasar mi respiración con sus movimientos y la sensación de mareo se mitiga un poco.

—Si ese hombre te molesta, dímelo. Yo puedo deshacerme de él por ti —afirma, y la sonrisa amable muta en otra más salvaje, más

animal.

—¿A qué te refieres con lo de deshacerte de él? —pregunto con voz titubeante.

—Eso depende de ti. Puedo aparecer por la noche en su casa y asustarlo un poco —me explica. «Admito que eso no suena mal»—. Puedo traumatizarlo tanto que se mude a otro lugar —prosigue. «Seguramente esto me convierta en una persona horrible, pero eso tampoco suena *del todo* mal»—. Puedo secuestrarlo y abandonarlo a su suerte en mitad de un bosque en otro país —sugiere. «Igual eso es un *poquito* excesivo, aunque sigue sin sonarme *tan* mal»—. O puedo despellejarlo vivo, estrangularlo con sus propios intestinos y hacerme una tortilla con sus ojos.

«La madre que lo… ¡Eso ha sonado fatal! ¡¡*Fatal*!!». Y me están dando arcadas solo de imaginármelo.

El Cuervo se encoge de hombros como si todas esas opciones fuesen totalmente equiparables entre ellas.

—Es… Es broma, ¿verdad? —inquiero nerviosa.

—¿Broma? ¿Por qué iba a ser una broma? —Su ceja izquierda se eleva y se pierde entre las brillantes plumas negras que le caen por la frente.

—Pues no sé, así, a lo loco, voy a decir que porque matar está mal —le censuro.

—Ah, ¿sí? —Su expresión es de perplejidad absoluta—. Primera noticia que tengo.

Mi estómago se encoge y se queda del tamaño de un grano de maíz. Aunque no sé por qué me sorprendo, es un demonio. Era evidente que no se iba a dedicar a plantar azaleas, a bajar gatos de los árboles y a ayudar a ancianas a cruzar la calle.

«Conmigo sí es amable», susurra una vocecita nada oportuna dentro de mi cabeza. Evidentemente, la ignoro.

—¡No me vengas con chorradas! —Mi nerviosismo abandona mi cuerpo en forma de un ladrido acusatorio—. ¿Cómo no vas a saber que matar gente está mal?

—Está mal matar a la gente buena como tú. Eso lo sé —asegura. Oír eso me tranquiliza *bastante*—. Pero si alguien se comporta de forma cruel, si hace daño a otros…, no veo cuál es el problema. —Se

encoge de hombros—. Especialmente, si te lo hacen *a ti*. Si alguien te hace daño, mi deber como tu guardián es quitar esa basura de tu camino de la forma que sea. —Sus ojos, de normal tan oscuros como la noche, brillan ahora con una intensidad abrumadora.

«¿Está mal que sus palabras me hayan alegrado?». Probablemente. Aun así, es lo que ha pasado. Una parte de mí se ha sentido conmovida y feliz al escucharlo.

Durante muchos años, el miedo ha estado trenzado alrededor de mi corazón, sofocándome más con cada día que pasaba. Y como ha quedado patente hoy en el trabajo, aún no me he librado de él. Todavía hay hebras de esa soga enredadas en mi interior.

Saber que alguien (así sea un demonio cuervo más viejo que la niñera de Matusalén) está dispuesto a llegar a esos extremos por protegerme, me emociona un poco.

Por mucho que me empeñe en levantar un muro entre nosotros, cuando me dice esas cosas no puedo evitar que mi corazón sonría. No puedo evitar pensar que a lo mejor no es tan mala idea confiar en él.

—Voy a ducharme y a ponerme ropa seca, no quiero quedarme fría —murmuro, bajando la vista al suelo, avergonzada por mis propios pensamientos—. Y es verdad que mi jefe es un puñetero incordio, pero de momento no hagas nada. Ni lo mates —añado, solo por si acaso, antes de esconderme en el baño.



Kaya parece terriblemente derrotada y exhausta. Además, aunque el olor es ahora muy tenue, percibo las notas del miedo y la angustia mezcladas con su aroma dulce.

En cuanto ella desaparece en el baño, trato de pensar en una forma de ayudarla y lograr que se sienta mejor, porque mi ofrecimiento sincero de hacerme cargo de ese hombre que la molesta no ha funcionado.

«¿Qué me hace feliz a mí?». La respuesta es muy sencilla: ella. Su presencia, sus sonrisas, perderme en esos grandes ojos, escuchar

su risa, su calidez, tenerla entre mis brazos… Por desgracia, estoy bastante seguro de que no es recíproco y de que yo no le aporto a ella el mismo consuelo ni alegría que ella trae a mi vida.

Camino en círculos alrededor del sofá, concentrándome, buscando algo que pueda hacer para animarla. Mis bromas suelen hacerle gracia, sin embargo, hoy está especialmente tensa y no sé si eso será suficiente.

«Tiene que haber algo más. ¿Qué más me llena a mí de dicha?». La respuesta sigue siendo la misma: ella. Ella me hace feliz. Todo lo que dice, lo que hace, los pequeños detalles que demuestran que en el fondo se preocupa un poco por mí… «Un segundo». Creo que he dado con algo.

Cuando como cualquier cosa hecha por Kaya es igual que recibir un abrazo en el corazón. Cocinar para alguien es una muestra de cariño y preocupación. Y si yo me ocupo de la cena, eso le ahorraría trabajo, lo cual le vendrá bien porque está muy cansada. Es perfecto.

Ahora solo me queda decidir qué preparo. Las recetas que me ha enseñado son muy sencillas, no me parecen apropiadas para expresar lo mucho que ella me importa. Necesito algo más elaborado. Mis ojos se desvían solos a la pantalla portátil que siempre tiene las respuestas para todo.

CAPÍTULO 10 -UNA CASTAÑA DE POLLO

Para cuando acabo de secarme el pelo y me pongo mi pijama mullido y suave, ya estoy más tranquila. Vuelvo al salón y noto un olor extraño en el ambiente, soy incapaz de identificarlo.

El Cuervo está sentado en el sofá y observa atentamente el reloj que hay al lado de la puerta, como si esperase algo. También tiene la tablet encendida sobre la mesa.

Sé que tengo que empezar a hacer la cena, pero necesito reposar unos minutos, estoy *demasiado* cansada. Me acomodo en el otro extremo del sofá, lo más apartada que puedo de él y de sus indecentes bíceps.

El dueño de los susodichos bíceps aparta la vista del reloj y me mira de reojo.

—Esta mañana he buscado en internet eso del espacio personal. Sigo sin entenderlo bien, aun así, he descubierto otras cosas *muy* interesantes —dice con una sonrisa ladeada y pícara. «Esto no augura nada bueno»—. Por ejemplo, ahora sé que soy tu querido.

De la impresión, me atraganto con mi propia saliva y por poco me muero de un ataque de tos. Él me da palmaditas en la espalda sin dejar de sonreír.

—¡¿*Disculpa*?! —exclamo, cuando recupero la capacidad de hablar.

—Sí. Tú vas a trabajar y ganas dinero con el que pagas el lugar donde vivo y las cosas que me hacen feliz, como la comida. Y como de momento no has necesitado mis servicios de protección, yo me limito a quedarme aquí mientras te dejo disfrutar de mi espectacular y sobrenatural atractivo. —Pasa una mano por delante de su torso, exhibiéndose.

Mi cara se abrasa y sé que tengo que estar más colorada que un pimiento morrón. Es verdad que es *muy* atractivo, pero eso no le da derecho a pavonearse ni a hacerme pasar este mal rato, joder.

—Primero, tu desvergüenza no conoce límites —le increpo—. Segundo, lo único más grande que tu desvergüenza es tu ego. Y tercero, es verdad que yo te alimento, te alojo y que tú te limitas a quedarte todo el día en casa, esperando a que yo vuelva. Sin embargo, eso no te convierte en mi querido, sino en mi mascota. —Ahora es mi turno de sonreír de forma burlona, a la vez que siento un pequeño placer maligno al ver cómo sus ojos se abren con espanto.

—¿Me estás llamando perro? —responde ofendido.

Su cara me está dando ganas de reír. Y sinceramente, esto sienta bien después del día de mierda que he tenido.

—No, claro que no. Eres medio pájaro, así que estaba pensando más en un canario o en un *diminuto* periquito… —Las bromas mueren en mi boca cuando en menos de un segundo lo tengo encima, literalmente.

Una de sus manos se apoya en el respaldo del sofá, justo detrás de mi cabeza; la otra me rodea hasta hundirse en el reposabrazos.

La perfecta cara del Cuervo está a escasos centímetros de la mía, la temperatura a nuestro alrededor desciende varios grados y una hoguera azulada palpita al fondo de sus ojos.

—¿A quién estás llamando "periquito"? —me interroga. Hago tanto ruido al tragar que creo que me han oído al otro lado del Pacífico—. Yo no tengo esas plumas de colores tan estridentes y antiestéticos. Y te aseguro que no tengo *nada* que pueda considerarse diminuto. —Mi piel se incendia y si no me está saliendo humo por las orejas será un milagro—. Si quieres, te lo demuestro…

—¡No! ¡Da igual! —le interrumpo con tal voz de pito que la que parece un periquito infartado soy yo. Le pongo las manos en el pecho para apartarlo, es como intentar mover una montaña—. Solo estaba bromeando, no te lo tomes en serio… Ni eso ni nada de lo que yo diga, ya que estamos. La mayor parte del tiempo solo divago, digo incoherencias porque soy una idiota que tiene confeti de

colores en vez de cerebro, ¿sabes? Así que tú ignórame, como hace la mayoría del mundo.

Le doy unas palmaditas en el hombro mientras sonrío con nerviosismo. Entre su físico y esas insinuaciones subidas de tono que me hace de vez en cuando, algún día me va a matar de verdad con sus estúpidas bromas.

El gesto del Cuervo por fin se relaja y se ríe. Parece que mi penoso episodio de incontinencia verbal le ha hecho gracia. Vuelve a sentarse en el sofá, aunque se queda a mi lado. Su brazo y su pierna están pegados a los míos y eso solo consigue que me ponga más nerviosa.

Quiero apartarme, pero no puedo. Estoy encastrada entre el reposabrazos y ese inmenso cuerpo vestido de negro. Mi única escapatoria es suicidarme, arrojándome al suelo por el borde del sofá, cosa que no quiero hacer.

Al final, decido que lo mejor es renunciar a mi descanso y refugiarme en la cocina para serenar mi agitada mente y controlar todos los pensamientos *nada* apropiados sobre las cosas *nada* diminutas que esconderá el Cuervo.

—Voy a hacer la cena —le informo, e intento desincrustarme del sofá.

—No te preocupes, la estoy haciendo yo —sonríe de forma resplandeciente y orgullosa.

—¿Tú? —me extraño—. ¿Estás haciendo la cena para los dos?

—Has vuelto muy cansada de trabajar y, a pesar de eso y de que estaba lloviendo, has parado en la tienda a comprar porque yo te lo pedí. Lo mínimo que puedo hacer es preparar la cena para que tú puedas relajarte un poco. —Él sigue sonriendo. Yo creo que lo estoy mirando como si tuviese tentáculos en lugar de plumas. No estoy demasiado acostumbrada a este despliegue de empatía y atenciones por parte del género masculino—. No me mires así, ya te lo he dicho muchas veces, estoy aquí para cuidar de ti, Kaya. Tu bienestar y tu felicidad son lo más importante para mí. Tú eres lo más importante para mí.

«¡Me cago en las Tortugas Ninja!», estallo dentro de mi cabeza, a la vez que empiezo a notar un molesto escozor en los ojos.

Todo el estrés del día me ha dejado más blandita que la plastilina y me está jugando una mala pasada. Tiene que ser eso. No puede ser que las palabras de este emplumado me hayan conmovido tanto. No puedo ser tan rematadamente estúpida.

Cierro la boca con fuerza, aprieto los puños sobre mi regazo y agacho la cabeza para que el pelo me cubra y me oculte de él. No quiero que vea que me estoy desmoronando como una galleta que has dejado demasiado rato dentro de la leche. No quiero que piense que me importan sus palabras o que necesito escuchar justo lo que él me dice. No quiero que parezca que tenerlo aquí y que se porte así conmigo en el fondo me alegra.

Una sensación fría me envuelve. Sus manos son tan grandes que con una sola rodea con gentileza las mías. La otra se posa en mi hombro y me empuja contra él hasta que choco con su pecho. Apoya su barbilla en lo alto de mi cabeza y eso es todo. Se limita a ofrecerme un consuelo silencioso, igual que hace siempre.

No me presiona para hablar del tema. No menosprecia mis sentimientos. Nada. Solo me sostiene mientras yo encuentro de nuevo las fuerzas para hacerlo por mí misma.

De verdad que no quiero depender de él. No quiero depender de nadie. Pero me lo pone tan jodidamente difícil… Siempre dice y hace lo correcto. Menos cuando amenaza con matar y comerse a gente, claro, pero eso no viene al caso ahora.

Cuando se trata *de mí*, siempre sabe qué hacer para que me sienta mejor. Siempre consigue hacerme sonreír con sus bobadas. Siempre está ahí en menos de un segundo si lo necesito, demostrando que me presta muchísima atención. Y lo odio por eso.

Lo odio porque no le da la puñetera gana de quedarse donde debe, en su lado del muro, y se empeña en atravesarlo a cabezazos si es preciso para llegar hasta mí. Lo odio porque no me deja esconderme ni esconderle mi dolor. Porque por mucho que yo reniegue, al final sí es verdad que me consuela muchísimo tenerlo aquí.

Desde el primer día su presencia ha sido algo reconfortante, cosa que no comprendo porque antes solo era un extraño que sonaba como un loco y que tenía plumas pegadas al cogote.

Es un maldito demonio y, aun así, tenerlo cerca es como tumbarte sobre hierba mullida envuelta con una toalla recién salida de la secadora mientras acaricias a veinte cachorritos.

«¿Cómo se explica eso? Debería sentir miedo de él y, sin embargo… Sin embargo, aquí estoy, dejando que su presencia me calme». Y eso hace que me odie a mí misma más de lo que lo odio a él.

Porque a pesar de todo, una parte de mí se resiste a creer que su amabilidad es auténtica. Tengo demasiado miedo de que me hagan daño otra vez. También tengo demasiado miedo de abrirme y de que él se acabe dando cuenta de lo rota que estoy en realidad y me desprecie. Tengo miedo de que se quede. Tengo miedo de que se vaya.

La presión del pecho es insoportable. No quiero llorar. No quiero hablar. No quiero seguir siendo así de patética, pero como no encuentre una forma de dejar salir algo de todo lo que me devora por dentro, se me van a quebrar las costillas.

Mi cuerpo está tan tenso como una cuerda de violín y pequeños espasmos empiezan a sacudir mis músculos. Los brazos que me sostienen me estrechan más fuerte.

—Si necesitas desahogarte, hazlo —me susurra el Cuervo—. Seguro que luego te sientes mejor.

La primera lágrima cae y mi desprecio por mí misma sube. «No quiero seguir sintiéndome así. No quiero ser tan débil. Necesito recuperar el control de mi vida. Por favor, ya basta».

Los temblores aumentan cuanto más batallo por reprimir el llanto.

—Kaya… —Su voz suena extremadamente preocupada.

—No quiero llorar. —Fuerzo las palabras a través del nudo de mi garganta y me hago daño, aunque nada es comparable con lo que me duele el pecho—. No quiero seguir triste y asustada… No quiero ser tan débil ni una cobarde…

El mundo se mueve a mi alrededor. No comprendo lo que pasa, pero de pronto estoy sentada en el regazo del Cuervo. Él me acuna el rostro, desliza el pulgar hasta mi barbilla y me obliga a alzar la

cara hasta que nuestros ojos se encuentran. La emoción que habita en los suyos podría reducir mil mundos a cenizas.

—Kaya, llorar no es un signo de debilidad. Es una necesidad del alma. Las lágrimas nos limpian, nos purifican por dentro, arrastran lo malo y lo purgan de nuestro interior. Así que, si lo necesitas, llora. —Acerca tanto su cara que nuestras narices casi se tocan—. Llora hasta que te sientas más liviana. Llora hasta que la tormenta de tu interior se seque. Llora hasta que tu corazón pueda respirar de nuevo. Llora todo lo que necesites, sabiendo que yo te sostendré. Entrégame tus lágrimas y tus miedos. Los quiero igual que quiero tus sonrisas y tus alegrías —afirma con ferocidad. Estoy a punto de romperme del todo—. Y si al acabar de llorar eres capaz de ponerte en pie y seguir caminando, serás la persona más fuerte y valiente de todo este inmenso mundo. Igual que lo llevas siendo todo este tiempo porque, a pesar de lo que te ha ocurrido, aquí sigues, en pie y aguantando, con un corazón capaz de sonreír y de ser gentil. No hay nada débil ni cobarde en ti.

Las emociones me barren como un tsunami que arremete con violencia contra mi pecho y revienta todos mis diques internos. Ya no puedo soportarlo más y me quiebro entera.



Mientras ella se deshace en lágrimas y sollozos quedos, yo imagino las mil formas diferentes en las que voy a torturar al hombre que ha llenado su bello corazón de tantísimo sufrimiento.

Voy a hacer que se ahogue en el dolor, que se atragante con su propio terror y que llegue a suplicar por la clemencia de la muerte. No habrá rincón en este mundo donde pueda esconderse de mí, ni dios que lo proteja de mi ira.

Por cada lágrima que ella está derramando entre mis brazos, ese vil bastardo me va a entregar cien gotas de su sangre hasta que no quede más que un cuerpo marchito y seco.

Un tirón en la zona del pecho me arranca de mis pensamientos homicidas. Algo parece haberse enredado en la tela de mi camiseta.

No es algo. Es ella. Kaya se ha aferrado a mi ropa como si yo fuese un madero flotando en el mar y ella un náufrago a punto de hundirse. Ese pequeño gesto de necesidad me conmueve de una forma abrumadora.

Aparto la tarea de idear nuevas formas de tortura a un lado, ya la retomaré más adelante, y me centro en lo que verdaderamente importa ahora: ella.

Gracias a que he atesorado todas sus memorias durante siglos, todavía recuerdo que esto siempre funcionaba para tranquilizarla. La mezo con suavidad, como si fuese un recién nacido, a la vez que le acaricio el pelo y la espalda. A los pocos minutos, los sollozos empiezan a apagarse lentamente.

Le lleva un buen rato serenarse del todo, sin embargo, cuando se seca el rostro con la mano y me mira, sus ojos están mucho más limpios que antes a pesar de la rojez y la hinchazón.

—Lo… Lo siento —susurra. Su disculpa me coge totalmente desprevenido porque no entiendo la necesidad de la misma—. Te he puesto la ropa perdida. —Pasa la mano por la tela sobre mi pecho.

Sé que ella no lo está haciendo con esa intención, pero no puedo evitar sentir su contacto como una caricia y mis labios se curvan de forma involuntaria.

—No te preocupes. Solo está un poco húmeda y se puede lavar fácilmente. En Japón, cuando quería lavar algo, tenía que ir hasta uno de los arroyos de la montaña y rezar por no cruzarme con un oso o un jabalí.

—¿Te dan miedo aun siendo un demonio? —me interroga con voz nasal.

—No es miedo. Es que no es bonito que un animal salvaje te ataque cuando estás haciendo la colada. Pelear sin ropa con una bestia es raro e incómodo, ¿sabes? Con todo al aire y colgando… —Me da un golpe en el brazo, aunque mi comentario ha logrado arrancarle una pequeña risita. Yo también sonrío al escucharla—. ¿Ya te sientes mejor?

—Un poco —asiente—. Gracias.

Me mira de reojo, se ruboriza levemente y me regala una sonrisa tímida. La visión es tan adorable que me están dando ganas de

comérmela. No en el sentido literal, claro. Yo no como personas. La mayor parte del tiempo no como personas. Alguna vez lo he hecho. Pero a ella nunca me la comería, aunque huela igual que un postre.

«Y hablando de comer…».

—Y ya verás como después de cenar te sientes todavía mejor. Los problemas siempre parecen menos importantes con el estómago lleno.

Ella se sorbe la nariz de una forma muy poco decorosa y tengo que contener la risa como buenamente puedo. Es verdad que su esencia sigue siendo igual, pero esta Kaya tiene ciertas peculiaridades que la hacen única. Es más abierta y espontánea, y eso me gusta.

—¿Qué has preparado? ¿Tortilla?

—¡Por supuesto que no! —respondo con un tono más ofendido de lo que pretendía—. La tortilla es maravillosa, sin embargo, no era un alimento digno para esta ocasión. He preparado algo *muy* especial —sonrío.

—Define *especial*. —Me mira con cierto escepticismo.

—He buscado en internet ideas para una cena en pareja…

—Nosotros no somos una pareja —me interrumpe, y yo la ignoro, por supuesto.

—Y he buscado una receta de la que tuviésemos los ingredientes necesarios. Estoy cocinando castaña de pollo gratinada —le cuento con una gran emoción.

—¿Disculpa? —Parpadea varias veces y muy rápido, parece sorprendida. Seguramente la he dejado totalmente impresionada con la receta que he elegido, es un plato muy fino y elegante. O al menos es la sensación que me ha dado por las fotografías de internet.

—Sí, castaña de pollo gratinada —repito con una sonrisa orgullosa.

—Algo dentro de mí me dice que no pregunte, pero… a la mierda. ¿Qué parte del pollo es la castaña, exactamente?

—No entiendo esa pregunta —admito.

—Y yo no entiendo qué has cocinado.

—La castaña no es una parte del pollo, está hecha con el pollo.

«¿Es que no ha probado nunca la cocina italiana?», me sorprendo.

—Una castaña hecha con pollo… —Su ceño está totalmente fruncido—. ¿Has cocinado albóndigas de pollo?

—¿Qué son albóndigas?

—¿Qué es una castaña de pollo?

Es evidente que algo está fallando en nuestra comunicación porque yo me siento igual de perdido que ella.

Me inclino hacia la mesa para coger la ventanita que te deja ver cosas en internet y ella se escurre y por poco se cae. Solo entonces me percato de que sigue sentada en mi regazo. Esto me parece tan natural que no me había dado cuenta.

—Ya me quito de encima —murmura apurada.

—No hace falta. —La sujeto bien de la cintura para que no vaya a ningún lado y me aproximo a la mesa. Alcanzo lo que necesito y los dos nos volvemos a recostar sobre el sofá—. Esto es lo que estoy preparando.

Desbloqueo la pantalla al tercer intento y se la enseño.

Ella la observa con atención durante un buen rato antes de desviar sus ojos grandes y levemente rasgados hacia mí.

—Castaña…

—Eso es. —Asiento.

—¡Esto se llama lasaña, no castaña!

El desconcierto se apodera de mí. Es verdad que me había parecido extraño que un plato conformado por capas, como futones apilados, recibiese el nombre de algo redondo… Pero este mundo es muy raro y la gente parece haberse vuelto un poco loca con los siglos.

Abro la boca para disculparme, pero no puedo hacerlo porque ella estalla en carcajadas. Esto no es una risa tímida como la de antes, esto es un manantial, una cascada poderosa y llena de vida y musicalidad.

—Te juro que por un momento he pensado que habías gratinado los *cascabeles* del pollo —se ríe, y se lleva las manos al estómago.

No tengo ni la más remota idea de qué son los cascabeles de un pollo. Tampoco voy a preguntarlo. Estoy demasiado ensimismado

observándola como para preocuparme por nada más.

Al final, entre el disgusto que se ha llevado Kaya, el malentendido con las castañas y las risas de después, me despisto y en lugar de dejar la comida en el horno cuarenta y cinco minutos, se queda más de una hora.

Lo que hay sobre la bandeja no se parece demasiado a las fotografías que he visto, esto está más amorfo y chamuscado. Aun así, no me desanimo. He puesto todo mi esfuerzo y mi cariño preparando la falsa castaña y estoy seguro de que eso se reflejará en el sabor.

Nos sentamos a la mesa y espero, nervioso, a que Kaya dé el primer bocado para comer yo también. No sería cortés hacerlo de otro modo, después de todo, he hecho esto para ella.

Los minutos pasan y Kaya se limita a observar el plato con la nariz levemente arrugada.

—Te prometo que me he lavado las manos muy bien antes de cocinar y que no tiene gérmenes —le aseguro, para animarla a comer.

—No… Si eso no…

Eleva la vista del plato y sus ojos se encuentran con los míos. Empiezo a ponerme nervioso de verdad. Pensaba que le preocupaba la higiene, como siempre, pero es evidente que pasa algo más.

Lo medito un segundo. «A lo mejor esto es muy pesado. Si lleva todo el día tan disgustada, igual tiene el estómago delicado y esto no es una comida apta». Yo quería tener un detalle bonito con ella, y creo que lo he fastidiado.

—Si no quieres comer esto, puedo hacer otra cosa —sugiero, e intento sonreír a pesar del nudo que siento dentro del pecho—. Aunque la cena se retrase un poco, puedo hacer arroz… O algo con los huevos que has traído. O si me dices qué te apetece, puedo buscar cómo…

Me quedo en silencio de golpe cuando ella se lleva el cubierto a la boca.

—Has hecho esto para mí, ¿no? —me dice, tras tragar. Yo asiento —. Bueno, pues es lo que voy a cenar.

Un suspiro abandona mis labios. «A lo mejor no lo he estropeado todo. Igual sí que logro que esta comida le anime y le demuestre lo mucho que me importa».

—¿Te gusta? —pregunto temeroso.

—Si le quitas lo chamuscado, no está mal para ser la primera vez que cocinas algo así. Además… —Desvía la vista y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Se nota que te has esforzado y te agradezco el detalle.

La primavera estalla de golpe dentro de mi cuerpo inundando todo de luz, calidez y colores vibrantes.

—Sí que me he esforzado. Me he esforzado *mucho* —le aseguro.

«Me he esforzado por ti».

—Qué modesto —se ríe, y se lleva otro bocado a los labios.

—No mucho —en esta vida hay que ser honesto—, pero igualmente te acepto el cumplido.

Se le escapa semejante carcajada que por poco se le cae el tenedor de las manos y la lasaña de la boca.

«La comida le está haciendo feliz. ¡Lo he logrado!», pienso entusiasmado.

Ahora que sé que todo está bien, yo también pruebo la comida. Es aceptable. No está tan rica como las cosas que cocina Kaya y las partes negras me dejan un ligero regusto amargo en el paladar, pero no me importa.

Viéndola comer lo que yo he preparado, escuchándola reír y contemplando esa pequeña chispa luminosa en sus ojos, me podrían dar de comer barro y me seguiría pareciendo un manjar.

CAPÍTULO 11 - PANDEMÓNIUM

Suena la alarma y una poderosa sensación de confusión se apodera de mi mente. Estaba teniendo un sueño muy realista y, al mismo tiempo, muy extraño. Me encontraba delante de una pequeña casita con el techo de paja, colgando ropa recién lavada en lo que parecía ser un tendedero hecho con tres palos de bambú.

El viento mecía mis cabellos que eran negros. Mi piel también era más morena en el sueño. No había ni rastro de civilización a mi alrededor, solo campos de cultivo hasta donde alcanzaba la vista y unas montañas de cimas nevadas al fondo.

El Cuervo también estaba ahí. Sentado con la espalda apoyada en la pared de la casa bajo el saliente del tejado, mirándome embelesado.

Eso era todo, yo tendía y él me observaba. Sin embargo, había una extraña intimidad en la escena y una tensión en el aire que vibraba entre nosotros cada vez que nuestros ojos se encontraban. Parecíamos una pareja de enamorados.

«No estoy diciendo más que disparates», me reprendo, frustrada conmigo misma por la soberana estupidez que acabo de pensar, y porque esta es la segunda vez en lo que va de semana que tengo un sueño así.

En el anterior, yo preparaba la comida sobre un fuego medio enterrado en un agujero del suelo y tarareaba una canción que no conozco, todo bajo la atenta mirada y la sonrisa traviesa del Cuervo.

Se me eriza el vello del cuerpo solo de acordarme. Había complicidad en esa mirada. Había picardía. Había deseo… Y había amor.

No comprendo por qué estoy teniendo estos sueños cuando yo no quiero que el emplumado me mire de ninguna de esas maneras. Por supuesto que no. No. Para nada. En absoluto. No. Triple no.

Si por una desgracia sucediese algo así, eso solo nos traería mil y un problemas de todo tipo porque yo no puedo corresponder esos sentimientos.

Primero, porque a no ser que los tengus sean asexuados como las anémonas de mar, él sigue siendo un hombre. Lo peor de lo peor. Y yo ya no estoy interesada en ellos. Y segundo y más importante, porque él es un demonio de ochocientos años y yo una mera humana de veintiocho.

Seguro que hay leyes contra eso. Seguro que hay impedimentos físicos (por mucho que él diga que no, yo sigo dudando de que en verdad tenga nada ahí abajo). Seguro que si intentase besarlo, el arcángel San Miguel se presentaría espada en mano para decapitarlo. Y puede que a mí también por díscola e impía. O a lo mejor los que aparecen son los de Greenpeace y me acusan de cometer zoofilia, yo qué sé.

Lo único que tengo claro es que no puedo alentar ese tipo de pensamientos; los cuales se han descontrolado desde que el Cuervo me consoló de esa forma tan tierna e hizo aquella lasaña horripilante para mí.

Me jode admitirlo, pero ese día él logró llegar a un rincón de mi alma que ha permanecido a oscuras y vacío muchísimo tiempo. Y ahora que ese desamparado lugar ha sentido la calidez de sus palabras y la luz de sus sonrisas, quiere más. Sin embargo, yo no puedo ceder a sus demandas.

Me aterra confiar en nadie de ese modo. De hecho, he acabado tan rota que ni siquiera estoy segura de poder. Hay tantas partes destrozadas dentro de mí que no sé si podré volver a funcionar como una persona normal alguna vez.

Aunque también me daba miedo mostrarme vulnerable y admitir que sigo triste y angustiada después de tantos meses, y lo hice. Lo hice con él porque me sentí segura.

También pensaba que jamás podría volver a vivir con nadie y el pajarraco lleva aquí casi tres meses, y no ha sido *tan* terrible. Se esfuerza mucho por ayudar. A pesar de eso, aún tiene que mejorar en algunas cosas porque anteayer nos llegaron trescientos estropajos de la nada. Porque sí. Porque patata.

Pero dejando los pequeños errores al margen, convivir con él es fácil. Tiene un don para tranquilizarme y es atento, caballeroso, dulce, con un leve toque infantil a veces, aunque no en el mal sentido, y divertido.

Nunca se me habría pasado por la cabeza que después de una llorera como la del otro día podría reírme casi al instante, y él lo consiguió con sus *castañas* de pollo.

«De verdad me pensé que estaba hablando de gratinar testículos». Se me escapa la risa y me tapo la cabeza con el edredón para ahogarla. Desde esa noche me da la impresión de que me río más y me siento más ligera.

«Tal vez… Tal vez puedo darle una oportunidad y conocerlo mejor *como amigo*». Me tomo la molestia de remarcar esas dos palabras para que me quede bien clarito y que sus pestañas kilométricas, sus labios perfectos y sus bíceps de infarto no me distraigan.

Puede que esta sea mi oportunidad para volver a agarrar con firmeza las riendas de mi vida, intentar abrirme un poco y confiar en alguien de nuevo. Por algún motivo, me da menos miedo si es él.

Tengo la sensación de que el Cuervo no me juzgará ni saldrá corriendo, aunque le enseñe el vertedero lleno de trastos rotos que es mi corazón ahora mismo. El otro día no lo hizo. Fue todo lo contrario, me animó a desahogarme e incluso me pidió que le entregase mis lágrimas y mis miedos.

«A veces dice unas cosas de lo más vergonzosas». Me pongo las palmas frías sobre las mejillas para refrescar mi piel. El colega es un intensito de cuidado, pero es un intensito de los que te hacen sentir bien y te sacan una sonrisa, incluso cuando no quieres.



A Kaya le ha costado mucho más de lo habitual levantarse después de que sonase ese gallo mecánico que vive dentro de su teléfono. Y cuando ha salido de su cuarto, sus mejillas parecían dos camelias.

Al principio me he preocupado por si estaba enferma; sin embargo, ha desayunado con el mismo apetito de siempre, se mueve bien, no huele a miedo o a dolor, y está más sonriente que de costumbre; lo cual me llena de alegría.

También siento una gran dicha cuando preparo todo lo que ella tiene que llevarse al trabajo y veo el recipiente con la comida que hice ayer para ella.

Desde el tremendo éxito de la lasaña, me estoy animando a cocinar más. Hasta he descubierto una cosa llamada Jutube o algo así, donde hay vídeos que enseñan a hacer recetas paso por paso. Estoy entusiasmado con todo eso.

—Que tengas un buen día —le digo, acompañándola a la puerta como cada mañana—. Y si tu jefe te molesta…

—Si mi jefe me molesta, lo mando a la mierda como toda persona normal y me preparo para aceptar mi carta de despido —me corta—. En esta casa no matamos a nadie, ya te lo dije. —Parece que me está regañando, pero su tono serio no casa con su sonrisa torcida. En el fondo sé que le gusta la idea de matar a su jefe y esparcir sus restos sobre el océano, solo se está haciendo la difícil—. Que tú también tengas un buen día. Cuida la casa y pórtate bien —me pide, igual que cada mañana. E igual que todos los días, le doy un abrazo antes de que se vaya.

Para mi sorpresa, ella no se limita a dejarse abrazar o a darme unas breves palmaditas, uno de sus brazos me rodea y siento un apretón en el centro de la espalda que se propaga por el interior de mi cuerpo y acaricia mi corazón.

—Me marcho ya —se despide, y se va.

No puedo responderle, me he quedado paralizado después de ese pequeño gesto de cariño que para mí significa un mundo entero. Significa que seis siglos de espera han merecido la pena.

Tras pasar un buen rato en la entrada plantado como un ciprés, logro reaccionar y me dispongo a empezar con las tareas de casa. Hoy me toca hacer la colada. Y quiero ver más vídeos de cocina y preparar una lista de ingredientes para que ella los compre.

Por algún motivo, ahora me ha prohibido comprar por internet; cosa que no entiendo porque los estropajos llegaron bien y muy

rápido.

Yo me sentí muy orgulloso de mi logro, aunque Kaya parecía espantada y no paraba de repetir "cuatrocientos dólares en estropajos" y "vamos a tener que comer papel higiénico" con el rostro cada vez más lívido.

Sinceramente, espero que fuese una forma de hablar, una de esas expresiones modernas porque, al día siguiente, probé el papel higiénico y no está bueno. Tampoco está malo. Directamente no está. No sabe a nada y deja una sensación arenosa en la lengua.



La mañana se me está haciendo interminable. Por suerte, ya ha llegado mi descanso para comer y ver a las chicas me animará lo suficiente como para sobrevivir a la tarde. «Y luego podré volver a casa». Ese pensamiento hace que mis labios se curven.

«Contrólate, mujer. Pareces boba sonriendo sola. Boba y loca», me reprendo. Pero por más que me insulte y me llame la atención, no logro que esta estúpida sonrisilla desaparezca.

Cojo mis cosas, me pongo el abrigo y salgo de la biblioteca. El aire es gélido y la niebla escupe unas diminutas partículas heladas que se clavan como alfileres en la piel. Si el tiempo no mejora, es probable que nieve incluso antes de que el invierno haga oficialmente su entrada.

Escondo la barbilla y la boca dentro del cuello alto del abrigo, y acelero el paso para llegar cuanto antes a la cafetería donde nos reunimos a la hora del almuerzo.

Voy concentrada en el suelo frente a mí por si acaso hubiese algo de hielo cuando un escalofrío me recorre entera y me deja paralizada en el sitio. Y esto no tiene nada que ver con la temperatura exterior.

La sensación de que me observan es increíblemente intensa. Mi corazón se convierte en un tambor de guerra, me duele el pecho por respirar este aire congelado de forma tan rápida, parece que tengo los oídos llenos de bichos zumbadores y me tiemblan las rodillas.

Quiero salir corriendo, pero no puedo. Quiero girarme para comprobar que realmente no hay nadie, y no puedo. Solo puedo hiperventilar e intentar contener las náuseas.

Cruzo los brazos por delante del cuerpo y meto las manos en los bolsillos para crear un escudo que me proteja de esta horrenda sensación. No funciona. Me estrecho más fuerte, como hace él cuando me consuela. No es lo mismo. Me estoy desmoronando.

En medio del caos, mis nudillos rozan algo áspero. Saco la nota escrita en inglés con una caligrafía insegura, casi infantil. La nota que el Cuervo escondió ayer en mi abrigo. La que dice: "perdón por lo de los trescientos desparpajos".

Mis rodillas se doblan de golpe y yo me quedo en cuclillas en el suelo, riéndome como la loca que tanto me empeño en negar ser.

Me río hasta que me duelen las mejillas, mis oídos se aclaran, mi estómago se asienta y mi pulso se serena. Me río hasta que el miedo es exorcizado de mi cuerpo. Me río hasta que soy capaz de ponerme en pie y continuar caminando otra vez con el pequeño papel escondido en mi mano como un tesoro.



Al escuchar el pitido de la secadora, pauso el vídeo que estaba viendo sobre cómo preparar arroz frito con verduras y cojo el cesto.

Una gota de sudor se desliza por mi columna. Hay un mensaje extraño en la pantalla del aparato que no deja de parpadear. «Limpiar el filtro interno», leo.

Me agobio por tres razones: no sé qué es un filtro interno, no sabía que estos aparatos podían comunicarse y tengo miedo de que Kaya se disguste si le ha ocurrido algo a nuestra ropa.

Abro corriendo y siento un gran alivio al comprobar que las prendas están bien y secas. No han sufrido ningún daño a pesar de ese aviso.

Tras poner la colada a buen recaudo, vuelvo a centrar mi atención en la secadora. Reviso el filtro que sí conozco, el de la

puerta, y está bien. Siempre quito la pelusilla después de cada uso como Kaya me enseñó, así que esto no puede ser el problema.

Apago el aparato y lo enciendo tres veces, y el dichoso mensaje sigue ahí.

—No sé qué es un filtro interno —le digo a la secadora—. ¿Puedes darme más información de cuál es el problema?

La máquina me ignora. No parece por la labor de seguir comunicándose más allá de repetir constantemente las mismas cuatro palabras.

Chasqueo la lengua, frustrado. Podría esperar a que llegase Kaya para que ella se ocupe de esto, pero no quiero cargarla con más tareas. Se supone que estoy aquí para ayudarla, no para darle más problemas.

Al final hago lo que llevo haciendo los últimos meses cuando no entiendo algo. Le pregunto a internet. Por lo visto, las secadoras tienen otro filtro dentro del cuerpo del aparato y de vez en cuando hay que enjuagarlo con agua. Kaya no me había explicado esto.

«No pasa nada», me animo. Si solo se trata de encontrar ese otro filtro y lavarlo, eso puedo hacerlo. Se me da bien rastrear y buscar cosas, y ya soy un maestro de la limpieza.

Meto la cabeza dentro del agujero donde introducimos la ropa y busco alguna portezuela que me permita acceder a las entrañas de este trasto. No veo nada. «Igual se entra desde el exterior», recapacito.

Investigo en profundidad cada lateral de la secadora y sigo sin ver nada parecido a una puerta que conduzca hasta el filtro interno. Lo único que he visto son unas diminutas rendijas en la parte inferior.

«A lo mejor tengo que hacer palanca para abrir». Meto la punta de mis garras en la estrecha fisura como buenamente puedo y tiro. «Oh, vaya». De repente, tengo un panel entero de la secadora y más de diez tubos colgando de una mano.



Mi comida no va a recibir un premio a la mejor presentación culinaria del año, pero al menos no está quemada y tiene un sabor *aceptable*.

Lo cierto es que el Cuervo se está esforzando mucho con lo de aprender a cocinar, le pone entusiasmo y ha mejorado una barbaridad en solo cinco días. Además, cada vez que me ve comer lo que él ha preparado, su rostro se ilumina como la estrella que corona el árbol de Navidad.

—Kaya, ¿va todo bien? —La voz de Meredith me saca de mi trance.

—Sí, solo estaba distraída. ¿De qué estabais hablando? —me intereso.

—No, si no lo decía por lo de prestar atención, sino… por eso… —Señala mi plato con su tenedor.

Mi ceño se convierte en una pasa arrugada.

—No te entiendo —admito.

—¿En serio? —Su ceja rubia se pierde en las alturas de su frente. Dirigiéndose a Isa y a Jenna, añade—: No puedo ser la única que lo ha notado.

—Yo también me he dado cuenta. —Isa me ofrece una sonrisa de disculpa que no comprendo.

—¿Estamos hablando del hecho de que esta semana la comida de Kaya parece lo que deja mi gato en su arenero? —salta Jenna.

Meredith escupe de golpe toda el agua e Isa se apresura a pasarle un puñado de servilletas.

—¡¿Estás comparando mi comida con mierda de gato?! —me ofendo, para proceder a morirme del asco a continuación y a luchar contra las arcadas.

—No te lo tomes a mal, pero…

—¡Claro que me lo tomo a mal!

—Joder, Jenna —Meredith se limpia la cara con una servilleta—, tienes menos delicadeza que una lija. —La aludida se encoge de hombros, no sé si porque no entiende la razón de que le digan eso o porque sí lo entiende, y le importa una leche frita—. Kaya, lo que estábamos intentando decirte es que… —Se queda pensativa.

—¿A que es difícil decirlo sin comparar su comida con un mojón? —se burla Jenna, y Meredith le tira todas las servilletas encima.

Isa toma la palabra antes de que la conversación se descontrole del todo.

—Lo que estamos intentando decirte es que tú cocinas muy bien, y eso… —Mira mi comida con pena—. Bueno, eso no parece estar a tu nivel habitual y por eso nos preguntamos si estás bien o si igual estás teniendo algún problema.

La culpa clava unas garras más afiladas que las del Cuervo en mi corazón. «Da igual lo que haga, siempre acabo preocupándolas».

—¿Ves como sí se podía decir sin hablar de excrementos de animales mientras estamos comiendo? —le increpa Meredith a Jenna.

—Se puede, pero no es tan divertido —se ríe la otra.

Meredith abre la boca para replicar con alguna lindeza de las suyas e Isa les chista a las dos para que dejen de decir disparates.

—Entonces, ¿estás bien? —insiste.

—Claro que sí —afirmo, y por una vez no estoy mintiendo. No estoy bien en el sentido pleno de la palabra, aun así, llevo unos días sintiéndome mejor—. Lo que pasa es que he estado probando recetas nuevas, por eso no son tan perfectas como las que ya domino —me justifico de algún modo.

Contemplo mi comida y noto una sensación agria. El emplumado se ha esforzado *mucho* y, francamente, me duele que estén comparando su comida con algo que ha salido del trasero de un gato, así que añado con tono desafiante:

—Y puede que el aspecto no sea perfecto, pero está bueno. —Mis palabras son recibidas con tres miradas escépticas—. ¡Lo está!

Tres tenedores vuelan por encima de la mesa y se llevan parte de mi comida. Me abstengo de comentar la cerdada que acaban de hacer metiendo sus cubiertos ya usados, chupados y llenos de gérmenes en mi plato porque estoy nerviosa por escuchar sus veredictos.

«La comida no está mala. Se nota que está hecha con esmero y con cariño».

Isa es la primera en tragar.

—Sabe bastante mejor de lo que parece —reconoce, y yo suspiro aliviada. También, por alguna estúpida razón siento un leve orgullo.

—Es verdad —coincide Jenna—. Aunque está un poco grumoso, el puré está bueno.

—Es risotto de setas —le aclaro.

—Santo tortellini. —Isa se queda más pálida de lo que ya es—. Es… Esto… Esto es ri… risotto… Yo creía que era algún tipo de arroz vietnamita…

Seguramente, llamar risotto a esto es un sacrilegio para alguien de ascendencia italiana, pero siendo un ser de luz, se abstiene de decir nada más.

—Puré, risotto, paella o arroz pekinés, me da igual. El caso es que sabe decente —sentencia Jenna, y procede a robarme más comida.

—Si de verdad os parece que esto está bueno —Meredith hace una pausa y nos observa una a una—, por favor, id al médico a que os revisen las papilas gustativas… o el cerebro, porque desde luego algo os está fallando.

—¡A ti sí que te falla el cerebro! —le espeto, y abrazo mi plato para proteger a mi pobre arroz de los insultos de esa rubia desalmada—. A mi comida no le pasa nada. Y a mí tampoco. Estoy perfectamente.

Meredith sonríe de una forma un tanto maliciosa mientras me observa.

—Sí, ya lo veo. Tan perfectamente que te estás aferrando a ese plato de bazofia como si fueses Gollum con el anillo.

Jenna suelta una carcajada tan potente que por poco se cae de la silla. Hasta Isa se está riendo de mí, tapándose la cara con el osito de su tarjeta del hospital.

—¿Me acabas de comparar con un engendro calvo de medio metro y ojos de huevo? —Agarro la cuchara, no sé ni para qué dado que un objeto punzante sería más adecuado, pero ya se me ocurrirá algún modo de asesinar a esa bruja con ella.

Los ojos azules de Meredith se inundan con diversión y esta al final se desborda por su boca en forma de una sonora risa. Al oírla, Jenna rompe a reír de nuevo e Isa lucha por aguantar, pero fracasa miserablemente.

Estoy enfadada. De verdad que sí. Me han faltado al respeto a mí, a la comida que ha cocinado el Cuervo e, indirectamente, al Cuervo también (y por algún motivo eso me escuece más que lo mío). Sin embargo, el enfado me dura un suspiro.

Es imposible estar cabreada cuando estas tres memas están llorando de la risa y todo esto me transporta directa al pasado, cuando una pesadilla aún no había reclamado mi vida como suya. Cuando solo había momentos así, llenos de risas, de bromas y de luz.

En contra de mi voluntad y sacrificando mi orgullo, acabo riéndome yo también. Vuelvo a reírme hasta que me duele la cara, igual que con la nota de los *desparpajos*, igual que con las castañas de pollo gratinadas. Al acordarme de eso, mis carcajadas se descontrolan del todo y ellas se contagian.

Nos cuesta casi diez minutos seguir comiendo porque cada vez que logramos parar, alguna empieza a reírse otra vez, arrastrando a las demás en el proceso. Y cuando por fin recuperamos la compostura, Meredith es la primera en hablar.

—Kaya, perdona por haberme metido con tu comida, pero es verdad que estaba un poco preocupada. Sin embargo, ya veo que no tenía motivos —me sonríe con una felicidad genuina y mi corazón se pone a dar saltitos—. Me alegra ver que cada día te tenemos más de vuelta. —Me guiña un ojo.

—Es verdad, llevas unos días que pareces más tú. Sonríes más y te ríes como antes. —Isa se inclina en la silla para llegar hasta mí y darme un precario abrazo.

—Callaos, joder, que me vais a hacer llorar. —Jenna se suena la nariz—. Y estoy de acuerdo con todo lo que han dicho. Hemos echado de menos a *nuestra* Kaya, y no a la chica que estaba con ese cabrón que ojalá se infecte de gonorrea.

Jenna puede decir lo que quiera (aunque yo hubiese agradecido que se hubiese ahorrado lo de la gonorrea), pero la que está a punto de ponerse a llorar soy yo.

Me froto los ojos con la manga del jersey y cuando los abro, veo que la muy… se está llevando otro tenedor lleno de mi risotto. *Mi*

risotto. Al final me veo obligada a coger mi plato y correr para no quedarme sin nada.

Saco las llaves y me mentalizo para ser abrazada en cuanto cruce el umbral. El Cuervo lleva unos días incluso más pegajoso que de costumbre. Sin embargo, para mi sorpresa, el abrazo nunca llega y soy recibida con un simple:

—Kaya, ya has vuelto.

«¿Qué le pasa a este?». El emplumado parece preocupado, su voz suena anormalmente aguda y se está retorciendo las manos de forma compulsiva. «¿No habrá vuelto a comprar otros trescientos estropajos?», me agobio.

—¿Va todo bien? —pregunto.

—Maravillosamente bien —me asegura, y lo creo menos que a un político—. ¿Has tenido un buen día?

—Ha sido un día normal —comento mientras dejo mis cosas en los colgadores de la pared—, aunque en la comida me he reído mucho con mis amigas. Por cierto, el risotto estaba bueno, muchas gracias.

Normalmente, cuando le digo cualquier cosa susceptible de ser entendida como un cumplido, él reacciona como si hubiese ganado la lotería; sin embargo, ahora se limita a asentir y a sonreír de forma tensa.

«Decididamente pasa algo».

—Ya… Eso está bien —me contesta. «Sí, pasa algo. Y gordo»—. Pero seguro que estás cansada, ¿quieres ir a darte una ducha? ¿O prefieres relajarte en el sofá? —Me pone las manos en los hombros y me empuja en dirección al salón—. Si te apetece algo de picar o de beber, yo te lo llevo. ¡O te puedo dar un masaje! —propone con entusiasmo.

Me sienta prácticamente a la fuerza en el sofá y se coloca delante de mí, bloqueándome la visión de todo con su gigantesco cuerpo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Nada! —grazna—. Solo quiero que descanses. ¿Quieres algo de beber? ¿Una manta? ¿Te traigo el pijama para que no tengas que ir hasta la habitación?

Su comportamiento es cada vez más sospechoso.

—Tengo un poco de sed, ¿me puedes traer un vaso de agua?

—¡Agua! ¡Espléndido! ¡Claro que sí! Marchando un vaso de agua. —Da dos pasos, pero regresa corriendo conmigo—. Tú quédate aquí y descansa. No te muevas. Yo te lo traigo. No te muevas. —Se va con pasos apresurados.

«Que no me mueva, y una mierda». Me descalzo a toda prisa para no hacer ruido y voy detrás suyo.

En cuanto sobrepaso la gigantesca isla de mármol que separa el espacio de la cocina y el salón se me cae el alma a los pies. Y el corazón. Y los pulmones. Y el hígado.

—¿Qué ha pasado aquí? —me horrorizo.

Hay piezas metálicas, tornillos, tubos, cables, tuercas y demás porquerías por todos lados. Además de manchas oscuras en mi suelo impoluto e inmaculado.

—¡Kaya! —se asusta el Cuervo—. ¡No mires! —Me tapa como si en el suelo hubiese un cadáver, y puede que sea el caso. Un cadáver mecánico.

—¿Esa es la puerta de la secadora? —inquiero con voz estrangulada. Él me mira con un gesto entre asustado y suplicante —. ¿Por qué está la puerta de la secadora tirada en medio de la cocina?

—Es que he tenido un problemilla…

—Un problemilla —repito, mirando el caos a mi alrededor. Un caos que creo que solía ser mi pobre secadora, la cual tenía menos de tres años de vida. «Solo era un bebé».

—Es que la secadora ha intentado comunicarse conmigo y creo que no nos hemos entendido muy bien.

—Que se ha comunicado contigo… —A juzgar por los restos del suelo, más bien diría que la secadora ha insultado a su madre y él la ha descuartizado en venganza.

—El caso es que he intentado encontrar el filtro interno para lavarlo y no sabía cómo llegar hasta él y… bueno, de repente tenía

un trozo de secadora incrustado en las garras. He buscado en internet cómo arreglarlo, una cosa ha llevado a la otra y… —Señala el estropicio que ha armado con gesto compungido.

Yo solo puedo parpadear varias veces y tan rápido que me acaban doliendo los ojos.

«¿Qué voy a hacer? Después de lo de los estropajos no estoy para gastos imprevistos… Ni siquiera sé si esto tiene arreglo o voy a tener que comprar una secadora nueva, joder».

—Ha sido sin querer —se disculpa él—. Yo solo quería lavar el filtro para que no tuvieras que hacerlo tú. No quería darte más trabajo y, al final… —Su voz suena derrotada—. De verdad que lo siento mucho, Kaya. No era mi intención. Yo… Te juro que seguiré buscando la forma de arreglarlo, solo necesito un poco más de tiempo. Lo lamento. Lo lamento tanto.

Su agobio es tan denso que lo siento pegándose a mi piel como algo aceitoso y maloliente. Quiero decirle que no pasa nada porque es evidente que está muy arrepentido y no quiero martirizarlo más, pero las palabras no me salen porque sí que pasa.

Ahora mismo no puedo pagar la reparación de esto ni comprar una secadora nueva. Estamos a las puertas del invierno y la ropa no se va a secar si la tiendo fuera. Y si la pongo dentro de casa, con la humedad podría salir moho en las paredes.

Ya puedo imaginar las esporas verdes flotando por el aire y llenando mis pulmones. Y una vez vi un documental en el que decían que las esporas de moho pueden llegar al cerebro y causar enfermedades neurológicas. «Ay, Dios mío». Me llevo las manos a la cara.

Mi angustia está alcanzando unos niveles cósmicos y lo peor de todo es que sé que lo del dinero está justificado. Lo del moho no. Lo del moho es solo mi ansiedad dándome por saco. Sin embargo, no logro ralentizar mi respiración. Apenas puedo tragar para que la bilis regrese al sitio que le corresponde.

—Kaya, ¿te has enfadado conmigo? Lo siento mucho. Por favor, dime algo…

Abro los dedos para poder mirarlo. Sus ojos están más abiertos que de costumbre y ligeramente redondeados, dándole un aspecto

desamparado. No puedo quedarme callada o se va a agobiar más.

Para evitar que los nervios me traicionen y yo diga alguna cosa de la que luego igual me arrepiento, me limito a repetir en voz alta:

—O sea, que estabas buscando el filtro interno y por eso ahora mi cocina parece el Pandemónium…

Él ladea la cabeza y las plumas se descuelgan hacia la derecha.

—¿Pan de moñun? ¿Qué es eso? ¿Otro tipo de pan de molde?

Lo observo unos segundos para ver si se está quedando conmigo, pero no, me lo ha preguntado totalmente en serio.

Una carcajada nada apropiada se me escapa y detrás van muchas más. Y cada una de ellas arrastra un buen pedazo de la ansiedad que me estaba asfixiando.

El otro día el Cuervo dijo que las lágrimas purgan los sentimientos negativos que constriñen nuestro corazón. Bien, yo he descubierto hoy que la risa también lo hace. Reírse es terapéutico. Es catártico. Esta es la clase de purificación que yo necesitaba y no recorrerme ocho millones de templos en el país de mis ancestros.

—¿Kaya? —El Cuervo parece perplejo por mi reacción.

—Perdón. —Me aclaro la garganta, lo miro y… Rompo a reír por segunda vez con más fuerza—. Es que eres un desastre… —logro decir entre carcajada y carcajada. Estoy a punto de ahogarme.

—Siento mucho lo de la secadora. —Agacha la cabeza.

—Si no lo digo por eso. La castaña. Los desparpajos. La colorifilia. Ahora esto… —No puedo parar de reír—. Me voy a morir…

Lo digo de verdad, me falta el aire y creo que se me van a salir las tripas por algún lado, pero no puedo controlarme. Y es todavía peor cuando él empieza a reírse también. Estoy a punto de hacerme pis encima. O vomitar. O puede que todo a la vez, ya veremos.

—Entonces, ¿no estás enfadada conmigo? —Me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos. La sorpresa por la intimidad de ese gesto logra que mis risas se sofoquen un poco.

Me sostiene con cuidado y me acaricia con su pulgar. Me percato de que su piel ya no es inmaculada seda blanca. Tiene marcas rojizas y arañazos abiertos por toda la mano y el antebrazo.

Mis ojos vuelan solos a todas las piezas metálicas del suelo, llenas de aristas y filos. «¿Cuánto tiempo ha pasado intentando

arreglarlo?». A juzgar por lo agobiado que estaba cuando yo he llegado y por el estado de sus manos, seguramente mucho.

Es verdad que esto es un gasto que ahora mismo no puedo afrontar. Sin embargo, soy incapaz de enfadarme con él. No ha sido su culpa. Él solo estaba intentando ayudar, igual que siempre.

—No me hace gracia que nos hayamos quedado sin secadora, pero no estoy enfadada —admito, y él sonríe y me da un suave apretón en la mano—. Para empezar, al dejar que te hicieses cargo de la colada, tenía que haberte explicado lo del aviso del filtro que salta cada tres meses más o menos. Eso fue fallo mío. Y no has hecho todo esto a propósito —él niega enérgicamente—, ha sido un accidente. Así que no pasa nada. Ya… Ya nos las apañaremos una temporada sin secadora.

Después de reírme tanto y de sentir esos suaves círculos en mi mano, lo de las esporas de moho germinando en mi cerebro ya no me preocupa tanto.

CAPÍTULO 12 - PÁNICO

Falta solo una semana para que el campus cierre sus puertas para las vacaciones de Navidad. Sinceramente, no puedo esperar. Por primera vez en mucho tiempo siento algo de ilusión al pensar en estas fechas.

Este año no va a haber nadie que me lo estropee. No va a haber discusiones absurdas que me roben las ganas de ver a mi familia. Ni gritos e insultos que me cierren el estómago y no me dejen probar bocado. Ni quejas sobre si mi ropa es adecuada o no. Nada. Solo estaremos el ambiente navideño, toneladas de comida, mi familia, Jenna y yo. «Y el Cuervo», me recuerdo.

Aunque él no va a ir a casa de mis padres, evidentemente. No puedo aparecer con un chico desconocido que, además, resulta que tiene unas sedosas plumas de ébano en vez de cabellos, unos colmillos que podrían servir de abrelatas y unas garras que hacen que el cuchillo de trinchar el pavo parezca el de untar la mantequilla.

Él se tendrá que quedar en casa con Aceituna, la gata de Isa. Además, lo más seguro es que él no festeje estas fechas. Puede que ni sepa lo que es la Navidad. Aunque eso no hace que me sienta mejor al imaginarlo completamente solo en casa.

«¿Y si hago algo con él para que no se sienta excluido? El día veintiséis podríamos preparar una cena especial, cocinar juntos y luego hacer un maratón de películas navideñas…».

Me freno de golpe en medio de la calle al ser consciente de que lo que estoy pensando suena *exactamente* igual que un plan que harías con tu pareja. Algo revolotea en mi estómago y parece bastante más grande que un puñado de mariposas.

«También es un plan perfecto para hacer con un amigo», me justifico. Eso es, simplemente es una forma de compensar al Cuervo por dejarlo solo en unas fechas tan señaladas, y de agradecerle lo

bien que se porta conmigo y lo mucho que me está ayudando. Y no hablo solo de las tareas de la casa.

Al principio me resistía a admitirlo, pero tenerlo cerca me está haciendo bien. Su presencia me tranquiliza y me reconforta cuando más falta me hace. Últimamente estoy menos nerviosa, me noto más animada, con más energía, con ganas de hacer cosas otra vez… Creo que por fin empiezo a ver la luz al final del túnel.

Y aunque a veces sea un incordio, un pegajoso y un intensito de cuidado, la verdad es que su forma de ser me está ayudando con otra cosa. Me está ayudando a dejar de odiarme tanto a mí misma.

Mi parte racional sabe que yo no tengo la culpa de que mi ex fuese un celoso manipulador, un mentiroso y que tuviese tendencias agresivas.

A pesar de eso, sí me culpo por no haber sabido reconocer las señales, por haberme dejado engañar, por haber dejado que me robase las riendas de mi propia vida, por no haberle puesto fin antes a una situación insostenible aferrándome con desesperación a la esperanza de que él acabaría cambiando…

Me odio por no haber sido más lista. Me odio por haberme callado y por haber ocultado lo que pasaba a la gente que me quería y que podía haberme ayudado a salir antes de ese infierno. Me odio por haberle permitido llenar mi vida de angustia y miedo. Por seguir sintiendo esas cosas incluso ahora.

Y, por encima de todo, me odio porque él me hizo odiarme. Porque me hizo creer que soy pequeña, inútil, insignificante, una exagerada, un incordio, que no soy bonita, que no soy suficiente, que no valgo nada… Y aún lo creo. Aún creo todas esas cosas que él me decía a diario, esos insultos camuflados de consejos para que mejorase *por mi bien*.

Da igual que mis padres y las chicas no dejen de repetirme que eso no es así, mi cabeza no puede creerles porque todos ellos son mi familia, de sangre o no, pero son mi familia. Me quieren incondicionalmente, me ven con los mejores ojos y, por eso, mi cerebro se niega a aceptar sus palabras.

Sin embargo, el Cuervo es un desconocido que se comporta como si yo fuese más maravillosa que el helado de chocolate. Un

extraño que no para de decirme de la forma más franca y vergonzosa que yo soy importante. Que me cuida. Que me escucha. Que nunca menosprecia mis sentimientos, ni siquiera cuando estos no son lógicos. Que me dijo que soy fuerte, a pesar de todo lo que ha pasado.

Los ojos me escuecen y al mover la mano para frotármelos, la siento agarrotada. Entonces tomo consciencia de que llevo plantada en medio de la calle como una farola, no sé, setecientos años, más o menos.

Me pongo en marcha otra vez antes de que todo mi cuerpo se gangrene por el frío. Las temperaturas son tan bajas que se escapan copos de nieve y hay pequeños parches de hielo en la acera.

No llego demasiado lejos. No he dado ni cinco pasos cuando esa sensación de que me vigilan regresa. Ya estoy *muy* cansada de todo esto. Si de verdad estoy cambiando, si de verdad estoy sanando, tengo que empezar a demostrarlo. «Soy más fuerte que mi miedo».

Impulsada por ese pensamiento, me doy la vuelta y miro a mi alrededor. La calle está llena de gente que va a trabajar y de estudiantes, lo normal a primera hora. Y tal y como sospechaba, nadie se fija en mí salvo los segundos necesarios para esquivarme y murmurarme alguna lindeza por entorpecer el paso.

Más tranquila, empiezo a girarme otra vez para seguir con mi camino cuando mis ojos captan un movimiento extraño en medio del flujo de gente. Un cuerpo alto vestido de negro que avanza de forma perpendicular en dirección a un callejón.

Lleva la capucha de la sudadera calada hasta la nariz y solo alcanzo a ver una barbilla de piel pálida que me resulta levemente familiar; sin embargo, no me da tiempo a fijarme bien antes de que el joven desaparezca por la callejuela.

Algo se agita inquieto dentro de mi pecho, aun así, lo ignoro. Ese chico no me estaba prestando ninguna atención e iba en otra dirección. Solo estoy proyectando mis ansiedades e imaginando cosas. «No lo voy a permitir».

Aprieto los dientes, alzo la barbilla y continúo mi camino pensando en posibles platos navideños que le podrían gustar al Cuervo para mantener el estrés a raya.

No sé cómo es posible, pero cuando acaba la jornada y salgo del trabajo hace todavía más frío que esta mañana. Nieva abundantemente y el aire es tan gélido que la capa blanca del suelo se ha congelado. Las calles son una pista de patinaje.

Avanzo con sumo cuidado, pegada a las fachadas por si necesito sujeción en algún momento, y con los pies levemente ladeados. Este truco me lo enseñó mi padre. Siempre repetía que cuando hay hielo, hay que girar los pies y andar como los pingüinos.

Y desde luego yo me siento tan ridícula como un ave de pies planos mientras camino y rezo por no partirme el espinazo o cascarme la cabeza como un huevo contra el bordillo.

Volver andando me lleva mucho más tiempo de lo normal, sin embargo, me alegro de no haber cogido el transporte público porque la carretera es un caos ahora mismo. Ya he visto tres accidentes. Por suerte, estoy cerca de casa, solo un par de manzanas más y habré llegado.

Prosigo mi caminata de pingüino cuando noto varios aguijonazos en la nuca. «Ahora no, joder. Ya tengo bastante con el hielo». Ignoro la desagradable sensación de ser vigilada, pero esta persiste y se vuelve más intensa. Mi cuerpo empieza a segregar adrenalina como si me estuviese acechando un puto oso pardo.

Maldiciendo con todas mis fuerzas por ser así de imbécil, al final me apoyo en el escaparate de una tienda de zapatos y me giro para cerciorarme de que nadie me sigue, y simplemente es que estoy para que me encierren y tiren la llave a una alcantarilla.

Todo mi cuerpo se paraliza y mi corazón se arroja de cabeza a los abismos del mundo cuando a unos metros de distancia veo una figura alta con una capucha negra que le cubre prácticamente todo el rostro.

Antes de que yo pueda hacer o decir nada, el encapuchado se mete en un pequeño supermercado de productos orgánicos sin prestarme la más mínima atención.

Lo más seguro es que solo haya sido una coincidencia. Una casualidad. Con este clima de mierda, casi todos llevan gorros o capuchas. Sin embargo, mi sangre se ha convertido en un torrente de pánico y nada puede contenerlo.

Abandonando toda prudencia, acelero para llegar a casa cuanto antes. Estoy a punto de resbalarme e irme de morros al suelo dos veces, a pesar de eso, no aminoro el paso.

Pierdo el equilibrio por tercera vez delante de la cristalera de una pastelería con preciosas decoraciones navideñas. Seguramente tengan tonos rojos, dorados, verdes o blancos… Yo no puedo verlo. Mi mundo se ha convertido en una mancha gris en la que solo existe otro color, el negro de la capucha que veo al final del escaparate.

Mi razón se apaga, el miedo toma las riendas y echo a correr. A juego con mis turbulentas emociones, se levanta un gélido viento que me araña la cara; sin embargo, apenas lo siento. En mi cuerpo solo hay sitio para una sensación ahora mismo.

Cegada por el pánico, en lugar de seguir por la avenida principal donde hay más gente, me lanzo de cabeza a una calle perpendicular menos transitada para intentar atajar.

«Solo unos metros más», imploro, porque sé que estoy muy cerca de mi edificio. Para mi desgracia, la acera que sigo acaba unos metros más allá en un paso de peatones que tiene la luz roja encendida.

—¡Me cago en la plastilina de colores! —estallo, a punto de echarme a llorar.

Freno…, pero no me detengo. Mis pies pierden agarre y me deslizo sin remedio hacia la calzada por la que circula un camión a bastante velocidad.



Hoy hace mucho frío, así que he decidido que esta noche cenaremos ramen calentito. Además del caldo, también estoy preparando té verde con jengibre para que cuando Kaya llegue, pueda tomar algo que le revigorice el cuerpo.

«Espero que esté bien», pienso preocupado. Me da la sensación de que llega especialmente tarde.

Mis ojos vagan sin rumbo y veo a través de la puerta del balcón que ha empezado a nevar con fuerza. Apago el fogón y voy

corriendo a recoger la ropa que está tendida fuera.

Agarro la manilla para abrir y mi reflejo me devuelve la mirada en el cristal. Chasqueo la lengua, irritado, por no haberme dado cuenta antes. «No puedo salir así».

El apartamento de Kaya está en una segunda altura y el balcón es visible desde la calle. Si alguien alzase la cabeza, podría verme; puede que incluso llegase a distinguir mis plumas. Por eso, Kaya me compró un sayón corto con una parte que sirve para cubrir la cabeza para que me lo ponga cuando salgo a tender o a recoger la ropa.

Voy a los colgadores de la entrada, cojo la… «¿Cómo se llamaba esta cosa? ¿Fumadera? ¿Sudadera?». Da igual. Me la pongo, me cubro bien las plumas y salgo a por la ropa, no quiero que acabe empapada de nuevo.

Realmente hace *mucho* frío y yo cada vez estoy más preocupado por Kaya. «Voy a llevar más mantas al sofá para que se envuelva en cuanto llegue». Y aunque me duela, igual es mejor que hoy me abstenga de darle un abrazo porque mi temperatura es más baja que la suya y no quiero que se enfríe más.

Coloco la colada en el cesto a toda prisa, a la vez que repaso mentalmente otras formas de que un humano entre en calor sin necesidad de encender un fuego, porque no creo que a ella le hiciese gracia que quemásemos las sillas del comedor.

Una fuerte ráfaga de viento me golpea bruscamente y las plumas se me descubren. Instintivamente, me agacho hasta que me tapo de nuevo la cabeza.

Al incorporarme, veo horrorizado que una de las toallas de manos ha salido volando. Corro hasta la barandilla y me estiro todo lo que puedo para atraparla.

El aire cambia bruscamente de dirección y por poco me desestabiliza. Lo bueno es que ha empujado la toalla hacia mí. Lo malo es que ha empujado otra cosa en mi dirección. Un olor. El olor del pánico más crudo y visceral. «Kaya».

Todo pensamiento coherente se desvanece como volutas de humo y se pierde en la inmensidad del cielo. Me arrojo al vacío.

CAPÍTULO 13 - LA FISURA

Vuelo a tal velocidad que solo soy un borrón negro surcando el cielo. Con un poco de suerte, los humanos me confundirán con la sombra de una bandada de pájaros. Sin suerte… Francamente, me da igual.

Me da igual si me ven, si me descubren, si me apresan o si me matan. Me da igual lo que me ocurra siempre y cuando sea *después* de llegar hasta Kaya.

Por el olor sé que tiene que estar muy cerca, pero buscarla en medio de este laberinto de moles de hormigón y cristal resulta extremadamente complejo, más teniendo en cuenta que el viento no deja de cambiar y pierdo su rastro constantemente.

Todo esto es terriblemente frustrante porque podría encontrarla en un segundo si ella me llamase. Si ella pronunciase mi nombre pidiendo ayuda, el vínculo se activaría y yo podría localizarla en un parpadeo. Pero no lo ha hecho. Está aterrada y sufriendo, y no me ha llamado. Y pensar en las posibles razones de que esto sea así me hiere profundamente.

—¡Me cago en la plastilina de colores!

El grito llega amortiguado por todos los sonidos que me rodean, pero esa era ella. Era Kaya. No hay ninguna duda.

Me lanzo en picado siguiendo la dirección de la que procedía su voz y, tras girar abruptamente en dos esquinas, por fin la veo. Una bestia metálica más grande que una barcaza está a punto de embestirla.

El infierno se desata dentro de mí, la noche se apodera de mi mente y solo queda un pensamiento en pie: «por los dioses que no permitiré que me la vuelvan a arrebatar cuando la acabo de encontrar».



El camión está a punto de atropellarme. Él tampoco ha logrado frenar y sigue deslizándose incontrolable hacia mí.

Quiero pedir ayuda. Quiero llamar al Cuervo. Pero estoy tan asustada que no puedo ni gritar. Mi garganta es un pozo seco, un desierto en pleno mediodía, un campo de cultivo sobre el que han echado sal.

Lo único que me responden son los párpados y los cierro con fuerza, como si esas dos finas cortinas de piel pudiesen convertirse en escudos impenetrables capaces de protegerme de lo que se avecina.

Veo los ojos de mi madre llenos de amor y ternura, a mi padre haciendo un ridículo baile cuando les dije que me habían aceptado en la universidad, los rostros de las chicas y la sonrisa del Cuervo. Ese va a ser el último recuerdo que me voy a llevar de este mundo.

Un ruido detona a escasos centímetros de mi oído. Siento el brusco impacto de algo pétreo y salgo despedida a una velocidad imposible que catapulta mi estómago hacia mi boca.

El movimiento cesa tan súbitamente como se ha iniciado y espero a que el dolor estalle por todo mi cuerpo…, pero este no llega. Apenas me duele nada. Sigo viva. No estoy tirada en el suelo desangrándome, sino que permanezco en una posición aovillada.

«Algo me está sosteniendo», me percato. Algo firme. Algo frío. Algo con un corazón que late tan desbocado como el mío. Algo que huele a fósforo quemado.

Me tiembla todo tanto que me cuesta abrir los ojos. Al hacerlo, me doy de bruces con un firmamento sin luna donde solo habitan dos estrellas azuladas que han devorado la luz de todas sus hermanas.

El Cuervo me acaricia el rostro y cuando llega a mi barbilla, la sujeta y la gira con cuidado en varias direcciones, observándome, comprobando que no me ha pasado nada.

Yo estoy bien, solo terriblemente asustada después de lo que acaba de pasar. Él no parece estar tan bien. Una cortina escarlata

desciende por su frente, tiene la sudadera destrozada en la zona del hombro y más sangre brota de ese punto. Mi conmoción es tan grande que la visión de tanto rojo no me afecta, si no, ya estaría echando hasta los higadillos.

—¿Te has hecho daño? —me pregunta, y yo niego con la cabeza. Mi voz sigue perdida—. Menos mal.

Me abraza y juraría que me ha parecido escuchar un sollozo. Me lleva dos intentos ser capaz de controlar los temblores lo suficiente para rodearlo con mis brazos.

Al sentir que le correspondo, él me estrecha más fuerte y entierra su cara en mi hombro. Como está tan encorvado, puedo ver su espalda. La parte de atrás de su ropa está hecha jirones, aunque ahí no hay sangre.

Alzo los ojos y me topo con el camión que por fin ha logrado detenerse y se ha quedado cruzado en medio de la calzada. El conductor permanece dentro de la cabina con el rostro desencajado y lívido.

El morro del vehículo tiene una abolladura y un salpicón rojo sobre la pintura. Vuelvo a mirar hacia el hombro del Cuervo. Siento algo húmedo y pegajoso en el cuello, donde él tiene apoyada su frente.

«Me ha quitado del medio y él se ha llevado el golpe. Lo han herido por mi culpa». Mis dedos se aferran más fuerte a él.

La tensión por fin encuentra una grieta en el dique que cerraba mi garganta, se cuela por ella, avanza hasta mi boca y abandona mi cuerpo en forma de un sonido agudo y bajo al principio. La grieta se agranda, algo revienta y un sollozo horrendo me rompe la garganta en dos.

He pensado que iba a morir. He estado a punto de morir. Si él no llega a intervenir, lo habría hecho. Él está herido. Y todo porque no he sabido contener el pánico y me he puesto a correr como una demente por las calles heladas. Porque sigo imaginando cosas. Porque he pensado que un encapuchado me seguía.

Algo cruje dentro de mi cabeza y una idea se desliza por el lodazal de miedo hasta la parte consciente de mi mente. Mis ojos se

vuelven a fijar en la espalda del Cuervo. En su ropa destrozada y… negra.

«¿Cómo ha podido salvarme? ¿Cómo ha sabido que estaba en peligro? ¿Cómo me ha encontrado si yo no lo he llamado? No. Por favor. Otra vez no. No me puede estar pasando lo mismo por segunda vez».

La desconfianza se convierte en un tornado que arranca pedazos de mi cordura y se los lleva volando. Un segundo estallido de adrenalina inunda mi sistema y mi cuerpo responde. Rompo a sudar, los temblores se intensifican, las náuseas regresan y me mareo.

Me aparto de él. Lo primero que atrae mi mirada son sus penetrantes ojos. De ahí mi vista avanza hasta su frente y sus plumas, que ahora están cubiertas por una capucha. Una capucha negra.

—Eras tú —susurro. Mi voz arrastra más dolor y decepción de la que nadie debería ser capaz de sentir.

—¿Yo? —Me mira confundido, pero no me voy a tragar su teatro.

—El que me ha estado siguiendo todo el día eras tú —le acuso—. Seguramente llevas haciéndolo todo este tiempo, por eso no puedo quitarme de encima esa horrenda sensación de que me observan. Porque has estado siguiéndome, espiándome…

Me cubro la boca con la mano. Alguien me ha metido una cuchara por la oreja y se ha puesto a batir mis sesos. Voy a vomitar. No puedo respirar. «Otra vez no».

—Kaya, ¿de qué estás hablando? ¿Alguien te ha seguido?

Intenta acercarse a mí y yo retrocedo corriendo.

—No —le advierto—. No se te ocurra acercarte. No me toques. No me hables. No me mires.

—Kaya… —Desde luego es un actor estupendo porque mi nombre nunca ha sonado de una forma tan desgarradora. Y su gesto parece realmente atormentado. Sin embargo, yo mejor que nadie sé cómo funciona esto.

Fingen ser todo dulzura y amabilidad hasta que te tienen atrapada. Fingen que se preocupan por ti, pero solo quieren controlar tu vida. Hacen algo horrible y fingen arrepentimiento. Te hieren de mil formas y fingen que la culpa es tuya. Un día logras

reunir el valor suficiente para marcharte y fingen amor sincero para retenerte un poco más. Fingen. Siempre fingen. Siempre mienten.

—Ahórrate la actuación, las excusas y las disculpas —le espeto. Tengo que morderme el labio para contener el temblor de la voz y me hago sangre. Mi interior también está sangrando. Una fisura se ha abierto dentro de mí y de ella rezuma sangre, dolor y miedo—. No lo quiero. No quiero nada de ti. No te quiero cerca.

Me levanto y, como la idiota que soy, echo a correr otra vez para llegar a casa antes de que todo mi cuerpo colapse y me convierta en un millón de fragmentos rotos sobre la calle.

La sensación de traición me está desgarrando. Yo confié en él. Quise creer en él. Le dejé acercarse. Le dejé llegar a rincones de mi corazón que llevaban vacíos mucho tiempo. Me abrí con él. Me mostré vulnerable… ¿Y todo para qué?

Para que él me haya engañado, haciéndome creer que se quedaba en casa todo el día mientras yo estaba trabajando. Para que me siga y me vigile como un puto acosador. Para que se sienta con derecho a invadir mi espacio, mi privacidad y mi vida como le plazca.

Nieva sobre mi cabeza y llueve desde mi rostro.

«Soy idiota. Soy imbécil. Soy estúpida. Soy despreciable. No aprendo. Me han vuelto a engañar. He vuelto a confiar en quien no debía. Sí que estoy maldita». Mi mente va en caída libre y ya no hay nada que pueda detenerla.

Escucho que ese pirado me llama a mis espaldas. Me está siguiendo. Otra vez. Acelero todo lo que puedo sin partirme una pierna en el proceso para llegar a casa antes de que él me alcance.

«A casa…». El pensamiento me asalta de golpe. No puedo huir de él porque vive conmigo. Vive en mi casa. «Tengo que echarlo», decido. «Pero… ¿y si se pone violento?». Espinas de miedo se clavan por todo mi cuerpo.

Fogonazos de recuerdos que de normal tengo metidos en un baúl cerrado con cuatro candados en un sótano sobre el que vertí cemento estallan en mi mente.

Gritos. Zarandeos. Agarres demasiado fuertes que dejaban marcas. Una puerta reventada de una patada. Empujones. Un vaso

estallando contra la pared a escasos centímetros de mi cuerpo. Un puñetazo impactando al lado de mi cara. Tirones de pelo…

«Otra vez no. Por favor. No puedo volver a pasar por esto. No he escapado de una pesadilla para caer de cabeza en otra», sollozo.



No comprendo qué ha pasado. Estábamos abrazados y, de pronto, ella se ha puesto a decir unas cosas muy extrañas, su cuerpo se ha inundado de terror, ha afirmado que no quiere verme y se ha ido corriendo.

«¿Qué he hecho mal?», me agobio. El mundo moderno es complejo y a causa de mi inexperiencia, he metido la pata varias veces en el tiempo que llevo con ella. Sin embargo, ahora no soy consciente de haber hecho nada que justifique su reacción.

A lo mejor es porque he salido de casa y ella me ordenó que no abandonase el piso bajo ningún concepto a menos que hubiese una emergencia. Pero esto lo era. Tenía que salir. Tenía que ayudarla. «Si el problema no es ese, entonces, ¿qué?».

La llamo a gritos en medio de la calle. Necesito hablar de lo sucedido. Necesito que me explique qué he hecho mal para disculparme, arreglar este desastre y no hacerla sufrir más.

No obtengo respuesta y no me queda más remedio que seguirla hasta su edificio. Una vez dentro, ella se lanza escaleras arriba, dejando tras de sí un intenso hedor a angustia y terror. Ahora que estamos en un espacio cerrado es todavía más notable.

—Kaya, por favor…

Me ignora y sigue subiendo. La alcanzo cuando ella tiene que detenerse para sacar las llaves y abrir la puerta. Intento que me diga algo, pero no hay manera. Ni siquiera me mira y algo dentro de mí empieza a resquebrajarse.

Abre la puerta una rendija, se cuela por ella y, antes de que yo pueda entrar también, Kaya empuja la madera con fuerza. «¿Está intentando dejarme fuera?».

Esa angustia que llevo conteniendo desde que ella ha echado a correr finalmente revienta. Me siento inestable y me aferro con fuerza al borde de la puerta para no caerme. Ante mi peso, esta cede y se abre por completo. Se produce un estallido de olor a miedo que inunda mis fosas nasales.

Me enderezo y me olvido de mi propio dolor porque ella me necesita. Está sufriendo y me necesita. Da igual si yo me hago pedazos. Solo importa ella.

Extiendo una mano en su dirección y me da un manotazo a la vez que retrocede dos pasos. Busco sus ojos y por poco me fallan las rodillas otra vez. Me está mirando con un pavor que me retuerce las entrañas.

—Kaya, tranquila —susurro con la voz más calmada que puedo—. No tengas miedo. El peligro ya ha pasado, solo estamos tú y yo.

—Por eso tengo miedo, porque solo estamos tú y yo. —Sus ojos se anegan de lágrimas—. Vete de mi casa, no te quiero aquí.

Sus palabras me atraviesan el pecho y algo gotea dentro de mí.

—Kaya, yo nunca te haría daño…

—Ya me lo has hecho —me reprocha con un desprecio lacerante. Me falta el aire—. Creí en ti. Confié en ti. Y mira lo que has hecho.

—No sé qué he hecho mal —admito, y ella resopla, furiosa—. No sé qué te he hecho, pero sea lo que sea, lo lamento. Nunca he querido hacerte daño. Yo estoy aquí para cuidarte…

—A otro con el puto cuento. Ya no me creo nada de lo que salga por tu boca. —Se aleja otros dos pasos y se encoge, como si tuviese miedo de mi reacción.

Si supiese que en verdad no puedo moverme, que estoy luchando porque mi corazón no deje de latir. Ella es lo que me ha mantenido vivo los últimos seis siglos. Sus recuerdos. La promesa que me hizo. La esperanza de volver a verla. Y ahora… Ahora me desprecia. Lo he estropeado todo y ni siquiera entiendo por qué.

—Kaya, por favor —suplico—. Dime qué he hecho mal para poder arreglarlo. No quiero verte así. No quiero que sufras.

—Entonces, ¡lárgate de mi casa! —estalla, mitad gritando, mitad llorando—. Déjame en paz y lárgate de aquí.

—No puedo hacer eso. Soy tu guardián. Tengo que quedarme contigo para protegerte.

Su risa áspera y sus lágrimas me cortan el alma por igual.

—Si esta es tu idea de protección, no la quiero. No pasaré por lo mismo dos veces. No pienso tolerar que otro cabrón me destroce la vida. No lo haré. ¡No lo haré!

Le da una arcada y siento el olor del vómito desde aquí. Instintivamente, avanzo hacia ella y Kaya retrocede hasta chocar con la pared y se protege la cara con los brazos. El gesto me deja clavado en el sitio y, si no me ha matado, ha sido de milagro.

Pasan unos segundos en los que todo permanece estático y en silencio, salvo por los jadeos asustados de ella y el goteo de mi pecho, que es cada vez más intenso.

Al fin, ella se descubre la cara y sus ojos están cargados de angustia, miedo y un desprecio abrasador.

—Te estoy pidiendo que te largues por las buenas.

—No puedo irme —murmuro. Mi voz se está ahogando en el charco de sangre que inunda mi pecho.

—Bien. Te lo he advertido. No voy a dejar que me arruinen la vida otra vez. Si no te largas, atente a las consecuencias.

Se va corriendo a su cuarto y se encierra dentro.

Yo me quedo un buen rato en el mismo sitio. Me duele todo demasiado como para moverme. La razón de mi existencia me acaba de echar de su vida. Me ha despreciado. Me ha tratado como a un monstruo. Y no entiendo el motivo. De verdad que no sé qué he hecho mal.

Me escuecen los ojos. Me escuecen las heridas que me he hecho al chocar con esa bestia de metal y las que me estoy abriendo en las palmas, donde mis garras se están hundiendo. Me escuece el alma. Me escuecen hasta las ganas de vivir.

En medio del caos y la oscuridad percibo un pequeño destello. Una luz. Una determinación. «No puedo rendirme».

Si no me rendí durante seis siglos, no lo haré ahora. No puedo perderla y tampoco puedo dejarla sola. Tengo que protegerla de ese hombre y también de todos esos sentimientos hirientes que viven en ella. Sé que sigue rota por dentro y no la abandonaré con su

sufrimiento. No lo haré. Por eso, tengo que encontrar la forma de arreglar esto.

Le pediré perdón cada minuto de cada día. Me postraré ante ella. Cumpliré cualquier castigo o penitencia que quiera imponerme. Haré lo que sea salvo dejarla sola. Soportaré lo que sea salvo el dolor de perderla. Mi corazón puede desintegrarse por el camino hasta que logre su perdón, me da igual. Solo me importa ella. Solo me importan ella y su felicidad.

Por fin consigo moverme. Me dirijo hacia su habitación. Llamo a la puerta y no me responde. Con la frente apoyada en la madera, me disculpo y le ruego que me cuente qué he hecho para herirla de este modo. Se niega a hablar. Yo me niego a tirar la toalla.

Me siento en el pasillo delante de su puerta, me aovillo y me abrazo las rodillas. Esperaré lo que haga falta hasta que ella esté lista para hablar conmigo. Si la he esperado seiscientos años, qué son unas cuántas horas más.

Kaya no sale de su habitación en toda la noche y yo no me muevo del suelo.

CAPÍTULO 14 - POMPAS CON OLOR A LIMÓN

Me he pasado prácticamente todo el fin de semana encerrada en mi cuarto. Solo he salido para cubrir dos necesidades básicas: ir al baño y comer. Y con la primera llegué a plantearme la opción de pedir un arenero de gato en Amazon. Si la idea no me resultase tan repulsiva y antihigiénica, lo habría hecho.

Y el Cuervo se ha pasado todo el fin de semana sentado en el puñetero suelo delante de mi puerta como un cachorro abandonado, intentando hablar conmigo cada vez que yo ponía un pie fuera de la habitación.

Es verdad que *de momento* no se ha puesto agresivo y que no deja de suplicarme que hablemos y arreglemos las cosas. Pero no me lo trago. Conozco esta versión de la manipulación. El hombre arrepentido que jura que nunca lo volverá a hacer. «Patrañas».

No voy a creerme sus mentiras. No voy a confiar en él. Ni me voy a arriesgar a que al final se canse de intentarlo por las buenas y decida forzarme a que lo perdone por las malas. También he visto esa versión de las cosas.

Lo que le dije iba totalmente en serio, si no se larga por su propia voluntad, yo me ocuparé de echarlo. Ya me he hartado de ser un ratón cobarde que soporta lo que sea en silencio. Esta vez, voy a plantar cara.

Está claro que no puedo presentarme en la comisaría de policía para poner una denuncia y pedir una orden de alejamiento contra un demonio. De hacerlo, la que acabaría entre rejas sería yo; así que no puedo contar con la ayuda de las autoridades.

He buscado en internet otro tipo de ayuda. He intentado localizar exorcistas, y lo he hecho… Pero todos parecen unos timadores. Creo

que de contactar con ellos, solo acabaría con dos perturbados pegados a mí en vez de uno.

Tampoco puedo hablar de esto con las chicas o con mis padres porque también corro el riesgo de que piensen que finalmente he perdido el poco juicio que me quedaba.

Estoy sola. Me ocuparé de esto yo solita. Esta vez, me defenderé. No viviré ese infierno de nuevo. Voy totalmente en serio. Recurriré a lo que sea para deshacerme del Cuervo, incluso a las ideas homicidas. Así de en serio voy.

Al principio, cuando pensé en asesinarlo, estaba un poco reticente por todo el tema de que matar está mal y eso… Luego lo reconsideré mejor.

Yo no tengo la fuerza ni los medios para lograr que se vaya porque sí. Igual que tampoco tuve forma de impedir que me siguiese hasta aquí. Para librarme de él, necesito medidas drásticas.

Aparte, él es un demonio, así que ¿de verdad está mal que lo mate? Probablemente, no. Estaría protegiendo al mundo de un ser maligno. Seguro que hasta me dan la Medalla al Valor, el Premio Nobel de la Paz o algo así.

Por eso, me paso todo el lunes barajando opciones para matar a ese pajarraco acosador mientras coloco los libros que los estudiantes devolvieron el viernes a última hora.



Llevo unos días sintiéndome verdaderamente miserable. Kaya sigue sin hablarme. Ni siquiera reconoce mi presencia salvo para lanzarme miradas de soslayo cargadas de desdén y recelo. Y si no se comunica conmigo, no sé cómo vamos a arreglar esto.

He perdido la cuenta de las veces que me he disculpado. El otro día me postré ante ella y le supliqué perdón con la frente pegada al suelo, y pasó de largo como si yo solo fuese una mota de polvo. «No, incluso al polvo le haría más caso. Al menos se detendría a limpiarlo».

Probé a hacerle llegar mis sentimientos de otro modo y cociné para ella. Estuve varias horas en la cocina y cuando le ofrecí el plato,

lo tiró directamente a la basura con la vajilla incluida.

Como no quiere escucharme, también le escribí una carta. Me costó mucho ya que la escritura occidental es compleja para mí. Ella hizo una bola con el papel y la tiró al inodoro como si mis sentimientos fuesen equiparables a excrementos.

No voy a mentir, la desesperación está empezando a pesar en mí y toda esta situación me duele horrores. Me siento triste, solo y perdido. Mi ánimo baila por una línea más fina que el filo de una katana y puede caer en cualquier momento al abismo. Aun así, mientras me queden fuerzas, seguiré perseverando.

Cuando escucho las llaves en la cerradura, corro a la entrada. Sé que ya no puedo abrazarla, no soy tan tonto como para no darme cuenta de eso (aunque sí soy lo bastante tonto como para haberle hecho tanto daño y no saber por qué). Sin embargo, sí quiero recibirla. Demostrarle que me alegro de verla y de que haya vuelto sin importar las circunstancias.

—Hola —la saludo nervioso. Solo obtengo silencio—. ¿Qué tal te ha ido el día?

Kaya deja sus cosas en los colgadores y se dirige a su cuarto. Seguro que va a volver a encerrarse dentro.

Permanezco cabizbajo en el recibidor. No me quedan fuerzas para moverme, las estoy usando todas para no derrumbarme.

Escucho pasos que regresan por el pasillo, probablemente ella vaya al baño antes de quedarse en su cuarto toda la tarde, igual que lleva haciendo estos días.

—Hoy haré yo la cena para los dos.

Alzo la cabeza al segundo. Está asomada a la esquina del pasillo y me está mirando. Me está hablando. Es igual que sentir de nuevo el sol después de un invierno que ha durado un milenio.

—Si estás muy cansada, a mí no me importa cocinar —me ofrezco.

—No. Cocino yo. —Su tono es seco, pero no me importa. Mientras me hable, me da igual cómo lo haga.

—Lo que quieras. —Dudo un segundo—. Kaya, si ya te sientes un poco mejor, ¿podemos hablar de lo que pasó el otro día, por favor? Yo… Yo quiero entender qué hice mal…

—No quiero hablar de eso —me corta—. Solo venía a informarte de lo de la cena.

Se da la vuelta y se va.

—Vale… —murmuro al espacio vacío.



Tengo que asegurarme de que el pajarraco se come esto, así que, aunque no quiero, me siento a la mesa con él tras comprobar veinte veces que le he puesto a él el tazón con el dibujo del gato. Ese es el que lleva medio bote de friegaplatos dentro[4].

Por muy demonio que sea, su cuerpo parece regirse por las mismas funciones fisiológicas básicas que el del resto de los seres vivos. Por eso he deducido que, si interfiero con esas funciones, lo más seguro es que lo mande de cabeza al otro barrio. De ahí mi brillante idea de esta noche.

Igual que siempre, él espera a que yo coma primero para coger sus cubiertos. Intentando ser disimulada, observo cómo se lleva la cuchara a la boca. Su nariz se arruga de inmediato, aun así, traga.

—¿Le has puesto algo diferente a la sopa de pollo? —me interroga—. Sabe… algo rara. Un poco a limón y… a otra cosa. —Se nota que está haciendo un esfuerzo por no torcer la boca.

—Le he puesto limón porque va bien con este frío; por la vitamina C, ya sabes —comento de la forma más despreocupada que puedo, y él asiente—. También lleva cilantro. Es una hierba. Igual es eso el otro sabor que notas —miento, y desvío la mirada por si acaso mis ojos me delatan.

—El culiandro sabe igual que huele el jabón de los platos —murmura.

En otras circunstancias, me habría reído de su error. Ahora estoy demasiado agobiada. Si descubre lo que he hecho, solo Dios sabe lo que podría pasar. Y si no se lo come, todo mi plan para convertirme en la versión doméstica de Hannibal Lecter se irá a la mierda.

—¿No te gusta? ¿No te lo vas a comer? —digo, fingiendo indiferencia.

—Yo jamás rechazaría algo hecho por ti —asevera, un segundo antes de agarrar el bol de sopa con ambas manos y bebérselo entero de tres tragos. Si mi boca no ha aterrizado dentro de mi comida ha sido de puro milagro—. ¡Y está muy bueno!

Eso sería más creíble si el emplumado no tuviese un ojo medio cerrado, la ceja contraria alzada, una arruga en el entrecejo, una comisura de la boca caída y la lengua asomando entre los labios. O se está muriendo ya, o de verdad el detergente sabe horriblemente mal. Dado que no se ha desplomado sobre la mesa, deduzco que es la segunda opción.

«Y aun así se lo ha tomado entero», me sorprendo. Desde luego está determinado a que me trague su teatrillo de hombre arrepentido y devoto. Y eso le va a salir muy caro. Tan caro que el precio va a ser su vida.

Sigo comiendo en silencio sin perder de vista al Cuervo, que sigue sentado a la mesa esperando a que yo acabe como dictan los buenos modales. Y no le quito el ojo de encima porque no tengo ni la más remota idea de cuánto tarda en morirse alguien que se ha bebido media botella de jabón. Recordemos que soy una asesina novata.

Aunque si aplico la lógica, cuando yo he comido algo en mal estado, he tardado horas en mostrar síntomas, así que lo más seguro es que él no se muera hasta… No sé… «¿La media noche, tal vez?», conjeturo.

De repente, un sonido espantoso inunda el aire. Alzo la vista, asustada y sorprendida a partes iguales, y me doy de bruces con los oscuros ojos del Cuervo que ahora parecen dos huevos pintados de negro. Está tan atónito como yo.

«¿Qué coño ha sido…?». Ese sonido más propio del infierno hace eco entre las paredes de mi piso por segunda vez. Juro que el pajarraco se está quedando todavía más blanco que de costumbre.

—¿Eso has sido tú? —pregunto.

—Yo… —El ruido lo interrumpe.

Suena como si alguien hubiese tirado una babosa radioactiva y moribunda por un desagüe atascado.

Me da la sensación de que yo también me estoy empezando a quedar lechosa. Desde luego siento cómo el calor va abandonando mi cara.

—Qué vergüenza —dice él, abochornado—. Yo… Pe… Perdón…

Su estómago vuelve a quejarse de forma alarmante y él se lleva las manos a la boca. Yo me pongo en pie en menos de un segundo. «No irá a vomitar, ¿verdad? ¡¿VERDAD?!».

Creo que no he meditado bien el plan del envenenamiento. No lo he meditado bien *en absoluto* porque que se muera tiene un pase, que eche las tripas en el comedor, no.

Como mi mantel con lavandas bordadas acabe cubierto de vómito o de entrañas de demonio, no me va a bastar con lavarlo. Voy a tener que mudarme. No. Voy a tener que prenderle fuego al mantel, a la casa, al edificio y a la ciudad, y emigrar a Canadá.

Él también se pone en pie con los ojos desorbitados.

—Kaya, lo…

Vuelve a taparse la boca corriendo cuando sus tripas amenazan una vez más con abandonar su cuerpo. Las mías las imitan por solidaridad y me da una arcada solo de pensar en lo que está a punto de pasar.

«Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios… ¡Ay, Dios mío!». Estoy hiperventilando.

Él extiende una mano en mi dirección.

—Kaya, tranqui…

El sonido por fin logra escapar de su estómago y emerge al mundo en forma de un atronador eructo que va acompañado de un millar de pompas con olor a limón. Los dos nos quedamos paralizados en medio de las pequeñas esferas flotantes.

—Creo que yo no debería volver a comer culiandro —declara él, antes de eructar por segunda vez y tirarme a la cara más pompas perfumadas.

El pajarraco se ha pasado dos días enteros eructando pompas de jabón. *Dos días*. Pero no ha tenido a bien morirse. Al parecer, los estómagos demoníacos están hechos a prueba de sustancias tóxicas.

Y después de que casi me muero yo al pensar que iba a ver una fuente de entrañas licuadas en mi comedor, he decidido que a partir de ahora mis planes de asesinato tienen que ser más limpios e higiénicos. Nada de salpicones de sangre ni de tripas desparramadas. Necesito que el Cuervo se muera de forma ordenada, aseada y, a ser posible, sin armar mucho alboroto.

Tras darle muchas vueltas a muertes que cumplan esos tres requisitos, he dado con la solución. Por eso, de regreso a casa, paro en el supermercado y compro el bote más grande de insecticida que veo.

Cuando lo uso con las moscas, estas caen fulminadas de inmediato y luego solo tengo que barrer sus cadáveres. Coser y cantar. Y un cuervo viene a ser como una mosca gigante y emplumada, ¿no?



Estoy muy triste. Kaya me dio una oportunidad para arreglar las cosas, incluso preparó la cena para los dos y, en lugar de aprovecharlo, lo estropeé todo otra vez comportándome como un cochino sin modales ni decoro.

Desde ese día ella no ha vuelto a dirigirme la palabra. Sinceramente, no puedo culparla. Yo también me ofendería si alguien me eructase en la cara. Gracias al cielo, al fin parece que mi estómago ha vuelto a la normalidad.

Algo de esa sopa de pollo me sentó francamente mal. La sensación me recordó vagamente a una vez que intentaron envenenarme… Pero aquella vez no eructaba pompas. No tengo ni idea de dónde salieron las pompas.

Escucho las llaves en la puerta y corro a la entrada para recibirla con una sonrisa, igual que siempre, aunque por dentro esté llorando.

—Hola, Kaya. Espero de corazón que hayas tenido un buen día. —Silencio. «No te rindas», me animo—. ¿Sabes una cosa? Tengo una buena noticia, ya no suelto pompas. Ya vuelvo a ser normal.

A lo mejor, si sabe que ya no me comporto como un gorrino, se le pasa un poco el enfado. Ella solo me mira de reojo. Deja sus cosas en los colgadores, pero no se quita el abrigo y se va hacia la habitación con él puesto, agarrándose la zona del pecho.

Mi agobio se dispara. «¿Tiene frío? ¿Se encuentra mal? ¿Le duele algo?». Quiero ir tras ella y preguntarle, sin embargo, no me atrevo. No quiero atosigarla y que me acabe repudiando más. Aunque también es cierto que es imposible que me odie más de lo que ya lo hace.

Me llevo las manos a la cara y trato de respirar lentamente para no ceder a los pensamientos pesimistas que me llevan acosando todos estos días.

«Solo debo ser paciente. Paciente y comportarme bien de una vez. Así, seguro que al final ella accede a que hablemos. Sé que lo hará. Kaya es buena y tiene un corazón gentil. Mientras tanto, no puedo presionarla. Esto es culpa mía y ahora debo lidiar con las consecuencias de mis actos y mis errores».

—Oye —la escucho hablar desde el fondo del pasillo—, ¿puedes venir un momento? Necesito ayuda con algo.

Me quedo paralizado.

—¿Me…? ¿Me estás hablando a mí? —titubeo.

—¿Es que hay alguien más en la casa? —Una pequeña chispa de esperanza prende en mi pecho. «Lo de contarle que ya no parezco un bote de jabón estrujado sí que ha funcionado»—. ¿Vienes o no?

—¡Voy! —Casi echo a correr—. ¡Claro que voy! —De camino hacia el pasillo, intento serenarme. Necesito estar tranquilo para no cometer más fallos. Debo comportarme y no hacer nada malo. Giro la esquina que lleva hacia su habitación—. ¿Con qué necesitas…?

Escucho un siseo extraño y de pronto la boca se me llena de una niebla que sabe fatal y que pica en la lengua. También me arden los ojos, la nariz y la piel. «¿Qué es esto? ¿Nos están atacando?».

—¡Kaya! —grito, y la busco a tientas porque no veo nada—. ¡Kaya, ¿estás bien?!

Mi pregunta es respondida con un aluvión de toses y unos ruidos sibilantes. «Se está ahogando». Mis instintos toman el control y me

guío por el sonido. La localizo. Tanteo con las manos y siento que está encorvada y medio caída sobre la pared.

La rodeo con un brazo, me la cargo al costado y regreso por donde he venido. Ya he pasado suficiente tiempo en este apartamento para poder moverme sin ver, así que voy derecho al balcón y salimos al frío vespertino. El aire fresco ayuda a calmar mis irritados ojos y también alivia la sensación de ardor en los pulmones.

Consigo enfocar la mirada lo suficiente para ver a Kaya doblada por la cintura. Tose de forma tan violenta que al final le da una arcada y escupe un montón de saliva sobre el suelo.

—Qué asco —dice, entre tos y tos—. No mires.

—No te preocupes ahora por eso. —La sostengo con un brazo mientras le froto la espalda con el otro—. Céntrate en respirar el aire limpio. ¿Te ha entrado esa cosa en los ojos?

Ella niega, justo antes de que le dé otra arcada.

—Los tenía cerrados… Solo lo he respirado.

—Menos mal. Tú no te preocupes, te vas a poner bien. Y yo voy a descuartizar al responsable de eso. —Un gruñido reverbera por mi pecho y ella se tensa más que la cuerda de un arco.

—Ha sido un accidente —musita.

—¿El qué ha sido un accidente?

—Lo del insecticida…

No comprendo esa última palabra; sin embargo, deduzco por lo que está diciendo y por su tono que la responsable de lo que ha pasado en el pasillo ha sido ella.

—¿Esa niebla ha sido cosa tuya?

—Es… Es que había un bicho y… y a mí me dan mucho asco, ya lo sabes… —balbucea con voz muy aguda—. Por… Por eso te he llamado. Para que lo matases, pero… tú has tardado mucho en venir y he cogido el insecticida y… y… y como estaba nerviosa, creo que he echado más de la cuenta. Pero ha sido un accidente… De verdad… Un accidente.

Nadie me ha tocado, sin embargo, yo siento que me acaban de dar un puñetazo en el plexo solar. Uno tan brutal que mi carne se agrieta y las rajas alcanzan mi corazón, que sangra de nuevo.

—Kaya, lo siento mucho. Te he vuelto a fallar —me disculpo, derrotado—. Da igual cuánto me esfuerce por arreglar las cosas, solo lo empeoro todo. Primero te hice daño y sigo sin saber por qué. Después arruiné tu cena comportándome como un animal de granja. Ahora por poco te asfixias porque no he acudido lo suficientemente rápido en tu ayuda… De verdad que lo siento.

Ella por fin se incorpora y me mira. Sus preciosos ojos están llenos de escepticismo. No me cree. No cree que de verdad lamento todas las cosas que estoy haciendo mal.

Se supone que soy su guardián. Que estoy aquí para protegerla, para cuidarla y para hacerla feliz… Y lo único que estoy consiguiendo con mi torpeza y mi ineptitud es herirla a nivel emocional y físico. Lo que acaba de pasar es la mejor prueba de ello.

Estoy empezando a plantearme que ella estaría mejor sin mí. Que sería más feliz sin mí. Es evidente que esta Kaya me desprecia. Debo aceptar que perdí a la mía hace seiscientos años, pasar página y no seguir imponiendo mi presencia a la fuerza.

El problema es que sí hay una amenaza real en su vida. Y hasta que ese hombre no desaparezca, yo tampoco puedo hacerlo porque, aunque esta Kaya me odie, yo sí que la quiero. La quiero y le deseo lo mejor. Necesito asegurarme de que, así sea sin mí, su vida es segura y dichosa.

Supongo que, por ahora, lo mejor que puedo hacer es dejarla tranquila. Permanecer a su lado, pero a distancia, hasta dar con ese hombre. Y luego, cuando me haya ocupado de él, desaparecer para siempre.

—No creo que lo hagas, pero si me necesitas para algo, avísame —le digo. Entro, me voy a un rincón del salón y me siento ahí, procurando no molestarla más.

Llevamos tres días en silencio absoluto. Ahora que yo he dejado de hablarle, ella no ha hecho el más mínimo amago de dirigirse a mí, acercarse o mirarme. Me ignora por completo. Para ella solo soy parte del aire de la habitación.

Sinceramente, puede que sea así porque me siento totalmente vacío, como si ya no quedase nada en mí, solo una sensación de derrota infinita.

—Perdona. —Escuchar su voz me sobresalta y por poco me golpeo la nuca contra la pared. Kaya está al lado del balcón con el cesto de la colada en las manos y una expresión muy tensa en el rostro—. Tengo que tender las sábanas y yo sola no voy a poder, pesan demasiado ahora que están mojadas. ¿Te importa ayudarme?

—No, claro que no. —Me pongo en pie. Llevo tanto rato sentado en la misma postura que mis músculos están un poco agarrotados—. Hace mucho frío fuera, si quieres, lo hago yo solo —me ofrezco—. No hace falta que salgas.

—Prefiero estar yo también. —Desvía la vista hacia un lado.

«Ya no se fía ni de que tienda bien la ropa».

—Como quieras. —Camino cabizbajo hasta el balcón. De pronto, reparo en una cosa—. ¿No pasa nada si salgo así?

El día del accidente hice trizas la prenda que ella me compró para que ocultase mis plumas («otro error más») y no tengo otra de recambio.

—Es tarde, está oscuro y hace muchísimo frío —comenta—, dudo que haya mucha gente por la calle o que se vayan a percatar de las plumas si miran hacia aquí.

Asiento y salgo a la terraza. Es verdad que hace muchísimo frío y no se ve a nadie.

Ella deja el cesto en el suelo y vuelve a entrar rápidamente. «Igual va a ponerse el abrigo», conjeturo. Sin embargo, cuando regresa, trae en la mano el pequeño taburete que usa para llegar a los estantes más altos de la cocina.

—Las sábanas son muy largas, tenemos que subir un poco la cuerda de tender —me explica.

—Ya lo hago yo.

La he visto tambalearse peligrosamente al subirse a esa cosa en la cocina, no quiero que pase lo mismo aquí fuera. Si se tropezase en el balcón, podría ser fatal. Prefiero hacerme cargo yo. Después de todo, sigo siendo su guardián; aunque lo esté haciendo de pena.

Coloco el taburete, lo tanteo con el pie para asegurarme de que el apoyo es firme y me subo. Desengancho un extremo de la cuerda y lo alzo varios palmos.

—Un poco más alto —me indica ella. Alargo los brazos al máximo y me dispongo a clavar el gancho en la pared. Cuando lo colocamos, ella necesitó un martillo para fijarlo, a mí no me hace falta, solo tengo que empujar fuerte—. Más alto o las sábanas van a arrastrar por el suelo.

«¿Más?», me sorprendo. Juraría que esta altura es suficiente, sin embargo, no digo nada. No pienso llevarle la contraria. Me limitaré a hacer lo que me pide y ya está. Me pongo de puntillas y me estiro todo lo que puedo.

—¿Así está bien? —le pregunto. Silencio—. ¿Kaya?

Como no me responde, desvío la mirada hacia abajo a tiempo de verla hincar su hombro en mis corvas.

Los dos trastabillamos. Mis pies se separan del taburete. Ella se balancea e impacta contra las rejas de la barandilla. Mi cuerpo sobrepasa el bordillo y caigo al vacío.

CAPÍTULO 15 - ACARICIAR LA LUNA

Mientras su cuerpo se precipita al vacío nuestras miradas se encuentran una última vez. En sus ojos veo sorpresa…, y muchísimo dolor. Y eso hace que a mí también me duela algo dentro del pecho. Lleva haciéndolo desde el día del insecticida.

«Ahora no te vengas abajo», me reprendo. Esto es lo que yo quería. Quería deshacerme de él antes de que él me jodiese la vida igual que hizo Ethan.

No podía quedarme de brazos cruzados por segunda vez. Me propuse defenderme, protegerme y librarme del pajarraco; y es lo que he hecho. Sin embargo, ahora mismo no me siento demasiado bien. No siento júbilo, ni orgullo, ni tengo una sensación de victoria. Más bien es al revés.

La noche se lo traga y él desaparece por completo de mi vista. Pasan unos segundos angustiosos en los que no se escucha nada y finalmente oigo un golpe seco. A la vez, algo se desgarra dentro de mí.

Me levanto sin tener muy claro si las piernas me van a sostener, me están temblando demasiado. Mi pulso cada vez es más errático y mi mente se enturbia.

De repente, una sombra se alza en el cielo y me engulle. Recortada contra la luna llena hay una figura. Un ángel tejido de oscuridad con dos zafiros llameantes por ojos.

El aliento se me atasca en la garganta. «Joder. Joder. Joder. Joder. ¡JODER!». Resulta que el Cuervo tiene alas y sabe volar. En mi inmensa estupidez no había tenido eso en cuenta. Aunque debo admitir que en el fondo me siento *muy* aliviada de verlo de una pieza. Aliviada e impactada.

La visión es sobrecogedora, en parte aterradora y, al mismo tiempo…, hermosa. Sus alas parecen hechas de ónice bañado en polvo de diamante y centellean como un manto de terciopelo oscuro salpicado de estrellas.

Bate las alas un par de veces y aterriza con gracia en la barandilla. De ahí salta al balcón. Lo tengo a escasos palmos de distancia, su fuerte figura ahora enmarcada por esas alas cuya envergadura fácilmente supera los dos metros de ancho.

Cuando me fijo mejor en las duras líneas de su rostro, en la ferocidad de las hogueras de sus ojos y en su boca fruncida, tomo consciencia de que el Cuervo no está *nada* contento. Para ahorrarnos los eufemismos, está furioso.

Todo rastro de alivio muere de golpe y solo queda el miedo y la sensación de que estoy a dos segundos de hacerme pis encima.

—Kaya —susurra con voz gélida—, empiezo a tener la impresión de que intentas hacerme daño…

«Me ha pillado. Mierda. Me va a matar». Totalmente aterrada, giro en redondo y me lanzo hacia el interior del apartamento.

En un primer momento me planteo correr hacia la calle, pero entonces me enfrentaría al reto de bajar dos pisos sin que él me dé alcance. Esa idea queda descartada.

Solo me queda encerrarme en el baño o en mi habitación, y rezar por que mis puertas estén hechas a prueba de seres infernales cabreados. Cosa que dudo porque la del baño no aguantó ni la patada de un hombre normal y corriente.

El recuerdo del sonido de la madera astillándose y de la manilla impactando contra las baldosas, que también acabaron agrietadas, me llena la boca de bilis.

«Ahora no, por favor», imploro. No puedo lidiar con *esas* memorias en este preciso momento cuando hay un tengu que intenta darme caza. Pero ya es tarde, el baúl se ha abierto y no tengo la entereza mental para volver a cerrarlo.

Una imagen atraviesa mi campo de visión y se mezcla con la realidad que me rodea. Ethan entrando al baño, cogiéndome del pelo y sacándome a rastras.

Esos recuerdos me empujan a alejarme del baño. Tuerzo a la derecha, en dirección a mi cuarto, y acelero espoleada por el pánico. No llego muy lejos. Antes de adentrarme en el pasillo, una mano se cierra alrededor de mi brazo.

Me revuelvo y logro soltarme porque, gracias al cielo, él no me ha sujetado con demasiada fuerza.

—Kaya, por favor…

No escucho las palabras que siguen a esas tres, mi desesperación por ponerme a salvo es tan inmensa que ha inundado mi cabeza, ha llenado mis oídos y amenaza con desbordarse por mis ojos.

El Cuervo intenta sujetarme otra vez. En mi afán por apartarme, tropiezo y me caigo contra la pared. Otro recuerdo estalla en mi cabeza. Ethan zarandeándome sin piedad y mi nuca golpeando el papel pintado de color crema tres veces.

Me estoy hundiendo. Me estoy quebrando. Me estoy ahogando.

Me llevo las manos a las sienes y aprieto con fuerza, como si de ese modo pudiese contener la avalancha de memorias espantosas que me está sepultando viva.

Ya no puedo correr. No puedo caminar. Prácticamente no puedo respirar. No puedo huir del Cuervo, así que me puedo dar por muerta. Y siendo honesta, llegados a este punto, me da igual. Solo quiero que este tormento acabe de una vez. Que este dolor termine. Quiero dejar de sentir esta angustia y este miedo paralizante de la forma que sea.

Noto una mano en mi espalda. Aprieto los dientes esperando a que llegue el golpe, pero en su lugar lo que siento es una rítmica caricia que sube y baja por mi columna.

Me permito abrir los ojos y una mano de piel más pálida que la luna se apoya en la pared delante de mí. El Cuervo la usa de sujeción para inclinarse y poder mirarme a la cara.

Sin embargo, yo no lo veo. Su rostro desaparece, igual que todo lo que me rodea cuando otro recuerdo me devora y me mastica, destrozando mi cuerpo y mi alma.

Un último empujón contra la pared. Sus dedos clavándose en mi hombro para retenerme. Un puño impactando con violencia a escasos centímetros de mi rostro. Las lágrimas que no pude

contener. Mi estómago encogiéndose. Él gritándome y diciendo que, si no me comportaba, el próximo golpe iría directo a mi boca.

No puedo soportarlo más y me encojo sobre mí misma. Me hago una bola de miseria sobre el suelo y rezo en silencio porque todo esto acabe de una vez. Las lágrimas acompañan mis plegarias. Mis pulmones están cada vez más vacíos. La oscuridad me envuelve.



Nunca en todos los años que llevo vivo había percibido este nivel de angustia en nadie. Kaya está hecha un ovillo en el suelo, llorando de un modo desgarrador y los sonidos que produce al respirar me están asustando. Se está ahogando. Se está rompiendo ante mis ojos. Y no sé qué hacer para ayudarla porque ni siquiera sé si esto es culpa mía.

Una parte de mí quiere creer que no. Es cierto que he cometido *muchos* errores en la última semana y sigo sin entender algunos de ellos, pero me cuesta creer que Kaya se haya puesto así solo porque yo estaba intentando hablar con ella.

Cuando me he dado cuenta de que me había empujado, el resto de las piezas han encajado en su sitio. La sopa. La niebla tóxica. Lleva una semana intentando deshacerse de mí.

Por eso la he seguido, para explicarle que no es necesario que haga esto porque yo me iré de aquí en cuanto cumpla con mi deber. No tiene que seguir poniéndose en peligro de ese modo. En el balcón ella también se ha tropezado y podría haberse caído. El otro día por poco se asfixia. No puede seguir haciendo temeridades que pongan en riesgo su seguridad.

Sin embargo, por mucho que ella no quiera hablar conmigo y que yo haya intentado retenerla para poder explicarme, me parece que eso no justifica lo que estoy viendo ante mis ojos. Aunque después de todo lo que me he equivocado últimamente, no puedo estar seguro.

—Kaya —la llamo, pero ella no responde. Ni siquiera sé si puede oír algo más allá de sus propios sollozos y ese sonido silbante y

espeluznante que está produciendo su pecho.

Pongo una mano en su hombro y se encoge más sobre sí misma. Mi corazón se hace jirones y sangra. Verla así es la segunda cosa más dolorosa que he experimentado nunca. La primera fue perderla.

No sé qué hacer. Si esto es culpa mía, lo mejor sería dejarla tranquila. Desaparecer unas horas hasta que ella esté bien. Unas horas… o definitivamente. Tal vez podría vigilarla desde algún tejado a partir de ahora para no imponerle mi presencia. Tendría que vivir en la calle en este mundo extraño y frío, pero no me importa si así ella mejora.

Aunque si esto no es culpa mía… No puedo dejarla sola. No puedo abandonarla a su suerte mientras lucha por sobrevivir a unas heridas que recibió injustamente a manos de un loco desalmado. Porque tengo bastante claro quién es el responsable de esto si no soy yo.

Con una pena inmensa, la sujeto de ambos hombros y la obligo a incorporarse un poco para poder verla bien.

Al quinto intento llamándola, ella por fin reacciona. Sus ojos vagan sin rumbo hasta encontrarse con los míos. Lo que veo en ellos me destroza. No puedo soportarlo y acaricio su rostro, que ahora está más húmedo que la arena de la orilla del mar.

—Kaya, por favor, solo necesito que me respondas a una cosa. ¿Esto es culpa mía? —No tengo ni idea de si me está entendiendo. No parece estar aquí. Puede que su cuerpo lo esté, pero ella no. Los ojos me escuecen horrores—. ¿Lo que te está pasando es culpa mía? Porque si lo es, me iré ahora mismo. No volverás a verme nunca. Lo juro.

«Seguiré cuidando de ti, pero lo haré sin que tú tengas que aguantarme».

Su respiración se vuelve más superficial y el pitido agudo de su pecho aumenta de volumen.

«Por favor, dime algo. No puedo ayudarte si no me respondes, si no sé cómo actuar para no hacerte más daño».

—¿Yo te he hecho esto? —repito—. ¿Quieres que me vaya?

El denso olor a miedo que la rodea se vuelve más espeso y se me revuelve el estómago. Me parece que me he vuelto a equivocar y

que esto sí es culpa mía después de todo.

Me mentalizo para soltarla, para soltarla para siempre, cuando su cabeza se mueve de izquierda a derecha, negando.

Lo que el dolor no ha logrado lo consigue el alivio y una gota salta al vacío desde mis ojos. «Menos mal». Otra más la sigue.

Ya no dudo más. La rodeo con mis brazos, la coloco en mi regazo y la abrazo fuerte. Ojalá hubiese algún modo de quedarme con su sufrimiento, de absorber todo eso que le hace daño a través de la piel y hacerlo mío, de introducir mis manos en su alma y arrancar de raíz todas las cosas horribles con las que carga. No hay nada que desee más en este mundo que liberarla de esas pesadas cadenas.



Cuando noto el contacto en el hombro, mi cuerpo reacciona solo y se encoge más. A lo mejor, si me hago lo suficientemente pequeña, si nadie me ve, si nadie repara en mí, no me harán más daño.

Creo que ha funcionado porque no siento más dolor, solo el mismo que lleva carcomiéndome por dentro años, como si mi alma fuese un pedazo de madera podrida.

Otra mano se apoya en mi hombro y mi estómago se pone del revés. Sin embargo, solo me mueven y me incorporan. Alguien me está hablando, pero no entiendo las palabras. Solo oigo un murmullo grave.

A través del zumbido de mis oídos, me parece escuchar mi nombre. Mis ojos logran enfocarse en la figura que tengo delante. Es el Cuervo.

Por alguna razón que no comprendo, no parece enfadado o asqueado conmigo, sino afligido. Cualquiera diría que mi angustia se ha convertido en algo infeccioso y se le está pegando a él también.

Su mano se alza. «Ah, me he equivocado. Sí que está enfadado. Ahora viene el golpe». Aprieto los dientes para no morderme la lengua, al menos esa lección sí la aprendí bien.

Una caricia lenta deja una sensación aterciopelada en mi mejilla. Sus labios se mueven. Me está diciendo algo, aunque yo no lo capto

porque mi mente está demasiado ocupada lidiando con la perplejidad.

«¿Por qué? ¿Por qué sigue aquí? ¿Por qué no me ha hecho daño? ¿Por qué parece angustiado? ¿Por qué tengo la impresión de que está intentando consolarme?».

Él sabe que lo he tirado por el balcón. Puede que incluso haya deducido lo de la sopa y el insecticida. Solo eso sería motivo más que suficiente para que quisiese vengarse de mí y lastimarme. Y no lo ha hecho.

Las veces que yo tuve un ataque de pánico con Ethan, él se limitó a llamarme exagerada, teatrera, me miró como si yo fuese un trozo de animal muerto que un gato hubiese vomitado delante de su puerta, y se largó, asqueado, dejándome totalmente sola para lidiar con lo que él me había hecho. Y el Cuervo sigue aquí.

De hecho, el día que ese salvaje me sacó a rastras del baño y que por poco me revienta la cara de un puñetazo, yo tuve el peor ataque de ansiedad de toda mi vida. Y lo que ese bestia hizo fue decirme que le estaba poniendo de los nervios y, como yo no conseguía calmarme, acabó dándome un tortazo que me tiró al suelo. Después, mientras yo me asfixiaba en una mezcla de terror, lágrimas y sangre; él me hizo a un lado con el pie y se marchó sin mirar atrás. Y el Cuervo me acaba de acariciar la cara.

No me ha hecho daño. No ha perdido la paciencia. No me ha gritado. No me ha insultado. No se ha ido. Sigue aquí, cuidando de mí. Incluso después de cómo lo he tratado estos días. Incluso después de haber intentado matarlo, joder, sigue aquí para mí.

Estoy totalmente perdida. «¿Cómo es posible que este chico sea un acosador y un mentiroso?». No lo sé. No sé nada. Solo sé que cada vez me cuesta más respirar.

Lo miro y por fin capto sus palabras.

—¿Yo te he hecho esto? —pregunta angustiado—. ¿Quieres que me vaya?

Una nueva oleada de pánico satura mi sangre. «No me dejes. No me dejes sola, por favor». Todavía no sé si puedo confiar en él, pero sí sé que lo necesito aquí porque no creo que yo sola pueda

encontrar la salida de este pozo en el que me he hundido. Intento hablar, pero solo salen unos pitidos extraños de mi garganta.

La tristeza lo cubre. Parece terriblemente abatido, igual que toda esta semana. Sus dedos se aflojan, me está soltando, y él se retira un centímetro.

Se va a marchar. Se va a ir, llevándose esa sonrisa luminosa que se ha marchitado por mi culpa. Se va a ir, dejándome sin un consuelo que ni yo misma creía necesitar. Se va a ir, y ya no habrá nadie que me salve de esta pesadilla.

Desesperada e incapaz de decir nada, hago lo único que puedo, muevo enérgicamente la cabeza a ambos lados. Dos lágrimas caen de sus ojos. Solo han sido dos gotas y, sin embargo, verlas causa una inundación dentro de mí.

La tensión de mi pecho aumenta y mis costillas se expanden. Estoy a punto de quebrarme entera cuando sus brazos me sujetan y contienen la embestida del dolor.

Me coloca en su regazo, me estrecha muy fuerte y me acuna mientras tararea una melodía suave en mi oído. Reconozco la canción, es la que yo estaba cantando en sueños, aunque eso es imposible. De vez en cuando me repite que voy a estar bien, que soy fuerte, que soy valiente, que él está conmigo y que no va a dejar que me ocurra nada malo.

Sus gestos son como una suave lluvia de primavera que poco a poco calma y apaga la angustia que me estaba consumiendo. Con la mente y el alma un poco más serenas, me permito abrir los ojos. No ha sido una buena idea.

Frente a mí están las manchas de la pared que no conseguí limpiar. El resultado final de una discusión que tuve con Ethan porque yo quería ir al cine con mis amigas. Solo eso.

Él me acusó de estar mintiendo y de usar lo del cine como excusa para verme con algún chico, y me prohibió ir. Yo no cedí. Discutimos. La cosa se descontroló y me tiró su bebida. Y luego alegó que había sido un accidente y culpa mía por sacarlo de sus casillas de ese modo.

Una espiral de ansiedad brota de lo más profundo de mi mente y se me traga viva por segunda vez. Hay demasiados malos recuerdos

en mí. Demasiados detonantes en esta casa. No tengo la fuerza necesaria para enfrentarme a esto. Ahora no. No puedo quedarme aquí. No puedo moverme. No puedo respirar.

—Kaya. —La profunda voz del Cuervo me ancla levemente a la realidad—. Kaya, ¿qué pasa?

Me separa de él lo justo para poder mirarme a los ojos.

Haciendo el mayor esfuerzo de mi vida, logro articular unas pocas palabras en medio de las hiperventilaciones.

—No… puedo… Me ahogo… Tengo… salir… Aire… —suplico, aunque dudo que él entienda nada de lo que acabo de decir. De lo que está pasando dentro de mi cabeza.

Un acantilado aparece en medio de su entrecejo, partiendo sus hermosas facciones en dos. Me suelta y… se levanta. Me deja ahí, en el suelo, y se aleja con pasos rápidos.

«Parece que se le ha acabado la paciencia y ya no soporta ni un segundo más mi patético culo», me río, pero en el fondo estoy llorando. Estoy sangrando. Me estoy muriendo.

Permanezco de rodillas y agacho la cabeza hasta que mi frente toca el suelo. Estoy demasiado mareada. Intento aferrarme a algo, lo que sea, pero solo toco el suelo liso; aun así, clavo las uñas en las juntas de la madera hasta que me hago daño.

De repente, algo me cae encima y me sobresalto. En un segundo, el Cuervo me incorpora, me sienta sobre los talones y me pasa los brazos por las mangas de mi abrigo. «¿Qué está haciendo?», me sorprendo.

Me ata los botones a toda prisa, me enrolla la bufanda alrededor del cuello, cubriéndome también parte del rostro, me rodea con sus brazos y me levanta sin esfuerzo. Esto parece otra vez nuestra luna de miel.

Mi perplejidad aumenta cuando nos dirigimos al balcón. Y el desconcierto muta en pánico al ver que vamos derechos hacia la barandilla.

«¡Joder! Lo he cabreado tanto que me va a tirar a la calle desde el segundo piso como si yo fuese una cáscara de pistacho».

Al menos, debo reconocer que se le ha ocurrido una forma de lo más efectiva de ponerle fin a mi ataque de pánico. Si estoy muerta,

ya no habrá pánico que valga. Si me muero, se puede ir todo a hacer puñetas. Yo incluida.

Desesperada, me engancho a su cuello y me doy cuenta de que él está sonriendo. Está encantado de la vida con la idea de deshacerse de mí.

—Eso es —asiente él—, agárrate bien fuerte a mí. Y si te mareas, cierra los ojos, no vaya a ser que me vomites encima.

«¿Marearme? ¿Vomitar? ¿De qué narices está…? Oh… Oh, oh… Oh, no. No, no, no, no. ¡Ay, Dios!», me aterro cuando él se sube a la barandilla de un salto conmigo en brazos. Aunque este terror es totalmente diferente al que estaba experimentando hace unos instantes.

—¡Me cago en los Lacasitos de colores! —berreo, cuando noto que él coge impulso.

Nos arrojamos al vacío.

Mi estómago trepa hasta mi garganta en un desesperado intento de llegar a la seguridad del balcón, pero ya es tarde. Ya no hay nada que hacer, estamos en el aire. En menos de un segundo, él extiende sus alas y emprendemos el ascenso hacia el cielo estrellado.

Cierro los ojos con fuerza y me refugio en el pecho del Cuervo. Teniendo en cuenta que me da miedo volar dentro de una lata de sardinas gigante, soy incapaz de describir lo que siento ahora mismo.

Estoy surcando la noche como un jodido meteoro a cuerpo descubierto, con el único sostén de los brazos del emplumado y sin una carrocería alrededor que me proteja si nos la pegamos.

Esto es como montar en la montaña rusa y que lo único que te sujete en tu asiento sea un tallarín al que han hervido veinte minutos de más. Aunque debo reconocer que estos tallarines son bastante musculosos, para qué mentir.

No sé cuánto rato pasa antes de que el zumbido del viento en mis oídos se detenga por completo, puede que hayan sido diez minutos, diez horas o diez milenios.

—Abre los ojos —me pide el Cuervo.

—No.

—Kaya, abre los ojos.

—Ábrelos tú.

—Yo ya los tengo abiertos —se ríe, pero yo no le veo la puta gracia por ningún lado.

—Bien por ti. Y yo también estoy bien así, *gracias*. Ahora déjame en paz y devuélveme al lugar al que pertenezco, al suelo, con las lombrices.

—¿No necesitabas aire? —Percibo una leve nota de diversión en su voz y por primera vez en mucho rato, más allá de la angustia o el terror, lo que fluye por mi sangre es mala leche. Si no tuviese que soltarme de su cuello, comprometiendo mi seguridad en el proceso, juro que le arreaba un mamporro ahora mismo—. Confía en mí por una vez, por favor. Abre los ojos y respira hondo.

«¿Confío en él?». Sigo sin tener clara la respuesta a esa pregunta. Sin embargo, por alguna estúpida razón, puede que porque no me ha abandonado en mi peor momento, le hago caso. Abro los ojos, giro la cara y la visión que tengo ante mí me roba el aliento.

Juro que, si ahora mismo extendiese el brazo, podría acariciar la luna llena, la cual se alza majestuosa ante mí a una distancia ridículamente pequeña.

Pierdo la noción del tiempo mientras contemplo embelesada esta maravilla. Es la voz del Cuervo lo que me arrastra de vuelta a la realidad.

—¿Te gusta?

—Es preciosa —admito.

De repente, me percato de que mis palabras ya no salen temblorosas ni entrecortadas. Yo tampoco tiemblo. Mi mente está despejada, mi corazón sereno y soy capaz de respirar de nuevo. Por esta noche, la pesadilla ha acabado. Él le ha puesto fin. Él ha iluminado mi camino para traerme de vuelta de la oscuridad y lo ha hecho entregándome la luna.

CAPÍTULO 16 - MISS IDIOTA
2025

—¿Ya te sientes mejor? —me pregunta él, abrazándome con más fuerza.

—Sí. Ya estoy más tranquila… —Hago una pausa porque la vergüenza está empezando a pesar demasiado en mi pecho. Vergüenza por las cosas horribles que le he hecho y por cómo se ha portado él conmigo. Aun así, me obligo a hablar porque necesito decirle esto—: Gracias por quedarte conmigo y por cuidar de mí.

—No se merecen. Si por mí fuese, me quedaría contigo hasta el momento en que tu alma regresase al cielo. E incluso entonces te seguiría gustoso.

«¡Qué bien! Ya tengo de vuelta al intensito», pienso mientras toda mi sangre se queda estancada en mi cara. Aunque si está diciendo estas cursiladas es porque se siente mejor, cosa que me alivia *bastante*.

Su mejilla se apoya en mi cabeza y quedo totalmente envuelta por él. En ese momento reparo en que él va vestido solo con una camiseta y hace tanto frío aquí arriba que, si me pusiese a llorar, caerían copos de nieve.

—Si quieres, podemos volver ya —sugiero. Me gustaría poder admirar la belleza del paisaje un poco más, pero no puedo ser egoísta. Ya me he comportado lo suficientemente mal con él como para ganarme veinte pases directos al infierno sin colas ni esperas—. Seguro que tienes frío.

—¿Tú tienes frío?

—Estoy bien. Sin embargo, tú solo llevas una camiseta.

—No debes preocuparte por mí. Yo estaré bien siempre que pueda estar contigo.

«Intensito a la enésima potencia». Aunque pongo los ojos en blanco, en el fondo estoy reprimiendo una sonrisa.

Alguien debería venir y entregarme ya mi corona y mi ramo de Miss Idiota 2025 porque, a pesar de todo lo que ha pasado entre nosotros esta semana, sus disparates me siguen haciendo *un poco* feliz. Solo un poquito. Una mijita de nada. Una pizca. Menos que una mota de polvo. «Spoiler: eso es… ¡¡mentira!!».

—Además —añade, y una sonrisa torcida aparece en su cara—, te tengo a ti para combatir el frío.

—¿Perdona? —me extraño. No sé qué quiere decir con eso.

—Eres blandita y calentita, ¿recuerdas?

«La madre que lo… Ah, no, espera… Que no tenía madre». Como no puedo cagarme en su familia inexistente, decido volcar mi ira en él.

—¡Y tú eres un memo y un pegajoso!

El pajarraco suelta una carcajada justo antes de achucharme con demasiada fuerza.

—He echado muchísimo de menos hablar contigo… Y abrazarte… Cuando volvamos a casa, ¿me explicarás qué hice mal para poder disculparme en condiciones y no cometer el mismo error de nuevo, por favor? No quiero hacerte daño nunca más.

Algo agrio se apodera de mi paladar al mismo tiempo que una soga se enrosca con fuerza alrededor de mi estómago.

Sí que tenemos que hablar. Necesito aclarar qué pasó, por qué me mintió y me estuvo siguiendo porque, a pesar de que hizo algo mal, cada vez tengo más claro que no pudo ser con mala intención, que esto no es comparable a lo de Ethan.

Y yo también necesito disculparme por unas cuantas cosas como, por ejemplo, el pequeño e insignificante detalle de haber intentado matarlo tres veces. No una, ni dos, sino tres. *Tres*. «Soy una persona despreciable», me lamento.

—Sí, hablaremos al llegar a casa —contesto.

Ante mis ojos sucede un milagro, el sol se alza en mitad de la noche y eclipsa la luna cuando él sonríe de la forma más radiante que he visto en mi vida.

Nos ponemos en movimiento y esta vez no cierro los ojos. El Cuervo planea lentamente sin dejar de sonreír, parece genuinamente contento. Puede que haya extrañado poder volar el tiempo que lleva aquí.

Navegamos por la noche, nos acercamos a las estrellas, atravesamos nubes, sobrevolamos el Estrecho de Puget y la zona oriental del Bosque Olympus, trazamos círculos sobre el mar de luces que es Seattle, alcanzamos la reserva natural de Evans Creek donde se nos unen numerosas aves…

Esto es como un cuento. Como una de esas novelas de fantasía que adoro. Me siento como Harry Potter, solo que en lugar de tener el palo de una escoba incrustado en el culo, voy en brazos de un hombre que esta noche ha hecho una de las cosas más bonitas que nadie ha hecho nunca por mí.

Para cuando aterrizamos de nuevo en mi terraza, yo tengo el cuerpo levemente entumecido por el frío, pero una agradable calidez acaricia mi corazón.

El Cuervo me deposita en el suelo. Una parte de mí casi esperaba que cruzase el umbral del balcón conmigo en brazos. «Ves, soy idiota. Idiota a más no poder». Él camina de espaldas un par de pasos y, mirándome a los ojos, extiende una mano en mi dirección, invitándome a seguirlo.

No comprendo muy bien qué hace, aun así, acepto el gesto. Poso mi mano en la suya y doy un paso. Su sonrisa se ensancha de un modo que no debería ser ni posible.

—La mujer más fuerte y valiente del mundo —comenta, dejándome pasmada.

—¿Qué?

—Ya te lo dije, si después de caer eres capaz de ponerte en pie y seguir caminando, eres la persona más fuerte y valiente de este mundo. Y tú lo eres, Kaya. No lo olvides nunca.

Se lleva mi mano a los labios y deposita un suave beso sobre mi piel. El gesto me enternece, pero son sus palabras las que por poco me hacen llorar otra vez.

«No soy fuerte ni valiente, solo soy una persona horrenda que te juzgó sin molestarse en escuchar tus razones y que te ha hecho

cosas horribles toda esta semana». Y a pesar de eso, él sigue aquí, haciendo todo lo posible para animarme y que yo no me hunda.

La presión de mi pecho vuelve a aumentar y tengo que agachar la cabeza porque mirar esos ojos oscuros llenos de dulzura es más de lo que puedo soportar.

—¿Quieres que prepare té para que entres en calor? —me pregunta con toda naturalidad, como si no acabase de hacer algo increíblemente hermoso.

—Sí, un té estaría bien, gracias —miento. Realmente, el té me importa una leche frita, pero necesito unos segundos para recomponerme de todo esto y buscar la mejor manera de enfocar la conversación que debemos tener.

Sus pies giran, él me suelta la mano y se dirige al interior de la casa. Solo entonces me permito alzar la vista y me topo con su espalda. Su ropa está totalmente desgarrada y cuelga como jirones de trapos viejos. Es exactamente lo mismo que pasó el día del camión.

«¿Se ha chocado con algo?», me asusto. No lo creo. Yo no lo he visto, al menos. A no ser que cuando lo he tirado por el balcón sí haya llegado a golpearse con el suelo. Mi angustia se dispara.

—¿Qué le ha pasado a tu ropa? Está destrozada.

Él se detiene y observa por encima del hombro los restos de su camiseta que se mecen con el viento.

—Ah… —Pone cara de disculpa—. Es lo que pasa cuando extiendo las alas sin quitarme la ropa antes. Siento mucho haber roto otra prenda más de las que compraste para mí.

—Eso es lo de menos —respondo, aliviada de saber que no se ha hecho daño como le pasó el día del… «Espera… Ese día sí estaba sangrando del hombro, pero su espalda estaba ilesa y su ropa estaba exactamente igual que ahora». Una inquietud inmensa se apodera de mí—. El día del hielo y el camión, ¿qué estabas haciendo antes de venir en mi ayuda? —le interrogo a bocajarro. A la mierda lo de buscar la mejor forma de enfocar la conversación.

—Estaba recogiendo la ropa tendida porque se había puesto a nevar —me cuenta, y entra dentro de casa.

El balcón. Su ropa rota. Las alas… «Madre mía». Me llevo las manos a la cara. Él no me estaba siguiendo por la calle, de lo contrario no habría podido extender las alas sin que todo el mundo lo viese. Estaba en el balcón y voló desde aquí para ayudarme.

No tengo ni idea de cómo supo que yo estaba en peligro, aun así, tengo la seguridad de que eso es lo que pasó. Él no me mintió. No había salido de casa en todos estos meses. Seguramente antes estaba feliz no por volar, sino por estar fuera, porque lleva encerrado todo este tiempo. No me estaba siguiendo. No me estaba vigilando ni acosando.

Yo me asusté por culpa de ese encapuchado y luego volqué toda mi paranoia y mis traumas en el Cuervo. Lo acusé injustamente. No le di la oportunidad de explicarse o de defenderse. Durante toda esta semana, he sido horriblemente cruel y él se ha limitado a aceptar cada desprecio, cada desplante y cada ataque con una sonrisa triste mientras se culpaba de lo ocurrido. Y la única culpable aquí soy yo.

Y a pesar de todo eso, de lo mal que me he portado y lo despreciable que he sido, esta noche él… Mis ojos se inundan. «Sí que me merezco esa maldita corona de Miss Idiota 2025. Y la de los próximos veinte años también, ya que estamos».



Mis pasos se sienten más ligeros que nunca y no puedo contener la sonrisa de mi rostro. Kaya me habla de nuevo. Me ha dejado abrazarla. He podido consolarla y ayudarla a sentirse mejor. Incluso hemos volado juntos otra vez. Ha sido hermoso. Y por fin ha accedido a explicarme qué hice mal. Es imposible no estar feliz.

Estoy casi llegando a la isla de la cocina cuando escucho la puerta del balcón y unos pasos apresurados. «La pobre se estaría congelan…». Mis pensamientos se interrumpen de golpe porque un cuerpo impacta contra mi espalda.

Dos brazos me rodean y se cierran con fuerza alrededor de mi pecho. Me asusto al no comprender qué ha pasado en estos

segundos para que ella esté llorando de nuevo y se haya arrojado así encima de mí.

—Kaya, ¿qué ocurre? ¿Te has asustado de algo? —Intento girarme, pero su agarre es férreo.

—Perdona —solloza—. Lo siento muchísimo. Perdóname…

Soy consciente de que no soy el demonio más listo del universo, y debo ser incluso más tonto de lo que yo pensaba porque de verdad que no entiendo *nada* de lo que está pasando aquí.

—¿Por qué te disculpas tú? Si tú no has hecho nada malo. Fui yo el que te hizo daño y…

—¡¡No!! —El estallido repentino de su voz me sobresalta—. Eso no es verdad. He sido yo. Todo ha sido culpa mía. Por mis experiencias pasadas, a veces me imagino cosas y ese día estaba asustada, *muy* asustada, y lo acabé pagando contigo. Te vomité encima todas mis inseguridades y mis miedos, y sin razón porque… —El llanto la deja muda durante unos instantes—. Porque desde el principio tú siempre has sido amable y gentil conmigo, te has preocupado de forma sincera por mí, me has cuidado dentro de tus posibilidades, te has esforzado mucho por mí, has estado ahí para apoyarme y consolarme en mis momentos de crisis, siempre intentas hacerme sonreír, ya me habías demostrado que podía confiar en ti… Y aun así… Aun así, dejé que el miedo se apoderase de mí, que me nublase el juicio y me convirtiese en la peor versión de mí misma. Te he hecho daño de todas las formas posibles. He intentado matarte, por amor de Dios… Soy lo peor. Un monstruo. Me he portado de un modo despreciable contigo y tú no te lo mereces. No te mereces nada de eso, Karasuhito…

Tengo un conflicto interno *inmenso* ahora mismo. Verla llorar y culparse sin razón me hiere profundamente. Sin embargo, no soy capaz de contener una sonrisa. A duras penas lo consigo con las lágrimas.

Parece que no lo estaba haciendo tan mal, después de todo. Sí que la estoy ayudando a sentirse mejor. Y lo que es más importante, tras seis siglos, sus labios han vuelto a pronunciar mi nombre y es el sonido más dulce y hermoso de cuantos he oído jamás.

—Dilo otra vez —le ruego, interrumpiéndola.

La confusión le lleva a aflojar los brazos y yo por fin puedo darme la vuelta y mirarla de frente. Necesito contemplar sus bellos ojos mientras dice mi nombre.

—No entiendo a qué… —musita, con el rostro bañado en lágrimas.

—Dilo otra vez, por favor. —El temblor de mi pecho se traslada a mi voz. La emoción es demasiado intensa.

—La culpa de todo es mía…

—Eso no, tonta. —Hago un aspaviento con la mano—. Lo otro. Lo importante. Di mi nombre, por favor.

—*Disculpa*, pero creo que haber intentado matarte sí es importante —refunfuña de forma airada—. Y no soy tonta. Bueno, sí lo soy. Lo soy y mucho. Y soy perfectamente consciente de ello, así que no necesito más recordatorios, gracias.

En otras circunstancias, su mal carácter me haría gracia, ahora tengo cosas más importantes entre manos.

Cuando ella abre la boca para seguir protestando, coloco mi dedo sobre sus labios para silenciarla. Son tan suaves como los recordaba y una sensación de nervios se enrosca en mi abdomen.

—Kaya, si tengo que suplicarte de rodillas, lo haré —le advierto, y sus ojos se redondean de forma desmedida—. Pero me gustaría no tener que llegar a eso y poder conservar un mínimo ápice de dignidad, por favor.

—No puedo hablar con tu dedo en mis morros…

—Lo estás haciendo —sonrío; aun así, le hago caso y libero su boca.

—¿De todo lo que te he dicho, eso es lo que más te importa? —Puedo ver el escepticismo ondeando en el mar de sus ojos castaños.

—Me alegra saber que no me odias y que me percibes como una presencia positiva en tu vida —admito—. También me alivia que creas que soy digno de tu confianza porque lo puse en duda cuando no me llamaste cuando esa bestia metálica estaba a punto de…

—Eso fue porque estaba demasiado asustada para decir nada —me interrumpe. La primavera florece en sus mejillas y ella desvía los ojos hacia el suelo—. Sí pensé en ti y quería llamarte…, pero estaba

totalmente paralizada. No fui capaz ni de gritar, menos aún de articular palabras.

La dicha que me produce su confesión es indescriptible. Acaricio su melena y apoyo un segundo mi frente en su cabeza, a la vez que dejo escapar un suspiro que arrastra consigo toda la desesperación de los últimos días.

—Puedo entender eso —la tranquilizo—. Y siento no haberme dado cuenta antes de que algo así te podía haber sucedido. Gracias por habérmelo contado. —Me incorporo y le sonrío.

—Eso sigue sin ser lo importante. Lo importante es que me he portado como una bruja contigo. He atentado contra tu vida. ¿Es que te da igual?

Me encojo de hombros.

—Soy casi inmortal. Lo que tú has hecho no ha supuesto ningún riesgo real para mí, así que no veo dónde está el problema.

Mi contestación es correspondida con un bufido iracundo. Algo dentro de mí se activa, una señal de peligro. Kaya está a escasos segundos de intentar asesinarme de nuevo, lo presiento.

—¡Claro que es un problema! Deberías estar furioso conmigo —me reprocha—. De hecho, antes lo he visto en tu cara. Cuando te he empujado por el balcón, estabas enfadado.

—Estaba enfadado —reconozco—, pero no porque me hubieses empujado a mí, sino porque casi te caes tú también.

—¿El qué? —De la impresión, se le descuelga la boca.

—Me da igual lo que me hagas a mí, siempre y cuando no te arriesgues tú en el proceso. Cosa que ha pasado antes en la terraza. Y también pasó con la niebla esa… con el… infesticida…

Se le escapa una risa que sofoca inmediatamente con las manos.

—Perdón —se disculpa—. Eso ha estado totalmente fuera de lugar. Esto es serio. —Se le escapa otra risa—. Perdón… Es que… —Se ríe otra vez—. Es que eres muy tonto a veces…

«Primero se ríe de mí y ahora me insulta… Qué bien». Cuando hago algo mal, acepto las consecuencias. Sin embargo, no creo haber hecho nada para merecerme ese ataque y mi ego se acaba de resentir *un poquito*.

—Te recuerdo que hace menos de un minuto te has ofendido porque yo te he dicho la misma palabra —replico.

—Cierto —asiente—. Déjame que rectifique: es que eres muy *memo* a veces. —Una chispa de descaro brilla en sus ojos y a mí se me olvida por qué estaba molesto, dónde estoy o cómo se respira—. Y aprecio tu preocupación por mí, pero eso no quiere decir que deba darte igual lo que yo te haga. Eso no está bien. Si alguien no te trata bien, no debes conformarte con eso ni aceptarlo sin más. Yo… —Traga con demasiada fuerza, se ha tenido que hacer daño en la garganta—. Yo lo sé bien. Lo aprendí por las malas. —La fragancia de la angustia flota entre nosotros—. Tú también eres importante. Tu vida es importante. Y como he dicho antes, no te mereces nada de lo que yo he hecho; por eso, ¿me perdonas, por favor?

Agacha la mirada, se sonroja, agarra el bajo de su abrigo y retuerce la tela sin piedad. Parece realmente nerviosa, apenada y arrepentida.

Sigo sin comprender la necesidad de que me pida perdón. Es cierto que esta semana ha sido complicada y ha habido momentos en los que me he sentido desolado, eso no lo negaré. Sin embargo, no creo que sea su culpa.

Si alguien la ha herido y condicionado para reaccionar de esa forma, para creer que necesita llegar a esos extremos para defenderse y protegerse… Eso no es su culpa. Y es evidente que le han hecho mucho daño considerando todo lo que ha pasado hoy.

No se merece que le reprochen nada o que la castiguen más cuando ya lo está pasando suficientemente mal y está arrepentida.

Lo que necesita es que alguien la acepte con sus pedazos rotos, sus filos, sus cicatrices y toda la oscuridad que habita en ella. Alguien que le demuestre que puede vivir con orgullo y caminar con la cabeza alta porque ella no ha hecho nada malo, y que no es una mala persona, sino una superviviente. Alguien que se quede con ella y la ayude a sanar, pero sin presionarla. Porque no todas las heridas curan. No todos los miedos se olvidan. Y no pasa nada. Eso no cambia quién es ella de verdad ni reduce su valía en nada.

Y yo quiero ser ese alguien. Quiero darle todo lo que necesita y, al parecer, lo que necesita en estos momentos es mi perdón.

Algo que no tengo ni que pensar porque no estoy enfadado con ella, al revés, solo puedo estar agradecido por las cosas que me acaba de decir: que confía en mí, que soy de ayuda, que valora mis esfuerzos por mejorar, que mi vida importa… Solo hay algo que la muy puñetera se resiste a decirme. Mi nombre.

Una idea se ilumina en mi cabeza y se me escapa una sonrisa un tanto perversa. Recordemos que, aunque el amor me ha convertido en un ñoño blandito y un tanto patético, soy un demonio después de todo.

CAPÍTULO 17 - SABOR A GLACIAR NORUEGO

Espero en silencio, incapaz de levantar la vista de mis propios pies, a que él me responda. A que me diga si me perdona o no.

Tal vez lo más inteligente habría sido dejarlo correr, no recordarle las mil formas en las que la he cagado ni hurgar más en la herida. Sin embargo, siento que entonces habría vuelto a ser injusta con él.

Es importante que el Cuervo comprenda que lo que yo he hecho está mal. No quiero que le quite importancia al dolor que le he causado, o que se limite a ignorar las terribles consecuencias que mis actos podían haber tenido si él no llega a estar hecho a prueba de bombas como una cucaracha. Una cucaracha *estúpidamente* dulce, sensible y atractiva.

«¿No se supone que es un demonio? ¿No tendría que ser malvado y asqueroso?», me enfado de forma totalmente irracional, porque es lo que hago cuando me pongo nerviosa, me vuelvo una enajenada incapaz de pensar coherentemente. Creo que ha quedado demostrado durante esta semana con mi pequeño arrebato homicida.

—Kaya… —Todo mi cuerpo se tensa al escuchar su voz—. ¿Puedes mirarme, por favor?

—Puedo.

El silencio se prolonga entre nosotros.

—¿Y planeas hacerlo próximamente? —se ríe.

—Sí —mascullo entre dientes, muerta de la vergüenza.

—¿Estás segura? —insiste, cuando pasa un minuto entero y yo sigo con los ojos clavados en mis pies—. Si no, voy preparando el té, o el desayuno, o la cena del fin de los tiempos mientras esperamos —bromea.

«Será… hijo de un huevo». Suavizo el insulto porque ya la he cagado demasiado con él, tengo que esforzarme por tratarlo mejor. Por tratarlo como se merece y dejar de ser una gruñona que vive permanentemente a la defensiva y en guerra.

A lo mejor lo de preparar el té no era broma porque su sombra se desliza por el suelo, se está alejando de mí. Una descarga súbita pone en marcha mis músculos. Mi cabeza se alza y mi mano lo sujeta de la camiseta rota.

—Mira, ahí estás —sonríe, y aparta el mechón de pelo que me cruzaba la cara y lo coloca detrás de mi oreja.

Sus fríos dedos rozan ese delicado punto entre el cuello y la oreja y otra descarga me recorre el cuerpo, pero esta es muy distinta de la anterior. Me acaloro de golpe. Para evitar pensar en cosas que no debo, intento reconducir la conversación.

—¿Me perdonas o no? —musito con un tono terriblemente infantil.

—Verás, como me has repetido tantas veces que esto era importante, lo he estado meditando bien —comenta. Mi estómago se encoge de angustia. «¿Y si no me perdona?»—. Y he decidido que te perdono, con una condición —añade, y se inclina hacia mí. Su comisura derecha emprende el vuelo y le da un aspecto pícaro.

—¿Qué…? ¿Qué condición? —farfullo. Esa sonrisa está friendo las pocas neuronas que siguen en pie en mi cabeza tras la hecatombe de esta noche.

—Pídeme *a mí* que te perdone.

«¿Cómo que se lo pida a él?». Igual sí que me he quedado idiota de verdad, porque no entiendo nada.

—¿Cómo que a ti? ¿Con quién coño te crees que me llevo disculpando todo este rato? ¿Con el cucharón de la cocina? —le increpo de malas maneras.

«¡Muy bien, Kaya!», me felicito con sarcasmo, porque lo de tratarlo mejor y no ser una cascarrabias se me está dando *de maravilla*, oye.

El mentecato del emplumado tiene la desfachatez de reírse en mi cara como si aquí yo fuese la loca diciendo disparates (que también lo soy), y no él.

—Igual no me he expresado bien…

—Qué novedad —le corto, y su sonrisa se ensancha.

—Pídeme perdón y añade mi nombre al final de la pregunta.

«¿Ya estamos otra vez con lo del nombre?», maldigo.

En serio, no sé por qué está haciendo una montaña con todo este asunto, solo es un puñetero nombre (y uno jodidamente largo, si se me permite decirlo). Tampoco sé por qué lo estoy haciendo yo. O tal vez sí lo sé, y me da vergüenza admitirlo.

Hasta ahora había evitado llamarlo por su nombre porque eso suponía un muro invisible entre él y yo. Una barrera. Mi último escudo para mantener cierta distancia con el Cuervo y protegerme por si acaso las cosas iban mal.

Y después de todo lo que ha pasado hoy, mi mente me ha jugado una mala pasada y en medio del torbellino de estrés y culpa, he bajado la guardia y se me ha escapado. Aunque eso no es lo verdaderamente malo.

Al decir su nombre, el sonido se ha deslizado por mi lengua con ansia, como si llevase mil vidas esperando para llamarlo, y ha dejado una caricia tibia en mis labios que se han quedado anhelando más. Y eso me preocupa y me asusta a partes iguales.

Por eso prefiero seguir llamándolo Cuervo, emplumado, pajarraco, memo o tarugo. Tarugo no es un mal nombre, tiene su encanto. Tiene personalidad. O majadero. Majadero tiene una musicalidad estupenda. Y todas esas son opciones más cortas y sencillas que su nombre original. Así todos salimos ganando.

Pero aquí mi amigo el intenso se niega a verlo y se ha empeñado en amargarme la existencia obligándome a decir su nombre.

—¿Y bien? —me interroga, cuando pasan los segundos y yo permanezco callada.

—Pídeme otra cosa.

—No, no, no. Esto no funciona así —sonríe con diversión—. Tú me has preguntado si te perdonaba, y lo haré siempre y cuando me lo pidas añadiendo mi nombre a la frase. No estoy exigiendo tanto, considerando que casi me muero tres veces. —Se lleva la mano al pecho con gesto afectado y enarca ambas cejas.

Me dan ganas de ponerle los ojos en blanco, pero me contengo.

—Tú mismo has reconocido que eres casi inmortal, así que pídeme otra cosa. —«A otro con el cuento, pajarraco teatrero»—. Lo que sea, menos eso.

De repente el muy hijo de… *fruta* me pone pucheros. Un demonio. ¡Pucheros! Un demonio. ¡A mí! «¿Veis como sí tenía motivos para creer que soy la reencarnación de Hitler o que estoy maldita? Porque es *imposible* que esto le pase a nadie normal».

—Vaya… Yo pensaba que estabas arrepentida por lo que había pasado. Pero si no puedes hacer algo tan sencillo como decir mi nombre… Igual es que en el fondo no te importa.

La vena del ojo empieza a palpitarme.

—Calla.

—Con lo mal que lo he pasado estos días… —dice con tono lastimero. Sus ojos se redondean y sus labios se fruncen aún más. No debería ser posible parecer así de sexy mientras se exhibe un comportamiento tan patético, joder.

—Que te calles, dramático.

—Mi pobre corazoncito no podrá soportar más desaires…

—Basta.

—Ay, ¡cuánto sufro! —Se lleva la mano a la frente y alza la vista al techo.

—Al final te mato de verdad —siseo.

—¡Y todavía me duele la tripita después de comerme esa sopa con culiandro!

—Te va a doler más cuando te obligue a comerte la olla de la sopa.

—Y mis ojitos aún lloran de vez en cuando por culpa del intesticida. —Finge que se seca una lágrima. Ya no sé si intenta hacerme reír o despertar mi ira homicida otra vez.

—Yo sí que te voy a hacer llorar…

—¡Claro! ¡Porque no quieres decir mi nombre! —me acusa—. Y yo soy incapaz de soportar más tu desdén. Me iré a mi rinconcito a llorar en silencio para no molestarte con mi indigna presencia y me acariciaré solito las plumitas para consolarme porque sufro taaaaanto…

—¡¡Me cago en los grumitos del Cola Cao!! —estallo finalmente —. ¡Ya vale, ¿no?!

—Pues di mi nombre. —Se inclina sobre mí y hay un desafío silencioso en sus ojos. También sonríe con una suficiencia que me dan ganas de agarrarle del plumón y borrarle esa estúpida sonrisa de la cara solo Dios sabe cómo—. No hace falta ni que te disculpes. Solo di mi nombre.

Estoy rechinando tanto los dientes que me voy a partir una muela a este paso y eso no me conviene *nada* porque, si no pude pagar el arreglo de la secadora, desde luego no podré pagar el copago del dentista.

—Tarugo —mascullo.

—Kaya…

—Mentecato.

—Ese no es mi…

—Merluzo.

—Si vas a…

—Zopenco.

—Ay, ¡qué penita doy! —vocifera—. ¡Pobrecito de mí!

—Botarate.

—¡Mi pobre corazoncito roto de dolor! ¡No podré vivir así! ¡Me voy a morir! ¡Que alguien busque a un enterrador porque la pena me va a matar!

—¡¡JODER!!

—Ese tampoco es —se ríe.

—¡Karasuhito! ¡Karasuhito! ¡Karasuhito! —Lo repito tan rápido que la última vez se me traba la lengua; sin embargo, a él parece importarle tres pepinos.

Estalla en carcajadas de júbilo, me coge en brazos y empezamos a girar por el salón en medio de sus risas desbocadas.

No me queda más remedio que agarrarme fuerte a él y soltar un grito bajo y sostenido mientras no paramos de dar vueltas a una velocidad imposible.

En medio del borrón de luces y formas, de repente veo una sombra de ébano que nos rodea y empezamos a ascender. Este loco

ha sacado las alas y está a punto de limpiar las telarañas de la lámpara con las plumas de su cogote.

«¿Por qué es así?», me pregunto ofuscada. «Solo he dicho su puñetero nombre. ¿Por qué las cosas más insignificantes le provocan esta alegría desbordante y, en cierto modo, contagiosa? ¿Por qué me trata como si yo fuese una especie de milagro para él? ¿Por qué?». No lo entiendo.

Y tampoco creo que esta sea la noche indicada para analizarlo en profundidad. Mi cerebro está tan embotado que, si alguien me pregunta ahora mismo cuánto es dos más dos, lo mismo le respondo: coliflor.

Cuando el colega se aburre de revolotear como una polilla gigante cerca de mi lámpara, aterrizamos y damos un par de vueltas más. Para cuando me deja en el suelo, estoy más mareada que después de montar en la montaña rusa y por poco me caigo de culo.

Por supuesto, él me sostiene y me da los segundos necesarios para que mi cabeza deje de girar sin rumbo por el hiperespacio.

Mi vista por fin se enfoca… «¡Dios! ¡Las gafas de sol! ¡Que me quedo ciega!». El amanecer ha estallado dentro de mi salón. Dejando al margen el hecho de que se me han derretido las córneas, lo cierto es que verlo sonreír así me hace feliz a mí también.

He extrañado esa sonrisa durante la última semana. He añorado bromear con él, sus problemas con la lengua moderna, su aura de cachorrillo excitado, sus atenciones… Hasta he echado de menos su comida con pinta de diarrea de gato, pero que no sabe nada mal.

—Gracias, Kaya. —Me acaricia el rostro y su mano se pierde en mi melena, en dirección a mi nuca.

Supongo que, si algo tan simple como decir su nombre logra que él sea así de feliz, igual no me importa seguir haciéndolo; aunque ni yo misma entienda las sensaciones que me provoca pronunciar esa palabra: alegría, nostalgia, anhelo…

Para no seguir dándole vueltas a algo que no me va a conducir a ningún lado, encarrilo la conversación.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Nunca ha habido nada que perdonar, pero si te quedas más tranquila de este modo, sí, te perdono.

Me dispongo a darle las gracias, y las palabras se secan en mi garganta cuando él se inclina y aproxima lentamente su rostro al mío.

Mi estómago está a punto de abandonar mi cuerpo por una oreja porque ahora mismo yo tengo la boca cosida por la impresión.

«¿Qué está haciendo? ¿No irá a…?». Está a punto de darme una embolia. O un infarto. O el síndrome del ojo seco, yo qué sé… Solo sé que esto no puede estar pasando. Él no puede besarme. No. Triple no. Rotundamente no.

Esta noche he estado a punto de vomitar en múltiples ocasiones y no me he lavado los dientes después de eso. Seguro que hay restos de bilis en mi lengua y… «¡Pero ¿qué coño estoy pensando?!».

El problema aquí no es si mi boca sabe a alcantarilla o a menta ártica, a glaciar noruego, al iceberg que hundió el Titanic o a cualquier otro sabor imposible de esos que ponen en los dentífricos. El problema es que no podemos besarnos.

Él está tan cerca que siento el aire que exhala acariciando mis labios y las notas a fósforo quemado van saturando mi olfato. La fragancia resulta terriblemente embriagadora y mi cerebro empieza a hacer aguas.

«¡No! Da igual que su aroma me atraiga. O que de pronto sienta curiosidad por saber si su boca también tendrá ese matiz ahumado. O que sus pestañas sean tan largas que pueda abanicarme con ellas en verano. He dicho que no podemos besarnos. Y punto. ¡Punto! Porque es punto…, ¿verdad? ¿O tal vez sea una coma?».

Estoy perdiendo el juicio. Claro que no puedo besarlo. Tengo que apartarme. El problema es que el traidor de mi cuerpo ha decidido que naranjas de la China, que él se queda donde está y que pase lo que tenga que pasar con esa boca de labios tentadores, esas manos grandes y fuertes, y ese cuerpo lleno de músculos y piel de seda blanca.

Su nariz roza la mía y cierro los ojos en expectación al beso que está a punto de ocurrir, pero que yo no quiero que ocurra. No quiero. Lo juro. «¡Mentira cochina!».

Tras un segundo eterno, sus labios se posan en… mi mejilla. De la impresión, abro los ojos de golpe. Este idiota me acaba de besar en la cara. «¿Y por qué le llamo idiota? ¿Y por qué estoy enfadada y tengo ganas de gritar?». No hay quien me entienda, en serio.

Él se retira, nuestros ojos se encuentran y mi piel se incendia. No es lo único que se calienta, la ternura que veo en su mirada caldea mi alma y por poco la derrite y la hace fluir fuera de mi cuerpo a través de mis ojos.

El Cuervo se mueve, pero no se aparta, simplemente dirige su rostro hacia arriba a la vez que me empuja suavemente de la nuca y deposita otro beso delicado en mi frente.

La gentileza de sus gestos me conmueve profundamente. Y cuando me besa la otra mejilla y por último la nariz, a duras penas consigo contener las gotas que penden de mis pestañas. Este despliegue de cariño termina con un abrazo que correspondo casi con necesidad.

—Al final no te he preparado el té —susurra en mi oído.

—A la mierda con el té —declaro con vehemencia. «Esto es mucho mejor», pienso, y aprieto más fuerte mi cara contra su pecho. Él se ríe de mi exabrupto, como siempre.

—Igual es cierto, ya se ha hecho bastante tarde. ¿Quieres ir a dormir? Seguro que estás agotada. —Me acaricia el pelo.

Sí lo estoy. A pesar de eso, no quiero ir a mi habitación. No quiero estar sola. Me da un poco de miedo después de todo lo que ha pasado porque en los días en los que el pánico es más intenso, las pesadillas también son más aterradoras.

—Estoy bien —miento—. ¿Te…? ¿Te importa si nos quedamos un rato en el sofá?

—Podemos hacer lo que tú quieras.

—Vale. —Mi gratitud puede sentirse en esa única palabra—. Voy a quitarme el abrigo.

Él sonríe y asiente.

Su cuerpo siempre está más frío que el mío, sin embargo, cuando sus brazos me sueltan siento unas espinas de hielo clavarse por todo mi cuerpo. Me maravilla y, al mismo tiempo, me aterra el consuelo tan inmenso que este bobo me brinda.

Llevo todos estos meses intentando mantener en pie mis escudos contra él y, al final, lo que ha pasado es que cuando le he dejado acercarse lo suficiente, él se ha convertido en mi escudo contra la angustia y el dolor.

CAPÍTULO 18 - UN RATITO MÁS

Cuelgo el abrigo en el gancho de la entrada y voy corriendo al baño para lavarme los dientes. No hay ningún motivo oculto detrás de este gesto. De verdad que no. Lo hago por mí misma. Por el asco que me da haber estado a punto de vomitar tantas veces y por higiene.

No vaya a ser que en nuestro vuelo nocturno me haya tragado un mosquito. Y esos bichos pueden pegarte la fiebre amarilla, el dengue o la leishmaniasis (y no, no me importa que eso sea una enfermedad de perros. Con mi suerte, seguro que yo también me contagio).

Después, me acomodo en el sofá donde ya me espera el Cuervo. Aunque anhelo el consuelo que me ofrece su contacto, dejo algo de espacio entre ambos. Es mejor así dado que mi cerebro por poco se convierte en mantequilla fundida hace unos momentos.

Al parecer, él no está muy conforme con mi decisión y en menos de un segundo ya tengo a mi particular koala emplumado enganchado a mis hombros. No me voy a quejar. Hoy no. Ya no.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta—. ¿Quieres ver algo en la tele? —Niego con la cabeza. Seguro que él ha sentido el movimiento en su pecho, donde ahora reposa mi cara—. ¿Quieres hablar de lo que ha pasado antes? A veces, compartir con alguien nuestros temores y preocupaciones ayuda a que estos sean menos pesados.

Realmente no me apetece ponerme a recordar cosas horribles, sin embargo, creo que le debo una explicación, así sea una muy vaga y superficial.

—Imagino que esta parte ya la sabes si una de las chicas rezó por mí, pero… Yo estaba saliendo con un hombre que resultó no ser buena persona. —«Vaya eufemismo de mierda», me río sola—. Resumiéndolo mucho, él me hizo daño de diversas formas y a veces

esos recuerdos me asaltan de golpe, es igual que vivirlo de nuevo, y no soy capaz de controlar el miedo ni la angustia.

Su brazo me sostiene con más fuerza cuando empiezan los temblores y con la otra mano me busca y entrelaza sus dedos con los míos.

—Si te vas a poner triste, no hace falta que hables de ello —me susurra.

—No pasa nada —miento. Me he prometido que iba a ser justa con él y a tratarlo mejor, y este es el primer paso para lograrlo. Hay un par de cosas que necesito que entienda—. Prefiero contártelo para que, si alguna vez me vuelve a suceder, no creas que es culpa tuya. Solo son los malos recuerdos que viven dentro de mí. Las memorias de todas esas veces en las que él me hizo daño.

—¿Te pegó? —Sus manos se crispan cuando me hace esta pregunta.

—Durante muchos años se limitó a usar palabras para herirme y para hacerme sentir que no valía nada —musito. Pequeños senderos mojados se dibujan en mi cara—. Fue destruyendo mi autoestima poco a poco, de forma disimulada al principio y siempre disfrazando todos sus actos como muestras de preocupación y cariño por mí; por eso tardé mucho en darme cuenta de lo que estaba pasando. Cuando él ya me tenía bien enredada en esa telaraña de manipulación y había logrado que yo misma me despreciase, los insultos y los abusos verbales fueron volviéndose cada vez peores. A lo mejor no parece gran cosa si lo comparamos con agresiones físicas, pero… Se puede romper a alguien de mil formas diferentes sin necesidad de tocar su cuerpo.

—Jamás me atrevería a pensar que nada que te haya sucedido a ti sea poca cosa —asevera.

No puedo verle el rostro, tampoco me hace falta para saber que eso es cierto. Su tono es auténtico y desde que nos conocemos, él nunca ha menospreciado mis sentimientos ni mis vivencias.

—Gracias. —Algo me roza la coronilla. No sé si ha sido sin querer o me acaba de dar un beso. Elijo creer lo segundo porque es lo que necesito ahora—. Con el tiempo, él se pasó de la raya varias veces y yo empecé a darme cuenta de lo que estaba pasando. De que eso

no era sano ni normal. Intenté poner límites, cambiar la dinámica de nuestra relación, pero ya era tarde. Él no se tomó nada bien mi resistencia. Las cosas escalaron. Empezó a haber señales de violencia más allá de la verbal, aunque seguía sin pegarme directamente.

Varias imágenes parpadean en mi cabeza. Golpes a cosas. Objetos arrojados, al principio lejos de mí, luego cada vez más cerca. Agarres que se clavaban en mi cuerpo. Tirones de pelo demasiado fuertes camuflados de bromas…

Mi estómago se retuerce y hago un esfuerzo por tragar. No quiero que el glaciar ártico se convierta en una ciénaga de bilis otra vez.

Cuando se me pasan un poco las náuseas, retomo la palabra:

—Finalmente, una tarde todo se descontroló. Nunca en mi vida había pasado tanto miedo… Creí que ese día iba a darme una paliza de verdad. Se contentó con darme un bofetón y dejarme tirada en el suelo, como si yo fuese basura.

Mis ojos se han convertido en dos cascadas y el temblor de mi cuerpo se intensifica tanto que me roba la voz. Parezco una maraca con epilepsia. No recuerdo haber temblado así jamás. Me cuesta un poco darme cuenta de que no soy yo. O no soy solo yo, mejor dicho. El cuerpo del Cuervo también parece a punto de desmoronarse.

No quiero preocuparlo más, así que decido no entrar en más detalles y acabar mi historia:

—Fue una mierda, una mierda descomunal, pero también fue el día que toqué fondo y decidí romper con él. Aunque luego eso derivó en otro tipo de tortura —me lamento. Una tortura con la forma de meses de acoso, más miedo y toneladas de desesperación.

—Kaya…

Un escalofrío se desliza por mi columna y mi cuerpo se tensa involuntariamente ante ese sonido.

Su voz no se ha alzado lo más mínimo, apenas se podría calificar como susurro y, sin embargo, me ha puesto todos los pelos de punta. Ha sido igual que escuchar el suave ronroneo de un tigre justo antes de que se abalance sobre su presa y la descuartice con los dientes.

Me incorporo, lo miro y mi aliento se atasca. Su rostro es la mezcla perfecta de belleza y muerte. Su gesto está calmado, pero su mirada tiene escrita la palabra "violencia". Hay frialdad en esa llamarada azul que habita en los abismos de sus ojos y, al mismo tiempo, una ferocidad capaz de reducir el mundo a cenizas en segundos.

En estos momentos agradezco *inmensamente* saber que el pajarraco tiene una fijación extraña conmigo y me aprecia a su manera, o me habría hecho pis encima.

Me arrastra para acercarme más a él y suelta mi mano para poder sostener mi rostro.

—Kaya, te juro que no pienso permitir que nadie te haga daño nunca más.

Dejo que la intensidad salvaje de su promesa me devore. Que la furia que veo en él entre en mí y embista sin piedad las sombras que me atormentan. Me permito creer que eso es verdad, que con él aquí, estoy a salvo otra vez. Las aristas de mi corazón se suavizan.

—Te juro que voy a encontrar a ese desgraciado y le voy a obligar a vomitar sus propios intestinos —me cuenta con fervor. «Adiós suavidad»—. Y cuando estén todos desparramados por el suelo, voy a bailar sobre ellos hasta que no sean más que un charco pestilente —prosigue. «Ay, Dios». Me mareo—. Y después trenzaré una soga con sus tripas y lo ahorcaré con ella. Lo ahorcaré tan fuerte que se le estallarán los ojos igual que dos uvas maduras. Y luego…

—¡Me cago en la rana Gustavo!

Lucho por liberarme y apartarme de él antes de que no pueda contener más las arcadas y le vomite encima.

—Kaya, ¿qué te pasa? —se asusta él.

—¡Tú! ¡Tú me pasas! —La primera arcada llega.

—¿Qué he hecho?

—Decir unas cerdadas de lo más insoportables, eso has hecho. —Ahí viene la segunda náusea—. ¡Qué asco, joder! ¡Tripas! ¡Ojos! —Y aquí está la tercera. Ya tengo la Santa Trinidad del vómito. Por alguna razón que no comprendo, el muy memo se ríe—. Yo no le veo la gracia —siseo.

—Entiendo… —Se lleva una mano a la barbilla y se queda pensativo—. El problema son las vísceras, no te opones a la tortura y a la muerte, ¿cierto? —Estoy demasiado ocupada intentando que no sean mis tripas las que acaben desparramadas por el suelo, así que no respondo y él interpreta mi silencio como le viene en gana—. Perfecto. Entonces, solo tengo que buscar una forma de hacerlo sufrir sin que tú tengas que ver sus interiores —sonríe, y yo me temo lo peor—. ¡Podemos obligarlo a comerse un kilo de culiandro y que se ahogue con las pompas! —exclama entusiasmado.

Es idiota. Pero idiota *de verdad*. Tiene unos instintos asesinos bastante preocupantes. Es pegajoso. Intenso. Más dramático que un husky. Se ha cargado mi secadora. Por su culpa, no voy a tener que volver a comprar estropajos hasta que me jubile. Ha saltado por el balcón conmigo en brazos. Secuestró una gallina y la dejó como pago en un restaurante…

Debería odiarlo. Echarlo de mi vida. Sin embargo, lo que hago es apoyar mi frente en su hombro, agarrarme a su brazo como si fuese un cojín y echarme a reír hasta que me duele la cara y el estómago me da punzadas.



A veces ser tan cabeza hueca tiene sus pequeñas ventajas. Ser capaz de hacer reír a Kaya es una de ellas.

Su risa es como un arroyo de montaña que baja con las primeras aguas tras el deshielo. Limpia, pura, sonora, armoniosa y llena de vida. Es un sonido que me inunda de felicidad y que estoy dispuesto a proteger a cualquier precio.

Me deleito escuchándola, sintiendo la leve presión de su frente en mi hombro y la tibieza que su cuerpo transmite a mi brazo. Es la segunda vez que ella ha tomado la iniciativa y me ha abrazado primero.

Toda esta semana ha sido muy dolorosa. Lo que ha pasado esta noche ha sido terrible. Y lo que me ha contado ella ha abierto una

herida sangrante en mi alma. A pesar de todo, el calvario ha merecido la pena.

Volvería a caminar descalzo por esta senda de vidrios rotos si me conduce hasta este momento en el que ella se siente al fin lo suficientemente liberada como para reír en paz.

Cuando las carcajadas empiezan a extinguirse y estoy seguro de que ella ya puede oírme por encima de sus propias risas, digo:

—Ya veo que la idea del culiandro te entusiasma tanto como a mí.

Un segundo torrente de risas fluye libre.

—¿Quieres dejar de decir esa palabra? —me ruega, de forma entrecortada y sin parar de reír.

—¿Cuál? ¿Entusiasma? —inquiero, y ella niega enérgicamente contra mi hombro—. ¿Idea?

—Eres lo peor —se ríe, e inspira profundamente para intentar serenarse—. Se dice cilantro.

—Acabas de repetir lo mismo que estaba diciendo yo. —Me encojo de hombros como buenamente puedo, dado que ella sigue colgada de mi brazo. Cosa de la que no me voy a quejar, por mí, como si quiere quedarse a vivir ahí.

—Eres un descarado.

—¿Por descarado te refieres a que tengo un encanto desbordante?

—Me refiero a que no tienes vergüenza ni decencia —se ríe, y me da un manotazo, uno ridículamente flojo. No mataría ni a una mosca con eso. No podría ni doblar una brizna de hierba tierna.

Ahora el que se ríe soy yo porque me parece adorable que sea así de beligerante y pendenciera cuando su poder de ataque es comparable al de un diente de león. Aunque también es verdad que su verdadera fortaleza reside en otro lugar, no en el plano físico.

Al escucharme reír, ella por fin alza la cabeza. Sus párpados están hinchados y levemente enrojecidos, igual que su nariz. Con la humedad, el halo verde de sus iris es más visible que nunca. Su gesto me dice que está exhausta, aun así, está sonriendo. Después de todo lo que ha sucedido esta noche, está sonriendo. Y por eso es más fuerte que nadie.

Estoy a punto de sugerirle que se vaya a dormir, y ella se me adelanta y toma la palabra.

—Muchas gracias…, Karasuhito.

Kaya agacha los ojos, mil rosas florecen en sus mejillas y se muerde un poco el labio de abajo.

Un meteoro cae del cielo e impacta derecho contra mi corazón. «Madre mía… Sí que es adorable», me maravillo.

Es la cosa más adorable que he visto en toda mi vida. Un terremoto de sensaciones demasiado intensas se apodera de mi cuerpo y, por un segundo, me asusto porque al final lo mismo me la como de verdad. Así de adorable se ve.

«¿Y por qué no puedo dejar de decir "adorable"? Parezco bobo».

Mucho me temo que estoy perdiendo la razón, así que, para no hacer o decir alguna estupidez, la cojo, la giro sin esfuerzo, la subo a mi regazo y la recuesto sobre mi pecho.

En esta postura no puedo verla, ni a ella ni a su *adorabilidad*. Ni siquiera sé si esa palabra existe. Es muy probable que no, pero ahora eso es lo de menos. Lo primordial es no comerme a Kaya porque eso sería algo *espantoso*. «Que huela como un postre no significa que ella sea comida», me recuerdo.

—No tienes que darme las gracias por nada. Tú eres lo único que importa y estoy aquí para ti en todos los sentidos —afirmo mientras la acuno.

Ella no me responde. Se limita a agarrarse a la parte delantera de mi ropa con una mano y a colar la otra por debajo de mi brazo para rodear mi costado y afianzarse en su nuevo sitio. Me alegra muchísimo ver que no le molesta estar así, tan próxima a mí.

Este momento me transporta a otra vida, una en la que nosotros pasábamos cada noche de este modo. Las emociones que acompañan a esos recuerdos son tan abrumadoras que me pierdo en ellas y para cuando me doy cuenta, ha transcurrido mucho tiempo.

No quiero soltarla, sin embargo, sé que ella necesita descansar después de un día tan agotador. Y ella es lo más importante. Más que mi propia satisfacción personal o mi deseo de seguir a su lado.

—Kaya, ¿no quieres ir a la cama?

No me responde. Tampoco se mueve. Sin embargo, sé que no está dormida porque su respiración carece de la profundidad cadenciosa que acompaña al sueño.

Me inclino para mirarla. Seguramente ella no se ha dado cuenta, pero la he visto cerrar los ojos a toda prisa al sentir mi movimiento. Se me escapa una sonrisa.

—¿Estás dormida? —susurro, aunque ya sé la respuesta a esa pregunta.

Ella permanece totalmente inmóvil entre mis brazos con los ojos cerrados. Mi sonrisa se ensancha. «Supongo que podemos seguir así un ratito más». Yo desde luego no tengo ningún problema con eso.

Alargo un brazo, alcanzo la manta y la cubro con ella para que esté más cómoda. Luego me aparto un poco del respaldo del sofá para tener algo de espacio y extiendo las alas. Es una suerte que no me haya quitado la camiseta que ya estaba rota. Nos envuelvo a ambos creando un capullo de plumas a nuestro alrededor y me vuelvo a recostar.

Sigo meciéndola y después de un buen rato ella deja de fingir y se queda dormida de verdad. Cuando llega la mañana, el sol nos encuentra así, en el sofá y abrazados para protegernos mutuamente de los malos pensamientos.

CAPÍTULO 19 -UNA NAVIDAD EMPLUMADA

Hoy es lunes, veintidós de diciembre y el penúltimo día de trabajo antes de las vacaciones de Navidad. Aunque eso no significa que vaya a ser un día relajado o tranquilo, más bien lo contrario.

Me espera una *larga* jornada por delante. Al salir de trabajar, Jenna y yo acompañamos a Isa y a Meredith al aeropuerto para despedirnos de ellas. Luego, tengo que ir a hacer unas compras urgentes y lo peor es que ni siquiera sé qué tengo que comprar. Seguramente me voy a pasar horas dando vueltas por el centro comercial. Y, por último, tengo que ir a recoger a Aceituna a casa de Isa.

Necesito llegar pronto a la biblioteca para asegurarme de que salgo a mi hora; sin embargo, a este paso voy a llegar tarde porque un demonio de casi un milenio no deja de perseguirme como un cachorro al que acabas de adoptar.

Desde que hicimos las paces, el Cuervo ha redoblado sus esfuerzos por ser un pegajoso, por matarme de la vergüenza con sus piropos y sus comentarios inapropiados, y por colmarme de atenciones. Lo cual es agradable y un poco enervante.

Su actitud me da ganas de arrojarme a sus brazos y de arrojarme por un barranco, todo al mismo tiempo. Cosa que podríamos hacer, dado que él tiene dos potentes y preciosas alas.

—Te voy a echar de menos —me dice, por trillonésima vez en lo que va de día y no son ni las siete de la mañana—. ¿De verdad tienes que irte?

—Si quieres que tengamos dinero para pagar el alquiler y comer algo que no sea papel higiénico…

—El papel higiénico te deja una sensación arenosa en la lengua —me interrumpe, y arruga el gesto.

Decido abstenerme de indagar por qué leches él es capaz de hacer semejante afirmación porque una vocecita dentro de mi cabeza me dice que, seguramente, eso desembocaría en alguna conversación asquerosa y conmigo a punto de vomitar el desayuno.

—Pues si quieres que tengamos dinero para comer, yo tengo que ir a trabajar.

—Es verdad, perdona. Ya se me había olvidado que tú trabajas y yo te dejo deleitarte con mi presencia porque soy tu querido —sonríe con descaro y desliza un dedo desde su clavícula hasta su cintura.

—Lo que vas a ser es salami de cuervo como no dejes de pavonearte de ese modo —le amenazo, pero mirando al rincón porque me da miedo que los ojos se me vayan tras la línea que él ha trazado. No sé si la ropa ha encogido o él se ha hinchado, pero la camiseta que lleva hoy le queda *indecentemente* ajustada—. Y quita, que a este paso llego tarde.

Mi tono furibundo que encierra una promesa de dolor y muerte no surte ningún efecto y él se ríe.

—Ahora hablando en serio, que tengas un buen día en el trabajo. —Me acaricia el pelo—. ¿Necesitas que haga algo más en casa aparte de las tareas habituales?

Lo medito unos instantes.

—Hoy voy a llegar bastante tarde, ¿te importa ocuparte tú de la cena?

Su rostro se ilumina más que las luces que decoran la ciudad en esta época del año.

—¡Claro que no! —Da unas palmaditas, entusiasmado—. Ya sabes que me gusta cocinar para ti. —Una idea empieza a tomar forma en mi cabeza. Igual no tengo que pasarme horas dando vueltas por el centro comercial después de todo—. ¿Te apetece algo en concreto?

—No, puedes preparar lo que quieras con los ingredientes que tenemos. —Otra idea me asalta—. Y hablando de ingredientes…

¿Recuerdas lo que te conté sobre la Navidad y las celebraciones de estas fechas?

—Sí. Recuerdo que me dijiste que irás con tu amiga a ver a tu familia —sonríe con amabilidad.

Después de mis experiencias pasadas, me daba un poco de miedo decirle que se iba a quedar solo prácticamente dos días enteros mientras yo iba a pasármelo bien con los míos. Sin embargo, lo que él hizo fue preguntarme si celebrar la Navidad con mi familia me hacía feliz. Y cuando le respondí que sí, se alegró genuinamente por mí.

—Verás, no puedo llevarte conmigo a casa de mis padres porque… bueno… no podríamos explicar *eso*. —Señalo su cabeza con un gesto vago de la mano. Tampoco podríamos explicar lo de las garras y los colmillos, pero no le voy a dar una lista detallada de todas sus rarezas, no parece muy educado—. Aun así, me da un poco de lástima que te quedes totalmente solo.

—Me quedo solo siempre mientras tú estás trabajando —señala. Sé que no hay acritud ni reproche en sus palabras, simplemente está diciendo la verdad, sin embargo, eso no evita que un desagradable amargor se instale en mi boca.

—Lo sé, pero esto es diferente. Es Navidad. —Por la forma en que ladea la cabeza y me mira, es evidente que no lo entiende—. Dejando la religión a un lado, la Navidad sigue siendo una fecha importante y especial en la que la gente se rodea de sus seres queridos y las personas que son importantes para ellos. Y me da pena que tú te quedes aquí, completamente solo.

—La única persona querida, importante y especial para mí eres tú —suelta con total naturalidad. Yo por poco me trago la lengua.

«En serio, ¿no se da cuenta de que la mitad de las cosas que dice se pueden malinterpretar de una forma románticamente errónea? ¿Tan obtuso es?», me desespero, porque estoy convencida de que todos esos comentarios bochornosos tienen que ser consecuencia de sus problemas para expresarse.

—Y si tú vas a estar con tu familia, cosa que debes hacer porque me dijiste que eso te hace feliz, no podemos hacer nada al respecto. —Se encoge de hombros.

Me aseguro dos veces de que mi lengua sigue dentro de mi boca y respiro hondo antes de hablar.

—No vamos a poder pasar juntos esos días, pero se me había ocurrido, si te parece bien, claro, que a lo mejor podíamos hacer algo el día veintiséis. Celebrar nuestra propia Navidad, aunque sea un día más tarde.

De repente me siento estúpidamente tímida, igual que la primera vez que invité a un chico a ir conmigo al cine en el instituto. Lo cual, por si a alguien le interesa, no fue demasiado bien porque me dijo que sí y luego apareció en el cine acompañado de una animadora rubia y me dejó ahí plantada. Yo ahogué mi despecho en tres cubiletes extragrandes de palomitas y acabé enferma toda la noche.

—¿Te parece bien? —pregunto cohibida, cuando pasa un minuto entero y el Cuervo no dice nada, solo me mira sin parpadear.

—¿Quieres celebrar la Navidad conmigo?

—Si a ti te parece bien…

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Con…? ¿Conmigo? —Se señala.

Me empieza a palpitar el párpado de una forma muy molesta.

—Sí, *contigo* —remarco bien la última palabra.

—Conmigo… ¿Segura?

—¡No! ¡La voy a celebrar con el cojín del sofá, al cual vestiré con una camiseta negra y le pegaré una boa de plumas para que se parezca a ti y así seguir teniendo una Navidad emplumada!

Los segundos pasan de una forma exasperantemente lenta.

—Entonces…, ¿conmigo o con el cojín?

«Me cago en Bob Esponja». Lo agarro de la camiseta, tiro de él y yo me pongo de puntillas para que pueda ver bien la promesa de una muerte lenta y dolorosa en mis ojos.

—Sí, contigo —siseo—. Quiero celebrar la navidad *contigo*, cenutrio. Con-ti-go. Aunque como me lo vuelvas a preguntar una sola vez más, ya va a dar igual porque no vas a llegar vivo a esa fecha.

—Perdona, pero necesitaba asegurarme —se justifica—. Has dicho que la Navidad se celebra con las personas que son queridas e

importantes para uno… Así que esto significa que soy importante para ti y que me quieres, ¿no? —sonríe, y por poco se me derriten las retinas. También me está dando un infarto, pero no pasa nada, me lo he buscado yo solita por imbécil—. Me quieres, ¿no? ¡¿No?! —La última palabra se alarga de forma infinita, igual que su sonrisa.

«Esto no puede estar pasando. No. No puede… Y es demasiado temprano para lidiar con una cagada semejante».

—Discúlpame un segundo…

—¿A dónde vas? —se extraña, cuando me ve ir hacia el balcón.

—A matarme para no tener que seguir sufriendo esto.

Este es un buen momento para recordar que tengo unas tendencias bastante melodramáticas. En menos de un segundo, él me caza desde atrás y me levanta por los aires.

—No bromees con eso —me regaña.

—No era una broma, te lo aseguro.

—Kaya…

Suspiro resignada.

—Vale, era una broma —concedo, o mejor dicho, miento. Porque de verdad estaba dispuesta a arrojarme al vacío para huir del embrollo en el que me he metido.

Ni yo misma tengo claro en qué plano se sitúan mis sentimientos por Karasuhito. Sé que es importante para mí. Que su presencia me hace bien. Que valoro tenerlo conmigo. Y que el muy desgraciado es jodidamente atractivo y encantador.

Pero también sé que es un demonio pájaro japonés que me saca *porrocientos* años, que ni siquiera sé si envejece y que es casi inmortal. Y además no tiene seguro médico ni creo que le vayan a dar el visado de residencia.

Es una relación abocada al fracaso. Si no nos separa la edad, la distancia o la Inquisición, lo hará Inmigración y esos sí que dan *mucho* miedo.

Una relación que ni siquiera estoy segura de querer porque mi corazón está tan fragmentado que ya no reconozco bien ni mis propios sentimientos. No sé si esto es gratitud, amistad, afecto, atracción física o… «No. Por ahí no», me freno a tiempo, antes de

decir la palabra que empieza por "a" y acaba por "or". Y no, no me refiero al alcanfor.

Él se aleja del balcón conmigo a cuestas, no se fía del todo y hace bien. Cuando estamos otra vez cerca de la entrada, me deja en el suelo y me rodea para poder mirarme a la cara.

—Entonces, ¿quieres que celebremos la Navidad juntos? —insiste con una sonrisa más deslumbrante que un diamante espolvoreado con purpurina.

Estoy atrapada. Decir que sí equivale a admitir que él me importa; lo cual es verdad y también es terriblemente bochornoso y puede que inapropiado dadas las circunstancias. Sin embargo, ya no puedo retractarme de mi ofrecimiento.

Francamente, tampoco quiero. Me da mucha lástima que se quede solo en unas fechas así, en el fondo sí que me hace ilusión compartir un momento más especial con él, y también deseo agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

—Si te lo he propuesto es por algo —farfullo, tan bajito que puede que solo me haya oído el cuello de mi jersey. Aunque a juzgar por el abrazo que me llevo a continuación, el Cuervo me ha escuchado.

—O sea, que sí que te importo —exclama eufórico. Su entusiasmo y la forma en que se ríe me ponen todavía más nerviosa. No quiero que malinterprete la situación y que esto acabe creando un problema entre nosotros a la larga.

—Mis amigos son importantes para mí —me justifico—. Por eso también invité a Jenna.

A pesar de mi contestación, su sonrisa no se apaga. Tampoco hay decepción en su rostro, solo genuina felicidad.

«Igual la que lo está malinterpretando todo soy yo», recapacito. Puede que todas sus reacciones, sus atenciones y su afectividad nazcan de un sentimiento de amistad, y mi mente sucia y necesitada es la que está sacando las cosas de contexto.

Siendo sincera, ni siquiera sé si los demonios pueden enamorarse o sentirse atraídos por una persona. Tal vez ni me vea como un hombre miraría a una mujer. Igual para él yo soy como un gatito de la calle al que debe proteger.

Por alguna razón, esos pensamientos me apenan. Y ser consciente de que me siento desencantada me da ganas de abofetearme hasta perder el sentido. Decididamente el problema soy yo, no él. Soy yo la que está confusa, la que piensa cosas inapropiadas y la que ve fantasmas rositas y con forma de corazón donde no los hay.

Respiro hondo para calmarme antes de retomar la conversación.

—¿Y tú quieres que celebremos la Navidad juntos, aunque sea con retraso?

Él da un paso al frente, envuelve mis manos con la suyas y las alza hasta apoyarlas sobre su corazón, me mira directamente a los ojos y dice con una intensidad capaz de desatar incendios:

—Sí, quiero.

A la mierda mi calma. Por poco me voy al suelo. Esto acaba de parecer una escena sacada de nuestra boda, joder. «¿Cómo no me voy a imaginar cosas raras si él no para de hacer cosas raras?». Mi voz interna suena aguda, estrangulada y angustiada, como si llevase estreñida una semana.

Mientras yo colapso, él sigue sonriendo, impasible. Y está impasible porque no lo ha dicho del modo en que yo lo he entendido, claro.

Él no me ve de esa forma y lo más seguro es que nunca lo haga, tal vez ni pueda. Y es probable que yo tampoco, dado que mi pecho es un campo lleno de basura en llamas. Seguramente, solo estoy confundida porque han sido unos días de mucho estrés y mi cerebro está fuera de control y haciendo de las suyas, dando por saco como siempre.

—Como no podemos salir de casa, se me ha ocurrido que podemos cocinar juntos —sugiero con toda la calma que puedo. Su sonrisa se ensancha, sus ojos se iluminan, su pecho se hincha y juraría que sus plumas se erizan. «No pienses cosas raras», me riño —. Y luego cenar viendo una película o podemos jugar a algo, no sé… No es un gran plan, pero…

—Por mí como si pintamos piedras —me corta—. Solo quiero pasar tiempo contigo. —Ya no sé si quiero abofetearme yo o molerlo a palos a él porque de verdad que me lo pone *muy* difícil con eso de

no hacerme ideas raras—. Y lo de cocinar juntos me parece muy buena idea. Me haría muy feliz.

—Vale —murmuro, en parte agradecida de que mi idea le haga tanta ilusión, en parte muerta de la vergüenza—. Pues piensa qué quieres que cocinemos para saber si tengo que comprar algún ingrediente. Yo me voy ya, que al final voy a llegar tardísimo.

—Que tengas un buen día. Te estaré esperando aquí. —Me da un abrazo de despedida, igual que siempre, aunque hoy lo siento inusualmente cálido—. Y si tienes cualquier problema mientras estás fuera…

—Te llamo, no te preocupes. Que tú también tengas un buen día, Karasuhito.

Con cierta renuencia, me separo de él y me voy a trabajar.



«Madre mía. Madre mía. ¡Madre mía!». De lo feliz que estoy, por poco extiendo las alas sin querer. Gracias al cielo, me contengo en el último segundo porque no puedo seguir destrozando la ropa que Kaya compró para mí.

No me puedo creer que este día haya comenzado de una forma tan maravillosa. Después de esa semana de pesadilla, no solo hemos logrado recuperar la relación que teníamos antes, sino que siento que la distancia entre nosotros ha mermado muchísimo.

Ella ya me llama por mi nombre con cierta regularidad. Me ha invitado a celebrar eso de la Navidad con ella. Vamos a cocinar juntos. Y me ha dicho que me considera su amigo.

Y aunque eso aún dista de lo que a mí me gustaría que Kaya sintiese por mí, por el momento me conformo. No solo eso. Estoy agradecido.

La amistad se fundamenta en la confianza, en el afecto, en compartir y en la voluntad de ayudarse mutuamente. Es una forma distinta de amor, pero es amor, a fin de cuentas. Y también es la base sobre la que se cimenta la vida de pareja.

Sin amistad no puede existir el amor de tipo romántico. Sin amistad habría lujuria, deseo, encaprichamiento…, pero esa no es la clase de relación que yo busco con ella. No quiero solo su cuerpo. Yo quiero su luz, sus sonrisas, sus alegrías, sus penas, sus miedos, sus esperanzas, sus sueños, sus desvelos, su confianza… Quiero su alma. Lo quiero todo.

Por eso me hace inmensamente feliz que ya no me perciba como a un extraño o como a una molesta imposición en su vida. Ahora soy su amigo. Y quizás, con el tiempo, pueda ser algo más. La otra vez sucedió igual.

Fui un demonio intrigado por una peculiar mujer cuya alma desprendía más luz que un campo de luciérnagas. Fui su guardián. Fui un conocido. Fui su amigo. Fui su amor. Fui su compañero durante toda su vida. Fui un alma rota cuando su luz emprendió el vuelo y se convirtió en la estrella más brillante del firmamento. Fui una sombra que esperó una eternidad hasta que ella me encontró de nuevo.

No puedo dejar de sonreír como un tonto enamorado (que es justamente lo que soy) mientras hago las tareas de la casa.

Cuando por fin lo tengo todo en orden y tan limpio que se podría chupar el suelo sin contagiarse de cólera, disentería, tétanos o alguna de esas enfermedades raras que tanto le preocupan a Kaya; me centro en la tarea más importante de hoy: elegir lo que vamos a cocinar juntos el día que celebremos nuestra Navidad.

CAPÍTULO 20 - UN RÁBANO AVINAGRADO Y DESCOMPUESTO

Estamos delante del control de seguridad, formando un pequeño tapón mientras nos despedimos antes de pasar dos semanas separadas.

—Sed buenas y no os paséis con la bebida —nos pide Isa, mirando solo a Jenna. El osito que suele llevar colgado de su tarjeta del hospital ahora está enganchado a su mochila y también parece juzgar a mi amiga.

—No prometo nada —bromea Jenna.

—Recuerda que vas a estar en casa de Kaya, no puedes dar un espectáculo.

—Da igual —intervengo—, el espectáculo ya lo van a dar mi padre y su familia.

Isa está a punto de decir algo, y Meredith se le adelanta.

—A la mierda el ser buenas, pasadlo bien y punto, joder.

—Qué bonito eslogan de Navidad, Mer —se burla Jenna—. Es de lo más dulce. Deberías hornear galletitas y escribirlo encima.

La rubia le saca el dedo corazón, coronado por una uña pintada de negro, y todas nos reímos.

—Reíros todo lo que queráis, pero lo digo en serio —insiste ella —. Ha sido un año bastante horrendo —me mira de reojo—, así que nos merecemos disfrutar un poco.

—Ahí llevas razón —asiente Isa—. De todos modos, no queremos que Jenna acabe con el sujetador de gorrito en casa de Kaya, así que no te pases con la bebida —repite. El guardia de seguridad que tenemos al lado cada vez frunce más el ceño.

—Sí, mamá. —Jenna le saca la lengua.

—Tampoco pasa nada porque lo haga —comento—. Conociendo a mi familia, es posible que mi tío Fergus se coloque otro sujetador en la cabeza y se ponga a tocar la gaita.

Más risas recorren nuestro pequeño círculo.

—Me voy más tranquila viendo que ya estás mejor —me dice Meredith.

—¿Disculpa? —me sorprendo.

—Llevabas unos días… rara —me explica Isa.

—Di más bien que llevaba unos días que parecía un cadáver con el humor de un rábano avinagrado y descompuesto —agrega Jenna.

—¡Eso no es verdad! —me ofendo.

—Sí que lo es —contestan todas a la vez.

En el fondo sé que lo es. La semana pasada fue *muy* complicada, y eso siendo generosa.

Suspiro, resignada y también un poco asqueada conmigo misma. No dejo de darles dolores de cabeza.

Y lo que es peor, esta vez se lo he dado sin motivo porque la única responsable de que mi humor estuviese así, de mi insomnio y de mi apocalipsis diarreico fui yo por dejarme llevar por el pánico, ignorar todo sentido común y lanzarme de cabeza a un arrebato homicida como la loca que niego ser.

—Lo siento mucho, chicas. —Agacho la cabeza—. No quería preocuparos.

—Cielo, el problema no es que nos preocupemos… —empieza Jenna.

—El problema es que te lo calles todo y finjas que no pasa nada, cuando es evidente que sí pasa —termina Meredith.

—Es que era una chorrada y no quería molestaros —miento, porque no puedo contarles la verdad, cosa que me duele.

—Kaya, nosotras no podemos saber si es una bobada o no a menos que tú nos lo expliques. —Isa sonríe con dulzura—. Solo vemos que no estás bien y, si no sabemos la razón, es cuando nos preocupamos de verdad. Y lo hacemos porque te queremos, así que la preocupación no es algo malo.

—Eso díselo a mis veinte úlceras de estómago —se me escapa sin querer.

—En este caso concreto, la preocupación no es algo malo —rectifica mi amiga, fijando en mí esos ojos verdes tan claros.

—Hazle caso —interviene Jenna—, es la más lista de las cuatro.

—*Yo* soy la más lista de las cuatro —afirma Meredith sin ningún pudor, haciéndonos reír—. Pero admito que, en temas de sentimientos y cursiladas de esas, Isa es la mejor de las cuatro.

—Gracias…, ¿supongo? —responde la aludida con tono dubitativo.

—Viniendo de Meredith, eso es una declaración de amor profundo —se ríe Jenna.

—Es verdad. Lo bordaré en un cuadrito y lo colgaré de mi salón para no olvidar nunca este momento tan tierno —bromea Isa.

—Como si lo bordas en el papel higiénico y lo usas para limpiarte el… —salta Meredith, ganándose una mirada espantada del guardia de seguridad.

«Joder, qué bruta es».

—Santo cannoli… —murmura Isa, negando en silencio e intentando reprimir una sonrisa. Jenna no es tan discreta y está a punto de ahogarse con sus propias carcajadas.

—Eso no importa —prosigue Meredith, ajena a las reacciones que su exabrupto ha provocado—, lo que importa aquí es que, si te pasa algo, queremos saberlo. —Me apunta con un dedo que no tengo muy claro si es acusador o amenazador—. Por pequeño o insignificante que pueda parecer, queremos saberlo, Kaya. Y haz el favor de olvidarte de una vez de esas chorradas de que molestas, o te juro que al final voy a perder la paciencia y te voy a obligar a usar la escobilla de un baño público como cepillo de dientes.

Me da una arcada y al guardia de seguridad también.

—¿Hacía falta ser tan marrana? —le reprocho.

—Sí lo hacía —declara ella.

—No estoy de acuerdo con lo de la escobilla, porque vaya puta cochinada —la piel tostada de Jenna está levemente amarillenta—, pero sí con todo lo demás.

—Ya somos tres —murmura Isa a través de la mano con la que se tapa la boca, muerta del asco ella también—. Si te lo guardas todo, Kaya, nosotras nos imaginamos cualquier cosa y nos preocupamos el triple. Y tú te vas hundiendo bajo todo ese peso cuando podrías aliviar tu carga compartiéndola con nosotras. Lo que te aplasta a ti sola, seguro que podemos sobrellevarlo entre las cuatro. Y recuerda que estamos aquí para ti sin importar las circunstancias, no solo en los momentos buenos.

Sus palabras me emocionan muchísimo y me recuerdan a lo que me dijo Karasuhito la otra noche.

—Es que últimamente no os he dado ni un solo momento bueno —musito.

—Kaya… —Nunca en la vida cuatro letras contuvieron una amenaza mayor.

Huyo de la rubia perturbada y me escondo detrás de Jenna.

—La escobilla no, por Dios —imploro.

—Isa tiene razón —me dice Jenna por encima de su hombro—. Y sinceramente, no puedo hablar por las demás, pero a mí me duele un poco cuando te lo guardas todo porque, aunque en el fondo sé que no es así, no puedo evitar pensar que igual es que no confías lo suficiente en nosotras.

La culpa me engulle, me mastica y me destroza. Nunca me había parado a verlo de ese modo. Yo me callaba para protegerlas y en realidad estaba haciendo lo contrario.

Salgo de detrás de Jenna para dar la cara.

—Claro que confío en vosotras. Siento mucho si os he hecho sentir de ese modo. Y también siento no haberos contado lo que me pasaba la semana anterior. —Me gustaría sincerarme con ellas, pero no puedo. Menos aún en medio de un aeropuerto y con un guardia maruja que está pendiente de todo lo que decimos. Tampoco quiero mentirles, así que me decanto por ofrecerles una verdad a medias—. Se me estropeó la secadora y ahora mismo no puedo arreglarla ni comprar otra y… ya sabéis cómo soy… Empecé a imaginarme que iba a salir moho en casa por culpa de la humedad de la ropa, que las esporas se me iban a meter por la nariz y a germinar en mi cerebro, y…

Las carcajadas de Jenna me interrumpen de una forma *nada* educada. Meredith está mirando al techo con los brazos en jarra e Isa se está tapando la cara con ambas manos.

—¿Qué vamos a hacer contigo, cerebro de brócoli? —Jenna me pasa un brazo por los hombros y sus rizos oscuros me caen por encima.

—Es moho, no brócoli —le aclaro, porque puede que ambos sean verdes y de aspecto sospechoso, pero no tienen nada que ver el uno con el otro.

—Ahora mismo tengo ganas de matarte por ser así de boba… o de darte un abrazo por ser así de boba, no lo tengo claro —suelta la rubia.

—Lo que sea menos la escobilla —le ruego.

—Kaya, si quieres, puedes hacer la colada en mi casa hasta que arregles lo de la secadora —se ofrece Isa—. A mí no me importa.

—O podemos ver si entre las cuatro reunimos suficiente dinero para ayudarte —propone Jenna.

—Eso sería más eficiente que ir cargando con tus bragas sucias hasta casa de Isa —coincide Meredith.

—¿Podemos dejar de hablar de mi ropa interior en un sitio público, *por favor*? —Mi cara está alcanzando la temperatura de fundición del acero—. Y no hace falta que os preocupéis… —Me vuelvo a esconder detrás de Jenna al ver la ira homicida en los ojos gélidos de la rubia trastornada—. ¡Lo digo en serio! Ya se me ha pasado el arrebato neurótico. Llevo unos días sin secadora y mis sesos no se han convertido en queso mohoso, así que ya he aceptado que no voy a morir de una infestación cerebral —aseguro, cosa que es verdad. Además, me sentiría como una mierda si les hago darme dinero solo porque no puedo contarles la verdad—. Cuando pueda, ya compraré otra; pero de momento estoy bien, lo juro. Vosotras mismas habéis dicho que estoy mejor.

—Ahí nos ha pillado —admite Jenna.

—Vale —Meredith prácticamente me escupe esa palabra, la pobre tiene muy mal perder—, pero si en algún momento te agobias por el moho, la lepra o cualquier otra cosa, nos lo dices en lugar de

pasearte por ahí como un alma en pena que se ha fugado del purgatorio, ¿entendido?

—Sí, señora —respondo al segundo, con la escobilla en mente.

Después de llevarme ese inesperado rapapolvo, apenas nos queda tiempo para nada más. Meredith e Isa se despiden, nos abrazan, nos desean felices fiestas, cogen sus maletas y se encaminan al control de seguridad.

Creo que nadie nos sorprendemos cuando el guardia que ha escuchado toda nuestra conversación se lleva a Meredith a un lado para un registro más exhaustivo. Yo también lo haría si fuese él. Registraría a fondo su equipaje en busca de objetos manchados de caca ajena. Por poco me da otra arcada.

Jenna y yo abandonamos juntas el aeropuerto, pero nos separamos enseguida, ella se va derecha a su casa y yo tengo que ir al centro comercial para hacer una compra de lo más peculiar: un regalo de Navidad para un demonio. Y no, no voy a regalarle calcetines… ni calzoncillos… Una imagen nada apropiada aparece en mi cabeza. Carraspeo y me abanico. «Qué calor hace de repente para ser invierno, ¿no?».

CAPÍTULO 21 - EL APERITIVO

—Disculpa, pero ese es mi sitio —le increpo. Ella se limita a mirarme de soslayo con gesto aburrido y a ignorarme—. Mi sitio —repito, acompañando cada sílaba con un leve toquecito con el dedo. Por mi osadía, me gano un bufido furibundo.

«Por todos los dioses, qué carácter».

La miro sin saber muy bien qué hacer. Nunca me había visto en una situación semejante. Normalmente, todos los animales perciben la amenaza que represento, los humanos incluidos. Aunque no sepan qué soy, saben que soy peligroso y sus instintos más básicos los llevan a huir o a defenderse. Si bien es cierto que esto último solo lo hacen los animales más grandes como los osos o los jabalíes salvajes de las montañas.

Sin embargo, ella no se ha inmutado por mi presencia y se comporta como si fuese la dueña y señora de la casa, y eso que esta pequeña bola de pelo tricolor solo lleva aquí cuatro días.

Cuatro días en los que me ha robado la atención de Kaya («sí, no me siento muy orgulloso de esto, pero estoy celoso de una gata»); en los que ha usurpado mi sitio en el sofá; en los que se pone a berrear sin razón alguna en medio de la noche; en los que se dedica a tirar cosas a propósito y a ensuciar todo lo que yo ya he limpiado…

No sé de dónde ha salido este ser, pero no creo que esto sea un gato. Esta esponjosa criatura tiene que ser algún tipo de demonio de este país que yo no conozco. Uno enviado para torturarme y destruirme.

—Aceituna, estás en mi sitio —insisto de nuevo—. Podría comerte, ¿sabes?

Lo único que consigo es que ella me mire con desdén. Vuelve a apoyar la cabeza en el cojín y… «¿Esta cosa acaba de sonreír?». Se estira cuan larga es y el poco espacio que quedaba en el sofá

desaparece por completo. Lo que yo decía, está aquí para hacerme desgraciado.

Suspiro con resignación y me siento como buenamente puedo en el minúsculo hueco que esta maligna criatura de mente vil ha dejado para mí, a esperar a que Kaya termine de vestirse.



Es la primera vez en mucho tiempo que he podido disfrutar plenamente de los festejos navideños. Este año solo ha habido risas, buena comida, momentos agradables con mi familia y mi amiga y algún que otro recuerdo para el olvido… Como el tío Dean bailando con un kilt[5], girando por todo el comedor, y sin nada debajo. Mis pobres ojos lloran de nuevo.

La única nota gris ha sido saber que Karasuhito estaba solo y encerrado en casa, igual que siempre. Empiezo a sentirme bastante mal con su situación, pero no puedo hacer nada al respecto. Él no puede salir a la calle y yo no puedo quedarme aquí todo el día para hacerle compañía.

Tal vez por eso deseo de verdad que lo de hoy salga bien y que este pequeño plan le alegre. De ahí que me haya ondulado el pelo, maquillado y que lleve *mucho* rato delante del armario eligiendo qué ponerme. Lo hago porque la ocasión lo merece, no porque quiera que él se fije en mí ni nada de eso.

«Sin embargo, para ir a casa de mis padres me puse un jersey con motivos navideños tan horrendo que, si un elfo de Santa Claus me hubiese visto, se habría arrancado los ojos con un bastón de caramelo», medito, y algo aletea dentro de mi estómago. «Bueno, eso lo hice para no robarle el protagonismo a las piernas peludas del tío Dean», me justifico.

Tras darle muchas vueltas y probarme más conjuntos de los que estoy dispuesta a admitir en voz alta, así que diremos que me he probado solo cinco, elijo unos vaqueros ajustados negros y una camisa roja de tela satinada que se cruza como un kimono por delante del pecho, creando un recatado escote en pico, y que lleva

bordadas flores de loto en hilo nacarado en las mangas. Un regalo de mi abuela.

Me miro al espejo. Es un conjunto sencillo, pero teniendo en cuenta que vamos a cocinar, es mejor ir cómoda. Y la blusa le da un aire elegante. Además, llevarla me hace pensar en la persona que me la regaló y eso me serena mucho, cosa que Dios sabe que necesito porque estoy hecha un manojo de nervios.

Llevo así desde que me he levantado por la mañana y no lo entiendo. Esto solo es un plan entre amigos. Nada más. Sin embargo, da igual cuánto me repita eso que mi cerebro se niega a asimilarlo. «Igual sí que he respirado esporas de moho», divago.

Antes de que los nervios se descontrolen del todo, me dé un arrebato y me cambie de ropa por trigésimo cuarta vez; yo… Ah, no, espera… Que hemos dicho que solo me había cambiado de ropa cinco veces, fallo mío. Vuelvo a empezar.

Antes de que me dé un arrebato y me cambie de ropa por *quinta* vez («así mejor, así parezco menos loca»), abro con fuerza la puerta y salgo al pasillo. Con seis pasos largos y levemente temblorosos, irrumpo en el espacio que conecta la cocina con el salón.

Karasuhito está sentado en el sofá, apretujado contra el reposabrazos y con la tablet en la mano. Al escucharme llegar, se gira, nuestros ojos se encuentran, los suyos se agrandan hasta parecer dos perlas gigantes de ónice y se le cae el aparato.

—Perdón —exclama, al escuchar el impacto de la pantalla contra el suelo.

Se agacha para recogerla y al incorporarse, se golpea la nuca con el canto de la mesita baja de café. Es la primera vez que lo escucho jurar en voz alta. Se frota con fuerza las plumas del cogote, intenta ponerse en pie y esta vez le pega un rodillazo a la mesa y la vuelca entera.



—¿Estás bien? —me pregunta Kaya con tono preocupado, a la vez que Aceituna bufa y se baja de un salto del sofá.

No sé qué responder a eso. Mis dedos se han convertido en fideos hervidos, por poco me abro la cabeza con la mesa y luego la he mandado a hacer puñetas de un rodillazo. Me hormiguea toda la piel. Se me han erizado las plumas. Y tengo la boca seca. Aunque lo peor con diferencia es lo que siento por dentro.

A mi estómago le han brotado alas y amenaza con salirse de mi cuerpo abriendo un boquete en mi abdomen. No tengo claro si mi corazón late tan rápido que ya no puedo ni sentirlo o es que directamente se ha detenido del todo. Y algo está rugiendo dentro de mi pecho, noto la vibración extenderse por mis músculos.

—¿Te has hecho daño? —insiste ella, al ver que no contesto.

La miro de reojo. «Madre mía, está bellísima». Sobre sus párpados hay una tenue sombra dorada, como polvo de oro, que acentúa el halo verde de su mirada. Sus mejillas están levemente arreboladas de una forma muy favorecedora. Y sus labios parecen dos bayas regadas por el rocío de la mañana.

El rojo de la camisa realza su palidez y combina a la perfección con los matices caobas de su melena castaña, la cual cae ahora con unas suaves ondas que resultan hipnóticas. Casi tanto como las curvas infinitas del valle de su cintura al encontrarse con sus caderas.

Mi temperatura sube. O baja. O estalla. O se apaga. No lo sé. No sé nada. Solo sé que Kaya es lo más hermoso sobre lo que he tenido la dicha de posar mis ojos.

En el pasado, ella ya me parecía la mujer más bonita del mundo entero. Pero en esta nueva vida ha trascendido los límites de lo terrenal y ahora es una diosa pisando el mundo de los hombres.

—¿Sucede algo malo? —me pregunta. Su tono suena preocupado y el efluvio de la ansiedad está empezando a enmascarar ese olor dulce y delicioso a vainilla que siempre la acompaña.

Lo único *malo*, si se le puede llamar así, es que no sé cómo gestionar lo hermosa que está ni las reacciones que su visión está causando en mi cuerpo. Sin embargo, no quiero que se angustie. Esta noche no.

Debo dejar de comportarme como un bobo, ir ahí y decirle que está arrebatadora y que soy inmensamente feliz de poder compartir

este tiempo con ella.

Me aferro a esa determinación, levanto la mirada, doy un paso, me tropiezo con la mesa volcada y por poco me caigo al suelo. Consigo enderezarme a tiempo, avanzo y aterrizo sobre el sofá.



«¿Qué coño le pasa? ¿Está bolinga?», me angustio, al verlo aterrizar de morros sobre el sofá.

—¿Karasuhito? —le llamo, y un quejido lastimero resuena desde el otro lado del respaldo. Cualquiera diría que en vez de decir su nombre le he clavado un tenedor—. ¿Estás…? ¿Estás bien?

«Más te vale estarlo», ruego para mis adentros. Porque como no lo esté, como esté enfermo, no sé qué voy a hacer. No sé si debo llevarlo al médico, al veterinario o al inframundo.

—Perfectamente —contesta al fin, aunque con esa voz de pito dudo que lo esté. De hecho, por cómo suena, creo que se ha golpeado en sus partes al caer sobre el sofá. Si es que tiene partes, claro.

—¿Necesitas ayuda? —digo, al ver que pasan los segundos y no se levanta.

—¡No! —grazna—. ¡Estoy divinamente! ¡Ya voy!

Me abstengo de decir nada sobre sus múltiples tropiezos, su voz de castrato o el hecho de que no creo que sea legal que un demonio use la palabra "divinamente"; y espero cada vez más nerviosa a que él venga a mi encuentro.

Su inmensa espalda por fin emerge sobre el borde del sofá, seguida de sus sedosas plumas y de su cara. Me da la sensación de que su piel tiene un matiz rosado o violáceo, algo extraño. Desde luego no está tan pálida como siempre.

Sin soltarse del respaldo y prácticamente arrastrando los pies, rodea el mueble de forma lenta y cauta, moviéndose de lateral como un descomunal cangrejo negro. Solo reanuda un paso normal cuando está lo suficientemente lejos de cualquier obstáculo.

Se detiene a un par de metros de distancia, como si tuviese miedo de acercarse más a mí. Sus ojos están muy redondeados y se oscurecen aún más mientras recorren mi rostro y mi cuerpo. Nunca me había mirado con esta intensidad y estoy segura de que el color de mis mejillas debe estar cerca de alcanzar al de mi camisa.

La vergüenza me vence y agacho la cara. De pronto soy demasiado consciente de mí misma, de mi cuerpo, de que igual me veo ridícula con maquillaje, de mi postura… No sé qué hacer con mis manos y me pongo a juguetear con las mangas.

Mi estómago se está convirtiendo en plomo y me estoy planteando seriamente la opción de regresar corriendo a mi cuarto y quedarme ahí dentro el resto de la noche porque no puedo soportar este silencio. Su silencio.

«Todo esto ha sido un error», me maldigo. Tenía que haberme limitado a llevar la misma ropa de siempre, peinarme como todos los días y dejarme de estupideces. No sé a quién pretendía impresionar arreglándome así.

«A él… Y también a mí». Quería dar un paso más en la dirección correcta y demostrarme a mí misma que mi autoestima estaba un poco mejor y que ya no me afectaban todos los desprecios de Ethan.

Todas esas veces que criticó mi ropa, mi cuerpo, mi rostro, la forma en que me arreglaba… o cuando no lo hacía. Porque ese era el problema, hiciese lo que hiciese, siempre había algo que criticar. Yo nunca era suficiente.

Y por boba ahora estoy al borde de tener una crisis nerviosa. Yo quería tener un detalle bonito con el Cuervo, pasar una noche especial juntos y estoy a punto de echarlo todo a perder una vez más. «Soy patética».

Terriblemente frustrada conmigo misma y mi estupidez, me muerdo el labio de abajo de forma inconsciente hasta que me hago daño.

Un sonido grave y bronco se apodera del espacio que me rodea y me arranca de mi trance. Parecía un gruñido. Un ruido más animal que humano.

Alzo la mirada, desconcertada, y me encuentro con el Cuervo. «¿Eso ha sido él?».

—Perdón —murmura. «Vaya, pues sí ha sido él»—. Es que yo… Tú… Tú estás…

Me mira de arriba abajo, sus párpados casi se cuelan dentro de sus cuencas, se tapa la boca con la mano, con la otra se sujeta el pecho y ese sonido extraño vuelve a resonar entre los dos.

—¿Estoy mal? —La preocupación empuja las palabras fuera de mi boca antes de poder meditar si es una buena idea preguntarle eso a alguien que suele ser *bastante* sincero.

Le lleva unos segundos quitarse la mano de la cara.

—¿Mal? —Niega efusivamente—. Estás para comerte…

Ahora son mis párpados los que se van de viaje en direcciones opuestas.

—¿Qué?

—Que estás para comerte —repite—. No en un sentido literal, claro… O eso creo… Espero… —Se vuelve a tapar la boca y retrocede un paso mientras su pecho vibra.

«¿Me va a comer? ¿Soy el aperitivo de la cena?». Igual yo también debería alejarme, correr, gritar…, algo… Pero soy incapaz de moverme.

—¿*Disculpa*? —No atino a decir nada más, estoy demasiado conmocionada.

—Creo que me estoy expresando mal. —Hace un aspaviento con las manos. «Más te vale», pienso nerviosa—. Estás preciosa, Kaya. Tan atractiva que mirarte es igual que contemplar una fruta tentadora y prohibida.

—Una fruta —musito.

Mi cerebro está un poco aturdido por todo el insignificante tema de que él ha sugerido (recemos que por error) que iba a comerme; por eso, no sé cómo tomarme que me acaben de comparar con un alimento. Aunque supongo que podía haber sido mucho peor. Ha dicho fruta y no pan rancio, leche cortada, rábano avinagrado o carne masticada y regurgitada.

Mis nervios se asientan un poco y mi mente se aclara lo suficiente como para percatarme de otra cosa. Él también ha dicho las palabras "preciosa", "atractiva" y "tentadora" en una frase en la que yo estaba incluida.

Me cuesta un poco, pero empiezo a darme cuenta de que en realidad me acaba de hacer un cumplido, y uno bastante bonito y bochornoso, como todo lo que hace este memo. Sin querer, sonrío.



«Contrólate o la vas a incomodar», me reprendo. Sin embargo, es difícil porque es tan bella que mirarla duele.

Su aterciopelada piel. Su sedosa melena. Sus ojos tímidos. «Contrólate». Sus mejillas sonrosadas. Sus pestañas infinitas. La delicada curva de sus labios. «¡Control, hombre, control!». Su largo cuello. La línea perfecta de su clavícula que mis dedos se mueren por recorrer. «*¡¡Control!!*». Sus pequeñas manos. Los sinuosos senderos de su cuerpo…

«No tengo ningún control. Soy peor que un animal», me lamento cuando un nuevo gruñido grave brota involuntariamente de mi garganta.

A pesar de mi deplorable comportamiento, ella no parece molesta. La arruga de su ceño se relaja, el rubor de sus mejillas se acentúa y una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios.

«Socorro». Esto es más de lo que puedo soportar. Su encanto es demasiado poderoso. Su *adorabilidad* me va a matar (y sigo sin saber si la palabra existe).

Por precaución, retrocedo otro paso. Lo hago para evitar la tentación de decir alguna tontería o de cometer alguna estupidez como besarla. No porque de verdad vaya a comérmela… Eso creo… Espero…

—Gracias, Karasuhito —sonríe más ampliamente, mirándome a los ojos, y yo estoy a punto de desplomarme sobre el suelo.

—¿Por qué? —No he hecho nada para merecer su gratitud. Me he limitado a parecer patético, caerme por todos lados, decir disparates y casi infartar, y se supone que a los tengus no nos dan infartos.

—Por ese cumplido. Significa mucho para mí, así que gracias.

—Solo he dicho la verdad. Eres lo más hermoso que he visto nunca.

Su cara se incendia y adquiere la misma tonalidad que su blusa, y Kaya agacha corriendo la cabeza. Las ondas castañas la ocultan de mi vista y eso no me gusta. Aunque mirarla esté a punto de acabar con mi vida, moriré feliz siempre y cuando ella sea mi última visión de este mundo.

Alargo el brazo, mi mano se pierde entre la cascada de su melena y a tientas busco su barbilla. Con cuidado empujo hacia arriba para que nuestros ojos se encuentren otra vez.

—Tú eres hermosa y siempre estás muy guapa —añado, porque no quiero que piense que solo hoy me parece linda—, pero esta noche estás especialmente bella.

Golpes de tambor flotan por el aire y no tengo claro si es su corazón o el mío.

—Gra… Gracias —farfulla con un tono bajo y agudo—. Estamos de celebración, es un día especial, así que quería arreglarme un poco.

—Desde luego has conseguido que esta noche sea inolvidable —afirmo, y no puedo evitar volver a mirarla entera.

—Ya vale, por Dios —susurra, forcejeando por retirar la cara—. Me vas a matar de la vergüenza a este paso. Y no es que lleve un vestido de gala, solo es una blusa y un poco de maquillaje, tampoco es para tanto.

—Discrepo. —Está increíble por mucho que se empeñe en negarlo. De repente, un pensamiento aguijonea mi cerebro y la burbuja de felicidad amenaza con estallar. Suelto su rostro y esta vez me miro yo—. Tú te has arreglado para esta ocasión especial, y yo voy igual que siempre.

—No te preocupes por eso. No es obligatorio. Yo lo he hecho porque me apetecía.

—Pero no quiero que pienses que este día no es importante para mí y que por eso llevo la misma ropa de siempre —me agobio—. Es solo que… Yo no…

—Tú no tienes nada más que ponerte —acaba ella por mí, adivinando mis pensamientos. Asiento. Solo tengo el yukata viejo que traje puesto y la ropa que Kaya me compró, y nada de eso me parece apropiado viéndola a ella—. Verás, iba a darte esto después

de cenar, pero creo que es mejor dártelo ya. —Regresa a su habitación con pasos rápidos y tras unos segundos aparece con dos paquetes. Me entrega el más grande—. Feliz Navidad, Karasuhito.

—¿Qué es esto?

—Una berenjena. —Pone los ojos en blanco—. ¿A ti qué te parece? Es un regalo.

Algo se abre dentro de mi pecho, pero no es una fractura dolorosa como la que experimenté hace unos días. Es una flor que extiende sus pétalos de luz y libera una fragancia dulce y cálida por todo mi interior.



Karasuhito se queda totalmente paralizado contemplando el regalo que le ofrezco. No se mueve. No dice nada. No parpadea. Juraría que ni está respirando.

—Sabes lo que es un regalo, ¿no? —pregunto preocupada, al cabo de un rato.

El Cuervo por fin parpadea y hay una calidez inesperada en su mirada.

—Estoy familiarizado con el término, sin embargo, es la primera vez que me dan uno a mí —declara. Por poco se me cae el paquete de las manos. «¿Tiene más de ochocientos años y nunca le han regalado nada?». Algo agrio se apodera de mi paladar—. La gente suele dejar ofrendas en el santuario y en el Monte Kurama para nosotros, pero son para todos los tengus que habitan la montaña. Nunca he recibido algo que fuese solo para mí.

—Lo siento mucho —murmuro apenada. Él niega con la cabeza.

—No pasa nada. Tampoco me importaba. Hasta ahora solo había existido alguien de quien no me hubiese importado recibir un regalo, pero ella no tenía los medios para comprar nada —sonríe de forma tierna, y por alguna estúpida razón siento una punzada en el estómago al escucharlo decir "ella"—. Aun así, me regalaba su

tiempo y su compañía, y eso era más que suficiente para mí y lo único que de verdad anhelaba.

La punzada se convierte en una auténtica puñalada. «Joder… ¿En serio, Kaya?», me increpo al darme cuenta de que me estoy poniendo celosa sin razón.

Trago para ver si así se alivia ese amargor molesto de mi boca y que no se escuche en mis palabras. Fracaso miserablemente.

—Si solo querías regalos de esa persona y el resto te da igual, no tienes por qué aceptar esto, claro… —Recojo el brazo extendido, pero él me sujeta de la muñeca.

—He dicho "hasta ahora" —me aclara, antes de sonreír de ese modo deslumbrante tan suyo—. Que tú me hagas un regalo me hace inmensamente feliz. Gracias, Kaya.

—No hay de qué. Igual te viene bien hoy —murmuro.

Él coge el paquete y lo gira varias veces, observando cada detalle del envoltorio. Cualquiera diría que está intentando memorizarlo.

Cuando por fin se decide a abrirlo, lo hace con nerviosismo y el papel se acaba rasgando por varios sitios. Saca la caja, levanta la tapa y sus ojos se iluminan.

Con mucho cuidado, coge el kimono y lo extiende para verlo mejor. Es negro, como toda la ropa que eligió él, y tiene unos bonitos bordados plateados de sedosas plumas entre las que se aprecian las siluetas de garzas alzando el vuelo. No son cuervos, pero son pájaros, así que imaginé que valdrían.

Este regalo no entraba dentro de mis planes iniciales, fue una especie de compra compulsiva porque, al verlo, no pude evitar imaginarme al Cuervo con él y me dieron unos sofocos nada apropiados. Y después de su comentario sobre la ropa, me alegro de haberlo hecho.

—Es precioso —dice, tras contemplarlo un buen rato—. ¿De verdad es para mí?

—Claro —sonrío—. Así ahora tú también tienes algo un poco más especial para ponerte hoy si quie…

—Voy a ponérmelo ya —me interrumpe con un tono de voz realmente excitado.

Suelta la caja y el envoltorio, abraza el kimono, se da la vuelta y echa a correr en dirección al baño. Su reacción me hace reír. El hecho de que casi se cae cuatro veces porque no deja de resbalarse al ir tan rápido llevando solo los calcetines, también.

Esta es una de las cosas que más me gustan de él. Es espontáneo, genuino, con un toque infantil, sí, pero en el fondo es adorable. Y agradezco que sea tan franco con sus sentimientos.

Llega al baño y cierra la puerta. Esta vuelve a abrirse porque no la ha encajado bien. Lo intenta otra vez y la madera rebota en el marco de nuevo. Se le escapa una maldición en voz alta y a mí una carcajada al verlo así de nervioso. A la tercera ya consigue que la puerta permanezca donde debe.

Me toca esperar un buen rato hasta que él regresa al salón, y debo admitir que ha merecido la pena porque… «*Joder* con el Cuervo». Tengo que reprimir el impulso de abanicarme con la mano.

Está imponente a un nivel que no debería ser posible ni legal. A un nivel que está a punto de hacer que me salga humo por las orejas. A un nivel que le dejaría tocarme, aunque no se hubiese lavado antes las manos.

CAPÍTULO 22 - LOS DEMONIOS NO SE CASAN

Esta vez no corro, camino con pasos largos y lentos, la espalda recta y los hombros bien cuadrados. El porte que merece el kimono que ella me ha regalado.

A medida que la distancia entre nosotros se acorta, la temperatura que desprende el cuerpo de Kaya se eleva y toda su piel se sonrosa.

Detengo mi marcha y dejo que me observe bien. No me importa. Me gusta que me mire. Que su atención se quede conmigo, igual que la mía siempre está con ella.

—Gracias por el regalo. Estoy muy guapo —sonrío ampliamente.

Ella parpadea un par de veces, se lleva las manos a la cara y trata de contener una carcajada. No sé de qué se ríe porque lo que he dicho es verdad. Me he visto en el espejo del baño y parezco un emperador.

—Se me olvidaba lo modesto que puedes llegar a ser —comenta con tono divertido—. Pero en este caso te lo perdono porque es cierto que lo estás. —Se sonroja.

«Ves, lo que yo decía, estoy *muy* guapo».

—Gracias —sonrío feliz.

—¿Quieres abrir ya tu otro regalo o prefieres dejarlo para después de la cena?

Solo cuando ella lo menciona, recuerdo que ha salido de la habitación con dos paquetes.

—¿Hay más regalos?

Entiendo el detalle del kimono porque yo necesitaba algo más elegante que ponerme hoy para estar a su altura en esta noche de

celebración. Que tenga más cosas para mí me sorprende inmensamente.

—Es una tontería… —Kaya se remueve en el sitio—. Toma.

Me ofrece un segundo paquete envuelto con un papel igual de bonito que el anterior. Este es más pequeño, aunque se siente más pesado. Lo abro.

—Recetas deliciosas para cocineros novatos —leo en voz alta.

—Es un libro de cocina. Ahí puedes encontrar más de doscientas recetas —me explica—. He pensado que igual era más sencillo para ti tenerlas todas juntas en un mismo lugar en vez de tener que buscar por internet. Tienen buena pinta y hay muchas recetas que yo tampoco conozco. A lo mejor… A lo mejor podemos cocinar juntos de vez en cuando, como hoy…

Sus palabras salen aceleradas y en un tono demasiado bajo. No puede mirarme a los ojos y se está sonrojando otra vez. Parece avergonzada. Cosa que no entiendo porque esto es un detalle precioso del que debería sentirse orgullosa.

No solo se ha tomado el tiempo y las molestias de pensar en las cosas que a mí me gustan, además, ha añadido algo de un valor incalculable a su regalo: la promesa de pasar más tiempo juntos.

—Muchas gracias, Kaya. Me encanta —sonrío, y ella también—. Pero ¿por qué me haces estos regalos?

Comprarme el kimono puede entenderse como algo necesario; sin embargo, no había necesidad de regalarme esto y lo ha hecho. Y una parte de mí está aferrándose a la idea de que a lo mejor esto significa algo más y, si es así, quiero saberlo. *Necesito* saberlo.

—En Navidad es costumbre hacer regalos a las personas más cercanas.

Una sombra atraviesa el cielo despejado en el que se ha convertido mi pecho.

—No estaba al corriente de esa tradición y yo no tengo ningún regalo para ti —admito, compungido y avergonzado a partes iguales.

—Lo sé. —Ella me da un leve apretón en el brazo—. No tienes que preocuparte por eso. Es tu primera Navidad, no conoces nuestras costumbres y tampoco tienes dinero ni puedes salir de casa para ir a comprar nada.

Tiene razón, pero no por eso me siento mejor. Sus regalos me han hecho *inmensamente* feliz y quiero que ella se sienta igual. Quiero corresponder su bondad. Quiero hacerle saber de cada forma posible lo importante que es para mí y lo mucho que la valoro.

El problema es que, como ya he dicho, ella tiene razón. No tengo dinero, no debo salir del apartamento, tampoco sabría a dónde ir para buscar regalos y al parecer lo de las compras por internet no se me dio tan bien como yo creía. Ni aunque quisiera, podría hacerle un regalo.



Una arruga estropea el perfecto rostro del Cuervo y su entrecejo se frunce tanto que sus dos cejas se tocan.

—De verdad, no tienes por qué agobiarte —insisto, aunque la que se está agobiando soy yo porque me siento culpable. Yo quería tener un detalle con él, pero no fui lo suficientemente considerada para darme cuenta de que lo iba a poner en un compromiso—. Los regalos son una tontería. Lo realmente importante de estas fechas es compartir tu tiempo con la gente que te importa y eso ya lo vamos a hacer, ¿recuerdas? —Sus ojos me encuentran, hay pena en ellos y cada vez me siento peor—. Se supone que hoy es un día feliz, así que vamos a olvidarnos ya de los regalos y empecemos a preparar la cena —sonrío, pero la tensión que siento me impide estirar bien los labios.

Nerviosa, me agacho para recoger los restos de papel que han quedado esparcidos por el suelo. Cuando los tengo todos, giro en redondo y me dirijo a la cocina. No llego muy lejos. Una mano me sujeta del codo y me frena.

Me lleva unos segundos y mucha fuerza de voluntad encararme con él. Pensaba que iba a darme de bruces con ese aire atormentado, en su lugar solo veo una férrea determinación que no entiendo. Tiene la misma cara que Batman antes de ir a combatir el crimen.

Sus dedos se deslizan por mi antebrazo, siento los senderos fríos abrirse paso a través de la tela hasta mi piel. Entrelaza su mano con la mía y me mira a los ojos.

—Kaya —su voz está tan seria como su rostro—, tus regalos me han traído una dicha inmensa y me gustaría hacer lo mismo por ti; sin embargo, me es imposible corresponder tu gesto porque yo no puedo comprar nada. Tampoco tengo nada material que ofrecerte. Solo poseo una cosa lo suficientemente valiosa... —Sosteniendo mi mano y sin dejar de mirarme a los ojos, este loco hinca la rodilla en el suelo.

—Me cago en los caramelos de limón —suelto con voz estrangulada.

«¿Qué…? ¿Qué hace? ¡¿Qué está haciendo?! Que alguien venga aquí y me explique, *por favor*, qué puñetas está haciendo este majadero y por qué parece que está a punto de pedirme que me case con él», imploro, a punto de desmayarme.

Un cañonazo de adrenalina estalla en medio de mi pecho y la descarga se propaga por todo mi cuerpo. Mis manos se sacuden en un espasmo involuntario y una lluvia de papel de colores con renos y abetos navideños nos cae encima.

«¡¡¿Qué coño hace?!!». Sé que me estoy repitiendo, perdón, pero es que mi cerebro ha entrado en bucle porque soy incapaz de verle la lógica a todo esto. Y tiene que haber alguna. Tiene que haber una explicación *lógica* y *normal* para esto. Una que yo no veo, pero que aun así existe, como el hada de los dientes, los ángeles o el monstruo del Lago Ness.

Esto no puede ser lo que parece. Esto no puede ser lo que yo estoy pensando. No. Triple no. No a la enésima potencia. Esto no es una pedida de mano. Es imposible. Él es un demonio y los demonios no se casan, ¿verdad? ¡¿*Verdad*?!

Maldigo en veinte lenguas muertas al idiota que pensó que era mejor enseñar en el instituto cómo calcular la mierda del área bajo la curva en vez de instruirnos sobre cultura demoníaca. Porque ni una vez en toda mi miserable vida de adulta he calculado un área, ¡*ni una*! Sin embargo, sí que me vendría *muy* bien ahora mismo

saber si los demonios se casan, se arrejuntan como los pingüinos o simplemente se dividen por gemación como las anémonas.

De repente, mi cabeza se llena de imágenes de una capilla gótica llena de candelabros, un vestido de novia negro y lleno de salpicones rojos que *espero* sean mermelada de cereza, el Cuervo con su kimono, gente con cuernos y tridentes en los bancos tirándonos plumas ónices, Meredith en su salsa entre tanto mal…

«Estoy desvariando. Estoy perdiendo la cabeza». No es que estuviese demasiado cuerda para empezar, así que seguramente sea eso. Estoy imaginando cosas. O a lo mejor estoy dormida y todo esto no es más que un sueño.

La verdad, eso tiene más sentido. No sé cómo no me he dado cuenta antes de que esto no era real en el momento que lo he oído llamarme "preciosa".

Con la mano libre, me pellizco el muslo. «¡Joder!». Eso ha dolido. Pero el Cuervo sigue de rodillas delante de mí y mirándome con la ferocidad de un hombre dispuesto a ganar una guerra, salvar al mundo del impacto de un meteorito u hornear un soufflé (lo cual probablemente sea lo más difícil de esas tres cosas).

Decido tomar medidas drásticas para despertarme de este sueño que ha fabricado mi desquiciada cabeza. Si hacerme daño a mí misma no funciona, entonces… Acerco mi mano a su rostro, junto los dedos y le sacudo un capirotazo en medio de toda la frente.



—Kaya, tus regalos me han traído una dicha inmensa y me gustaría hacer lo mismo por ti; sin embargo, me es imposible corresponder tu gesto porque yo no puedo comprar nada. Tampoco tengo nada material que ofrecerte. Solo poseo una cosa lo suficientemente valiosa... —Echo la rodilla al suelo.

—Me cago en los caramelos de limón —murmura ella.

Su comentario me deja un tanto perplejo. Normalmente, cuando Kaya dice esas cosas es porque está muy enfadada, muy asustada o

muy sorprendida; y no veo por qué ahora debería sentirse así, no tiene motivos considerando lo que está pasando.

Mis ojos, que estaban perdidos en las profundidades de los suyos, enfocan todo su rostro. «Oh, vaya». Pues sí que parece aturdida. O angustiada. Eso, o le está dando una indigestión, cosa poco probable porque aún no hemos cenado. Además, por alguna razón, están cayendo fragmentos de papel del techo. No negaré que estoy confuso.

Me dispongo a preguntarle si está bien cuando ella se pellizca la pierna. Da un respingo y sus ojos se abren todavía más. A este paso se le van a caer de la cara, y no es una forma de hablar.

Su errática mirada se fija en mí y su comisura izquierda se eleva de un modo un tanto perturbador. Sigue estando preciosa, pero ahora parece una preciosidad con un problema mental.

La pequeña mano de Kaya se eleva hacia mi rostro y ese gesto me tranquiliza. Igual al principio no ha entendido lo que yo pretendía hacer y por eso ha reaccionado de un modo tan extraño. Y ahora ya lo ha comprendido y va a regalarme una caricia en agradecimiento.

Sonrío mientras sus dedos vuelan hacia mi frente. Un relámpago estalla en el punto exacto entre mis cejas.

—¡¿Me has pegado?! —le increpo, frotándome el punto lastimado para mitigar el dolor.

—Sí —admite ella, sin ningún pudor.

—¿Por qué? —Mi tono arrastra reproche y frustración a partes iguales. No entiendo qué he hecho ahora para ganarme este castigo. Con lo guapo que estoy con este kimono, porque de verdad que estoy *muy* guapo, y encima que pretendía hacerle un regalo.

—No te preocupes, el dolor no es real.

—Te aseguro que es *muy* real —asevero, sin dejar de frotarme el entrecejo.

—Esto solo es un sueño, así que no pasa nada. Nada de esto es real —se ríe de una forma un tanto histérica—. Mira.

Vuelve a juntar esos dedos delicados que han probado ser capaces de infligir un daño mayor que el de una lanza de acero y se atiza entre sus ojos.

—AY, ¡¡JODER!! —Se hace una bola en el suelo—. ¡Es real! ¡Esto es real! ¡¡El dolor es real!!

—¡Ya te lo he dicho! —Ahora mismo estoy más enfadado porque se ha hecho daño ella que por lo que me ha hecho a mí. Me arrastro sobre las rodillas y voy a su lado—. ¿Se puede saber qué bicho te ha picado?

—Perdón —gimotea de un modo muy lastimero mientras se frota la frente y se balancea sobre sus pies—. Con todo lo que estaba pasando, he pensado que estaba dormida.

—No entiendo qué quieres decir con eso —admito.

Coloco mi mano en su hombro para detener su movimiento e intento que me deje ver su frente. Tiene una parte extremadamente roja, pero no sé si ha sido del golpe o por la forma frenética en que se estaba frotando ese punto, es un milagro que no hayan saltado chispas. Aparte de eso, parece estar bien. Al menos físicamente, a nivel mental… Ya no sé qué pensar, la verdad.

—Es que primero me has cubierto de halagos y luego con todo el tema de la boda gótica —me cuenta de forma atropellada. «¿Boda? ¿Qué boda? ¿Y qué pinta una botica en todo esto?». Cada vez estoy más confundido—, pues he creído que esto era un sueño, claro.

—Claro —repito, porque no sé qué más decir. No he entendido *nada* de lo que ha dicho.

—Era la única conclusión lógica posible.

—Lógica, sí.

—Y para ver si me despertaba, me he golpeado.

—También me has golpeado a mí —le recuerdo.

—Perdón. Soy idiota. —Se tapa la cara con las manos—. Qué vergüenza, madre mía. Vas a pensar que estoy loca.

—No… Yo no… Bueno, sí —confieso, porque no me gusta mentirle. Con ocultarle una cosa, y una bastante grande, ya es suficiente. Aunque más que ocultársela, intento darle tiempo a que la recuerde por sí misma.

—Que alguien me mate —murmura.

—Eso no es posible porque yo nunca lo permitiría, ¿recuerdas?

—Pues si no vas a dejar que me mate nadie, entonces mátame tú.

—Diciendo esas cosas, me estás dando más motivos para creer que estás loca —le aviso.

—Habría sido mejor que me devorases entera antes, como a un entrante de langostinos.

—No me des ideas, ¿quieres? Que bastante me ha costado contenerme.

Sus dedos se abren en abanico y puedo ver sus ojos redondeados y muy abiertos. Su gesto de espanto me arranca una carcajada involuntaria.

—Tú ríete de mi desgracia, mi estupidez y mi salud mental, no te preocupes —me espeta con tono airado.

Supongo que la Kaya pendenciera es mejor que la Kaya enajenada. Aunque debo admitir que ambas tienen su punto de gracia.

—Lo siento, pero no he podido contenerme. Eres adorable —sonrío—. Cuando te enfadas, cuando te ríes, cuando te vuelves un poco loca, cuando te agobias, cuando duermes, cuando blasfemas, incluso cuando intentas matarme. —Sus ojos se abren todavía más. Parece una lechuza de las nieves—. Eres adorable y preciosa.

—Y tú eres un zalamero —refunfuña—. Pero gracias por no enfadarte conmigo y por decirme cosas bonitas, aunque no me las merezca.

—No veo por qué habría de enfadarme contigo. Y no comprendo por qué afirmas que no mereces que te diga cosas bonitas.

—Primero, porque soy consciente de cuál es mi aspecto físico.

Su tono parece implicar que hay algo malo con su aspecto, y eso me confunde *mucho*.

—¿Qué pasa con tu aspecto?

—Comparada con otras chicas, parezco un tallo de apio, un palito de zanahoria o cualquier otra cosa sosa que usarías para untar en el humus cuando estás a dieta.

Desconozco el significado de la mitad de las palabras que ha usado, pero he entendido lo suficiente.

—Kaya, no hay nada soso o malo en ti. Y no eres como un vegetal. Comparada con otras chicas, pareces una princesa bajada de la mismísima luna con cabellos tejidos con hilos de noche y

fuego, ojos más resplandecientes que las estrellas y unas mejillas que harían enmudecer de envidia a las rosas del Jardín Imperial.

—Joder, qué cursilada —farfulla, a la vez que su piel se pone del color de la grana—. Y qué intensidad. Eso ha sonado como algo sacado de un libro antiguo.

—Es que soy antiguo —le recuerdo con una sonrisa.

—Antiguo y cursi. Casi prefería lo de la fruta —murmura avergonzada.

—Puedo seguir recitando metáforas sobre tu hermosura hasta que demos con una que sea más de tu agrado…

—Por Dios, ¡no! Vamos a dejarlo ya, antes de que sufra una combustión espontánea.

Asiento, aunque solo estoy de acuerdo a medias. *Por ahora* voy a dejarlo estar, pero a partir de mañana me esforzaré más por hacerle los cumplidos que ella merece para que comprenda de una vez lo maravillosa que es por fuera y por dentro.

—¿Y por qué creías que me iba a enfadar contigo? —la interrogo, porque solo me ha respondido a la mitad de mis preguntas.

—Porque mi cerebro parece un vertedero en llamas y yo no dejo de comportarme como una zarigüeya desquiciada e impulsiva hasta las cejas de cafeína, azúcar, y puede que algo más fuerte e ilegal. —Se pellizca el puente de la nariz y se lo deja igual de rojo que el entrecejo. Me están dando ganas de esposarla para que se esté quieta de una vez—. Y esta tenía que ser una noche bonita, feliz, llena de paz y amor, y yo básicamente he usado la paz y el amor para limpiarme el… Mejor no digo nada asqueroso, no quiero que me dé una arcada. —Frunce el ceño con desagrado y yo tengo que aguantarme la risa.

—Kaya, a mí me gusta cómo eres. Las únicas cosas que cambiaría de ti son el daño que otros te han hecho injustamente y lo poquito que pareces quererte —afirmo. De repente, su gesto cambia; parece terriblemente perdida y vulnerable. Le acaricio el pelo y el rostro—. Me gusta que confíes en mí lo suficiente para mostrarte sin tapujos, que seas espontánea y un poco alocada, que tengas tu carácter y que a la vez seas dulce y cariñosa, que seas paciente, trabajadora, que cuides de los que te importan, me hace

gracia que seas tan malhablada —me río, y veo la emoción acumularse en sus ojos—, y cuando te aturullas me pareces de lo más adorable, igual que cuando me enseñas tu lado frágil. No eres una parihuela desquiciada…

Un gruñido me interrumpe.

—Perdón. —Ella carraspea para sofocar la risa.

No hace falta que se disculpe porque me alegra verla reír. Pero ese es el problema, que ella siempre cree que debe disculparse, que hace las cosas mal, que molesta… Ya he pasado el tiempo suficiente a su lado para darme cuenta.

—No hay nada malo en ti ni tienes que pedirme perdón por nada. No tengo razones para enfadarme, solo para ser feliz porque voy a celebrar mi primera Navidad contigo y me has hecho dos regalos preciosos —sonrío. «Y hablando de regalos…». Al final nos hemos desviado muchísimo del tema. Envuelvo sus manos con las mías, me siento sobre los talones y la miro a los ojos—. Regalos que encierran un sentimiento que quiero corresponder del modo que tú te mereces.

—¿Qué quieres decir?

—Kaya, las únicas cosas de valor que tengo son mi propia vida, que ya te dije que era tuya, mi honor y mi palabra. No tengo nada más y puede que ni siquiera eso te parezca gran cosa, pero es lo único que puedo ofrecerte. En nuestra primera Navidad, quiero regalarte un juramento si me dejas —le ruego. Su boca se descuelga —. Te juro que me quedaré a tu lado hasta lograr que recuperes tu alegría, hasta que sanes y hasta que tú te veas del mismo modo en el que te veo yo; hasta que te des cuenta de que eres una mujer admirable, valiente y hermosa. Lo único que quiero es que llegue un día en que puedas caminar con una sonrisa en los labios, paz en tu mente y orgullo en tu corazón. Y me dedicaré en cuerpo y alma a que eso sea así. ¿Me harías el inmenso honor de aceptar mi regalo?

El silencio se extiende entre nosotros y yo espero su respuesta. Tras muchos latidos de mi corazón, una gota de tinta recorre su mejilla. Detrás van muchas más.

—¿He dicho algo malo? —me preocupo.

—No…

—¿Y por qué lloras?

—Porque todo lo que has dicho es precioso y yo soy boba, ¿vale?

—Vale…

—¡No me digas eso! —berrea—. ¡Tienes que decirme que no soy boba, aunque sí lo sea!

La miro, perplejo. «Madre mía, ya se me había olvidado lo complicado que es hablar con las mujeres a veces». Suspiro.

—No eres boba.

—¡No me mientas! ¡Sí lo soy!

«Por todos los dioses…». Respiro hondo tres veces. La quiero con todo mi corazón y tiene mil virtudes, pero a veces también puede ser *un poquito* enervante. Solo un poquito.

—¿Puedes decirme, *por favor*, palabra por palabra, qué debo decir para que te sientas mejor y dejes de gritarme? —le ruego desesperado.

—¡Nada! ¡No puedes decir nada porque ya lo has dicho todo! —Se lanza hacia adelante, cogiéndome desprevenido, y aterriza en mi pecho. Sus brazos me rodean y la calidez de su rostro atraviesa la delicada tela del kimono, impregna mi piel y se filtra hasta mi corazón.

Al segundo, se me olvida por qué me estaban dando ganas de tirarla al cubo de la basura. Correspondo su gesto y sostengo con cuidado su espalda y su cabeza.

—¿Ves? Sí soy una zarigüeya desquiciada, irracional y bipolar —afirma a la vez que se sorbe la nariz de un modo escandaloso.

Me da la risa y niego en silencio. No tengo la mente más brillante del universo, pero hasta yo soy lo suficientemente listo para saber que no debo responder a eso.

Eso es una trampa mortal disfrazada de afirmación e independientemente de lo que yo conteste, ella me volverá a gritar o yo la acabaré tirando de verdad a algún sitio, por lo que simplemente digo:

—Feliz Navidad, Kaya.

—Feliz Navidad, Karasuhito.

CAPÍTULO 23 - PLACENTA DE UNICORNIO

Ya han pasado las fiestas y toca volver a la rutina, al trabajo y a tener que aguantar a la garrapata con careto de kiwi lleno de pelusilla. Y no es por criticar, pero parece que el año nuevo le ha traído a ese señor una capacidad mejorada de ser un coñazo.

Lleva toda la mañana persiguiéndome y mandándome más encargos sin darme tiempo a acabar los anteriores. A este paso, mi lista de tareas pendientes podrá usarse para cimentar un puente entre Seattle y Tokio.

Cuando lo veo doblar la esquina del pasillo de los atlas de anatomía, los cuales me ha obligado a reordenar tres veces hoy (primero por fecha de publicación, luego por orden alfabético de los autores y, por último, por colores… ¡Por colores! «¿Qué coño somos, la biblioteca de la facultad o Zara?»), tengo que reprimir las ganas de abrirle la cabeza con el canto de un tomo especialmente pesado.

—Kaya, te estaba buscando —me dice, apretando el paso en cuanto me ve—. Necesito que hagas algo *urgentemente*.

«Señor, dame paciencia porque como me des fuerza, lo descalabro aquí mismo».

—Aún no he acabado con esto —señalo, por si acaso los libros desperdigados en el carrito no le han dado una pista—. Y parece que hoy *todo* es urgente —sonrío con una mueca de hartazgo muy mal disimulado. Él decide ignorarme.

—Hay que bajar las cajas del almacén donde guardamos las réplicas de los esqueletos y hay que montarlos cuanto antes.

—Esas cajas están en la parte más alta de las estanterías y pesan como… Bueno, como los muertos que en teoría imitan. Yo sola no puedo bajarlas.

—Solo son unas cajitas de nada…

—Doce cajas.

—Doce cajitas de nada —dice con total desvergüenza—. Así que acaba esto rápido y ponte con eso.

—No voy a bajarlas yo sola —me reafirmo—. Me niego a hacerme daño en la espalda, bastante me duele ya.

Esto es cierto. Por culpa del estrés, mi espalda tiene más nudos que un roble centenario y el dolor de las contracturas a veces no me deja ni dormir.

—Ni que tuvieras sesenta años —me espeta—. Eres demasiado joven para tener tantos dolores.

«Gracias por la *adorable* observación… Y tú eres demasiado viejo para seguir vivo, y aquí estamos, ambos decepcionados». Evidentemente, no suelto esto en voz alta, aunque ganas no me faltan.

—Perdón porque mi imagen externa no se corresponda con la edad que parecen tener mis articulaciones —replico, mi tono podría rebanar cabezas.

Por desgracia la cabeza del señor Pelusilla permanece sobre sus hombros, mirándome con un desprecio infinito. Tras bufarme una vez, me repite de malas maneras que acabe rápido y me haga cargo de las cajas, se da la vuelta y se larga.

Le digo adiós a su espalda con mi dedo corazón y sacando la lengua porque ante todo soy una dama madura y elegante, claro que sí.

Al final me doy prisa con los atlas, pero no para ir a ocuparme de las puñeteras cajas, sino para ir a comer con las chicas. Tengo muchas ganas de ver a Isa y a Meredith. También intento acabar rápido porque por culpa del encontronazo con mi jefe mis nervios están algo agitados y vuelvo a tener la impresión de que me observan.

—¡Chicas! —chilla Jenna en cuanto ve a las recién llegadas, y echa a correr con los brazos extendidos y sus rizos moviéndose en caóticas oleadas.

Haciendo gala de una agilidad envidiable, Meredith se hace a un lado en el último segundo con un elegante giro. Al no encontrar nada que la frene, Jenna por poco aterriza en plancha sobre la mesa de unos chicos que se han quedado lívidos al verla venir.

Lo observo todo, riéndome en silencio mientras me como mi guiso de pescado. Lo cocinamos ayer el Cuervo y yo usando el nuevo libro de recetas que le regalé en Navidad.

A pesar del fiasco, Jenna se recompone y cambia de objetivo.

—Isa, ¡a mis brazos!

La aludida no se resiste y se deja abrazar con una gran sonrisa en el rostro. Su pobre oso acaba espachurrado entre las dos. En medio del abrazo, Jenna empieza a palparla por los lados e Isa se retuerce entre risas.

—¿Qué haces? Me estás haciendo cosquillas.

—Comprobando si estás más mullida que cuando te fuiste.

—¡Oye! —protesta Isa, zafándose del abrazo.

—Yo he engordado cuatro kilos —declara Jenna con total desvergüenza— y ha sido todo culpa de la familia de Kaya.

—A mi familia déjala en paz. —Le apunto con el cubierto—. Ellos no tienen la culpa de que te comieses el producto interior bruto de Noruega en bombones.

—Kaya también ha subido de peso —informa Jenna a *todo* el maldito comedor—. Cuando la he abrazado antes, la he notado más redondita.

—¡Busca un barranco y arrójate al fondo! —Le tiro mi servilleta echa una bola—. Y es por la ropa, no soy yo.

Isa se acerca y me da un abrazo normal. Un abrazo de buena amiga. No uno de loca demente que parece estar evaluando el peso del ganado que ha comprado. También me agradece que haya cuidado de Aceituna en su ausencia. Llevé ayer a la gata a su casa para que ella no tuviese que venir a mi piso a buscarla y no se encontrase con Karasuhito.

Meredith toma asiento y me observa fijamente.

—No sé si has subido de peso, pero te noto algo diferente en la cara.

Isa ocupa la silla libre de mi derecha.

—Es verdad —coincide—. Estás… ¿más guapa? No, no es eso. No sé… Pareces…

—Radiante —acaba Meredith por ella.

—¡Eso es! Radiante —asiente Isa con una gran sonrisa.

—¿Podemos dejar esta conversación? —les pido, avergonzada.

Jenna se acerca y pega tanto su cara a la mía que por poco nos besamos.

—Cierto. Tienes mejor aspecto. ¿Has cambiado de hidratante? ¿De tónico? ¿Usas un sérum nuevo? ¿Comes más kéfir últimamente?

«¿Qué dice esta loca?».

A Isa se le escapa un ruidito, una risa ahogada mezclada con una tos.

—No he cambiado nada y como lo mismo de siempre —farfullo, cada vez más abochornada.

La boca de Meredith se curva de una forma que da miedo y me agarro a la silla, sabiendo lo que se viene.

—Me da igual si el cambio se debe a un cosmético nuevo, a que te bañas en sales del Himalaya, al yoga o a que te untas la cara por las noches con placenta de unicornio —suelta. «De verdad… No hay ni una sola persona normal a mi alrededor», me lamento—. Sea lo que sea, sigue haciéndolo porque te está viniendo bien.

—Gracias, Meredith… Creo…

No sé qué más decir después de lo de la placenta de unicornio. Y porque realmente no he cambiado nada en mi vida.

La única novedad es el Cuervo y nuestro progresivo acercamiento. Pero no creo que relacionarme con un demonio medio pájaro y más viejo que la tos sea el motivo de que mi cutis *resplandezca*, como han dicho mis amigas.

Por toda respuesta, ella alza su botellín de agua en mi dirección y, tras dar un pequeño sorbo, cambia de tema, gracias al cielo. La conversación pasa a centrarse en nuestra salida de este fin de semana.

Con todo el terrible malentendido con Karasuhito, las fiestas y todo lo demás, ya se me había olvidado que habíamos acordado celebrar la Navidad las cuatro en enero.

Cuando accedí a salir, lo hice por ellas. Yo no tenía demasiadas ganas. De hecho, me produjo bastante ansiedad pensar en la posibilidad de cruzarme a Ethan por accidente y que la pesadilla del acoso se iniciase de nuevo.

Sin embargo, ahora me apetece. Estas Navidades me lo he pasado bien y quiero salir con mis amigas. Tengo ganas de pasar un buen rato con ellas, charlar, bromear… Ya no me siento tan nerviosa o temerosa. A lo mejor sí que está cambiando algo en mí después de todo.



Escucho las llaves y corro a la puerta. En cuanto la tengo a la vista, me lanzo encima de Kaya y la abrazo fuerte.

—Suelta, leches. Que me espachurras —protesta ella, y suelta una risita. Evidentemente, ignoro sus quejas y la estrecho aún más.

—Te he echado de menos. ¿Cómo estás? ¿Has tenido un buen día? ¿Te ha ido bien en el trabajo? ¿Te ha gustado la comida?

—Madre de Dios… —Se frota el entrecejo—. Es demasiado temprano para tanta intensidad.

—Son las cinco de la tarde —me río.

—Cierto. Entonces, yo estoy demasiado cansada para tanta intensidad. —La suelto para que pueda quitarse el abrigo y los zapatos. Al mirarla bien me doy cuenta de que sus hombros están levemente hundidos y tiene los ojos más cerrados de lo habitual. Sí parece exhausta—. Mi jefe estaba muy pesado hoy.

—Mi oferta de quitártelo de encima sigue en pie —le recuerdo—. Solo tienes que decirlo y ya no tendrás jefe.

—Por muy tentador que suene eso, ya te dije que no puedes ir por ahí matando gente.

—No tengo que matarlo necesariamente. Puedo torturarlo, darle una paliza, tirarlo a una zanja… —Me encojo de hombros—. Las posibilidades son infinitas.

Me observa en silencio unos segundos.

—Que sepas que este comportamiento bipolar tuyo me tiene muy confundida. Tan pronto pareces un golden retriever cubierto de purpurina como el hijo de Jack el Destripador.

—No sé quiénes son esas personas —admito, y ella se ríe.

—No, claro que no. Si no te importa, voy a darme una ducha caliente porque Dios sabe que mi espalda lo necesita.

—¡Claro! Tú relájate y ponte cómoda, yo me ocupo de la cena.

Kaya se encamina hacia el pasillo y se gira en el último segundo. A pesar de su gesto cansado, una sonrisa dulce decora su boca.

—Gracias por ayudarme tanto con las cosas de la casa y con… bueno, con todo. —Agacha el rostro y se coloca un mechón de pelo tras la oreja.

Una sensación cálida me acaricia y mis labios responden alzándose por voluntad propia. Parece que por fin estoy haciendo las cosas bien con ella y ya no soy una carga.

—Para eso estoy aquí —le recuerdo. Estoy aquí para cuidarla, ayudarla y quererla en silencio hasta que ella me recuerde.

—Lo sé —murmura hacia su pecho—. Y siento no haberlo creído al principio. Pero ahora me alegro de que estés aquí.

Se da la vuelta y echa a correr hacia la habitación. A los pocos segundos atraviesa el salón a toda velocidad con la ropa de estar en casa en las manos y se mete en el baño. Pocas veces le he visto la cara tan roja.

Yo también podría echar a correr, o a volar, o a gritar, o a cantar… La dicha es demasiado inmensa para contenerla dentro de mí. Sin embargo, quiero conservar un poquito de dignidad, así que me limito a dar palmadas en silencio mientras salto de un pie a otro; lo cual tampoco es demasiado digno, pero como al menos no estoy haciendo ruido, nadie más sabrá nunca de este patético momento.

Cuando me quedo a gusto, me dirijo a la cocina para preparar la cena más deliciosa que nadie haya probado jamás. Pienso volcar toda esta felicidad en lo que cocine hoy.

Sobrepaso la isla de la cocina y un grito me hiela la sangre. «¡Kaya!».

CAPÍTULO 24 - PECHOS NO, PECTORALES

Me lanzo como un relámpago hacia la puerta del baño y no me queda más remedio que embestirla para poder entrar porque ella ha echado el cerrojo.

Irrumpo en el pequeño espacio como una res embravecida, con las garras preparadas y los colmillos a la vista, dispuesto a despedazar a cualquiera que haya osado hacerle daño a la razón de mi existencia; la cual está subida encima del inodoro, chillando enloquecida, y solo lleva dos pequeñas prendas del color de la lavanda que dejan a la vista *mucha* piel. Muchísima. Demasiada. Prácticamente *toda* la piel de su cuerpo.

«Ay, dioses». Un sonido bronco reverbera por mi pecho, mis pies se enredan entre ellos, arranco de cuajo el toallero de la pared y me voy de bruces al suelo.



Unas terribles punzadas en los músculos de la espalda me cortan la respiración mientras me desvisto. Al final esa sabandija se ha salido con la suya y me ha obligado a cargar con varias cajas.

Me pega un tirón espantoso al intentar desabrocharme el sujetador, así que decido darme un pequeño respiro antes de seguir desnudándome.

Dejo la ropa sucia en el cesto de la colada y me inclino sobre la bañera para abrir el grifo y que el agua se vaya calentando… Mi corazón se para, se convierte en piedra y estalla en mil fragmentos

que salen despedidos por todo mi cuerpo como metralla, arrasando a su paso absolutamente todo, mi sentido común incluido.

Me pongo a berrear presa del pánico y me encaramo al váter. Ya ni siento el dolor de la espalda. Y me da exactamente igual si estoy subida sobre una superficie infestada de gérmenes y corro el riesgo de contagiarme de salmonella, de difteria o de filariasis (ni siquiera sé qué es eso). Tampoco me importa un carajo que la puerta del baño acabe de abrirse de golpe, casi saliéndose de las bisagras.

Y casi logro ignorar el hecho de que el Cuervo acaba de irrumpir en el cuarto mientras yo estoy prácticamente en pelotas. *Casi*. Por eso, aunque sigo chillando como una desquiciada, siento cómo mi sangre se convierte en té hirviendo y después en lava fundida cuando sus ojos recorren todo mi cuerpo.

Un rugido animal hace eco por las baldosas, el emplumado se tropieza, intenta asirse al toallero para no caerse, se queda con él en la mano y se va a besar el suelo.

«Para afirmar ser un demonio guerrero, este hombre es bastante torpe», pienso, sin dejar de gritar ni un solo segundo. Aunque mi afirmación sobre su torpeza se ve refutada cuando él se pone en pie al segundo con un movimiento digno de Kung Fu Panda.

Me vuelve a mirar de arriba abajo y creo que mi propio calor corporal se está reflejando en su rostro porque tiene un color de piel rosado bastante más saludable y bastante menos paranormal. Se escucha otro gruñido, acompañado de un sonido angustiado.

—No puedo luchar así —afirma él, no sé si habla conmigo, consigo mismo o con algún ente que yo no veo. Tampoco importa.

Lo único que importa es que agarra el bajo de su camiseta, la desliza con gracilidad por encima de su cuerpo y en menos de un segundo me la pasa a mí por la cabeza, cubriéndome hasta los muslos.

«Santa Tableta de Chocolate». La visión de su torso por poco me corta la voz, la respiración y la cabeza, ya que estamos. «¿De dónde han salido tantos músculos? ¿El cuerpo humano tiene esa cantidad de músculos?».

Trabajando donde trabajo y después de pasarme la mañana entre atlas de anatomía, debería saberlo, pero no tengo ni idea

porque no he visto jamás en mi vida un cuerpo así, tan perfecto y definido.

Él se da la vuelta y la cosa empeora porque su espalda también está llena de duras líneas que tensan su piel creando valles y colinas tan fuertes que podrían soportar el peso del mundo sobre ellos.

Estoy a punto de tener un infarto. Lo sé. Lo presiento. Me voy a morir subida en una jodida tapa de retrete, medio desnuda y por culpa de la depravación. La mía va a ser la muerte más ridícula de la historia.

Karasuhito se coloca delante de mí, escudándome con su cuerpo y recorre el cuarto de baño con la mirada varias veces.

—Kaya, ¿qué ocurre? —me pregunta con voz tensa. «Que me voy a morir por culpa de tus indecentes músculos, eso ocurre». Gracias al cielo, tengo el decoro de callarme eso. Más bien es que sigo desgañitándome como un pollo esquizofrénico, pero vamos a quedarnos con lo del decoro que suena mejor—. ¿Dónde está el peligro?

«¡¿Cómo que dónde está?! ¡¡Ahí!! ¡Ahí mismo!». Me sorprende que no esté viendo a ese ser infernal del tamaño de un tanque de guerra. Pero el Cuervo sigue buscando, incapaz de reparar en la terrible presencia que amenaza con matarnos a los dos.

—Bañera. Araña —consigo balbucear en medio de los chillidos.

Su cuello se gira hacia mí a una velocidad anormalmente lenta y cuando sus ojos me alcanzan veo incredulidad espolvoreada con una pizca de reproche en ellos.

—¿Todo este follón por una simple araña?

La vergüenza me engulle. Y en vez de reconocer que igual estoy reaccionando de forma *un poco* desproporcionada, decido que es mejor seguir aferrándome a mi papel de loca irracional y ponerme a discutir.

—¡Me dan pánico, ¿vale?! —estallo—. Y esa es enorme. Inmensa. ¡Titánica! Y seguro que es venenosa. O peor aún, que tiene gérmenes de araña. —Un pensamiento me asalta de golpe y tengo ganas de vomitar y de llorar, todo a la vez—. Ay, Dios… ¿Y si ha puesto huevos? ¿Y si ha puesto huevos en mi oído mientras dormía? ¡No sabemos cuánto tiempo lleva esa cosa en esta casa! —chillo—.

¡¡No te rías!! —le increpo, al borde de las lágrimas, cuando se le escapa algo *muy* parecido a una carcajada.

¿Estoy a punto de sucumbir a la ansiedad? Sí. ¿A pesar de eso me estoy cabreando y tengo ganas de atizar al Cuervo? También. Por eso, saco las manos por las mangas de su camiseta para tener plena movilidad y acceso a mis brazos.

Además, al estar encaramada al inodoro ahora soy más alta que él, puedo molerlo a palos y quedarme bien a gusto (todos sabemos que no tengo la capacidad física de hacerlo, pero dejadme vivir en mi mundo de fantasía multicolor).

En el último momento, algo de sentido común regresa a mí y decido no machacarlo porque aún necesito a este memo para que se libre de la araña. Si lo mato ya, no quedará nadie para luchar contra ese ser de ocho patas. Porque Dios sabe que no me importa enfrentarme a un demonio, pero no pienso acercarme a esa inmundicia patilarga.

—Kaya, no me río —se justifica él. Sus palabras serían más creíbles si no estuviese haciendo justo eso que está negando hacer.

Le pongo los ojos en blanco y él vuelve a hacer lo que según él no está haciendo.

—¿*En serio*? —le reprocho molesta.

—Perdón, no me río más... —Vuelve a reírse. Decido que a lo mejor *sí* puedo matarlo ya y luego prenderle fuego al apartamento para solucionar lo de la araña. Es un plan sin fisuras—. Es que he pensado que te estaban asesinando, casi me muero del susto, por poco rompo la puerta, he destrozado el toallero, te he visto… —Carraspea y desvía la mirada un segundo. Ahora creo que es mejor idea matarme yo y que el Cuervo y la araña disfruten de una convivencia larga y feliz—. Bueno, dejémoslo en que te he visto; ¿y todo por un pequeño arácnido?

—¡Pequeño y una mierda! Esa cosa es más grande que un melón… ¡Que no te rías! —Intento darle una colleja, pero él la esquiva sin problemas.

—¿Y dónde dices que está ese melón? —pregunta, frunciendo la boca para aguantar las risas—. Porque yo no veo nada.

—Está justo ahí, en la bañera —señalo, sin embargo, cuando miro, ya no veo a esa repugnante bola negra con patas.

«¿Dónde leches se ha metido?». Si no fuese imposible, juraría que se ha escondido para hacerme quedar como una demente delante del Cuervo (y no es que yo necesite mucha ayuda de por sí para lograr eso).

Un leve movimiento en la periferia de mi visión, a escasos centímetros de mí, capta mi atención. Me giro y vuelvo a convertirme en un ave moribunda.

Empiezo a dar alaridos sin ton ni son y literalmente me arrojo contra el muro de músculos que tengo delante. Trepo a la espalda del Cuervo y me quedo enganchada a él, sujetándome con brazos y piernas.

—¡Se ha movido! —berreo—. ¡Se ha movido! ¡Está aquí al lado! ¡¡Viene a matarme!!

Las plumas de Karasuhito me rozan la cara y me hacen cosquillas, aun así, no dejo de gritar ni de aferrarme a él con todas mis fuerzas.

La araña sigue correteando por el borde de porcelana blanca y yo pierdo totalmente la compostura (si es que alguna vez la tuve, para empezar).

En mi desesperado intento por alejarme, sigo escalando por el cuerpo del Cuervo. No sé a dónde pretendo llegar, si es que quiero escapar por la ventilación del techo o qué, solo sé que tengo que alejarme de esa cosa horripilante.

—Aya, omfavó.

Deduzco que él quería decir "Kaya, por favor", pero le ha sido imposible con cuatro de mis dedos metidos en su boca. También le estoy haciendo una llave en el cuello que ya habría dejado seco a cualquier otro y sé que uno de mis talones se está hundiendo en su muslo y el otro en su cadera, muy cerca de un lugar *muy* sensible para los especímenes del género masculino.

Lo siento mucho por él, de verdad que sí, pero ahora mismo mis problemas son mayores que los suyos. Mucho mayores, dónde va a parar.

—¡Mírala! ¡Es gigante! ¡Es una tarántula! —grito, ignorando el hecho de que no tiene pelos—. ¡¡Es una anaconda!! —Ya no sé ni lo que digo, he cruzado esa fina línea en la que ya me importa una leche frita si esa cosa es una araña, una serpiente o un kraken.

Dos sombras sobrevuelan los laterales de mi cara y bajan por mis flancos. Unas manos grandes y frías se cierran alrededor de mi cintura. Al segundo siguiente, todo gira, el mundo se invierte y solo veo un borrón blanco y luminoso que pronto queda cubierto por toda mi melena.

Las manos que me sujetaban se mueven rápidamente por mi cuerpo, cambian de apoyo, me rodean por la espalda y las piernas, y yo aterrizo limpiamente sobre los brazos de Karasuhito sin entender cómo he llegado aquí. La impresión me deja muda.

No es la primera vez que me coge así, como si esto fuese nuestra noche de bodas, pero sí es la primera vez que lo hace cuando él no lleva camiseta y yo no llevo pantalones, y soy terriblemente consciente de cada centímetro de mi piel que está en contacto con cada centímetro de la suya.

Alzo la mirada, aún atónita, y él me está sonriendo. A pesar de mi comportamiento y de los arañazos rojos que marcan su blanca piel, él me está sonriendo y el nudo de mi estómago se afloja un poco.

—Así mejor —asiente. Me deposita al otro lado del retrete y me da unas palmaditas en la cabeza—. Quédate ahí un segundo mientras me ocupo del pobre animal.

Me abstengo de decir que lo único que merece el calificativo de "pobre" en este baño soy yo porque bastante he hecho ya el ridículo por hoy (por esta semana, mes y lustro también).

Él se acerca a la bañera, localiza a la plaga de ocho patas y extiende la mano en su dirección.

«¿No irá a espachurrarla contra la cerámica blanca?», me agobio, pero me obligo a respirar. «No pasa nada. El cadáver puede limpiarse y puedo desinfectar la bañera con napalm si hace falta. Lo importante es que esa cosa desaparezca de este plano existencial».

Karasuhito no aplasta a ese bicho, hace algo mucho peor, lo atrapa en su mano. Juro que si no me acabo de desmayar ha sido

un milagro. De hecho, tengo que meterme el puño dentro de la boca para sofocar una nueva oleada de gritos.

Se gira en redondo y se dirige hacia la puerta con una sonrisa. Yo estoy intentando meterme dentro de las baldosas de la pared para alejarme todo lo posible de su mano donde va encerrada esa criatura salida de los abismos del infierno.

En medio de mis jadeos de pánico, escucho la puerta del balcón abrirse y volver a cerrarse. Mi garganta se relaja un poco. En menos de dos latidos, él se materializa en el umbral.

—¿Ya estás más tranquila? —me pregunta.

—La mano —respondo. Él ladea la cabeza, sin entender qué quiero decir—. Lávate la mano. *Ahora*.

—Vale, ya veo que no —se ríe, negando en silencio al mismo tiempo.

Al ver el bendito jabón llevarse todo resto que pudiese quedar en su piel de ese infame monstruo, mis pulsaciones empiezan a recuperar un ritmo normal y me desincrusto de la pared.

Karasuhito me mira de reojo y su sonrisa se vuelve más ancha. Eso me tranquiliza casi tanto como la visión de la espuma y el rítmico movimiento de sus manos mientras se lava.

Sin querer, mi mirada se desliza de sus manos a sus muñecas y de ahí sigue subiendo por sus brazos desnudos, los cuales ya he visto muchas veces, hasta dar con sus hombros, los cuales no había visto hasta hoy. Igual que su pecho, su costado, sus abdominales…

Mi corazón se lanza en otra frenética galopada y mi temperatura se eleva tan súbitamente que me mareo. Tengo que salir de aquí antes de que la visión de ese cuerpo de escándalo me mate de verdad, pero estoy atrapada en el angosto espacio entre el retrete y el lavamanos.

Para poder alcanzar la puerta, tendría que pegarme a él. Pegarme *mucho*. Básicamente tendría que restregarme por su costado y su espalda. Y no creo que eso sea recomendable dadas las circunstancias.

«Necesito que se tape», pienso desesperada. Tan desesperada que por poco hago la sublime estupidez de quitarme su camiseta para devolvérsela.

Mientras yo colapso lentamente, él acaba de lavarse las manos. La toalla está en el suelo junto con el soporte metálico, así que solo puede frotarse las palmas contra el pantalón para secarse. El movimiento hace que todos sus músculos se tensen y se marquen todavía más.

«So-co-rro». No puedo dejar de mirar esa piel de seda blanca salpicada con algunas cicatrices de un tono más rosado aquí y allá. No puedo apartar la vista de todas esas líneas duras y firmes de su pecho y su abdomen. Y lo que es peor, por la forma torcida y pícara en la que él está sonriendo, es consciente de que me lo estoy comiendo con los ojos. «Por Dios, que se tape».

Concentro todas mis malditas fuerzas en los músculos de mis ojos para obligarlos a dirigirse a otro lado, pero los condenados se niegan a moverse. De hecho, estoy más cerca de hacerme pis encima por el esfuerzo que de cualquier otra cosa. «Que se ponga algo».

Su sonrisa se ensancha y sus ojos descienden, siguiendo la dirección de los míos. Sí. El Cuervo es plenamente consciente de que su cuerpo es perfecto y de que atrae mi mirada con toda la jodida fuerza gravitacional del universo entero. «Que se cubra».

Mis pobrecitos ojos no tienen nada que hacer. Las leyes de la física son como la diarrea, uno no escapa de ellas, solo intenta sobrevivir. Y yo no sé si lo voy a lograr. «Por favor…».

Estoy considerando seriamente la opción de abrir la tapa del inodoro y tirarme dentro para ponerle fin de una vez por todas a esta situación.

Antes de que la última hebra de autocontrol se quiebre, cojo lo único que tengo a mano, el rollo de papel higiénico, y a toda prisa corto una tira de la largura de mi brazo y la extiendo sobre el torso del Cuervo.

—¿Qué haces? —inquiere perplejo.

—Taparte —farfullo, al borde de la histeria—. No es decoroso ir por ahí con los pechos al aire.

Sus ojos se abren y sus plumas se erizan.

—¡Yo no tengo pechos!

—Claro que sí, y te los estoy tapando. *De nada*.

—Soy un hombre, yo no tengo pechos. Tengo pectorales. —Parece imposible que su voz no se haya partido bajo el peso de tanta ofensa.

Si ahora mismo yo estuviese pensando con claridad, me daría cuenta del problema y rectificaría mis palabras para no molestarlo más. Como mi cabeza es un pozo infesto con la consistencia del alquitrán, voy y suelto:

—Todos los mamíferos tienen pechos. Es un hecho biológico.

Su sombra me engulle cuando él da un paso al frente. La sensación de peligro vibra en mi piel y eso me empuja a dejar de mirar su cuerpo y a elevar la vista a sus ojos, los cuales se han convertido en dos hogueras índigo.

Igual que me ha pasado otras veces con él, percibo claramente el aura amenazante que lo envuelve, pero yo no tengo miedo. De hecho, lo que siento ahora mismo tras ver su perfecto torso y tenerlo tan cerca está en el plano astral totalmente opuesto al miedo.

—Soy medio demonio, medio pájaro —susurra, y se me ponen los pelos de la nuca de punta cuando su aliento me roza los labios—. Y soy un hombre —dice muy despacio y con tono profundo. Se acerca otro centímetro a mi rostro y mis rodillas pasan de consistencia sólida a gelatinosa—. Pectorales, Kaya. Tengo pectorales. Pechos no, *pectorales*.

—Cla… Claro. Pectorales. Pectorales muy masculinos. Sí… Mucho… Qué sabrá la biología, ¿verdad? Nada —me río de forma nerviosa, y le doy una palmadita en el brazo. Los incendios de sus ojos se aplacan un poco—. Tú eres el experto aquí en demonios, por lo que a mí respecta, puedes decir que tienes dos calabazas en el pecho y te daré la razón.

Se acerca más a mí y tengo que apretar fuerte los labios para contener un gritito de adolescente histérica que no habría sido *nada* apropiado.

Está tan cerca que, si ahora sacase la lengua, tocaría su boca. Pero no lo haré porque no quiero tocar su boca ni ninguna otra cosa suya. Lo juro. No. No quiero.

Creo que no hace falta que aclare que esto último es mentira, ¿no? Aun así, aguanto firme porque da igual lo que yo quiera, eso no borra el hecho de que cualquier relación entre nosotros más allá de la amistosa es imposible por múltiples y diversas razones, empezando por que él es un ser sobrenatural.

Los segundos se convierten en una eternidad mientras nos miramos a los ojos a una distancia tan escasa y, al mismo tiempo, tan insalvable. El momento estalla de golpe cuando él se ríe.

—Cuando te pones nerviosa, dices unas cosas muy graciosas. Calabazas. —Suelta una carcajada, pero el muy… sigue ahí, bien pegado a mi cara.

—Ya te dije una vez que tengo la cabeza llena de confeti de colores —contesto sin pensar demasiado, toda mi atención está puesta en su boca y en lo que él decida hacer con ella.

El silencio se despliega otra vez entre nosotros y Karasuhito permanece inclinado sobre mi rostro con una sonrisa en los labios y una emoción extraña y poderosa danzando en sus ojos. No soy capaz de ponerle nombre, es demasiado inmensa para encerrarla en una sola palabra.

Ninguno nos movemos. Casi ni respiramos. Y cuando la tensión se vuelve tan insoportable que amenaza con aplastarme el pecho y cortarme la respiración, él cierra los ojos y se deja caer hacia adelante.

De golpe me sube la tensión, el azúcar, la bilirrubina y la trombocitopenia (ni siquiera sé qué coño es eso. Que alguien lo busque y me lo diga, por favor). Mis rodillas se convierten en dos maracas. Estoy a punto de desplomarme.

Menos mal que he conseguido mantenerme en pie o habría hecho el ridículo…, otra vez. Él se limita a apoyar su frente en la mía, enreda su mano en mi melena y suspira de una forma que resulta dolorosa de escuchar. Hay tristeza en ese sonido y no logro entender la causa.

Tras veinte estruendosos latidos de mi corazón, él se incorpora, me da un breve beso en la frente y me suelta.

—Será mejor que te duches para que puedas relajarte y descansar de una vez. Yo me ocupo de la cena, ¿vale?

Sale del baño sonriendo y se toma un segundo para encajar bien la puerta en su sitio, pero ya no sé qué pensar de esa sonrisa ni de lo que él esconde realmente dentro de su pecho tras escuchar la melancolía que arrastraba ese suspiro.

CAPÍTULO 25 - INCONDICIONAL, ABSOLUTO Y ETERNO

La última media hora ha hecho estragos con mi mente y estoy demasiado conmocionado como para cocinar algo complejo, sé que acabaría haciendo algo mal, por eso preparo una cena sencilla, pero que espero que esté buena.

Primero, por poco me muero del susto cuando Kaya ha gritado de esa manera. Después, casi perezco cuando me la he encontrado prácticamente desnuda. Y hace unos segundos mi corazón ha estado a punto de implosionar por el esfuerzo de reprimir las ganas de besarla.

Suspiro y me paso la mano por las plumas en un intento de serenarme. No solo estoy conmocionado, también un poco frustrado y triste. Ha habido un momento en el que ella me ha mirado *casi* igual a como lo hacía en el pasado y he creído que finalmente me iba a recordar.

En sus ojos ardía el deseo. Sin embargo, faltaba lo más importante. Faltaba el amor. Y tal vez por eso, cuando me he aproximado tanto, Kaya se ha quedado paralizada mientras el olor de su nerviosismo lo iba contaminando todo.

No me ha quedado más remedio que apartarme y dejarla tranquila. Bastante mal lo ha pasado con lo de la arañita como para presionarla más. Su bienestar siempre será más importante que mis anhelos y mis sentimientos. Aunque eso no significa que no duela.

Tenerla tan cerca y, a la vez, saberla tan lejos. La incertidumbre de si llegará a recordarme algún día. Luchar por contener todos estos sentimientos para no abrumarla (cosa en lo que fracaso

miserablemente muchas veces, soy consciente de ello). Ver atisbos de nuestro pasado juntos en su comportamiento, en sus palabras y en sus ojos. Todo eso duele horrores.

Podría contarle la verdad, claro. Sincerarme de una vez para que eso traiga de vuelta sus memorias olvidadas. Pero entonces me estaría comportando de un modo egoísta, anteponiendo mis deseos personales a sus necesidades.

Tengo la teoría de que el corazón de Kaya no ha sanado lo suficiente y no está preparado para albergar esa clase de sentimientos, y esa es la razón de que ella no me recuerde ni recuerde nuestro amor. No está lista para hacerlo. Y yo no debo presionarla.



Al salir del baño me recibe un olor maravilloso. No es solo la comida en sí, huele igual que cuando mi abuela cocinaba, huele a cariño, huele a hogar.

Karasuhito ya se ha puesto otra camiseta, así que, sabiéndome a salvo, avanzo hasta la cocina y veo un montón de platos: hay onigiris, salmón salteado con verduras y soja, hay tortilla enrollada, tempura…

—Sí que te has esforzado —comento con una sonrisa.

—No son platos lujosos, pero…

—Pero seguro que están deliciosos —acabo por él, porque con este aroma, estoy totalmente segura de eso.

El Cuervo se gira y su rostro resplandece con orgullo.

—Eso espero. Quiero que cenes bien después del día que has tenido y de lo que ha pasado en el baño.

Su sonrisa me acaricia y algo se caldea dentro de mi pecho. Esta es una de las cosas que más valoro de él, y no hablo de sus atenciones.

Nunca menosprecia mis reacciones por muy desproporcionadas que sean. Evidentemente, a veces se sorprende o bromea, sin

embargo, lo hace siempre con respeto y nunca pierde la paciencia ni se enfada conmigo.

Se mosquea por otras cosas, como lo de los pechos. «De verdad, ¿cómo le he podido decir eso mientras le tapaba los pezones con papel higiénico?», me lamento. Aunque ni siquiera en esos momentos se comporta como un imbécil y al segundo está como si nada hubiese pasado. No es rencoroso, y eso es algo que también aprecio muchísimo.

Me paso el resto de la cena con la cabeza en las nubes, divagando sobre todas las demás cosas que me gustan de este chico, o cuervo, o demonio o lo que sea. Estoy tan despistada que él me acaba preguntando:

—¿Sigues preocupada por lo de la araña y los huevos en los oídos? —Mi estómago se encoge, ya se me había olvidado esa cerdada—. Si te quedas más tranquila, puedo mirar a ver si tienes algo.

«Ves… Siempre tan comprensivo, joder». Por alguna razón (seguramente porque soy una trastornada), eso me emociona y me enfada. No puedo evitar imaginarme cosas y sentirme confusa si se comporta así.

Como no puedo decirle que llevo toda la cena fantaseando con sus músculos y sus mil puñeteras virtudes, me veo en la obligación de mentir como una condenada.

—Sí, es por lo de la araña, pero no te preocupes. Solo necesito que mi cabeza se relaje un poco y estaré bien.

—¿Quieres que veamos una película? —propone—. Igual así te distraes.

—No hace falta que te molestes.

—No es molestia, a mí también me apetece ver una. Te lo prometo —sonríe.

—En ese caso, me parece bien —vuelvo a mentir. Tengo la cabeza demasiado saturada de ideas caóticas y nada apropiadas como para concentrarme en una película.

Recogemos la mesa y él me ayuda a fregar los platos a pesar de que se ha ocupado de hacer la cena.

Cuando está todo en orden, nos acomodamos en el sofá. Igual que siempre, él se pega como una lapa, un poco más y se me sienta encima. Y si de normal eso me pone un poco nerviosa, después de haber visto lo que esconde bajo su ropa, acabo otra vez al borde de infartar.

Él coge el mando, enciende la televisión e imagino que estará buscando algo que ver. No lo sé seguro porque tengo la vista clavada en el reloj de la pared.

—¿Qué te parece esta? —me interroga—. Sale una chica muy sonriente en la portada, igual es divertida.

—Sí, seguro que sí —asiento, sin saber qué me está enseñando.

La película no es divertida. No es *nada* divertida. Tiene más sangre y tripas que la carnicería coreana de nuestro barrio y a la media hora yo estoy medio muerta, cubierta en sudor y a punto de vomitar hasta el pavo de Acción de Gracias de hace veinticinco años. «Madre mía, qué tardecita llevo».

Por supuesto, él nota lo que me pasa incluso antes de tener la primera náusea. Apaga la televisión y centra toda su atención en mí.

—¿Por qué me has dicho que esa película te parecía bien si te ibas a poner así? —me recrimina mientras me lleva en brazos al balcón para que el gélido aire nocturno me reviva.

—¡Y yo qué sé! ¡Ya te he dicho varias veces que soy idiota y que ignores la mayor parte de las cosas que digo! —me defiendo, de un modo bastante lamentable.

Tras dejarme en el suelo, él se va corriendo a por una silla para que yo pueda sentarme y a por la manta del sofá para cubrirme.

Una vez que se ha ocupado de mí, se pone en cuclillas me sostiene una mano y con la otra me aparta los mechones que se me han quedado pegados al sudor de la frente.

—Perdón —musito, avergonzada y mareada a partes iguales. Bajo la cabeza y la escondo entre las rodillas.

—¿Por qué me pides perdón? —Su tono suena confundido.

—Hemos tenido que dejar de ver la película por mi culpa. Seguro que te has enfadado conmigo.

Él parecía entusiasmado con la idea de ver otra película y yo voy y lo fastidio todo porque soy una floja. En vez de estar haciendo algo

que le apetecía, está aquí en el balcón atendiéndome. Y todo esto después de la que he liado en el baño con la araña. *Evidentemente,* tengo que disculparme.

Una mano helada se posa en mi nuca y su pulgar recorre suavemente la línea de mis cervicales. Considerando mi estado actual, agradezco la sensación de frío y lo reconfortante del gesto.

—No me he enfadado contigo, Kaya. Tienes que dejar de pensar eso, por favor. Solo estoy preocupado. No me gusta verte así y no sé por qué has accedido a hacer algo sabiendo que lo ibas a pasar mal. Nunca debes hacer eso, por mucho que la otra persona quiera o te insista.

Sus palabras se convierten en una mano invisible que se cierra alrededor de mi garganta y, por un segundo, me cuesta horrores tragar. Y mi corazón se queda encogido y arrugado, como la lana después de lavarla con agua demasiado caliente.

«Ojalá alguien me hubiese dicho esto mismo hace años».

—No sabía que lo iba a pasar mal porque no he mirado qué película habías elegido —confieso.

Unas carcajadas graves inundan el aire.

—Al final va a ser verdad que tienes el cerebro lleno de libélulas.

—¡Oye!

Me incorporo como un resorte. Mareada o no, estoy lista para replicar (de un modo muy amable y educado, por supuesto).

Me doy de bruces con su sonrisa. La opresión de mi garganta regresa con fuerzas renovadas, interrumpiendo el flujo de aire y de palabras.

Su mano navega entre mi melena hasta desembarcar en mi mandíbula. Me acuna el rostro y yo me dejo abrazar por la ternura de sus ojos. Hasta hace unos meses, me habría parecido imposible que alguien al margen de mi familia o las chicas pudiese mirarme de una forma tan cálida.



Su cabeza se alza y veo chispas de furia en sus ojos. Me encanta cuando saca ese carácter fiero y mis labios se curvan. Sin embargo, en vez de discutir conmigo, Kaya se queda muda y el fuego de sus ojos se apaga bajo una fina cortina acuosa. A lo mejor está así porque se encuentra mal.

—Lamento mucho que la película que yo he elegido te esté haciendo pasar este mal rato. —Me siento muy culpable. Ella ya había sufrido mucho hoy.

—No ha sido culpa tuya. Tú no sabías de qué iba.

—Tenía que haberla parado antes —insisto—. Porque sé que la idea de ver los interiores de otros no te agrada.

—Creo que es algo que no le agrada a la inmensa mayoría de la gente.

—A mí no me incomoda. —Me encojo de hombros—. Aunque seguramente se deba a mi condición de tengu y a mi labor de guardián —matizo, porque no quiero que piense que soy un loco que mata por placer.

Ella abre los labios, pero los cierra enseguida. Su mirada empieza a vagar de forma errática y por su silencio intuyo que su mente está haciendo lo mismo. Intenta hablar otras dos veces, y vuelve a retractarse.

—Puedes decirme lo que quieras —la animo, al tiempo que acaricio la línea de su mandíbula.

—¿De…? ¿De verdad has matado a gente?

—Sí. —No voy a mentirle ni a suavizar mis pecados—. Mi deber y mi propósito en este mundo siempre ha sido proteger a los inocentes que nos pedían ayuda a través de sus plegarias, sin importar lo que tuviese que hacer para conseguirlo.

Ella sopesa mis palabras unos instantes con gesto serio.

—¿Te arrepientes de haber matado a esas personas?

—No —contesto con sinceridad—. Matar nunca fue mi primera opción, sin embargo, hay quien no atiende a razones de ningún tipo. Todos ellos eran humanos injustos, brutales y crueles, y muchas veces la violencia solo se sofoca con más violencia. —El silencio empieza a pesar demasiado entre nosotros, así que decido preguntar

antes de que las dudas me corroan el alma por completo—: ¿Te doy miedo?

—¿Qué? ¡No! —me asegura de forma inmediata, y un suspiro de alivio se escapa de mi boca—. Francamente, una parte de mí se lo imaginaba después de algunos comentarios que has hecho y te agradezco que hayas sido honesto. Por eso, yo lo voy a ser también. Es verdad que a veces puedes ser un poco… *intimidante*, pero conmigo siempre te has comportado bien y lo cierto es que nunca me he sentido en peligro a tu lado. La única vez fue cuando pensé que me acosabas y aquello fue culpa mía, no tuya. —Tuerce el gesto, como si el recuerdo le desagradase profundamente.

—Me alegra oír eso.

Acaricio su mejilla y ella no se aparta, lo que termina de aliviar mis inquietudes.

—Además, todo eso pasó hace siglos, ¿no? —me interroga, y yo asiento—. Y me da la sensación de que en esa época había un concepto totalmente diferente de la muerte y de la violencia como forma de justicia.

—Es posible —concedo.

Kaya parece concentrada en alguna idea y le doy tiempo para pensar. Mientras, sigo dibujando el contorno de su pómulo y su mandíbula.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —me dice.

Vuelvo a asentir a la vez que mi pulgar asciende por su rostro. La punta de mi garra roza el lóbulo de su oreja y Kaya se estremece. Sé que ha sido por el contacto inesperado, aun así, la visión de la piel erizada de su cuello me hace tomar consciencia de que seguimos en el balcón y de que hace mucho frío.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunto.

—Sí, ya se me ha pasado el mareo.

—Entonces, será mejor que vayamos dentro.

En cuanto ella se incorpora, paso mi brazo alrededor de su cadera y la levanto sin esfuerzo, recostándola contra mi pecho. Ella protesta y me asegura con un tono demasiado agudo que puede caminar sola. Por supuesto, la ignoro. No pienso desaprovechar ninguna oportunidad de cogerla en brazos.

Con la otra mano agarro el respaldo de la silla y entramos al piso. Dejo el asiento en su lugar y luego llevo a Kaya hasta el sofá. Mientras ella se quita la manta de encima, yo me acomodo a su lado.

—Eso no era necesario —murmura abochornada.

—No era necesario, pero sí ha sido divertido —sonrío, y me pone los ojos en blanco. Para aplacarla un poco, desvío el tema—: ¿Qué querías preguntarme antes?

—Igual estoy siendo indiscreta y, si no quieres, no tienes por qué responder —me avisa—. Si tu deber es proteger a la gente, ¿por qué llevabas seiscientos años sin salir de esa montaña? ¿Nadie rezó pidiendo tu ayuda?

No me esperaba esa pregunta y durante lo que dura un latido me quedo paralizado. No quiero mentirle, sin embargo, hablar de eso puede conducirnos por un camino espinoso para ambos.

—Lo habían hecho, pero yo no estaba listo —respondo vagamente. Por la forma en la que me mira, sé que ella ha escuchado la melancolía de mi voz tan claro como lo he hecho yo.

—¿A qué te refieres con eso? ¿Estabas entrenando o algo así?

—Mi entrenamiento acabó hace siglos —me río, aunque lo hago con aspereza—. Me estaba recuperando de la última vez que fui guardián de alguien.

El peso de la tristeza se asienta en mis hombros y, de pronto, me cuesta mover el pecho para coger aire.

Sus memorias han sido mi refugio todos estos años y adoro recordarla, aún más desde que encontré a Kaya; a pesar de eso no me gusta pensar en todo el tiempo que he pasado sin ella, ni en cómo mi alma se desgarró en más pedazos que estrellas hay en el firmamento cuando ella murió.

—¿A esa persona le pasó algo malo? —Su tono es muy suave. Se ha dado cuenta de que este es un tema delicado para mí.

La tensión del pecho se hace más intensa y me cuesta encontrar mi propia voz, por lo que niego. Sus ojos me dicen que quiere saber más, aun así, ella respeta mis sentimientos y no me presiona.

Tras unos segundos, su mano se posa sobre la mía. Ese pequeño gesto, que puede parecer insignificante, me reconforta de un modo

indescriptible y el aire regresa de nuevo.

—Todo lo contrario. Ella acudió al Monte Kurama para implorar ayuda. Pertenecía a un clan shinobi —le cuento. Por eso no puedo soportar a esa gente— y el consejo de su aldea decidió que ella debía infiltrarse en la corte de un daimio[6] y convertirse en su concubina para espiarlo. Básicamente, querían prostituirla —mis palabras se impregnan de asco y resquemor— y tanto su familia como sus amigos estaban de acuerdo. Decían que la habían criado para eso. Ella no quería ese destino y por eso pidió ayuda a los tengus. Yo escuché su ruego y acepté convertirme en su guardián. Conseguí protegerla, nadie le hizo daño y ella tuvo una vida larga y feliz… Y yo permanecí a su lado hasta el final.

El recuerdo de aquella mañana en la que sus ojos ya no se abrieron más me golpea de lleno y escucho las fisuras reabrirse dentro de mí. La mano de Kaya se mueve y sus dedos se cuelan entre los míos.

—Cuando murió fue muy doloroso —confieso. Lo más doloroso que he experimentado nunca—. Proteger a la gente era mi deber y me gustaba, tener que hacer daño para lograrlo, no tanto. Nunca fui verdaderamente feliz con mi vida de guerrero, pero ese era mi destino. Y tras una existencia llena de violencia y muerte, ella se convirtió en un remanso de paz. Me mostró la belleza del mundo y transformó un corazón duro e impasible en pura luz. Y al perderla, de pronto todo me parecía vacío, oscuro y frío. Sin ella nada tenía sentido. Me llevó mucho superar su ausencia… —Mi voz se apaga porque acabo de decir una mentira.

No lo superé, nunca lo hice, solo aprendí a vivir con el dolor. Aprendí a vivir en un mundo de tinieblas donde me esforzaba por juntar mis pedazos a diario, solo para volver a desmoronarme cuando llegaba un nuevo amanecer y ella no estaba ahí.

Me obligué a aguantar por la promesa que ella me había hecho: que volvería conmigo, que no dejaría de buscar hasta dar con el camino que la llevase de nuevo a mí. Y por la promesa que yo le hice a ella: que no dejaría de esperarla ni de amarla, para que mi alma fuese el faro que guiase a la suya.



—Cuando murió fue muy doloroso —me cuenta Karasuhito con voz temblorosa—. Proteger a la gente era mi deber y me gustaba, tener que hacer daño para lograrlo, no tanto. Nunca fui verdaderamente feliz con mi vida de guerrero, pero ese era mi destino.

Sus palabras me golpean y tomo consciencia de lo terriblemente injusta que he sido juzgándolo. Puede que sea un demonio y que a veces tenga unos instintos un tanto macabros; sin embargo, ahora me doy cuenta de que es un demonio que disfruta más cocinando que haciendo daño.

—Y tras una existencia llena de violencia y muerte, ella se convirtió en un remanso de paz. Me mostró la belleza del mundo y transformó un corazón duro e impasible en pura luz. Y al perderla, de pronto todo me parecía vacío, oscuro y frío. Sin ella nada tenía sentido. Me llevó mucho superar su ausencia… —Su voz se apaga y la tristeza lo devora.

No queda rastro de su sonrisa, de su espíritu alegre y casi infantil, de su optimismo contagioso que tantas veces me ha salvado… Nada. Solo el dolor más crudo que he contemplado jamás.

Un dolor con el que lleva cargando seiscientos años, porque ese es el tiempo que pasó encerrado en las profundidades del Monte Kurama por voluntad propia, incapaz de superar su duelo.

Su sufrimiento hace eco dentro de mi pecho e igual que si mi corazón estuviese hecho del más fino cristal, se resquebraja sin remedio.

Quiero gritar. Quiero llorar. Quiero arrancar con mis propias manos el velo de oscuridad que ha caído a plomo sobre él. Quiero traer de vuelta su luz… Pero soy tan inútil que no atino a hacer nada salvo sostener su mano y hacer la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Aún la quieres?

Es una pregunta estúpida porque es evidente que un dolor así solo puede nacer de la pérdida de un amor igual de grande. De un

amor que no se olvida. Que se integra en tu cuerpo como un engranaje sin el que no puedes funcionar. Que se cuela en tu sangre y pasa a formar parte de tu esencia misma.

—Sí —responde al instante, clavando sus ojos en mí. Parece mentira que una palabra tan pequeña pueda encerrar ese nivel de fervor y pasión—. La quise, la quiero y la querré. Sin importar el tiempo o las circunstancias, ella fue, es y será la única para mí. *La única*.

Se acerca a mí y la ferocidad de su mirada me consume y me reduce a polvo. Y creo que es mejor así, es mejor que me esfume para siempre porque acabo de descubrir que soy la persona más espantosa de este mundo.

De nosotros dos, yo parezco el demonio desalmado y no él porque, en lugar de sentir compasión por su sufrimiento o de maravillarme de que un amor así haya existido jamás, sus palabras han hecho brotar un campo de espinos dentro de mí. Mi carne se desgarra y la sangre mana sin control.

Estoy celosa de una muerta. Estoy celosa de que alguien amase a esa chica de este modo incondicional, absoluto y eterno. Pero, por encima de todo, estoy celosa de que fuese él quien la amase así. «Y todavía lo hace», me recuerdo con amargura.

Soy patética, despreciable y absurda. Mis celos son totalmente infundados e irracionales. Me he imaginado cosas, he malinterpretado las acciones de Karasuhito y he fantaseado con algo que evidentemente solo está en mi cabeza: que a lo mejor yo le gustaba del mismo modo que él empieza a gustarme a mí.

Pero es evidente que eso no va a suceder. Él se preocupa por mí y me cuida, pero nunca seré para él lo que fue esa chica. No lo seré para nadie porque es imposible que alguien tan mezquino como yo se merezca un amor tan puro. «Puede que, después de todo, Ethan sí tuviese razón en algunas cosas».



A duras penas logro contener las ganas de contárselo todo, sin embargo, ya he hablado demasiado. Incluso le he dicho que todavía la quiero. No puedo ir más lejos porque ella no está lista para escucharlo y aceptar mis sentimientos. Lo sé por el modo en que su ánimo se está desplomando y el fuerte hedor angustiado que desprende.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ella se ríe de forma seca.

—Y encima te preocupas tú por mí… —Hace una pausa y niega con la cabeza—. Perdona, no quería ser desagradable. Solo… Solo me he quedado un poco sorprendida. —Su boca se frunce igual que cuando come algo agrio.

—¿Por qué?

Se queda pensativa unos segundos.

—Me ha sorprendido que accedieses a abandonar la montaña y a ser mi guardián si aún la quieres y la extrañas tanto.

—Para serte sincero, mi negativa a cumplir con mis obligaciones me creó muchos problemas con los de mi especie. —De forma inconsciente, me acaricio la cicatriz que tengo debajo de la clavícula, fruto de uno de mis últimos encontronazos con el tengu que gobierna la montaña, Sõjõbõ. Trató de arrancarme el corazón del pecho con las garras—. Así que ya llevaba un tiempo considerando la idea de retomar mi deber, aunque nunca me decidía. Tras siglos sin escuchar a los humanos, de pronto todas las peticiones me parecían egoístas y banales… Hasta que apareció tu amiga. Su súplica era sincera y cargaba con tanta aflicción que fui incapaz de ignorarla.

Recuerdo el modo en el que esa chica lloraba con desesperación dentro de su cabeza por lo que le había sucedido a Kaya. Se culpaba por no haberla ayudado más. También tenía muchísimo miedo de que algo todavía peor le acabase sucediendo a su amiga.

Esa sí era una plegaria que merecía ser atendida, una por la que merecía la pena abandonar mi retiro autoimpuesto. Y gracias a los dioses que no la ignoré y me decidí a ir a echar un vistazo, de lo contrario, nunca habría encontrado a Kaya.

Supongo que al final es cierto que el destino nos lleva por la senda correcta incluso cuando no nos damos cuenta.

Mi vista deja de vagar por los recuerdos y mis ojos se enfocan en mi pequeño milagro. Mi amor. La chica que cumplió su promesa y regresó a mi lado.

—Y que sepas que me alegro de haber tomado esa decisión —declaro, y ella se sorprende—. Me alegro de estar aquí ahora, contigo. Me alegro de estar redescubriendo el mundo a tu lado. Esto me recuerda mucho al tiempo que pasé con ella… Tú te pareces bastante a ella —se me escapa, por culpa de la emoción.



El escepticismo fluye a raudales por mis venas. Dudo que yo me parezca en nada a esa joven. Ella tenía que ser maravillosa si alguien como Karasuhito la quiso así. Mientras que yo… Solo hay que verme. Un desastre, incapaz de tomar buenas decisiones, con ansiedad crónica, un corazón mezquino y llena de defectos. Es imposible que nosotras dos…

Mi tren de pensamientos descarrila y se incendia. Una sonrisa enorme, preciosa y luminosa aparece en el rostro del Cuervo y todo desaparece. Solo queda él y su sonrisa, esa que nunca más quiero ver desaparecer como ha pasado hace un rato.

—Aunque tu mal genio es bastante peor que el suyo —se ríe, y me revuelve el pelo—. Pero eso es parte de tu encanto. Me gustan esas pequeñas cosas que te hacen única y especial.

Soy idiota. Rematadamente idiota. Triplemente idiota. Porque a pesar de todo lo que él me acaba de contar, el ridículo de mi corazón por poco sale despedido por mi boca al escuchar esas palabras.

Y las cosas empeoran cuando sus ojos se inundan de ternura. «Basta», imploro. «¿Cómo voy a mantener mi imaginación bajo control si me está mirando igual que si yo fuese un bebé dragón recién salido de un cascarón de oro y diamantes?».

Ningún dios se apiada de mí y él sigue contemplándome con algo rayando en la adoración, haciendo trizas mis pobres sentimientos porque estoy segura de que estoy entendiendo mal todas las malditas señales.

Desesperada por ponerle fin a esto, me pongo en pie demasiado rápido y noto que se me va la cabeza. Una cortina de estática desciende sobre mis ojos, los oídos se me llenan de un sonido molesto y estridente, mi temperatura cae de golpe y mi estómago va detrás.

El salón gira de forma repentina. Parpadeo. Logro ver la lámpara. Vuelvo a parpadear. Todo está donde no debe y el filo de la mesita se acerca a velocidad vertiginosa a mi cara. No tengo tiempo ni de gritar.

Por suerte, no me parto la crisma. Una sombra más oscura que la tinta me rodea y me salva en el último segundo. El olor a fósforo quemado me envuelve por completo.

—Aunque no me pueda morir de un infarto, no me des esos sustos —se queja él.

Quiero decirle que no sea dramático y que yo también me he asustado, pero las palabras y el aire se quedan atascados en mi garganta cuando elevo los ojos y encuentro los suyos a escasos centímetros de mí. Y su nariz. Y sus labios.

Estamos otra vez igual de cerca que en el baño y ahora él me está abrazando. Mi corazón va más acelerado que si me hubiese inyectado café en vena. Tras todo el cansancio del día y el estrés de esta tarde infernal, mi cerebro se apaga del todo.

—¿Se puede saber a dónde ibas con tanta prisa? —me cuestiona él.

—¡Me hago pis! —grito sin razón y al borde de la histeria, y me alejo a la carrera en dirección al baño.

CAPÍTULO 26 - EL INFIERNO ES NUESTRO, NENAS

Me miro en el espejo, sintiéndome insegura sobre mi aspecto. «Creo que este vestido es demasiado ajustado. Y demasiado corto», me agobio.

En el fondo sé que no es así. El vestido está bien, es ceñido, pero no en exceso, me llega justo por encima de las rodillas y llevo unas tupidas medias negras que no dejan nada a la vista. Lo que pasa es que hace mucho tiempo que no me pongo algo así.

Dejé de hacerlo, como tantas otras cosas, por no tener que aguantar comentarios hirientes sobre mi aspecto y evitar discusiones estúpidas que podían acabar escalando en una situación que diese miedo.

«Ya no tengo que preocuparme de esas cosas», me animo sola. Ahora puedo ponerme lo que quiera, puedo ir a donde quiera y con quien quiera. La pesadilla terminó, soy libre y mi vida fluye… Solo Dios sabe hacia dónde (lo mismo voy derecha a despeñarme), pero fluye.

Me observo una última vez, reprimo el impulso de cambiarme de ropa, tomo aire y salgo de mi cuarto.

En cuanto me ve aparecer, Karasuhito se pone de pie con tanto ímpetu que por poco tira el taburete de la cocina al suelo. Sus rasgados ojos se abren más que de costumbre mientras me observa.

—Estás… Estás *muy* guapa, Kaya —me adula. El calor se acumula en mi cara—. Muchísimo. Preciosa. Increíblemente atractiva. Yo… — Me recorre de arriba abajo con la mirada y mi piel reacciona. Un cosquilleo se desliza sobre mi cuerpo y aparto el rostro a toda prisa para que no vea lo mucho que me afecta su atención.

Desde que tuvimos esa charla sobre su pasado y la chica de la que está enamorado, me estoy esforzando por atar en corto mis desvaríos y por no tomarme sus cumplidos ni sus gestos de forma literal.

Su corazón pertenece a otra mujer, aunque esta lleve muerta siglos, y yo no debo confundir su amabilidad con algo más. Con algo que no debería ni anhelar, para empezar.

Considerando las circunstancias que nos rodean a ambos, nunca debí haber permitido que mis sentimientos por él se descontrolasen de este modo.

Sentir gratitud está bien. Confiar en él es correcto. Ser su amiga es perfecto. Sentirme atraída físicamente por él es entendible. Más allá de eso… Nunca debió existir un más allá y yo lo olvidé porque soy boba.

Así que, en el fondo, supongo que es mejor que haya pasado esto. Que mis estúpidas ilusiones hayan muerto antes de convertirse en algo demasiado grande. Es mejor que seamos solo amigos, compañeros, humana y guardián, o lo que quiera que seamos ahora; sin aspirar a nada más. A algo imposible a todos los niveles.

Por eso, aunque siento un dolor que no debería sentir, el de un corazón roto porque él ama a otra, me esfuerzo por no fantasear (lo cual está siendo difícil) y por comportarme con él como siempre porque Karasuhito no tiene la culpa de nada.

—Perdona si mi torpe vocabulario no puede abarcar la inmensidad de tu belleza esta noche —me suelta. «Siempre tan intensito», me río, pero en el fondo siento una punzada espantosa en el centro del pecho. Él se acerca con pasos cautos—. Viéndote así, me están dando ganas de acompañarte. No quiero que mis ojos se pierdan ni un segundo de este maravilloso espectáculo.

—Deja de ser un zalamero —le ruego, avergonzada—. Y tú no puedes venir, ya lo sabes.

—¿Por qué no? —Su tono es de lo más lastimero—. No quiero quedarme en casa solito después de verte así vestida. Quiero estar contigo. ¿No te doy pena?

—Ninguna —contesto, haciendo un esfuerzo por mantenerme seria.

—¡Que los dioses se apiaden de mí! —exclama de pronto, sobresaltándome—. Mi pobre corazoncito no sobrevivirá a esta noche sin ti. Me voy a morir.

—Eres inmortal —le recuerdo—. Y un cuentista desvergonzado.

—¡*Casi* inmortal! Seguro que esto me mata. Ay, ¡qué dolor! ¡¡Qué dolor!! —Se lleva la mano al pecho—. Ya lo siento… La gélida caricia de la muerte… ¡Qué penita doy! ¡Auxilio! ¡No me abandones! ¡Llévame contigo, Kaya!

—¿Quieres callarte de una vez y comportarte? —Intento darle un manotazo y me esquiva sin problemas entre risas—. Eres desesperante.

—También soy un excelente cocinero, muy gracioso y atractivo, pero eso no me lo dices nunca —sonríe con un descaro que incendia mi sangre.

Intento ser fuerte, de verdad que sí, pero aquí el colega me lo pone jodidamente difícil siendo así de encantador.

—También tienes un ego más grande que el Monte Fuji —farfullo. Él se ríe de una forma grave y melodiosa, y mis nervios se tensan al compás de mis latidos.

—Cuando te sonrojas de ese modo, estás todavía más hermosa.

Su cumplido ha sido un disparo certero y me siento inestable. Sensación que aumenta cuando él devora la distancia que nos separa con dos pasos largos y se inclina sobre mí.

«Demasiado cerca». El calor de mi sangre se filtra a través de mis venas y alcanza la superficie de mi cuerpo. Su mirada se oscurece mientras danza sobre mi rostro.

—Verdaderamente preciosa —susurra.

La caricia de su aliento es más de lo que puedo soportar y tengo que hacer un esfuerzo inconmensurable para no ceder a la necesidad de alzarme sobre las puntas de mis pies y tocar sus labios.

«Mujer, ten un poco de dignidad», me reprende una voz dentro de mi cabeza.

Es verdad, no puedo ir por ahí besando a demonios de ochocientos años como si esto fuese una novela de fantasía romántica. Tampoco puedo ir por ahí besando a tipos que están

locamente enamorados de otras mujeres como si yo fuese una fresca rompe hogares. Y por supuesto no puedo ir por ahí besando a hombres que no corresponden mis sentimientos y dejar que me destruyan por completo el corazón y la poca autoestima que me queda.

¿Él es encantador? Sí. ¿Es condenadamente atractivo? Por supuesto. ¿Me dice cosas preciosas y vergonzosas en extremo? También. Pero lo hace porque me prometió que me ayudaría a sanar y a dejar de despreciarme a mí misma; y todos estos cumplidos se deben a esa promesa. Ni más, ni menos.

Respiro hondo tres veces.

—Tengo que irme ya o voy a llegar tarde. —Sí, soy una cobarde y voy a salir corriendo antes de que mi voluntad se venga abajo del todo como un edificio construido con pañuelos de papel.

—Entonces, ¿puedo ir contigo? —sonríe.

—No, no puedes. —Me dirijo hacia la entrada. Por supuesto, él me sigue.

—¿Por qué? —El muy… me pone pucheros y casi me trincho los ojos con sus garras para no tener que ver lo mono que está.

—Porque a ver cómo explicamos eso de los colmillos y las plumas en la cabeza. A lo mejor, si te las afeitas… —bromeo, y eso alivia un poco la tensión de mi estómago.

—Las plumas se quedan —responde él muy serio, y se tapa la cabeza con ambas manos en actitud protectora.

—Entonces, tú también. —Cojo el abrigo y el bolso—. Me voy ya.

—¿De verdad no puedo ir? —Se cuelga de mis hombros y apoya su mejilla en la mía. Mi corazón está a punto de explotar.

—Eres más pesado que las llamadas de spam —resoplo, exasperada con él, pero sobre todo conmigo misma—. No, no puedes venir. Es una noche de chicas.

—Tienes razón. —Para mi sorpresa, claudica y me suelta—. Estoy siendo un pesado y un egoísta, lo siento. Te mereces pasar una noche con tus amigas y divertirte. —Cada vez estoy más perpleja, no estoy acostumbrada a que me digan esas cosas—. Solo ten cuidado y, si tienes cualquier problema, llámame y estaré ahí en un segundo. —Me guiña un ojo y me abre la puerta.

—Gra… Gracias… —musito.

Él me sonríe, me hace una reverencia de lo más caballeresca y antes de que yo pueda salir, toma mi mano y deposita un suave beso en mi piel.

Haciendo gala de mi comportamiento más refinado, chillo, echo a correr hacia las escaleras y por poco me despeño con los tacones en mi afán por poner tierra de por medio entre el Cuervo y yo.

Caminamos bajo las luces del centro de Seattle en dirección a un local que, según Jenna, es el lugar donde se reúnen todos los chicos guapos de la ciudad.

Yo no tengo ningún interés en ver chicos guapos, ya tengo suficiente con el que escondo en casa, aunque eso no puedo decirlo en voz alta. Y honestamente, ir a un bar o a otro me da igual, lo único que me importa de esta noche es pasármelo bien con mis amigas, cosa que estoy haciendo.

La cena ha sido muy agradable, la comida estaba deliciosa y no hemos parado de reírnos mientras nos acordábamos de todas las locuras que hicimos en la universidad.

Aún me sorprende que acabásemos siendo amigas, teniendo en cuenta que cada una venía de una punta del país, que estudiábamos cosas diferentes y que nuestras personalidades son bastante opuestas.

Sin embargo, nuestros caminos se fueron cruzando del modo más inesperado. Yo coincidía con Isa en la biblioteca muchas veces, aunque nunca habíamos hablado hasta que un día ella me pidió un bolígrafo.

Cuando cogimos confianza, empezamos a sentarnos siempre juntas y a veces íbamos a tomar algo después de nuestras sesiones de estudio. Así fue como conocimos a Jenna, que tenía un trabajo a tiempo parcial en una de las cafeterías del campus. Ella era tan abierta y simpática que fue imposible no acabar siendo amiga suya también.

La última en unirse al grupo fue Meredith y lo hizo por todo lo alto. Debo admitir que yo ya la había visto algunas veces en la

biblioteca, pero tenía un aura tan intimidante y semejante cara de mala leche que nunca se me habría pasado por la cabeza acercarme a ella.

Un día, en una fiesta, un grupo de chicos la tomó con Isa y conmigo. No paraban de molestarnos y llegaron a acorralarnos en una esquina. Entonces llegó Meredith al rescate, igual que un príncipe de brillante armadura, solo que ella era más bien una bruja vestida de negro.

No le hizo falta ni liarse a golpes, valiéndose de su afilada lengua, en tres minutos dejó a esos chicos al borde del llanto y con la necesidad de buscar ayuda psicológica para superar el trauma que les creó.

Después de eso, aunque ella seguía paseándose con su cara agria por la biblioteca, Isa y yo empezamos a saludarla, a sentarnos con ella… Hasta que finalmente las cuatro nos volvimos inseparables.

Fue cosa del destino, estoy segura. Un destino que por una vez fue amable conmigo y puso en mi camino a gente buena de verdad.

«Ha sido más de una vez», me recuerdo, en cuanto unos ojos oscuros, una sonrisa descarada y unas plumas sedosas se dibujan en mi mente.

—¡Ya hemos llegado! —exclama Jenna, sacándome de golpe de mis pensamientos. Señala la fachada del local que tenemos delante y pregunta—: ¿Y bien? ¿Os gusta?

—Me repugna —contesto con brutal sinceridad, contemplando la aberración que tengo delante.

—¿Nos has traído a un puto bar de cowboys? ¿*En serio*? —La ceja izquierda de Meredith emprende el vuelo a la vez que sus manos aterrizan en sus caderas.

—Es… muy… colorido… —añade Isa, haciendo un esfuerzo por suavizar los ánimos, como siempre.

Desde luego el sitio es colorido. La fachada es de madera y tiene más luces de neón fluorescentes que granos de arena hay en el desierto. Estas dibujan los contornos de sombreros vaqueros en colores chillones, botas con tachuelas, un cactus, un buey, un lazo, una estrella de sheriff… Todo hortera a más no poder.

—Cerrad vuestras bocazas de arpías —declara Jenna— y ya me daréis las gracias cuando veáis lo que os espera dentro. Hectáreas y hectáreas de hombres fuertes, sudorosos, varoniles y con ropas apretadas. *Muy* apretadas. —Mueve las cejas de forma insinuante.

—Estoy todavía más muerta del asco que hace unos instantes —comento, incapaz de callarme al pensar en el sudor y en el olor que debe concentrarse ahí dentro.

Meredith suelta una carcajada.

—Aguafiestas —murmura Jenna—. No seáis así. Os juro que es divertido, la gente baila en grupo, el ambiente es relajado y alegre, tienen un montón de zumos naturales para Kaya… Dadle una oportunidad y, si no os convence, nos vamos a otro lado.

Al final accedemos porque eso es lo que hacemos nosotras. Nos aceptamos con nuestras diferencias, peculiaridades y gustos cuestionables… Como lo de este bar. Lo de este sitio es cuestionable a más no poder. Un atentado contra el pudor y el buen gusto.

Aun así, muy a mi pesar debo admitir que Jenna tenía razón y que, una vez superado el impacto inicial, este sitio es divertido. No tiene ese ambiente sofocante de los locales nocturnos, el espacio es amplio, luminoso, colorido, la música tiene un ritmo contagioso y la gente parece únicamente preocupada por pasar un buen rato bailando country.

Jenna no tarda en unirse al grupo del centro del bar y se pone a menear sus caderas y sus rizos de forma enérgica mientras sus risas van mezclándose con las canciones. Solo vuelve a la mesa para beber algo y, la última vez, para llevarse a Isa a rastras con ella.

La pobre al principio parece cohibida en medio de todo el barullo. Meredith y yo estamos a punto de ir a rescatarla cuando nuestro pequeño sol en miniatura empieza a moverse, con pasos tímidos al principio, y acaba desmelenándose tanto o más que Jenna, que aúlla encantada al darse cuenta.

Yo también me río con ganas. Verlas así de contentas me llena de una alegría infinita. Sé que fui yo la que descendió a las profundidades del infierno, pero también sé que ellas me siguieron a varios metros de distancia.

Fueron años duros para todas. Hubo momentos en los que temí que finalmente me darían la espalda y se olvidarían de mí. Spoiler: nunca lo hicieron. Y por eso las quiero con locura y ahora hago su felicidad mía, igual que ellas hicieron suyo mi dolor.

Tras cinco canciones, Jenna e Isa parecen a punto de desmayarse, pero sus sonrisas no podrían ser más amplias. Regresan a la mesa e intentan secuestrar a Meredith, la cual da un grito de espanto que ha debido escucharse en Saturno.

—Dejadme en paz o prendo fuego a este sitio con todas nosotras dentro —amenaza la rubia, aferrándose al borde de la mesa con uñas y dientes.

—No seas una vieja aburrida, Mer —se ríe Jenna.

—Dirás más bien una pirómana aburrida —me burlo, y me gano una mirada asesina de la susodicha pirómana.

—Te prometo que es muy divertido —asegura Isa, intentando soltar las manos de Meredith.

—Os mataré —sisea ella—. Haré bolsitas de té con vuestros restos desecados.

—¡A otra con el cuento! —la provoca Jenna, y comienza a hacerle cosquillas.

En cuanto los brazos de Meredith se contorsionan y ella se suelta de la mesa, Isa le coge de las manos para que no pueda volver a engancharse como un mejillón de roca.

Observo toda la escena con una diversión perversa mientras le doy sorbitos a mi zumo. Mis ojos se encuentran con los de la futura secuestrada y el azul de su mirada parece casi púrpura de la furia que habita en ellos.

—Tú… —bisbisea, mirándome.

—Adiós, Meredith —canturreo, y me despido de ella meneando los dedos—. Pásatelo genial bailando con todos esos maromos con vaqueros apretados y camisas abiertas.

La mala leche le da superpoderes a mi amiga, que de pronto hace una exhibición de fuerza descomunal y se libera de Isa y de Jenna. En menos de un segundo, la rubia loca me agarra del pescuezo y me arrastra a la pista de baile.

—¡Me cago en Epi y Blas! —estallo, al notar semejante tirón—. ¿Qué haces? ¡Suéltame!

Forcejear es inútil, Meredith es mucho más alta que yo. Ella es una mantis religiosa y yo soy una humilde hormiguita.

—No me someteré a este escarnio público yo sola. Si me tengo que hundir en la mierda, tú te vienes conmigo, señorita. —Solo el lado izquierdo de sus labios se alza.

—¡Qué gran amiga, Meredith! —le reprocho.

—¡Eso es! —Jenna nos salta encima—. Todas de cabeza a la mierda.

—Podríamos usar otra expresión que no incluya excrementos, ¿por favor? —pide Isa, uniéndose a la piña. No lo digo en voz alta porque me están aplastando entre todas, pero yo estoy a favor de eso.

—¡A mover el culo! —grita Jenna, entusiasmada. En cuanto llegamos a la pista, se pone a bailar de inmediato. Isa, que ya tiene algo de práctica, la sigue enseguida.

—Esto es el infierno —murmura Meredith, y se frota la cara con desesperación—. Me habéis arrastrado al jodido infierno.

—¡Vamos, Meredith! —Isa le da un golpecito con la cadera.

—Os odio a todas —protesta la aludida.

—Eso es mentira —contestamos las tres a la vez.

—Vale, es mentira. No os odio. Pero esto sí que es el puto infierno.

—Entonces, por esta noche, ¡el infierno es nuestro, nenas! —aúlla Jenna.

CAPÍTULO 27 - EN LAS SOMBRAS

Después de dejarnos la vergüenza, la dignidad y los pies en la pista de baile, decidimos que ha llegado el momento de cambiar de aires y nos dirigimos a otro local.

Por el camino Jenna sigue cantando e intercala su marcha con pasos de baile, giros y gritos más propios de un rancho de Texas que de las calles de Seattle. Muerta del bochorno, Meredith acelera, cosa que no le resulta difícil con sus piernas kilométricas y esbeltas.

Entre el cansancio, los tacones y mi altura, empiezo a quedarme rezagada; como Isa quien, al igual que yo, vino a este mundo en tamaño de viaje y no en frasco grande.

—Oye, bajad el ritmo —les pido a las dos zancudas, cuando ya nos separan varios metros—. Que algunas tenemos problemas para seguiros el paso con esas piernas de jirafa que tenéis.

—A lo mejor el problema no son nuestras piernas de jirafa, sino tus piernas de hobbit —se burla Meredith, mirándome por encima del hombro.

«La madre que la…».

—A lo mejor el problema se acaba si te parto las rodillas y nos quedamos las dos a la misma altura —replico, haciendo que todas se rían, cosa que no entiendo. Uno no se ríe de las amenazas. Tiembla. Suplica. Se hace pis encima. Se desmaya. Puede que todo a la vez. Pero no se ríe.

«Estoy rodeada de raritos. Los atraigo a todos», me lamento. Solo hay que ver al Cuervo, un ser infernal que se comporta como un perro faldero y que tiene alma de galán.

—Inténtalo —me reta Meredith—. Aunque igual necesitas subirte a un taburete para llegar a mis rodillas, pequeña Leprechaun. —Me

saca la lengua.

—Serás…

Anda, ¡mira! Resulta que sí podía ir más rápido. De hecho, emprendo una frenética persecución y no cazo a Meredith de milagro mientras Jenna e Isa no dejan de reírse de nosotras.

El segundo pub se parece muchísimo a los que solíamos frecuentar durante nuestra época universitaria. Se supone que este es nuestro elemento, sin embargo, me siento más fuera de lugar que en el bar de cowboys.

Las tinieblas devoran el local que se ilumina intermitentemente con pulsos de luz violácea y en las sombras los cuerpos se rozan, se tocan, se presionan… Se me revuelve el estómago un poco.

Además, no distingo bien los rostros de la gente y eso me pone nerviosa por mucho que me duela reconocerlo. No debería preocuparme por esas cosas. Esta noche no. Ni esta noche, ni nunca más… Pero lo hago.

Entre eso y que me están dando calambres en los pies, decido buscar un sitio en la barra y quedarme un rato apoyada, observando al resto desde una distancia segura.

Las chicas se turnan para hacerme compañía y asegurarse de que estoy bien, a pesar de que les repito que solo estoy cansada y que no tienen de qué preocuparse.

En un par de ocasiones me abordan unos chicos. Meredith se libra del primero sin ningún tipo de compasión. La segunda vez, ella está en el baño con Jenna.

Siendo honesta, aparte de ser terriblemente insistente, el joven no parece mala persona, aun así, no quiero saber nada de él.

Los hombres me siguen dando un poco de miedo y el único que no lo hace, el único con el que me siento cómoda de verdad es aquel al que no puedo tener. Al que no debo desear. Y también es el único que nunca se fijaría en mí del modo en que lo está haciendo este otro chico.

Al final, entre Isa y yo conseguimos que se largue y nos deje en paz tras prometerle que después bailaré con él. Cosa que no pienso

hacer bajo ningún concepto. Antes beso este suelo mugriento repleto de gérmenes y me contagio de peste bubónica, tuberculosis, gonorrea o solo Dios sabe qué otra porquería.

—El chico era mono —comenta Isa. Tiene que pegarse bastante a mí para que la escuche por encima del atronador bajo de la música.

—Puede —concedo; aunque comparado con el Cuervo parecía un caracol podrido, claro.

—Pero no estás lista aún. —No es una pregunta ni un reproche, solo una afirmación.

—No, no lo estoy.

Ella permanece callada unos instantes, indecisa.

—Te voy a confesar algo —me dice—. Me daba la impresión de que estabas viendo a alguien nuevo; sin embargo, parece que me equivocaba.

Por poco se me caen los ojos al suelo.

—¿Por qué dices eso?

—No sé… Estás distinta, en el buen sentido. Sonríes más, estás más tranquila, más feliz, has empezado a arreglarte un poquito y tienes *esa* mirada.

—¿Qué mirada?

—Ya sabes…

—No, no lo sé.

—Como si estuvieses enamorada.

Un puño invisible impacta justo debajo de mi esternón y por poco me fallan las piernas. «¿Amor?». Una gota gélida se desliza por mi columna. Es evidente que Karasuhito me atrae físicamente, podría incluso decir que me gusta, pero…, pero… «¿*Amor*?».

No lo sé. Yo creía que ya no era capaz de sentir algo de esa magnitud con un corazón tan destrozado como el mío. Pero… «¿Y si es verdad? ¿Y si me he enamorado de él?». Desde luego eso explicaría *muchas* cosas, entre ellas el hecho de que me siento celosa de una pobre señora muerta.

Aunque de ser así, eso sería terrible. Desastroso. Una cagada de proporciones épicas y cósmicas. Al final va a resultar que sí estoy maldita, maldita en el amor, porque no puede ser que primero me

enamorase de un sociópata de manual y, ahora, de un demonio. «¿Qué coño me pasa?», me angustio.

«Nada. No me pasa nada». No me pasa nada porque yo no estoy enamorada. No puedo estarlo. ¿Encaprichada? Puede. ¿Me gusta? Seguramente. Pero esto *no* es amor.

—No estoy enamorada —afirmo con ferocidad, y sin saber si la estoy intentando convencer a ella o a mí misma—. Después de todo lo sucedido con Ethan, no puedo ni quiero ver a nadie en ese sentido.

—Lo entiendo. —Isa se aparta un segundo de mi oído para poder mirarme a los ojos. Su sonrisa es dulce, y triste—. De verdad que sí. Creo que, de haber pasado por algo igual, yo me sentiría como tú. Aun así, quiero que recuerdes que no todo el mundo es malo, Kaya. No debes blindar tu corazón y resignarte con la soledad para protegerte. Solo tienes que ser un poco más selectiva y cuidadosa con quien dejas entrar en tu vida.

—Ese es el problema —admito—. Ya no confío en mi propio criterio, Isa. ¿Y si vuelvo a cometer los mismos errores? ¿Y si me vuelve a pasar lo mismo?

—No lo hará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Primero, porque te he visto recorrer el infierno y volver entera a nosotras. Sé lo fuerte que eres, Kaya, y también sé que eres lista y que has aprendido de todo eso. No dejarás que nadie te haga lo mismo de nuevo.

En parte tiene razón porque, cuando creí que la historia se estaba repitiendo, intenté matar al pobre Cuervo. Lo cual no está bien, claro; pero con el permiso de la policía y de la religión, confesaré que, desde mi punto de vista, eso es mejor que haber agachado la cabeza con sumisión.

—Y segundo —prosigue Isa—, porque nos tienes a nosotras y no permitiremos que se repita algo así. Nosotras no hicimos las cosas bien. Nos quedamos calladas sabiendo que tenías problemas. No queríamos meternos en medio de tu relación y que nos acabases odiando, y preferimos esperar en silencio a que tú salieses de ese infierno por ti misma. Sin embargo, juzgamos terriblemente mal la

situación en la que te encontrabas. Te fallamos al no darnos cuenta de que ese cerdo te dejó sin salidas ni escapatorias.

—Eso no es… —empiezo, porque me duele que se culpen. Yo les escondí cosas por no preocuparlas, me callé y no pedí ayuda. Fui yo. La culpa fue solo mía.

—Sí es —me interrumpe, y me abraza—. Y te aseguro que no se repetirá. Si alguien te hace daño de nuevo, si intenta alejarte de nosotras, se las tendrá que ver con las tres. Bueno, básicamente se las tendrá que ver con la mala leche de Meredith —se nos escapa la risa—, pero desde luego Jenna y yo estaremos ahí para ayudar. Y si hace falta, traeré a mi Nana para que le dé su merecido a cualquier bastardo hijo de un canelón rancio que se atreva a tratarte mal. Y esa mujer es siciliana de pura cepa y temible con una sartén de hierro en la mano, te lo aseguro.

Nos volvemos a reír y nos abrazamos más fuerte.

—Gracias, Isa. —Hay mucho más que quiero decirle. Dos palabras no son suficientes para abarcar todo lo que siento ahora mismo, sin embargo, es todo lo que logra atravesar el tenso nudo de mi pecho.

—De nada. Para eso están las amigas… Las hermanas. —Me mece lentamente—. Solo quiero que recuerdes que no estás sola, Kaya. Así que, si sucede algo malo, por favor, confía en nosotras y déjate ayudar, ¿vale?

—Te lo prometo —aseguro, y no estoy mintiendo.

Soy consciente de que uno de mis mayores errores de esa época fue el silencio. Quedarme callada. No pedir consejo o ayuda. Intentar proteger la imagen que el resto tenían de Ethan para no causar problemas. Guardármelo todo para no ser una carga. Y no cometeré el mismo error dos veces.

Puede que haya muchas cosas que no he superado todavía. Heridas que aún sangran y supuran miedo y angustia. Memorias que son como cardenales que oscurecen mi interior y que no logro que sanen del todo. Sin embargo, Isa tiene razón, sí he aprendido algunas cosas y por fin siento que estoy avanzando de verdad.

Tras romper con Ethan el calvario no acabó, solo cambió de forma y durante muchos meses seguí vagando por un mundo

oscuro.

Me esforcé por continuar con mi vida con normalidad y seguí caminando por inercia. Me movía, sí, pero lo hacía en círculos, dando vueltas una y otra vez alrededor de los mismos sentimientos opresivos y deprimentes. No me sentía para nada normal, solo rota y vulnerable. Frágil y abatida. Cansada y asustada. Frustrada y despreciable.

Todos dicen que lo que no te mata, te hace más fuerte. Bien, pues durante mucho tiempo yo puse en duda la veracidad de esas palabras. Logré salir de esa situación, pero desde luego no me sentía fuerte. Ni valiente. Ni nada de nada.

Solo me sentía un fracaso absoluto en todos los sentidos. Por más que todos me repetían que lo que había pasado no era mi culpa, yo me culpaba. Me maldecía. Me odiaba por haber dejado que un cabrón me engañase, me tratase así, me hiciese creer que me merecía eso y me arruinase la vida.

Ahora me doy cuenta de que todos esos pensamientos nacían de la ponzoña que él plantó en mi mente. Él ya no estaba, pero el veneno seguía circulando por mi sistema, corroyendo cualquier atisbo de esperanza. Secando y marchitando cualquier pequeño brote de alegría. Apagando de golpe el más mínimo destello de amor propio.

Me ha costado mucho, *muchísimo*, pero al fin siento que eso está cambiando. En los últimos meses, las palabras y los gestos de amor de los que me rodean están atravesando la cortina de autodesprecio que me aislaba de todos. Su cariño por fin me está llegando, nutriendo el suelo yermo de mi alma y dejando que la vida florezca de nuevo.

Y todo empezó con él. Con ese extraño chico que, sin conocerme de nada, me cogió de la mano, me miró a los ojos y me dijo que yo era valiente y fuerte por el simple hecho de seguir en pie. Que afirmó que no hay nada malo en mí salvo los miedos e inseguridades que otro puso ahí.

Ese chico que me trata con el mayor de los cariños incluso cuando me porto como una gallina esquizofrénica, demostrándome

que de verdad no hay nada en mí que merezca ser castigado, humillado o despreciado.

Con su personalidad de intensito insufrible, sus sonrisas, sus meteduras de pata, su lealtad, su honestidad, sus trescientos estropajos, su voluntad de ayudarme, su alegría contagiosa y todas sus rarezas; Karasuhito embistió con una fuerza arrolladora esos muros que me aislaban y que, a la vez, me mantenían cautiva dentro de mi propia celda de miedo y desconfianza.

Él creó las fisuras necesarias por las que luego empezaron a llegar la luz y la calidez del resto de las personas que más quiero en el mundo.

Y gracias a eso, gracias a ellos, me siento mejor. Me siento más yo. Más libre. Más limpia. Más segura. Más fuerte. Las cadenas se han roto. Los muros están cayendo. Y yo empiezo a vislumbrar un camino ante mí sin monstruos que acechan en las sombras.

Ha sido una buena noche y no es muy tarde, pero a estas alturas los pies me están matando y solo quiero llegar a casa.

El último bar al que hemos ido estaba a menos de media hora andando de mi apartamento y me ha parecido una buena idea volver dando un paseo para despejarme y serenarme antes de ver a Karasuhito. Aún sigo nerviosa después de lo que ha dicho Isa sobre mi supuesto enamoramiento. Sin embargo, con cada paso que doy, me arrepiento más de no haberme subido al taxi con las chicas.

Un ruido a mis espaldas me sobresalta y barro la calle con la mirada. Estoy en medio de una zona comercial, todas las tiendas están cerradas y no se ve ni un alma. Aun así, el cosquilleo del miedo se despereza en mi estómago y acelero, ignorando mis doloridos pies.

La sensación de que me observan persiste. «Tranquila, Kaya, solo es la ansiedad. Solo eso», me repito. No sirve de nada. Los nervios se cuelan dentro de mis vértebras y empiezan a mandar descargas por todo mi cuerpo.

No quiero seguir cediendo a mis paranoias, sin embargo, la sensación de pánico me está abrumando y saco el móvil para llamar

a un taxi y que venga a por mí, a pesar de que estoy a unos diez minutos de mi casa.

Tiemblo demasiado y no atino a desbloquear la pantalla. Mascullo un juramento entre dientes y me detengo unos segundos para que mi atención no esté dividida entre caminar y el teléfono.

Una mano sale de la nada, se cierra en torno a mi brazo y me arrastra dentro del callejón delante del cual me había detenido. Mi móvil cae al suelo y queda abandonado en medio de la acera.

Alguien me empuja con violencia contra la pared de ladrillo y un dolor punzante y crudo estalla en mi nuca. «Joder, ¡qué daño!».

Abro los ojos y el miedo más visceral asoma su fea cara dentro de mi mente en cuanto veo a quién tengo delante. Al final resulta que no estaba loca y sí había monstruos acechándome en las sombras.

CAPÍTULO 28 - LA FURIA REENCARNADA

El pánico estalla dentro de mí y mi mente se apaga. Me convierto en sensaciones. La piel de gallina. La pesadez del pecho. El aliento entrecortado. La boca seca. El amargor de la bilis impregnando mi lengua. Las punzadas en el estómago.

—Te veo bien, Kaya. *Demasiado* bien. —Su tono sigue igual, amable en la superficie. Una cortina de mentiras que esconde la crueldad subyacente—. ¿Desde cuándo sales tú por la noche de bares?

—Lo que yo haga no es asunto tuyo. —Odio que mi voz se haya convertido en un hilo tembloroso.

—Claro que lo es. Si te dedicas a ir exhibiéndote por ahí como una putita en busca de atención, claro que lo es.

—Yo no quiero la atención de nadie.

—Eso cuéntaselo a los imbéciles con los que estabas coqueteando en el bar —me espeta. Al principio no sé de qué me habla, hasta que caigo en la cuenta. «¿Estaba en el segundo bar al que hemos ido?»—. Pensaba que tenías algo más de dignidad, Kaya. Mira que ir vestida así de vulgar… ¿A quién pretendes impresionar? ¿No ves que haces el ridículo?

Ethan presiona su cuerpo contra el mío, lo siento por todas partes y yo solo puedo rezar para que el ladrillo se abra y se me trague viva.

Un estremecimiento, mezcla de asco y miedo, me sacude y él lo nota. Su sonrisa de depredador se ensancha. Está disfrutando con esto, igual que en los viejos tiempos.

—Tranquila, solo he venido a hablar contigo. Solo voy a hacerte una pregunta y luego me iré, te lo prometo —asegura. Conozco

demasiado bien sus ojos para saber que eso es mentira—. Dime, Kaya, ¿quién estaba el otro día en tu casa de noche? El hombre de la melena negra.

En medio del caos de emociones que estoy experimentando, la perplejidad devora al miedo durante unos segundos.

—¿Cómo sabes tú que…?

—Os vi en el balcón —me interrumpe—. Vi cómo te llevaba en brazos, cómo te acariciaba la nuca. —Ahí es donde acaba su mano, en mi nuca, y se cierra con fuerza tirándome del pelo. Un millón de alfileres me atraviesan el cuero cabelludo—. Es el mismo tipo que te salvó el día del camión, ¿no? ¿Fue ahí cuando lo conociste? ¿Tan pronto me has olvidado? ¿Tan poco me querías que ya estás con otro?

No sé qué me quema más, si el ácido de mi estómago, las lágrimas de mis ojos o la rabia de mis venas.

Ahora lo entiendo todo. Al fin encajan todas las piezas. La sensación persistente de que me vigilaban en el trabajo, en el almuerzo, por la calle... El encapuchado. El día del hielo. Cómo ha sabido dónde encontrarme hoy. Lo del balcón… Era él. Todo este tiempo era él.

Ha pasado más de un año y sigue buscando formas de controlarme, de asustarme, de hacerme daño… No va a dejarme en paz. Este cabrón hijo de una ladilla *nunca* va a dejarme en paz.

Algo crepita dentro de mi pecho. «Basta. Ya basta, joder».

—No voy a darte explicaciones —siseo—. Tú y yo ya no somos nada. Sinceramente, dudo si alguna vez lo fuimos, porque lo que sea que tú y yo tuvimos no puede llamarse amor, ni relación, ni nada.

—Te aconsejo que te calles o te vas a arrepentir —me advierte.

Una chispa salta. «Se acabó».

—De lo único que me arrepiento es de no haberme dado cuenta antes de cuál era tu verdadera cara, *monstruo*.

El infierno se desata y el fuego me devora. Cojo años de desprecios, insultos, miedo y amenazas, y los concentro dentro de mi puño antes de descargar un golpe contra el lugar donde creo que está su riñón. Su gruñido de dolor es música para mis oídos.

Lo piso, clavo mi hombro en su tórax, lo empujo y echo a correr en dirección a la calle principal. Con los tacones no llego demasiado lejos. Él me alcanza y de un solo bofetón me tira al suelo. La sangre se acumula en mi boca y estoy a punto de vomitar. No es el único lugar por el que sangro. La tibieza se desliza desde mis rodillas y empapa mis medias rotas.

Me arrastra de vuelta al interior del callejón. «Si dejo que me lleve a la oscuridad, me puedo dar por muerta», me angustio. Forcejeo, pero solo consigo llevarme un segundo golpe.

El sabor ferroso es tan denso e intenso que satura también mi nariz. Me cuesta coger aire. Una tromba de recuerdos me cae encima. Me hundo. Me ahogo. Me pierdo. Revivo la otra vez que me pegó. El puñetazo en la pared. La puerta del baño reventada de una patada…

Otro recuerdo se entrelaza con ese último y se cuela en medio del torbellino que me asfixia. La puerta impactando contra la pared, el Cuervo entrando al baño como un soldado listo para la guerra y partiéndose la crisma después de verme medio desnuda subida sobre el inodoro.

La luz regresa a mí. El aire también y logro reconectar con el momento presente. Algo cae del cielo, no sé si es real o una alucinación. Solo sé que es algo ligero, sedoso y negro. Más negro que la noche. Más negro que la tinta. Más negro que la pluma de un cuervo.

—Karasuhito —murmuro.



«Qué guapa estaba Kaya». Todavía sigo maravillado y eso que ya han pasado varias horas desde que se ha marchado con sus amigas.

No negaré que después de verla así vestida, me ha dado pena que se fuese. Me habría pasado la noche entera contemplando su belleza. Pero no puedo acapararla para mí solito.

La Kaya de este tiempo no es como la de antaño, ahora sí tiene una familia y amigas que la quieren, y es importante que cuide esas

relaciones porque es evidente que le hacen feliz. Y si ella es feliz, yo también lo soy. Aunque eso implique pasar menos tiempo con ella o no poder admirarla tanto como quisiera.

«Es que estaba guapísima», me reafirmo. Algo revolotea en mi estómago. Igual es amor o igual es que tengo hambre. Como no lo tengo claro, decido cenar ya.

Sin Kaya aquí no me apetece cocinar algo demasiado elaborado. Podría hacer un revuelto con huevos. Los huevos siempre son una opción ganadora. «Pero ¿con qué?». Rebusco por el frigorífico y los armarios a ver si me viene algo de inspiración, y lo veo. Las palomitas.

Descubrí esa maravilla el otro día, en Navidad, y no quiero desmerecer a los huevos porque son deliciosos, nutritivos y versátiles; sin embargo, puede que las palomitas sean el alimento más maravilloso inventado por el hombre. Solo he probado algo más adictivo en toda mi existencia, los labios de Kaya.

«Qué atractiva estaba hoy», pienso por trigésimo sexta vez en lo que va de noche y me vuelvo a quedar embobado mirando al infinito.

Algún día tengo que pedirle que se ponga otra vez ese vestido, aunque solo sea para quitar el polvo, me da igual, pero necesito hacerles ese regalo a mis ojos. Sí que lo necesito. Lo necesito *mucho*. Tanto como respirar o comer… «Comida. Palomitas».

Reconecto con la realidad y vuelvo a fijar mi atención en la caja de la alacena. «Es que estaba tan guapa y adorable cuando se ha ruborizado…». Por poco me abofeteo. «¡Céntrate!». Por esto mismo es más de medianoche y yo sigo sin cenar, porque no dejo de divagar sobre Kaya y su imponente belleza.

Con un resoplido frustrado, ato en corto mi desbocada mente. Ya seguiré comportándome de un modo románticamente patético luego, una vez que tenga el estómago lleno de palomitas.

Cojo la caja y una duda me asalta: «¿de verdad puedo cenar esto?». No es que haya nadie aquí para prohibírmelo, claro, pero las palomitas eran pequeñas y nos comimos el bol entre los dos enseguida, y eso que habíamos cenado antes.

«Se trata de un problema de cantidad más que de imposibilidad», recapacito. Puedo cenar palomitas siempre y cuando haga más de un bol. Es una lógica indiscutible, a mí desde luego me lo parece.

Dentro de la caja hay cinco bolsitas como la que Kaya metió al microondas. Cinco suena a un buen número. Seguro que con cinco me quedo lo suficientemente lleno. Lo que pasa es que esto me plantea un nuevo problema… «¿Puedo meter las cinco bolsas a la vez en el microondas?».

Miro el aparato. A juzgar por el tamaño, sí puedo. Aunque recuerdo que el paquete se hinchó bastante. Lo medito un segundo. Igual no es buena idea calentarlas todas a la vez. Pero no me apetece prepararlas de una en una, sería muy molesto tener que levantarme todo el rato.

«Puedo cenar otra cosa… No. No puedo. Quiero palomitas». Ya se me está negando aquello que más deseo en el mundo, besar a Kaya, no renunciaré también a esto. No lo haré. Me he ganado mi cena de palomitas. Claro que sí.

Tras consultar con mi leal amigo, internet, descubro que también se pueden hacer en una olla calentada al fuego. En cuanto leo esa primera frase, ya no necesito saber nada más.

Voy a la cocina, cojo la olla más grande que tenemos, rasgo las bolsas y hecho el contenido dentro. No parece gran cosa, así que cojo una segunda caja del armario y añado tres paquetes más. Ocho es mejor que cinco.

Los minutos pasan y mi mente está empezando a divagar otra vez, perdiéndose en los recuerdos de Kaya y su deslumbrante vestido, cuando escucho el primer estallido.

Ilusionado, corro al lado del fuego y miro dentro de la olla. Los maíces están vibrando y al fondo veo la primera palomita, una bola de algodón en medio de un campo amarillo.

Dos más saltan y se transforman ante mis ojos. «¡Esto es mucho más divertido que hacerlas en el microondas!», me emociono. La emoción me dura poco.

A las tres primeras les siguen cinco más. Luego diez. Veinte. Cincuenta. «Oh». No puedo seguir contando. «Oh, oh». Las

palomitas se acercan al borde de la olla a una velocidad alarmante. «Oh, no». Me giro corriendo para coger una tapa. Una erupción resuena a mi espalda y de pronto cae nieve con olor a mantequilla dentro de la cocina. «Kaya me va a matar».

Me lleva *mucho* rato recoger el desastre que he organizado. Cuando saco la última palomita de debajo de la nevera, la luna ya ha superado su punto álgido y ha emprendido el descenso en su parábola nocturna.

Desgraciadamente, me he quedado sin cena; pero al menos mi vida ya no corre peligro. Solo tengo que deshacerme de las evidencias y será como si aquí nunca hubiese pasado nada. El problema es que no sé cómo hacerlo.

He llenado dos bolsas de basura y no tengo ni la más remota idea de qué hacer con ellas porque no sé a dónde se lleva Kaya la basura los martes y los viernes.

Tras mucho meditar (no es que lo haya decidido en cinco segundos. No, qué va. Igual han sido diez), se me ocurre la solución perfecta. Voy a vaciar las bolsas por el balcón y a correr. El viento se encargará de llevarse las palomitas, igual que se lleva las flores de cerezo caídas en la primavera.

Y después de eso, me haré una tortilla. Las palomitas son deliciosas y tentadoras, pero ya he aprendido la lección. Es mejor ir a lo seguro. Los huevos nunca me harían pasar un mal rato semejante. Los huevos son mis amigos. En los huevos puedo confiar.

Agarro la primera bolsa de basura y me dirijo hacia el balcón.

«*Karasuhito*».

Mi cuerpo se paraliza en cuanto siento la llamada de Kaya. A su suave voz le sigue una ola arrolladora de miedo y dolor. Son suyos. Son de Kaya. Alguien le está haciendo daño.

Un rugido salvaje me rompe el pecho al mismo tiempo que mi sangre se convierte en una marejada de violencia densa y cruda. En menos de un segundo, me arrojo al vacío de la noche.



Su nombre se desliza por mis labios dejando una nota dulce en medio del amargor metálico que baña mi lengua. Es la dulzura de la esperanza. Porque sé que va a venir. Sé que no me va a fallar. Sé que ese loco emplumado pondría el mundo patas arriba por mí y eso a pesar de que no me quiere. No como yo a él.

Sí. En medio de este horror, la realización me golpea y ya no puedo negarlo más. Lo quiero. Lo quiero de verdad. No debo, pero lo quiero.

Casi no he tenido tiempo de terminar de pronunciar su nombre cuando un ruido sordo estalla a mi espalda y la fuerza que me arrastraba hacia las profundidades del infierno desaparece.

Caigo de rodillas y me vuelvo a hacer daño en las heridas abiertas. Aun así, ignoro el dolor, me giro y ahí está, mi guardián, mi salvador, mi faro de obsidiana, alzándose ante mí con su camisa hecha jirones tras haber volado hasta aquí a una velocidad imposible.

Su figura es imponente. La visión es sobrecogedora. Aunque lo que realmente hace que me estremezca es la ira fría y despiadada que refulge en sus ojos.

Karasuhito me mira por encima del hombro. Su hermosa boca se convierte en una línea pétrea y esa llama azulada que habita en sus pupilas se inflama y devora al negro cuando él repasa mis heridas.

Un gruñido amenazador obliga a retroceder al silencio del callejón y sus plumas se erizan a la vez que su labio se retrae dejando a la vista sus colmillos.

Es el depredador más peligroso de este mundo y se ha convertido en la furia reencarnada. Igual tendría que estar muerta de miedo, pero solo siento un alivio abrumador.

El Cuervo se acerca a mí y me acaricia el rostro.

—No te preocupes, estás a salvo. La pesadilla ya ha terminado. Al menos para ti —añade, dirigiendo sus ojos al hombre con el que tuve la desgracia de compartir varios años de mi vida.

Mis labios tiemblan. La emoción trepa por mi garganta obstaculizando el paso del aire. Todo está borroso. No quiero llorar. No quiero. Parpadeo fuerte.

Abro los ojos y no comprendo lo que veo. El callejón ha desaparecido y las sombras rojizas del ladrillo se han convertido en el manto verde de un bosque. «¿Qué es esto? ¿Me he desmayado?».

Delante de mí está el Cuervo, vestido con un yukata polvoriento y negro, igual de negro que los trajes del numeroso grupo que aguarda a varios metros, todos armados con lanzas, cuchillos largos y katanas. «¿Qué carajos es esto?».

Vuelvo a parpadear y estoy de nuevo en la noche de Seattle.

Con pasos lentos, Karasuhito se acerca a Ethan con la palabra "muerte" grabada a fuego en los abismos de sus ojos.

CAPÍTULO 29 - UN MONSTRUO Y UN DEMONIO

Dolor. Venganza. La sangre de Kaya. Justicia. Tortura. Su dulce labio partido. Mutilarlo. Despellejarlo. Sus preciosos ojos anegados en lágrimas. Eviscerarlo. Decapitarlo. El miedo que asfixia su corazón. Desmembrarlo. Hervirlo vivo. Todas las cicatrices que marcan su bella alma. Desollarlo. Arrancarle los ojos. Todas las veces que este cerdo le ha hecho daño. Fuego. Muerte.

Nada me detendrá. Lo voy a matar. Lo voy a matar de la forma más horrenda que se me ocurra. Y solo cuando su sangre bañe mi cuerpo, a lo mejor, el incendio de mis venas se aplaca un poco.

Esa montaña de mierda se pone de pie después de que yo lo haya lanzado por los aires para quitárselo de encima a Kaya. «Kaya…». Mi mente se precipita por una nueva espiral de violencia. «Torturarlo. Hacerlo sangrar. Hacerlo llorar. Matarlo».

—¿Cómo te atreves a ponerme la mano encima? —me increpa él —. ¿Y por qué vas con ese estúpido disfraz por la calle? Halloween ya pasó, *payaso*.

No sé qué clase de animal es un gato güin, y francamente, en estos momentos no puede darme más igual. Solo me importa una maldita cosa en todo este universo. «Sufre y muere».

Mi puño impacta en el centro de su cuerpo. El pobre infeliz ni lo ha visto venir. Seguramente no entienda por qué está doblado sobre sí mismo y a punto de escupir sus intestinos. Y eso que no le he dado tan fuerte. Me he contenido *bastante* para no matarlo de un solo golpe reventándole las entrañas.

Lo agarro del pescuezo para retenerlo en esa posición a la vez que mi rodilla se eleva. Se escucha un crujido cuando mi hueso impacta en su nariz.

Bajo la pierna, lo suelto y, mientras él se tambalea hacia un lado, yo le descerrajo una patada que lo hace despegar y estrellarse contra la pared. Esa escoria con forma humana se queda desmadejado en el suelo, tosiendo su propia sangre y resollando por el dolor.

Voy descalzo, así que mis pisadas no hacen ruido, aun así, sus sentidos lo alertan de que el cazador se acerca. Intenta ponerse en pie, pero no puede. Casi no puede ni sujetarse a cuatro patas.

Al darse cuenta de que no puede huir, retrocede todo lo que le permite la pared y balbucea incoherencias sobre el dolor que siente y su nariz. El hedor que desprende es insoportable, empiezo a pensar que se ha hecho sus necesidades encima. «Patético», me asqueo.

—¿Quién demonios eres tú? —me pregunta, cuando estoy a dos metros de él.

—Tú mismo lo has dicho, el demonio.

Un gruñido bronco reverbera por mi pecho acompañando al nacimiento de mis alas. Los ojos de ese cerdo se abren de forma desmedida y el pestazo que desprende se intensifica.

«Bien. Que se ahogue en su propio miedo antes de irse de cabeza al infierno».

Bato las alas con fuerza y me elevo varios metros en el aire. El fulgor pálido de la luna me abraza y se derrama sobre mi cuerpo desde atrás. «No quiero luz. No habrá luz para él. Solo tinieblas». Mis alas se extienden por completo y su envergadura bloquea toda la claridad del callejón. Ese repugnante humano grita, espantado.

—Yo soy el guardián de Kaya —declaro con voz profunda, espesada por el humo del incendio que me consume por dentro— y el que va a hacer que te arrepientas de haber nacido.

En respuesta a mi amenaza, su grito de terror se intensifica y, tras unos segundos, se apaga y muere.

Ese ser cruel que tanto disfrutaba atormentando a la mujer que debería haber adorado como a una diosa se desmaya al probar un poco de su propia medicina.

«Verdaderamente patético», bufo frustrado. No puedo torturarlo o matarlo si no se entera, eso no tiene gracia.



Contemplo atónita la escena que se desarrolla ante mí. Una escena más propia de una de mis pesadillas. Un callejón sumido en las tinieblas, un monstruo y un demonio. Y el monstruo acaba de quedarse inconsciente.

El nudo de mi garganta por fin baja hacia mi estómago y parpadeo para aclarar mi mirada. El verde regresa junto con el olor a tierra mojada, a vegetación y a… sangre. Mucha sangre. Una auténtica laguna en la que flotan a la deriva restos humanos mutilados.

En medio de la masacre, el Cuervo se alza como un faro pintado de carbón y carmesí. Las garras chorreando, la ropa desgarrada, la boca contraída en una mueca cruel y salvaje, el rostro vacío y la mirada perdida en la pesadilla que lo rodea. No queda rastro de su ternura, de su inocencia o de su bondad. Solo hay una bestia bautizada en sangre.

Mi estómago se retuerce, pero también hay otra sensación dentro de mí. Una que no reconozco como mía: alivio. Estoy feliz de que él los haya matado. «¿Por qué?», me horrorizo. No comprendo estos sentimientos. No comprendo por qué habría de alegrarme al ver cómo la oscuridad ha clavado sus garras en Karasuhito y lo está arrastrando al abismo.

Me duele verlo así. Me duele mucho. Me duele dentro del pecho, muy hondo, muy profundo.

Un violento estremecimiento me sacude y de pronto estoy de vuelta en el callejón. No sé qué me está pasando, pero si me estoy volviendo majareta del todo, desde luego he elegido el peor momento para hacerlo.

Karasuhito toma tierra y se acerca al cuerpo que permanece inerte y desmadejado.

—Vaya porquería de aguante —dice, dándole toquecitos con la punta del pie al despojo del suelo a ver si se despierta—. Si todavía no habíamos llegado ni a la parte de la tortura.

Me pongo en pie, me trago el dolor de las rodillas y voy con él. En cuanto me tiene a su alcance, su ala me envuelve y me lleva a su lado. Agradezco la sedosidad de sus plumas. Ahora mismo necesito esto, necesito cosas suaves y sensaciones amables.

Su brazo también rodea mi cintura y me estrecha fuerte contra su cuerpo. Juraría que está todavía más frío que de costumbre, puedo notarlo incluso a través del abrigo y la ropa.

—¿Qué hacemos con él? —pregunto. Ethan ha visto a Karasuhito, así que no puedo llamar a la policía y arriesgarme a que hable del Cuervo. Seguramente lo tomarían por loco, sin embargo, es evidente que aquí ha habido alguien más esta noche que ha detenido a ese cafre y le ha pegado. Las autoridades podrían investigar y acabar encontrando a Karasuhito… No voy a correr riesgos si se trata de él. Me niego.

—¿Cómo estás? —me responde, ignorando lo que le he dicho. Su otra mano me acaricia el lateral del rostro. Sus ojos se incendian otra vez al contemplar mis heridas.

—Estoy bien.

—No me mientas —me advierte muy serio.

«He dicho que ya no iba a guardármelo todo para mí», me recuerdo.

—Me duelen los golpes, pero estoy bien. —Sus ojos llamean en un aviso silencioso—. *Ahora* estoy bien —matizo, y apoyo mi frente en su pecho a la vez que agarro con fuerza su ropa. Él suspira y me abraza usando todas sus extremidades, las de carne y las emplumadas. Nos quedamos así un buen rato, hasta que los nervios vuelven a empujar la misma pregunta por mis labios—. ¿Qué vamos a hacer con él? Te ha visto.

Él me suelta y un frío paralizante se apodera de mi cuerpo. Clava sus ojos oscuros en el bruto del suelo.

—Podemos ser conservadores y limitarnos a torturarlo un rato, matarlo, desmembrarlo y tirar sus restos por ahí, como haría cualquier persona normal —declara con parsimonia. «¿*Normal*? ¿Cómo coño va a ser eso normal?»—. O podemos ponernos creativos. Puedo decapitarlo y sorberle los sesos como si fuese una

gamba. —Al oírlo, tengo que reprimir una arcada—. A mí cualquiera de las dos opciones me viene bien. —Se encoge de hombros.

—No puedes sorberle los sesos, ¡es una guarrada!

—Bueno, pues entonces lo desmembramos y…

—¡No! —exclamo. Él me mira, extrañado—. ¿No hay otra opción?

—Kaya, te ha hecho daño. Te ha hecho *mucho* daño durante *mucho* tiempo. Tiene que morir —sentencia con una ferocidad que hace que mis maltratadas rodillas tiemblen.

Entiendo cómo se siente y lo que me está diciendo, de verdad que sí. Y Ethan me importa una mierda, pero… El recuerdo de la alucinación que acabo de tener me golpea con brutalidad.

No quiero que Karasuhito sacrifique su bondad y su luz, y se convierta en un monstruo de verdad por mi culpa. No quiero volver a contemplar ese rostro desencajado, salvaje y carente de emoción.

Quiero al chico que se ríe de todo, que parece un cachorrillo excitado, que se tropieza cuando se pone nervioso, que canturrea mientras cocina, que me despide y me recibe cada día con abrazos, que se inventa las palabras y cuya presencia está sirviendo de ancla para que yo reconstruya mi corazón y mi vida.

No quiero que sus manos se manchen de sangre. No puedo arriesgarme a que eso lo cambie de ninguna manera, que ensombrezca su espíritu o empañe su alegría. Que lo devuelva a una vida de violencia que él mismo admitió que no le hacía feliz. No puedo. No lo haré.

—No quiero que asesines a nadie por mí, aunque ese alguien se lo merezca —confieso. Las hogueras color cobalto de sus ojos se avivan. No me acobardo. Avanzo y apoyo mi mano abierta sobre su corazón—. Por favor… —susurro, y una leve suavidad empieza a intuirse al fondo de su mirada—. Sé que eres mi guardián y que debes protegerme, pero ya lo has hecho, estoy a salvo contigo. Y yo… —La vergüenza me deja muda. No logro que las palabras avancen. «Tengo que decírselo». Él no para de repetirme que soy valiente y aquí y ahora le voy a demostrar que no se ha equivocado conmigo—. Yo también quiero protegerte a ti.

Sus ojos se abren de golpe.

—Kaya…

—Tú mismo dijiste que al principio tu vida era todo violencia y muerte, caos y oscuridad, y que no eras feliz. Me dijiste que esa chica te mostró otro mundo y otra forma de vivir. Imagino que gracias a eso, gracias a ella, ahora eres así, tan bueno, gentil y tierno. —Mi tono no deja de subir y bajar al compás de mis descontroladas emociones—. No pretendo compararme con ella o con lo que ella es para ti, pero… Pero tú eres importante para mí, yo también quiero cuidarte y no dejaré que arriesgues quién eres ahora, tu corazón ni tu luz. No lo haré —declaro, intentando sonar firme—. Así que, vamos a tener que buscar una alternativa a todo eso de los restos desperdigados por ahí.

La poca claridad que nos rodea es devorada por la oscuridad de sus ojos. Una oscuridad que contra todo pronóstico no es aterradora, sino acogedora. Una oscuridad en la que podría perderme para siempre y a la que podría llegar a llamar hogar.

—¿Estás totalmente segura de eso? —inquiere con voz grave—. Porque te juro que pocas cosas hay en este mundo que desee más que hacer pedazos a esa montaña de excrementos. Y aunque no fuese así, lo haría igualmente para protegerte. Haría cualquier cosa por ti, Kaya. Arriesgaría cualquier cosa por ti. Mi vida, mi corazón, mi felicidad, *todo*. Lo arriesgaría, lo entregaría, lo haría pedazos yo mismo de ser necesario porque nada de lo que poseo o de lo que soy tiene ningún valor sin ti.

«¡Me cago en todas las conchas del mar!». Me tengo que agarrar más fuertemente a él para no irme al suelo de golpe. Para ser un hombre perdidamente enamorado de otra, me dice unas cosas dignas de una novela de las hermanas Brontë, joder.

—Estoy segura —contesto con voz áspera, tengo la garganta más seca que los desiertos de Arizona.

—Si lo mato, serás libre al fin —insiste—. No tendrás que preocuparte nunca más por él. El miedo acabará para siempre.

—Me da igual. No te sacrificaré a ti para conseguirlo —repito obstinada. Sé que él tiene razón, pero me niego a ser tan egoísta. Me niego a ser tan cobarde.

Karasuhito posa su mano sobre la que yo tengo apoyada en su pecho y de ahí inicia una caricia lenta que se desliza por mi brazo y

asciende por mi cuello. Mis pulsaciones se desbocan.

Con delicadeza, sostiene mi barbilla y me obliga a alzar la cara. Nuestras miradas se enredan y el estómago se me queda del revés. Su rostro desciende hacia el mío y mi corazón alza el vuelo, nervioso y excitado, como una mariposa que acaba de salir de su capullo.

Su frente se posa en la mía. Siento la caricia de su nariz en mi pómulo. El olor a fósforo quemado se desliza con suavidad entre mis labios entreabiertos y deja notas ahumadas sobre mi lengua. Su boca está tan cerca… *Tan* cerca…

El anhelo se retuerce furioso dentro de mi cuerpo, sabiendo que nunca podrá saciarse porque él no me ama, su corazón es de otra, y la sensación es tan abrumadora que, por un segundo, temo echarme a llorar.

—¿De verdad estás segura? —susurra él, prácticamente contra mis labios.

Francamente, ya no estoy segura *de nada* porque con él tan cerca mi capacidad de pensar coherentemente se está desmigajando como una galleta en la leche caliente.

Se escucha un gruñido procedente del suelo. Ethan está volviendo en sí. Se nos acaba el tiempo.

—Que sí, pesado. Solo me importas tú —suelto sin pensar, porque mi cerebro ahora tiene la bonita y untuosa consistencia del puré de boniato.

Capto los destellos marfil de sus colmillos cuando él sonríe. Una vibración suave se extiende entre nosotros. Esto no es como los rugidos amenazadores de antes, esto es un ronroneo juguetón que hace que se me estremezcan hasta las pestañas.

—Está bien —claudica—. Lo haremos a tu manera. Pero si te hace daño una sola vez más…

No hace falta que acabe la frase. Sé perfectamente lo que viene detrás. Ya no habrá nada ni nadie que pueda detenerlo.

Un escalofrío me envuelve cuando su mano se desliza siguiendo la línea de mi columna hasta llegar a mis lumbares. Me presiona contra su cuerpo con firmeza, pero sin brusquedad, a la vez que me besa en la frente. Ese simple gesto hace estragos en mi pobre corazón.

Karasuhito da un paso hacia atrás, alejándose de mí y se prepara para encararse nuevamente con mi ex. Sus garras parecen alargarse como dagas de cristal negro y su labio superior, ese que tan tiernamente me ha besado hace un instante, se retrae en una mueca despiadada, dejando a la vista esos colmillos que podrían partirle el cuello a un buey.

No sé qué pretende hacer con él y aún tenemos entre manos el asunto de que lo ha visto. Supongo que solo puedo confiar en que respetará mis deseos, como hace siempre, y no lo matará.

Ethan murmura algo incomprensible, se lleva la mano a la nariz y suelta un siseo dolorido. Sus párpados se abren lentamente, mira a su alrededor, confuso, y sus ojos reparan en mí.

La confusión muta en sorpresa y luego en cólera.

—Tú… —Su voz es veneno—. *Puta*.

Mi paciencia se estremece como una vela dando sus últimos coletazos y se apaga de golpe. Algo se apodera de mí. Una sensación salvaje y explosiva.

Tengo a Karasuhito aquí mismo y esta noche he tomado consciencia de que soy más valiente de lo que creía. He elegido proteger a otra persona por encima de librarme de mi miedo. Un miedo que de pronto parece mucho más pequeño. Así que me niego a callarme más.

—Que te jodan, pero bien jodido, Ethan —le ladro, a la vez que mi dedo corazón se alza orgulloso y desafiante.

Sus ojos claros se incendian. Mi sangre también. Ya estoy *harta*.

—Date por muerta, Kaya. Te vas a tragar esas palabras junto con tus dientes…

—¡¡Basta!! —truena la voz del Cuervo, arrastrando con ella todas las sombras del infierno. A la vez, una cortina de plumas negras se alza frente a mí y me oculta de la vista de ese desquiciado.



—Date por muerta, Kaya. Te vas a tragar esas palabras junto con tus dientes…

La tierra se abre y yo me precipito a un abismo de oscuridad.

—¡¡Basta!! —estallo. Mi ala izquierda se extiende y oculta a Kaya.

Ese ser nauseabundo repara al fin en mi presencia y sus facciones se contraen por el miedo.

Me repugna. Lo odio. Quiero romperle cada hueso de su cuerpo. Quiero enseñarle sus propias vísceras y metérselas por la boca. Quiero matarlo. Quiero…

Una caricia me arranca de golpe de la espiral de violencia por la que estaba cayendo. Es Kaya. Tiene un brazo totalmente extendido en mi dirección y me ofrece su mano, mientras con la otra recorre suavemente el perfil de las plumas de mi ala.

Me sonríe tímidamente. Es una sonrisa pequeña. Es un amanecer de verano. Es el nacimiento de una estrella. Es lo más hermoso que he contemplado en mi vida.

Cojo su mano y respiro hondo. Solo importa ella. Solo ella. No debo olvidarlo.

—Escucha, escoria —mi voz suena como si la hubiesen arrastrado por un camino de carbones al rojo vivo—, no te atrevas a amenazar a Kaya. No la insultes. No le hables. No la mires. *Nada*. —Un gruñido grave reverbera entre mis costillas y él se encoge—. Este es mi primer y último aviso: como te acerques a ella, le hagas daño, pienses en ella siquiera o te atrevas a tratar así a otra mujer, lo sabré y vendré a por ti. Y la próxima vez no habrá palabras, solo dolor. *Mucho* dolor. Te arrancaré los tendones del cuerpo, clavaré mis garras en tus ojos, te abriré en canal, me comeré tu hígado a picotazos… —A Kaya le da una arcada, así que decido no entrar en más detalles—. ¿Está claro?

Ya no sé si este hombre es un insensato, un imbécil o tiene el organismo tan corrompido por el mal que no es capaz de pensar con claridad, porque en lugar de agachar la cabeza y asentir, dirige una mirada cargada de odio al ala tras la cual se encuentra ella.

Una ola negra como la brea me embiste y me pierdo en el mar de oscuridad por el que llevo navegando desde que he sentido la llamada de Kaya.

En menos de un latido, mi pie impacta contra su pecho y lo clavo a la pared que cruje de una forma inquietante. O a lo mejor ha sido

el cuerpo de este gusano. No lo sé, ni me importa.

Lo agarro del pelo y lo obligo a mirarme. Me inclino sobre él y gruño, enseñando los dientes. El hedor a miedo e inmundicia escala.

«Contrólate», me ruega una parte de mí que no ha sucumbido al fuego. «Piensa en Kaya. Hazlo por ella». Ella ha sido fuerte por mí, para protegerme, y yo debo serlo por ella. Si no soy capaz de comportarme como el hombre que ella espera que sea, no merezco estar a su lado.

Respiro. Vuelvo a respirar.

—Te he preguntado si ha quedado claro. —Mis labios siguen vibrando al compás de un sonido amenazador que brota del infierno que habita en mí. Por fin parece que el mensaje cala en él y asiente —. Espero por tu bien que eso sea cierto. A partir de esta noche, te comportarás correctamente, te olvidarás de Kaya y no le contarás a nadie lo que ha pasado hoy aquí o ya sabes lo que te espera. Si hablas más de la cuenta, te mato. Si buscas a Kaya, te mato. Si respiras demasiado alto, te mato. —Le suelto la cabeza con demasiado ímpetu y su nuca impacta contra los ladrillos.

Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, me incorporo y me giro, dispuesto a alejarme de él sin haberme cobrado su vida. Una parte de mí se rebela y ruge con furia, incapaz de tolerar que esa desgracia andante siga respirando.

Mi ánimo se aplaca un poco cuando veo a Kaya con las manos extendidas en mi dirección, una llamada silenciosa. Me quiere a su lado. Y también quiere unas manos que la sostengan, no que maten por ella. Unas manos que le ofrezcan consuelo, no sangre.

Ella no necesita mi violencia ni mi lado salvaje, sino todo lo contrario. Ella necesita un refugio cálido, un lugar seguro, necesita risas, abrazos, ternura… No puedo defraudarla. Antes me mato.

Con dos pasos largos llego hasta ella y rodeo sus dos manos con una mía, está helada. Le paso un brazo por encima de los hombros y la envuelvo entera con mi ala. Tengo que sacarla de aquí cuanto antes. Eso es lo único que importa ahora.

CAPÍTULO 30 - CUANDO LAS ESTRELLAN SE APAGUEN

En cuanto pongo un pie fuera de ese callejón, mis pulsaciones caen en picado. Ya he quemado toda la adrenalina de mi cuerpo (y puede que también las endorfinas, la oxitocina, la hemoglobina, la clorofila y solo Dios sabe qué más) y me noto inestable y mareada.

Y la sensación empeora cuando me agacho para recoger mi pobre teléfono. Menos mal que Karasuhito me tiene bien agarrada y sujeta con su brazo y su…

—¡Las alas! —exclamo—. No puedes ir por ahí con las alas extendidas. —Entonces, reparo en otra cosa—. Y vas descalzo.

—No pasa nada. Tampoco hay nadie por la calle.

—Aquí no, pero cuando lleguemos a las zonas residenciales seguro que nos cruzamos con alguien. —Pensándolo bien, entre mis golpes, mis medias rotas, mis rodillas ensangrentadas, sus alas negras y sus pies descalzos, lo mismo nos toman por miembros de una secta satánica—. No pueden vernos así.

—No pasa nada —repite de forma despreocupada—. ¿Quieres ver una peli cuando lleguemos a casa? —me pregunta, como si nada hubiese sucedido. De primeras me sorprendo, luego siento un alivio inmenso al ver que sigue siendo el mismo cabeza hueca de siempre —. He hecho palomitas… Bueno… Yo… Igual no… ¡He hecho palomitas! —sonríe de un modo que me recuerda *demasiado* al día del destripamiento de la secadora.

«Pero solo son unas palomitas y cocinar se le da bien, así que es imposible que la haya liado», me tranquilizo.

—Primero tenemos que llegar a casa y no podemos ir así por la calle —insisto. Aunque tampoco sé si un taxi nos dejará subirnos con estas pintas.

Él se detiene y me obliga a pararme. Retira un poco el ala y el frío de la noche se me clava por todos lados, especialmente en la carne abierta de las rodillas. Ahogo un siseo de dolor.

Sus ojos se oscurecen y me repasa entera, deteniéndose durante unos segundos eternos en mis piernas.

—Tienes razón, no puedes andar así.

—Yo no he dicho…

Sin darme tiempo a acabar mi protesta, me coge en brazos, nos metemos en otro callejón y al amparo de las sombras despegamos. El ascenso es brutal y el grito que se escapa de mi boca queda abandonado en el suelo junto con mi estómago.

Cuando los edificios son solo motas de luz a nuestros pies, Karasuhito extiende por completo las alas frenando en seco. Esta vez mi estómago sale despedido hacia arriba.

—Kaya, ¿estás bien? Tienes un color levemente verduzco.

—Tú tranquilo, cuando te vomite encima, tú también estarás verduzco.

El muy memo va y se ríe.

—Si tienes que vomitar, hazlo hacia abajo, por favor.

—Claro, Dios me libre de vomitarte los pechos… —Una vibración resuena en mi oído—. En tus pectorales de macho machísimo y varonil a más no poder —rectifico a toda prisa, haciéndolo reír de nuevo.

—Cuando estés lista para moverte, avísame e iremos a casa. —Me abraza más fuerte para protegerme del viento mientras planeamos suavemente.

Esto me recuerda al día que volamos juntos por primera vez y mi alma se caldea al pensar en su paciencia infinita y la ternura con la que me trató esa noche.

De pronto, me doy cuenta de que estoy lista para moverme, pero no para irme a casa. Después del momento tan espantoso que he vivido, no quiero volver. Aún no. Lo que deseo es otra cosa.

Alentar este tipo de situaciones entre nosotros es una insensatez y solo voy a acabar haciéndome daño, aun así, por esta noche, quiero olvidarme de todo y volver a sentirme como ese día, cuando él puso la luna al alcance de mi mano.

—¿Puedo pedirte una cosa? —murmuro contra su clavícula.

—Lo que sea.

Me da justo la respuesta que yo esperaba y se me escapa una sonrisa.

—¿Podemos volar un rato antes de regresar? Como… Como hicimos la otra noche…

No me responde y eso me sorprende y me pone nerviosa. Desentierro la cara de su pecho y alzo la mirada. La sonrisa más despampanante del universo me da la bienvenida y me derrito un poquito. Solo un poquito… Vale, está a punto de llover trozos de Kaya sobre Seattle, pero vamos a dejar los detalles gráficos para otro rato que bastante apuro estoy pasando ya.

—Podemos hacer lo que tú quieras. —Se lleva mi mano a los labios sin dejar de mirarme directamente a los ojos de una forma que… «Madre mía».

Me acaloro. Me fundo. Me calcino. Me evaporo. Me hundo. Floto. Estallo. Muto. No lo sé. Siento muchas cosas. Muchas cosas muy intensas. Muchas cosas muy intensas e inapropiadas. «Soy patética. Pa-té-ti-ca», me lamento por mi propia reacción.

Gracias al cielo, él se pone en movimiento y la brisa nocturna me despeja la cabeza. Navegamos sin rumbo sobrevolando los bosques y cordilleras que rodean la ciudad.

Aquí arriba, en sus brazos, me siento más en paz de lo que recuerdo haberme sentido desde hace años y me percato de que todo parece más pequeño e insignificante cuando te sientes segura y feliz. Creo que incluso sería capaz de dejar de lavarme las manos cincuenta veces al día y hacerlo solo unas veinte si toda mi vida fuese como este momento.

Nos detenemos justo encima de una gran masa de agua rodeada de abetos cubiertos de escarcha. No estoy segura, pero podría ser el Lago Cavanaugh. La superficie es un espejo de ónice con una perla dibujada sobre el cristal.

—Es una vista preciosa —musito embelesada.

—Sí que lo es —coincide él. Lo miro de soslayo y sus ojos están fijos en mi rostro, no en el paisaje. La vergüenza me devora—. ¿Te sientes mejor?

—No sé si "mejor" es el término adecuado —comento. Ante su mirada de preocupación, me explico—: Lo digo porque, a pesar de todo lo que ha pasado, me he sorprendido por cómo he reaccionado —admito con un ligero orgullo. Es una sensación nueva que deja una nota dulce y fresca en mi boca, como morder un melocotón—. Sí que me he asustado al principio, pero el miedo no me ha dominado igual que otras veces, ¿sabes? —le cuento, porque él no estaba ahí, no me ha visto—. Antes de que llegaras, incluso le he pegado. Con estos bracitos no le he hecho nada, claro, pero le he pegado. Y le he mandado a la mierda. ¡Y le he sacado el dedo! —Aunque él sí ha visto eso, se lo cuento igualmente porque estoy emocionada.

—Esa es mi chica —sonríe, y frota suavemente su mejilla contra la mía—. ¿Ves como sí que eres fuerte y valiente?

No puedo responder a su pregunta. Me he quedado mentalmente atascada en lo de antes. En lo de "mi chica".

«No he oído bien», decido yo solita tras meditarlo un nanosegundo. Habrá dicho "mi chicha". «Eso no tiene ningún sentido, ni que yo fuese un michelín de grasa». O igual ha dicho "mi cincha". «Eso tiene menos sentido aún, aquí no hay caballos». Algo aletea nervioso en mi estómago. «Da igual. Da igual lo que haya dicho porque desde luego no ha sido que soy *su* chica».

—Ha ayudado mucho que tú estuvieses ahí —reconozco, intentando centrarme en la conversación para dejar de desvariar.

—No te quites mérito, Kaya —me reprende—. Has sido muy valiente y no lo digo solo porque le hayas atizado, cosa que deberías haber hecho más —sonríe de forma traviesa—. Lo digo porque solo un corazón extremadamente fuerte puede anteponer el bienestar de otros al suyo propio. Lo normal habría sido que me hubieses ordenado matarlo, y que su muerte te hubiese alegrado —sus palabras traen de vuelta esa extraña visión que he tenido en el callejón—, pero no ha sido así. Tú has dominado al miedo, no has dejado que te envenenase el alma, has sido compasiva con alguien que no lo merecía, y también has sido generosa y valiente al querer protegerme a mí.

Con tanto elogio mi temperatura corporal empieza a escalar de forma descontrolada. Al final se va a producir una deflagración y nos

vamos a convertir en un meteoro surcando el cielo.

—No intento quitarme mérito —farfullo, aunque en el fondo sí lo hago porque creo que no es para tanto. Simplemente me he preocupado por alguien a quien quiero, es lo mínimo—. Solo he hecho lo que debía. Tú eres más importante que librarme para siempre de ese loco. —Tras meditarlo un segundo, añado—: Y francamente, lo más seguro es que sí me haya deshecho de él definitivamente, aunque siga vivo. Dudo que se atreva a acercarse a mí después de verse las caras contigo.

Es imposible que Ethan ignore las promesas de muerte del Cuervo. Nadie lo haría. No va a molestarme nunca más. Ya no habrá monstruos acechando en las sombras. La pesadilla ha terminado para siempre.

Debería estar feliz. Debería estar cantando, riendo y aplaudiendo. Sin embargo, lo que está pasando en mi interior es totalmente diferente. Ansiedad. Un torrente embravecido de ansiedad que amenaza con ahogarme viva.

—Kaya, ¿qué sucede? —Por supuesto, él se ha dado cuenta.

Trago, pero nada baja por mi garganta, toda mi saliva se ha secado de golpe.

—¿Te vas a ir? —pregunto con tono infantil, desamparado y roto, tan roto como siento el corazón.

—¿Qué? —Me mira extrañado.

—¿Vas a marcharte? —Inconscientemente, cierro mis manos con fuerza alrededor de su ropa para retenerlo conmigo—. Ahora que ya has cumplido tu misión, que ya no necesito un guardián, ¿te vas a ir?

El poco orgullo que he sentido antes se funde como un helado que tardas demasiado en comerte. No soy fuerte. No soy valiente. No soy generosa. No soy nada.

Ahora mismo, debería estar contenta por mí y por él. Si ya no tiene que vigilarme, podrá volver a su hogar. Podrá recuperar su libertad en lugar de pasarse el día encerrado en mi apartamento. Podrá volver a su vida meditativa, recordando en paz a la mujer a la que sigue amando en vez de tener que soportar mi culo de pirada,

mi mal carácter, mis ataques de ansiedad y mis sentimientos no correspondidos.

Debería alegrarme por él. Dejarlo ir. Devolverle su vida. Pero no puedo. Me he llenado la boca diciendo que quería protegerlo y cuidarlo, y ahora… Ahora no puedo soltarlo aun sabiendo que estar aquí conmigo no es bueno para él.

Después de haber visto la luz, no quiero quedarme otra vez a oscuras. No quiero que se vaya. No quiero perderlo. No puedo. «Por favor, no me dejes».

—Kaya, ¿podrías mirarme, por favor?

No me he dado cuenta de que he cerrado los ojos para contener las lágrimas, cosa que no he logrado porque la sal me escuece en la piel irritada de la mejilla y en los labios.

—No lo sé —respondo con demasiada sinceridad. Mi cerebro está exhausto a estas alturas.

—Por favor. Esto es importante.

Lucho por hacerle caso y en cuanto mis párpados se separan, el aguacero se derrama. Con una delicadeza inmensa, él me seca el rostro con su pulgar. Cada caricia aviva la hoguera de mi cabeza.

«No te vayas. Quédate conmigo. Aunque no me quieras, aunque nunca lo hagas, no me dejes. Por favor».

—¿Recuerdas lo que te dije en Navidad? —inquiere él con tono bajo y sereno. Hasta su voz me reconforta.

«Por favor, no te vayas».

—¿Que soy una fruta?

Una bocanada de aire me despeina cuando Karasuhito exhala una potente carcajada.

—No me hagas reír ahora, que esto es serio —me regaña, como si lo hubiese hecho a propósito—. ¿Recuerdas el regalo que te hice?

Mi cerebro tiene que hacer un esfuerzo inmenso por encontrar ese pedacito de información en medio del caos pegajoso y gris que enturbia mis pensamientos.

—Me regalaste una promesa.

—Eso es. —Su mano se mueve con cuidado hasta alcanzar mi nuca y me ladea el rostro. Ya no tengo forma de esconderme de sus ojos—. Te juré que me quedaría a tu lado hasta lograr que sanases y

que tu vida fuese plena y feliz. Y tú aceptaste mi regalo. Ser tu guardián va más allá de velar por tu seguridad física, también estoy aquí para proteger tu corazón.

Su ternura me desarma por completo. Él es demasiado bueno y yo me estoy comportando de un modo despreciable y egoísta. Le quiero. Le quiero de verdad, lo que pasa es que soy una cobarde. Y necesito dejar de serlo.

Por eso, me trago el dolor, las lágrimas y las esquirlas de mi destrozado corazón y digo:

—No quiero retenerte aquí por una promesa o un deber. Ya me has ayudado más de lo que merezco, no hace falta que hagas más por mí. Estaré bien. —Me obligo a sonreír—. Si echas de menos tu hogar, tu vida y tu tranquilidad, puedes marcharte… —La voz se me rompe al decir esa última palabra. Toda yo me estoy rompiendo.

—¿Tú quieres que me vaya? —pregunta. Me debato entre la sinceridad absoluta y lo que es correcto. Él parece ver a través de mí como si yo estuviese hecha de cristal—. Y necesito que respondas con honestidad o esta conversación puede conducirnos a un lugar al que, a lo mejor, ninguno de los dos queremos llegar porque, y perdona mi osadía, por tu reacción de hace unos instantes, creo que tú no quieres que me vaya.

«A la mierda con todo». Ya qué más da, me ha pillado y sabe que soy un ser mezquino.

—No quiero. —Para suavizar mi mal comportamiento, añado—: Aun así, tampoco me enfadaré contigo ni te detendré si tú consideras que lo mejor para ti es volver a Japón. —No estoy mintiendo. No me enfadaría, solo me quedaría devastada y con el corazón convertido en un campo de ruinas—. Solo quiero lo mejor para ti. —Esto tampoco es mentira.

—Bien. —Hace una pausa y su silencio se convierte en un arma afilada que horada mi carne—. Si depende de mí, ¿sabes cuándo estaré listo para separarme de ti? Cuando las estrellas se apaguen para siempre y dejen de existir —afirma con calma. Por poco rompo a llorar otra vez—. Al margen de la promesa que te hice, quiero quedarme contigo, Kaya. No por obligación o deber, sino porque es

lo que realmente deseo. Es lo que más deseo en este mundo, estar a tu lado.

Sus palabras y la intensidad de su mirada terminan de quebrar mi voluntad y antes de cometer una insensatez, como, no sé, besarlo, escondo corriendo el rostro en su pecho y me aferro a él con una desesperación necesitada.

—Entonces, quédate conmigo —susurro, embriagándome de su olor.

—Siempre. —Me acaricia el pelo—. Mientras tú me quieras cerca, siempre estaré aquí. Cuando me necesites, estaré aquí. Cuando no estés, te esperaré. Te esperaré otras cien vidas si es preciso —declara con tono estrangulado, como si hubiese forzado las palabras a través de un espacio muy estrecho. No entiendo muy bien lo que quiere decir, igual es que estoy lenta por culpa del agotamiento—. Te buscaré. Te llamaré cada noche para que vuelvas a encontrar el camino de regreso a mí… —Su pulso se agita y su pecho se llena hondo un par de veces—. Y cuando haya que comprar estropajos otra vez, también estaré aquí.

Se me escapa la risa.

—Eso no sucederá hasta dentro de unos cuantos años —aclaro.

—Da igual. También estaré aquí. Siempre.

«Siempre», repito en mi cabeza, y no negaré que me gusta cómo suena eso.

Sé que no debería sacar sus palabras de contexto ni adornarlas con un bonito matiz romántico porque ya sabemos que el señor Cuervo es un intensito de la leche y, además, él está perdidamente enamorado de otra. Pero por esta noche decido darme una tregua y no ser demasiado dura con mi alocada imaginación.

—Gracias, Karasuhito.

El brazo con el que me sostiene las piernas empuja hacia arriba y mi rostro se desliza por su cuerpo, su cuello… Me alejo a tiempo de evitar rozar su cara y su boca.

—Perdona, pero necesito que me mires. —Lo hago y mi vista se enreda en sus pestañas y se precipita al abismo de sus ojos, donde habita un sentimiento poderoso y lleno de luz—. Soy yo el que debe darte las gracias, Kaya. Por no rendirte. Por volver. Por encontrarme.

—No entiendo…

—Sé que no lo haces —sonríe con pena—, pero algún día lo harás. Estoy seguro de que lo harás. Lo entenderás todo. Lo recordarás *todo*. Aun así, quiero que sepas lo agradecido que te estoy. Solo eso. —Sus labios bendicen mi frente—. Estás helada… Y seguro que estás agotada. Será mejor que regresemos ya.

—De acuerdo —asiento. Realmente no me importa el frío, pero me siento muy confusa ahora mismo como para llevarle la contraria.

Sus palabras no tienen el más mínimo sentido para mí. Yo no volví a ningún sitio y tampoco lo encontré, fue una de las chicas la que rezó por mí. Sin embargo, algo ha resonado dentro de mí cuando él ha dicho eso y ahora siento que una idea está empujando mis paredes mentales desde dentro, aunque no logro saber qué es.

Y mientras regresamos a casa, no puedo deshacerme de esa molesta sensación. Es igual que cuando no recuerdas una palabra y la sientes en la punta de la lengua.

Al final decido que es mejor dejar el asunto para mañana, seguro que mi cerebro está más despejado entonces. Ahora la prioridad es dormir. O eso creía antes de cruzar la puerta del balcón y toparme con dos bolsas de basura llenas de palomitas tiradas en la cocina. «¿Qué coño…?».

Miro al Cuervo, este da un respingo, suelta un graznido estrangulado, se cubre el lateral del rostro con la punta del ala y se va con paso ligero en dirección al baño.

CAPÍTULO 31 - SOPITAS DE PAPEL

«Mañana no voy a poder ir a trabajar», me lamento al contemplar mi reflejo en el espejo. La mitad izquierda de mi cara parece un arándano gigante por culpa de un cardenal, mi labio inferior está hinchado, igual que la rodilla derecha, sobre la que apenas puedo apoyar peso. También tengo agujetas por todo el cuerpo del estrés y unas ojeras espantosas porque he dormido menos de tres horas.

Aunque debo admitir que el rato que he dormido al menos ha sido *muy* agradable. He vuelto a soñar con esa casita con el techo de paja y con Karasuhito, con su mirada llena de picardía, con él cubriéndome de besos y abrazos mientras yo cocinaba y con… bueno… con otras cositas que pasaban al irnos a dormir y en las que prefiero no pensar para que mi rostro no pase de ser un arándano a una cereza.

No sirve de nada. En cuanto nuestras miradas se cruzan en el reflejo del espejo, el calor se propaga como una infección bajo mi piel.

Está en modo súper protector y no se ha despegado de mí en todo el día. De hecho, esta mañana me lo he encontrado durmiendo en el pasillo, justo delante de mi puerta, igual que esa semana que yo lo traté como a una mierda y sin razón.

Acordarme de aquello me ha hecho sentir muy culpable y, por eso, le he dejado ir respirándome en el cogote toda la mañana. Solo por eso. No tiene nada que ver con que su olor me relaje, que me agrade que me toque o me coja de la mano, o que fantasee con que él me acabe viendo del mismo modo que yo a él. No. No, qué va. Yo no soy tan ilusa. No. Y mantendré esta afirmación a menos que me aten a un detector de mentiras.

—Mañana tendré que quedarme en casa —suspiro resignada, intentando distraerme con la conversación—. Eso, o decir que me he caído por las escaleras.

—A mí me hace muy feliz que te quedes aquí —declara él con una sonrisa—. Puedes quedarte mañana, pasado, esta semana… Para siempre.

Me río a la vez que niego en silencio.

—Te recuerdo que seguimos necesitando el dinero para comer.

—Si es por ti, no me importa comer papel higiénico —asevera, y lo peor de todo es que le creo. Me creo que este memo se pasaría el resto de su vida comiendo papel si fuese por mí y mi corazón se pone a hacer unas cabriolas de lo más ridículas—. También podemos criar gallinas en el balcón, así tendremos huevos. Podemos comer tortilla de papel.

—Estás loco —me río.

—Loco por ti.

Me atraganto.

—¡¿Qué?! —chillo de forma estridente, entre toses.

—¿Qué? —repite él, como si también estuviese sorprendido.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

«Nada y una mierda».

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Desvía la mirada y se pone a silbar.

—Me cago en los Choco Krispies… ¿Qué has dicho? —Separo bien las palabras de esa pregunta para que se note a la perfección la amenaza subyacente.

—¡Voy a hacer algo de comer mientras aún tenemos comida rica! —exclama, y se va del baño a toda prisa.

—¡Oye! —Le persigo—. ¡Vuelve aquí!

—No quiero. Voy a cocinar. Tenemos que alimentarnos bien ahora que todavía podemos.

—No me importa la comida, lo que quiero es…

—¡Pobrecitos de nosotros que no vamos a tener dinerito para comer! —Alza la voz de forma melodramática, interrumpiéndome.

Me trago la risa porque no me da la gana que se crea que se ha librado de esta.

—Karasuhito…

—¡Vamos a tener que hacer sopitas de papel!

—Oye…

—¡Comernos el relleno del sofá!

—Deja de…

—¡Y para el postre recogeremos florecitas en el parque y las chuparemos como si fuésemos abejitas!

Ya no puedo más y estallo en carcajadas. En menos de un latido lo tengo a mi lado, riéndose también y levantándome por los aires en un abrazo que por poco me corta la respiración.

—Eres bobo.

—Lo sé. —Que lo admita ya es un paso—. Ahora vete a descansar, tu cuerpo lo necesita. Yo voy a hacer la comida.

Me lleva en volandas hasta el sofá y me da un beso en la coronilla antes de regresar a la cocina.

—Ya voy a descansar suficiente si no voy a trabajar —refunfuño, porque al final él ha ganado y yo he quedado como una idiota al creer que ha dicho que está loco por mí.



«Madre mía, ¡qué poco ha faltado!», me llevo la mano al pecho ahora que Kaya ya no me ve.

Mis nervios siguen a flor de piel después de todo lo ocurrido anoche, no he pegado ojo, no pienso con claridad y se me están escapando cosas que no deberían salir de mi cabeza. Si sigo así, al final le voy a acabar soltando a bocajarro toda la verdad y eso sería terrible… «¿Lo sería?». No lo tengo tan claro.

Estoy empezando a percibir cosas en Kaya que me hacen creer que, o bien me está recordando, o está desarrollando algún tipo de sentimiento por mí al margen de nuestro pasado juntos.

Su pulso se acelera cuando la toco. La temperatura de su piel sube si me acerco mucho. Me mira con bastante intensidad cuando

cree que no estoy atento. Todo lo que dijo ayer… Pero tampoco quiero ser presuntuoso. Podría estar equivocado.

Me paso la mano por las plumas, frustrado. Todo sería más sencillo si pudiésemos hablar abiertamente del tema. Aunque eso podría causarle más estrés si yo estoy interpretando mal las señales. Cosa posible, dado que llevo siglos sin acercarme a una mujer y que solo he vivido la experiencia de enamorarme una vez y aquí sigo, seiscientos años más tarde, idiota perdido por la misma mujer.

«Debo ser paciente», me recuerdo. Es mejor dejar que sea ella la que dé el paso si se siente lista. Solo tengo que mantener mi bocaza bajo control hasta que se me pase el pico de adrenalina de ayer y todo irá bien. Puedo hacerlo.

—¿Y tienes que avisar a tu jefe de que no vas a ir a trabajar? —pregunto, para mantenerla ocupada con otros temas y que se olvide de mi desliz.

—Sí, tendré que mandarle un mensaje luego. Además… —Se queda callada durante tanto rato que me preocupo y me giro. Su ceño parece una verdura en salazón.

—¿Pasa algo?

—Estaba pensando en las chicas…

—¿Por algún motivo en concreto?

—Si no aparezco a la hora de la comida, se van a preocupar; así que tengo que avisarlas también, pero…

—Pero… —Empiezo a preocuparme porque normalmente no hay que sacarle las palabras de este modo.

Sus ojos me buscan y veo angustia en ellos. Suelto todo y corro a su lado. Me siento en el suelo frente a ella y le sujeto las manos porque ya se las estaba dejando rojas de tanto frotarse la piel.

—No quiero mentirles —me cuenta con voz débil—. No quiero esconderles más cosas. Ellas mismas me pidieron que no las dejase al margen y que no me lo guardase todo.

—Me parece una petición razonable. A mí no me gustaría que me lo hicieses.

—¿Me estás animando a contárselo? —Enarca una ceja con actitud escéptica.

—¿Por qué no ibas a hacerlo? —me sorprendo.

—Porque hay cosas que no puedo explicarles, como… —Me mira de reojo—. Y si les digo que Ethan me ha hecho daño, querrán venir a verme y a ver qué hacemos con… —Vuelve a mirarme.

«La pobre piensa siempre en todos antes que en sí misma», me lamento.

—Kaya, si son tus amigas y si de verdad las quieres, se merecen tu sinceridad.

Se le abre tanto la boca que se le podría colar un escarabajo dentro. Le empujo la barbilla para cerrársela porque como eso pase de verdad, como se le meta un bicho dentro, la perderé para siempre porque se morirá del asco.

—Sé que hay cosas que no puedes explicarles —prosigo—, pero cuéntales lo que sí puedas. Y sobre el resto, simplemente diles que en estos momentos no puedes hablar de ello. Si ellas te quieren como tú a ellas, te respetarán y lo entenderán. —Tras meditarlo unos instantes, ella asiente—. Bien. Y respecto a lo otro, si vienen aquí, yo puedo… —Miro a mi alrededor. «Puedo ¿qué? ¿Dónde me meto?»—. No sé… Puedo volar al tejado y quedarme ahí hasta que ellas se vayan. —Por la cara que pone, creo que mi sugerencia no le ha agradado—. ¿Y si me escondo en la despensa del pasillo?

—No te ofendas, pero no cabes dentro con ese cuerpo descomunal tuyo.

—¿En tu armario?

—No eres un calcetín.

Resoplo. A veces me pone las cosas *tan* difíciles… Y por alguna absurda razón eso me irrita y me gusta. Soy un ser de lo más extraño.

—¿Debajo de tu cama, tal vez?

—Si vienen, estarán aquí horas —dice con preocupación. Preocupación por mí, y eso calma mi leve exasperación y me hace sonreír.

—No pasa nada. No me importa pasar unas horas ahí. Puedo llevarme una bolsa de palomitas para picotear y así no me aburro. —Sí, sigo con antojo desde mi cena frustrada de ayer. Ella se ríe y niega en silencio—. Debes hacer lo que necesites para sentirte cómoda y bien, y para lo demás ya buscaremos una solución, ¿vale?

Estoy atento a su boca porque espero su respuesta y, de pronto, la veo venir hacia mí. Mi primer impulso es ir a su encuentro, enredar las manos en su sedosa melena y beberme sus labios. «Control». Pero no puedo hacer eso, claro.

Mi cuerpo se rebela, quiere moverse, y yo considero seriamente la idea de clavar las garras en el suelo para obligarme a permanecer en el sitio. «¡Control!».

Aguanto estoicamente y Kaya deja atrás mi boca, apoya su frente en mi hombro y me abraza. Esto no se parece a los otros abrazos que me ha dado, esos que eran necesitados, ansiosos y que pedían consuelo. Ahora no soy yo el que entrega algo, sino el que recibe.

Su cariño arremete contra mi cuerpo con una suavidad poderosa. Me envuelve. Me arrastra. Se introduce por mi piel, mi boca, mis ojos… Me ahogo, pero moriré feliz. Todo desaparece y en medio del vacío solo existimos ella y yo. Ella, yo y esta sensación cálida que cada noche he rezado por volver a sentir.

—Gracias —susurra, y apenas la escucho por encima de los latidos atronadores de mi corazón que se siente más vivo que nunca.

CAPÍTULO 32 - SI ESTO FUESE UNA PELÍCULA DE TERROR

Las amigas de Kaya están a punto de llegar, así que me mentalizo para pasar las próximas horas debajo de su cama.

Ella ha limpiado tres veces el suelo, ha extendido mantas y cojines para que yo esté más cómodo, y se ha asegurado de que la ventanita que se conecta a internet tenga la batería llena para que pueda entretenerme. Es tan considerada.

—¿Estás seguro de esto? —pregunta preocupada, mirando alternativamente a la cama y a mí.

—Lo estoy —afirmo. Y aunque no lo estuviese, ya es tarde para echarnos atrás. Esas jóvenes tienen que estar al caer.

El pitido estridente de la campanilla eléctrica de la puerta me da la razón.

Kaya se gira hacia el pasillo y empieza a retorcerse las manos. La sujeto antes de que se haga daño.

—Tranquila, todo va a ir bien, ¿de acuerdo?

Ella asiente, pero no parece muy convencida. La atraigo hacia mí y le doy un beso en la cabeza. El olor a vainilla de su champú me hace cosquillas en la nariz y en el corazón.

La campanilla de la puerta vuelve a sonar. Y luego otra vez. Y dos más. Parece que esas chicas están tan nerviosas como Kaya.

Para no retrasarla más, la suelto, me arrodillo y me deslizo debajo de la cama. Desde mi escondrijo veo cómo los pies de Kaya se alejan y desaparecen tras la esquina. A los pocos segundos toda la casa se inunda de gritos, lloros, maldiciones y lamentos angustiados.

«¿Esto es normal?», me preocupo al ver que los alaridos van en aumento en vez de apagarse. Me imaginaba que sus amigas iban a

asustarse al ver el aspecto de Kaya, pero esto parece un gallinero en el que se hubiese colado un zorro.

Los nervios de ayer siguen demasiado frescos y mis pulsaciones duplican la velocidad normal. «¿Y si se han enfadado con Kaya por algo? ¿Y si la están tratando mal?». Los martillazos de mi corazón están a punto de quebrar mis costillas. Intento controlarme… Y acabo saliendo de mi escondite a toda prisa en cuanto oigo a Kaya berrear de forma histérica.

Avanzo por el pasillo sigilosamente. Me escudo en las sombras y observo desde la esquina una escena que no tiene el menor sentido para mí.

Hay tres chicas sentadas en el sofá. Una es menuda como Kaya, sonríe con dulzura y tiene el rostro redondeado, el pelo castaño a la altura de los hombros, piel clara y unos ojos turquesas como las aguas de Okinawa. Las otras dos son más altas. Hay una rubia de fríos ojos azules y gesto hosco. Y la última joven tiene la piel tostada, ojos vivaces y oscuros, sonrisa amplia y el pelo muy rizado.

Kaya está en la cocina, prácticamente subida encima del fregadero. Con una mano sujeta un cucharón de madera, en la otra tiene el bote de lejía, y se ha alzado el cuello del jersey hasta cubrirse media cara.

No comprendo lo que ocurre, pero sí sé leer el lenguaje corporal de la chica que lo es todo para mí y su actitud defensiva es más que evidente. Se está protegiendo de algo. Una pesada frialdad empieza a instalarse dentro de mi pecho y mis músculos se tensan.

—Mujer, no seas así —se ríe la muchacha de los rizos—. Que es solo un catarrito de nada.

—No estoy acatarrada —declara la rubia con voz muy nasal—. Es alergia.

—Alergia y una mierda —replica Kaya. Cuesta entenderla a través de la ropa—. Estamos en invierno, Meredith, hace como treinta grados bajo cero, no hay plantas ni bichos ni nada. No puede ser alergia.

—Sí que es alergia —asegura la rubia con calma—. Ya os lo dije, la gente feliz me da urticaria y ayer estuvimos rodeadas de personas

muy sonrientes en ese maldito bar de cowboys. Es alergia a la alegría ajena.

Las otras dos chicas del sofá se ríen, pero Kaya no parece nada contenta.

—A otro con el cuento, Meredith la Tifoidea. ¡Has traído tus gérmenes a mi casa! —Agita el bote de lejía con ferocidad.

Suspiro. Parece que he pecado de sobreprotector y no está pasando nada malo de verdad. Debería volver a la habitación antes de que reparen en mi presencia, sin embargo, me cuesta irme viendo a Kaya tan alterada.

—No tengo gérmenes. Y ahora ven aquí, haz el favor.

—¡No voy a acercarme a ti y que me pegues el catarro, la mononucleosis o lo que sea que tengas!

La rubia chasquea la lengua tan fuerte que es un milagro que no se la haya partido.

—Cielo —la joven de los rizos oscuros toma la palabra—, hemos venido aquí para que nos cuentes lo que te ha pasado y no podemos hablar si estás a metros de distancia soltando disparates por la boca.

—Yo tengo una mascarilla en el bolso sin usar si quieres ponértela —le ofrece la chica más menuda—. La llevo siempre por si me hace falta en el hospital.

—Lo que necesito es que Meredith se meta en un traje de buzo —replica Kaya.

—Bueno, ya está bien. —Los ojos azules de la rubia se incendian y un escalofrío de alerta baja por mi columna—. Kaya, ahora mismo tenemos cosas *mucho* más importantes entre manos que mi puto catarro. ¡Como no aposentes tu culo en este sofá en los próximos diez segundos, te voy a arrancar los dedos y me voy a hacer un caldito con ellos!

«¿Acaba de amenazar a Kaya?». Algo turbio y denso se cuela en mis venas y burbujea lentamente dejando una sensación cáustica.

Mi mente se nubla y lo único que tengo claro es que no pienso permitir que *nadie* le haga daño a Kaya otra vez. Lo de anoche no va a repetirse.

—¡Estoy hablando totalmente en serio! —afirma la joven con un tono amenazador—. Deja de ser una hipocondríaca y ven aquí ahora

mismo. Porque como tenga que ir yo a buscarte, te voy a coger de los pelos y…

La oscuridad me engulle.



—¡Estoy hablando totalmente en serio! —vocea Meredith—. Deja de ser una hipocondríaca y ven aquí ahora mismo. Porque como tenga que ir yo a buscarte, te voy a coger de los pelos y…

—Ponle un solo dedo encima a Kaya y te juro que te quedas sin mano, sin brazo y sin intestinos —sisea el Cuervo, materializándose detrás del sofá.

«Ay, joder». Se me caen el bote de lejía y el cucharón.

Las chicas se giran de golpe siguiendo el sonido de la inesperada voz y cuando ven la imponente figura de Karasuhito, sus ojos se abren de forma desorbitada, el gesto se les desencaja y las tres se ponen de pie corriendo en medio de alaridos incoherentes.

Yo me quedo petrificada y no atino a decir nada.

—¡¿De dónde coño ha salido este tío bueno?! —grita Jenna.

—¡Fuera de aquí, secuestrador! —chilla Isa, que se quita la bota con una rapidez asombrosa y se la tira a él a la cabeza—. ¡No te acerques a nosotras! ¡Si nos haces algo, mi nana vendrá a por ti!

Por supuesto, el Cuervo no tiene ningún problema en esquivar el proyectil. Tampoco le cuesta nada evadir la segunda bota de mi amiga, su chaqueta («a este paso, la pobre se queda en ropa interior») ni los dos cojines del sofá. Lo siguiente que sale volando es el mando de la televisión.

Cuando Isa se queda sin cosas que lanzar, Jenna da un paso al frente y adquiere una posición que no sé ni cómo definir. Tiene las piernas separadas, una rodilla doblada y la otra perfectamente estirada, uno de sus brazos forma un ángulo recto por encima de su cabeza, el otro está extendido y su palma apunta a Karasuhito. Además, está haciendo un extraño bamboleo con la cadera.

—¡Que sepas que puedo patearte tu culo de macizo! —amenaza Jenna, y se me escapa una cosa a medio camino entre una risa y un

gruñido—. ¡Sé taekwondo! ¡Di dos clases! —Me vuelvo a reír de su desvergüenza—. Realmente fue una y media. El segundo día me largué a por un café y un croissant porque aquello era un coñazo y no volví. ¡Pero sé lo básico y puedo patearte el culo!

Llegados a este punto, solo puedo dar gracias al cielo porque esta amenaza no sea real o no sé qué habría sido de nosotras. Si esto fuese una película de terror, estaríamos todas muertas.

Por suerte, aunque el Cuervo sí tiene unas tendencias un poco homicidas, solo las dirige contra la gente mala y no contra la gente mema como nosotras. Así que estamos a salvo.

—Mi problema no es con vosotras dos —asegura Karasuhito con una voz profunda y suave como el terciopelo y, al mismo tiempo, más cortante que una navaja. Desde luego no está contento.

—Virgen santísima, qué voz —se le escapa a Isa, y sus mejillas se arrebolan.

—Podría leerme las instrucciones del champú y me seguirían dando sofocos —admite Jenna, igual de boquiabierta que Isa.

«Lo que yo decía. Habríamos sido cuatro memas muertas». Niego en silencio.

—Mi problema es con ella. —Él fija sus ojos rasgados en Meredith, que parece la más entera de las tres.

Mi amiga deja escapar una risa seca y avanza hasta colocarse por delante de Jenna y de Isa, las obliga a retroceder y las escuda con su cuerpo. Después, centra su atención en el Cuervo, se yergue cuan alta es, alza la barbilla con soberbia y lo mira con un desprecio capaz de hundir edificios.

«O igual Meredith no habría muerto», recapacito. Debo admitir que esa rubia puede ser muchas cosas, pero desde luego tiene unos nervios de titanio y unas agallas más grandes que las de una ballena.

—Bien —dice ella con voz gélida—, si tienes un problema *conmigo*, podemos resolverlo después de que ellas tres se marchen.

—No vamos a dejarte aquí con él —protesta Isa, y se coloca justo detrás de Meredith.

—¡Eso! —coincide Jenna—. ¡No vamos a dejarte aquí con el maromo del físico indecente e intenciones cuestionables!

Meredith pone los ojos en blanco y resopla. Yo tengo que hacer el esfuerzo más grande de mi vida por no reírme.

—Kaya no va a ir a ningún lado. —Karasuhito da un paso al frente—. No voy a perderla de vista y no pienso permitir que le arranques los dedos o le hagas daño de cualquier otro modo. Cualquiera que ose amenazar a Kaya, se las verá conmigo. —Gruñe como un animal salvaje, dejando a la vista los colmillos.

—Santa mozzarella con albahaca. —Isa se santigua.

—Lamento comunicarte que la única amenaza aquí eres tú, *panoli* —le espeta Meredith—. Y no sé quién coño eres, tampoco me importa, pero eso de que no vas a perder de vista a Kaya te lo puedes meter por donde te quepa. Ya hemos tenido bastante de toda esa mierda del control obsesivo como para llenar cien vidas por culpa del puto Ethan. —Su tono va escalando con la misma rapidez que la cólera de su mirada—. Así que solo te lo voy a advertir una vez, hazle daño a cualquiera de mis amigas y te juro que te la corto y te obligo a que te la comas con kétchup y mostaza.

—Meredith, tranquila —le digo, recuperando al fin mi voz. Ha llegado el momento de intervenir—. Tenemos que calmarnos todos. Ellas no me harían daño, solo era una broma —le aclaro a Karasuhito. No parece muy conforme. Dirijo mi atención a mis amigas—. Y él no es una amenaza. Tampoco es un secuestrador, ni ha venido a matarnos. Él es… mi amigo —añado, tras meditarlo un poco. No creo que decir "es mi demonio guardián" sea muy apropiado. Y desde luego no voy a confesar ahora que es el chico del que me he enamorado. No estamos para añadir dramas a la lista, *gracias*.

—¿Lo conoces? —se sorprende Jenna.

—Sí. —Me coloco al lado de Karasuhito y pongo una mano en su brazo para que las chicas vean que me siento lo suficientemente cómoda con él como para tocarlo. Al segundo, tengo su brazo alrededor de mi cintura—. Nos conocimos hace cuatro meses.

—¿Y por qué no nos has hablado de él? —Hay una extraña mezcla de preocupación y dolor en la voz de Isa. Creerá que les estoy ocultando cosas otra vez—. ¿Y qué hace aquí? ¿Le has invitado tú?

Antes de que yo pueda responder, Karasuhito suelta:

—Vivo aquí. Vivo con Kaya.

No sé quién tiene peor cara de todas, puede que Meredith.

—Esto no puede estar pasando otra vez —murmura ella, hundiendo unos dedos terriblemente crispados en su melena rubia —. Kaya, sabes que te quiero y que te respeto, pero no voy a tolerar que caigas en la misma mierda de nuevo. Con todo lo que pasó con el otro gilipollas, me quedé callada por miedo a meterme donde nadie me llamaba y a que te enfadases conmigo, y me arrepentiré toda la vida por ello. —Su voz tiembla, es la primera vez que la veo así desde que nos conocemos y mi corazón se agrieta un poco—. No voy a cometer el mismo error. No me voy a quedar de brazos cruzados viendo cómo se aprovechan de ti y te destrozan. Aunque me acabes odiando luego, si para protegerte tengo que meterte el sentido común a bofetadas o echarlo a él a patadas, lo haré.

—Meredith, eso no…

—Eres tú —me interrumpe Karasuhito, mirando a Meredith como si la viese por primera vez—. No me había dado cuenta porque tu voz suena diferente.

—Es lo que pasa cuando tienes más mocos que algas hay en el mar —le espeta ella de malos modos, pero él se limita a sonreír de esa forma tan suya, lo que causa un desconcierto general y puede que algún microinfarto a juzgar por la cara de Jenna.

—Tú eres la que rezó por Kaya en el templo Kurama-dera —afirma el Cuervo. Los ojos de Meredith se abren de golpe y su boca se cae hasta el suelo.

«¿Fue Meredith?». Me sorprende un poco, una parte de mí pensaba que habría sido la dulce Isa o Jenna, que es la que más cree en temas espirituales.

—¿Rezaste por mí? —le pregunto a mi amiga. Ella se limita a asentir de modo casi imperceptible—. Eso no era necesario.

—Sí lo era —interviene Isa—. Yo lo hice en todos los santuarios que visitamos en Tokio.

—Y yo dejé ofrendas por ti en los templos de Kioto —agrega Jenna.

—Chicas… —me emociono.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo coño sabes tú eso? —le interroga Meredith a Karasuhito con el rostro descompuesto.

—Porque yo soy el que escuchó tu plegaria —contesta él. «Ay, no. Por ahí no». Le hago un gesto para que se calle, y no soy lo suficientemente rápida—. Soy un karasu-tengu y ahora soy el guardián de Kaya. Estoy aquí para protegerla de todo mal y garantizar su felicidad. Si ella me deja, me quedaré a su lado hasta el fin de sus días para servirla, cuidarla y asegurar su bienestar y sus sonrisas. Vivo por y para ella.

Las caras de todas son un poema y no puedo culparlas. «Este sería un buen momento para recuperar el cucharón, cavar un hoyo en el suelo y enterrarme viva».

—Joder, qué intensidad —exclama Jenna.

—Qué romántico —suspira Isa.

—Qué vomitivo. —Meredith finge que le da una arcada—. Vomitivo y poco creíble. ¿En serio nos has tomado por idiotas? ¿Un karasu-tengu? —resopla—. Entonces yo soy la bruja de la casita de jengibre.

—Es que lo eres —murmura Jenna, y se gana una mirada que haría que Voldemort se hiciese pis encima.

—No puedes ser un demonio —sentencia Meredith, volviendo a clavar sus ojos en Karasuhito.

—Tiene plumas en la cabeza —señala Isa.

—Y garras —añade Jenna—. Y unos brazos que… —Se abanica con la mano.

—¡Los demonios no existen! —argumenta Meredith con un tono demasiado enérgico.

«Supongo que ya no tiene sentido seguir escondiéndoles nada», suspiro. Puede que sea mejor así, ya estaba cansada de mentirles y ocultarles lo del Cuervo.

—Sí que existen —le contradigo—. Y él lo es, aunque no es un demonio malvado —aclaro rápidamente.

—¿Y tienes alguna prueba para corroborar ese disparate aparte del ridículo disfraz que lleva puesto este fulano?

—Me llamo Karasuhito, no Fulano. Mucho gusto.

Meredith lo mira sin saber si le está hablando en serio o se está riendo de ella.

—Le cuesta un poco captar el sarcasmo —susurro con una sonrisa de disculpa—. Y no, no tengo pruebas, pero…

—Yo sí.

CAPÍTULO 33 - DEMONIOS CHIQUITITOS

—Yo sí —afirmo. No dejaré que tilden a Kaya de mentirosa. Si esa chica quiere pruebas, desde luego que puedo dárselas. Qué clase de demonio sería de lo contrario.

Retiro mi brazo de la cintura de Kaya y agarro el borde de mi camiseta. No me apetece destrozar otra prenda de mi escaso vestuario. Un grito ahogado recorre el salón cuando la tela se desliza sobre mi torso. Cuando recupero la vista, me topo con cuatro rostros incendiados.

—¿Qué haces? —me increpa Kaya con ojos desorbitados, intentando no fijarlos en mi cuerpo. Se me escapa una sonrisa—. *Tápate*.

—¡Que ni se le ocurra taparse! —exclama la muchacha de la piel tostada—. Y ya que estamos, puede quitarse lo de abajo también.

—¡Jenna! —La de los ojos turquesas le da un codazo mientras me lanza miradas furtivas.

—Solo voy a ofrecerle a tu amiga las pruebas que ha pedido sobre mi condición.

—Tu condición de tío bueno…

—¡¡Jenna!!

—¿Qué tienen que ver las pruebas con desnudarte? —me interroga Kaya y, tras un segundo, sus ojos se abren con comprensión—. Oh… No. No, no. Eso no. No puedes…

Mis alas atraviesan la piel de mi espalda y se extienden ante las jóvenes que me contemplan estupefactas.

—¡El diablo! —grita la chica más menuda, y se agarra fuerte al jersey negro de la rubia, de la tal Meredith, para no desplomarse.

—¡El diablo macizorro! —añade la que quería que me quitase también los vaqueros.

—¿Qué clase de truco es este? —La joven del gesto hostil ahora parece una chiquilla desvalida.

—No es ningún truco —contesto—. Te lo he dicho, soy un karasu-tengu. Yo escuché tu plegaria y ahora estoy aquí para cuidar de Kaya.

Para borrar todo atisbo de duda, vuelvo a sujetar a Kaya firmemente por la cintura y la pego contra mi cuerpo. Ella suelta un chillido estridente que no entiendo. Bato las alas y los dos nos elevamos hasta el techo.

—Virgen santísima ten piedad de todos nosotros. —Una de las amigas de Kaya no deja de llevarse la mano de forma frenética a la frente, al pecho y a los hombros.

Doy una vuelta en el aire para que nadie pueda negar que esto es real, esquivando la lámpara por poco. Por el giro un poco brusco, Kaya se asusta y se agarra a mí con fuerza.

Sentir sus dedos deslizándose por mi piel despierta un anhelo que llevaba mucho tiempo enterrado y un ronroneo suave hace vibrar mi pecho. Ella me mira con una mezcla de incredulidad y algo muy parecido a lo que siento yo dentro de mi cuerpo. Fuego.

El tiempo se detiene y la temperatura del aire escala mientras nos perdemos en los ojos del otro.

—Yo diría que sí es real. —El susurro llega desde el suelo y me arranca de golpe de la pequeña burbuja de intimidad que se había formado a nuestro alrededor.

Aterrizo y deposito a Kaya con cuidado en el suelo. Sus mejillas tienen el color de las camelias y sus ojos hacen un esfuerzo evidente por evitarme.

—¿Me crees ya? —le pregunto a Meredith.

Ella abre la boca un par de veces, pero ningún sonido sale de sus labios.

—Si no podéis creerlo a él, creedme a mí —les ruega Kaya—. Por favor. Esto es real. Él es un demonio, es bueno, amable y ha estado cuidando de mí todos estos meses. Ayer me salvó de Ethan. —Su voz se convierte en un ruido estrangulado al mencionar a ese cafre.

Yo tengo que tragarme un rugido furibundo. Detesto que sus labios se manchen con ese nombre indigno—. Y si me dais una oportunidad, me gustaría explicároslo todo.

Mientras ellas se lo piensan, yo pliego mis alas, recojo mi camiseta del suelo y me la vuelvo a poner. Resuenan tres suspiros de alivio y un quejido lastimero.

Sin dejar de lanzarme miradas cautas, la chica de los ojos turquesas es la primera en acercarse. Su ceño se frunce al mirar de cerca los golpes del rostro de Kaya. Después, dirige su atención hacia mí y asiente con la cabeza.

—Si él te protegió ayer de ese loco, yo no necesito saber nada más. —Abraza a Kaya y me mira—. Gracias.

Siento algo cálido en el pecho por sus palabras y por la forma en que Kaya le devuelve el abrazo. Es evidente que por muy raras que sean estas chicas, son muy importantes para ella.

—Bien dicho. —Ahora es la joven de los rizos la que se acerca. Ella lo hace sin ninguna cautela—. Sabes que siempre estaremos aquí para ti. —Prácticamente salta sobre las otras dos y todas se abrazan y se ríen. Todas, menos una.

—¿Meredith? —La voz de Kaya encierra una súplica inmensa.

—¿No te preocupaban mis gérmenes?

—Meredith…

Tras unos segundos eternos, la aludida resopla de una forma que bien podría ser enfurecida o terriblemente cansada.

—Ayer el puto bar de música country, hoy un demonio escondido en el armario… ¿Qué será lo próximo? ¿Vestidos rosas con encajes? Joder. En serio… Os odio —protesta. A pesar de eso, avanza y se une al abrazo colectivo.

Durante la siguiente hora Kaya pone al día a sus amigas de todo lo sucedido. Ellas están apretujadas en el sofá, Kaya ha traído una silla para ella y yo estoy sentado en el suelo, a su lado, acariciando su mano todo el rato.

Les cuenta cómo nos conocimos en Japón, el viaje aquí, algunas cosas de nuestra convivencia, repite varias veces lo mucho que le ayudo en casa, que siempre cocino y que soy muy paciente y comprensivo; y eso me hace muy feliz. También se calla otros

detalles, como aquella terrible semana en la que no me hablaba o el incidente con la secadora o con la araña.

Finalmente, llegamos al tema más escabroso, la noche de ayer. Tengo que soltarle la mano durante unos instantes porque temo hacerle daño. La cólera me corroe las venas al enterarme de que ese cerdo llevaba meses siguiéndola y espiándola, y al escuchar los detalles de cómo la emboscó, la insultó y la golpeó en ese callejón.

Cuando les narra a sus amigas la parte en la que asusté a ese hombre y lo amenacé de muerte hasta que se orinó encima y se desmayó, me gano una ronda de elogios y aplausos. Eso también me hace feliz y mi pecho se hincha un poquito. Sintiéndome más tranquilo, vuelvo a coger su mano y ella me regala una sonrisa.

—Si llego a saber que la opción de que te lo cargases estaba en el menú, habría pedido eso desde el principio —comenta Meredith, mirándome fijamente. A juzgar por lo que contemplo en sus ojos, creo que lo mataría ella misma si pudiese. A pesar de nuestro pequeño roce de antes, está empezando a caerme bien.

—Yo quería matarlo. Iba a hacerlo —admito sin tapujos—, pero ella no me dejó. —Señalo a Kaya con la barbilla. Ella desvía la mirada y se ruboriza.

«Dioses… Es tan preciosa y adorable».

—No me pareció necesario llegar a esos extremos —susurra.

—Eres demasiado buena para tu propio bien —bufa la rubia.

«Sí, decididamente cada vez me cae mejor esta chica».

—Yo opino igual —coincido.

La amiga de Kaya sonríe y eso suaviza bastante la frialdad del azul de su mirada.

—Por mucho que odie a ese bastardo —interviene la joven del rostro dulce, Isabella—, creo que Kaya hizo lo correcto. Además, una muerte es algo poco práctico. A no ser que se hubiesen deshecho adecuadamente del cadáver y de todas las pruebas de ADN, cosa muy difícil con una superficie porosa como el ladrillo, habría habido una investigación que habría salpicado a Kaya de un modo u otro.

—A veces se me olvida que tienes sangre mafiosa hasta que dices cosas como esas —se ríe Jenna.

—¡Yo no tengo sangre mafiosa! ¡No la tengo! Solo me gustan *mucho* las series y los documentales sobre asesinatos.

—Tranquila, Isa, tu secreto está a salvo con nosotras. —Meredith le guiña un ojo—. Y que sepas que tu obsesión con los asesinos en serie tampoco es muy normal.

—Yo no… —La aludida resopla—. Bueno, da igual. Eso no importa ahora. Lo que importa es que Kaya está bien y parece que ya no tendremos que preocuparnos más por ese despojo humano gracias a Karasuhito.

Todas asienten en silencio. De pronto, los ojos de la chica morena se iluminan y no sé por qué siento una pequeña punzada de preocupación en el estómago. Por la forma en que la mano de Kaya se crispa dentro de la mía, ella también lo ha sentido.

—Lo que *verdaderamente* importa aquí es que Kaya se está tirando a un demonio —sonríe con picardía.

No entiendo la frase. Kaya no me ha tirado a ningún sitio. Si acaso, soy yo el que he considerado a veces la opción de tirarla al cubo de la basura. Miro a la otra afectada por el comentario a ver si puedo deducir algo. Parece a punto de colapsar.

—Yo… No… Yo no… No… ¡Yo no me estoy tirando a nadie! —estalla, con tanta fuerza que por poco se cae de la silla.

—Si tenéis demonios chiquititos, quiero que uno lleve mi nombre —interviene Meredith—. Después de todo, os habéis conocido gracias a mí.

Eso sí lo he entendido. Están hablando de reproducción. O eso creo. Espero.

—Nadie va a tener demonios chiquititos —se espanta Kaya.

—Si pudiese, a mí no me importaría tener demonios chiquititos contigo —se me escapa, porque es verdad, no me importaría nada en absoluto. Aun así, aunque sea verdad, me arrepiento de inmediato de haberlo dicho en voz alta porque esto es todavía peor que la metedura de pata de antes en el baño.

—¡¿*Disculpa*?! —grazna Kaya. Su cara es un extraño puzle de piel pálida y rojo sangre. Sus amigas se inclinan hacia adelante en el sofá y nos observan con interés.

«¿Cómo arreglo esto?». Carraspeo. «Desvía el tema. Desvíalo como si te fuese la vida en ello», me insto.

—Ya te lo expliqué en su día —me encojo de hombros, fingiendo indiferencia—, nosotros no nacemos del mismo modo que los humanos, así que no podríamos tener demonios chiquititos.

«Bien. Lo he hecho *muy* bien. He salvado la situación».

Mi alivio dura un suspiro, lo que tardo en percatarme de la sombra que oscurece los ojos de Kaya y de las pequeñas arrugas que se han formado en la comisura de su boca. «¿Le he hecho daño?». No estoy seguro. Dado el concepto que tiene de sí misma, igual cree que esto es un rechazo por mi parte, que no la deseo.

Los nervios me llenan el pecho y empujan más palabras por mi garganta sin que yo pueda controlarlas:

—Aunque el hecho de que no podamos tener descendencia no significa que no podamos…

Kaya se arroja hacia adelante y me tapa la boca con la mano.

—Cállate ahora mismo —me ordena. Parece furiosa. O estreñida, no lo tengo claro. Solo sé que mi intento de arreglar las cosas no ha funcionado.

—Si te he ofendido de algún modo, explícamelo mejor para poder disculparme —hablo, con su palma aún apoyada en mis labios.

—Sí, Kaya. —Meredith sonríe—. Explícate mejor. Danos *bien* de detalles de lo que te está pasando por la cabeza.

—¿Sabéis qué? —Kaya se acomoda en la silla y endereza la espalda al máximo—. No tengo por qué explicar nada. No tenemos que seguir hablando de esto porque no va a haber demonios chiquititos porque nadie se está tirando a nadie. Punto.

—Pues no sé a qué esperas —replica Jenna— porque, hija mía, míralo. *Míralo*. —Me señala de arriba abajo—. Es guapísimo y tiene un cuerpo divino y hecho para el pecado.

«Esta chica también me cae cada vez mejor».

—Sí lo soy y sí lo tengo —asiento. Las plumas de la coronilla se me levantan un poco.

Preferiría mil veces que fuese Kaya la que me dijese estas cosas, pero me conformaré por el momento con esto ya que ella se niega a

hacerme ningún cumplido. Cosa que me duele un poquito, no lo negaré. «Con la de cosas bonitas que yo le digo a ella».

—No me ayudas —me sisea Kaya.

—No pretendía ayudarte. —Las demás se ríen de mi respuesta—. Solo estaba dándole la razón a tu amiga porque es verdad, soy muy atractivo y tengo un cuerpo fuerte que merece la pena ser admirado.

—Vive Dios que lo tiene —asiente Jenna.

—Amén —responde Isabella, alzando su refresco.

Meredith suelta una carcajada ronca.

—Limpia, hace la colada, cocina, mata gente y, además, no es nada modesto. ¡Me encanta! Tenéis mi bendición plena para ser felices y procrear como conejos.

—Muy amable. —Me inclino en el sitio como muestra de gratitud.

—¡No le des las gracias! —chilla Kaya—. Y vosotras, ¡dejad de decir disparates y de hincharle el ego! Que bastante creído se lo tiene ya, joder.

—Y tiene motivos más que de sobra para tenérselo creído. —Jenna silba—. ¿Le habéis visto los abdominales? Y esos pectorales…

—¡Gracias! —exclamo, sobresaltándolas a todas—. ¿Ves? Pectorales, Kaya. ¡*Pectorales*!

—Estoy rodeada de idiotas —murmura ella. Las demás nos miran con desconcierto.

—Pectorales —insisto, y ella bufa—. Pectorales.

—Me cago en los arcoíris. —Se gira y se inclina en la silla para acercarse a mi rostro—. Pectorales. Pechugas. ¿Qué más da?

Acabo de recibir un puñetazo directo al ego que, según Kaya, tengo muy hinchado. Voy a su encuentro, poniéndome de rodillas. Nos encaramos.

—Los pollos tienen pechugas. Yo soy un cuervo —replico, entrecerrando los ojos.

—*Perdona*, es verdad —sonríe con una amabilidad más falsa que unos naipes trucados—. Qué fallo el mío. Los pollos tienen pechugas, alas y plumas. Ah, no, espera. Si tú también tienes de eso.

«La muy…». Abro la boca para responderle y unas risas sofocan mis palabras. Los dos nos giramos en dirección al sofá. Las amigas

de Kaya están tiradas de cualquier manera unas sobre otras, riéndose a carcajadas.

—Parecen mis abuelos —dice Isabella, mientras se apoya en el brazo de Jenna, y las risas se intensifican.

Un destello capta mi atención. Miro hacia la izquierda y me deslumbro con la sonrisa de Kaya. Hay tanta felicidad y cariño en esa sonrisa, mientras observa a sus amigas, que es imposible seguir molesto con ella, aunque haya osado compararme con un ave torpe y regordeta de corral.

Me vuelvo a acomodar en mi sitio, le cojo la mano y se la beso antes de entrelazar mis dedos con los suyos. Ella me mira, sorprendida, pero su gesto enseguida se relaja y sigue contemplando a sus amigas tras regalarme una sonrisa dulce a mí también.

Tras ese pequeño paréntesis, las amigas de Kaya dejan de tomarle el pelo y todas charlan animadamente sobre varios temas. Algunos no los entiendo, otros sí, pero no intervengo a menos que me pregunten algo directamente para no molestar. Además, me gusta ver sus intercambios. Son divertidos y en ellos se percibe el amor profundo que se tienen.

Al cabo de un par de horas deciden que van a cenar aquí y a ver una película. «¡Bien!», me alegro en secreto al pensar en las palomitas. Me alegro tanto que por poco aplaudo. Menos mal que me contengo en el último segundo porque eso no habría sido nada digno y ahora tengo una reputación que mantener con estas jovencitas.

Debaten largo y tendido sobre qué cenar. Yo me ofrezco a cocinar, pero no me dejan, al parecer encargar comida cuando están todas es una especie de tradición. Al final se deciden por un restaurante tras preguntarle a Kaya unas cincuenta veces si de verdad no le importa y si su estómago lo tolerará.

Esperamos una media hora antes de que vuelva a sonar la campanilla eléctrica de la puerta. Un desconocido trae la comida. Huele bien. Cálido. Más bien, picante. A tomate. A carne. A especias.

Disponemos platos, cubiertos y la comida sobre la mesita baja del salón. Hay algunos aperitivos y en el centro hay unas cosas que

parece gyozas, pero son mucho más grandes, la masa es amarilla en vez de blanca y se ve el relleno de un brillante tono rojizo salpicado de morado y verde.



Las chicas están muertas de hambre y enseguida se lanzan a por los palitos de queso y los aros de cebolla fritos. Karasuhito observa todo con atención, pero no se atreve a coger nada.

«Es la primera vez que ve comida mexicana, no sabrá ni por dónde empezar», recapacito.

—Eso son burritos —le explico—. Se comen con las manos, como si fuesen un sándwich.

Él me sonríe, evidentemente agradecido, y asiente.

—¿Y qué llevan por dentro? —pregunta con curiosidad.

Las demás cogen el suyo, dispuestas a empezar.

—Pollo, salsa de tomate, jalapeños, pimientos, cebolla morada, cilantro…

El gesto del Cuervo se descompone, cualquiera diría que lo acaban de apuñalar. Un borrón negro se mueve a una velocidad imposible y, para cuando me quiero dar cuenta, Karasuhito ya no está en el suelo.

Enfoco la vista y lo encuentro planeando sobre la mesa, con los brazos extendidos y cara de terror. La misma cara de terror que tienen las chicas al verlo abalanzarse sobre ellas y quitarles la comida de un manotazo.

La inercia del salto se acaba y Karasuhito cae a plomo con sus setecientos millones de kilos de músculos demoníacos sobre mi pobre mesita de café que, evidentemente, no puede soportarlo y se hunde tras un crujido ensordecedor de las patas de madera.

Él cae. Los platos vuelan. Una lluvia de comida se desata en mi pulcro salón, que acaba convertido en el escenario de una batalla campal en la que se ha derramado salsa de tomate en vez de sangre.

Nadie respira. Nadie dice nada. Solo atinamos a parpadear mientras restos de comida nos chorrean por la cara.

—¡Culiandro! ¡Esas cosas llevan culiandro! —ruge el Cuervo desde el suelo, manoteando entre los aritos de cebolla, luchando por levantarse—. ¡Os habríais pasado una semana entera eructando pompas de limón!

Tres pares de ojos, azules, marrones y del verde más claro, se alzan lentamente y me piden una explicación en silencio.

No puedo dársela. No puedo hacer nada salvo no mearme encima cuando me da el mayor ataque de risa que he tenido en mi vida.

CAPÍTULO 34 - SAN CALENTÍN

El último mes ha sido igual que un sorbo de limonada fría en una tórrida tarde de verano. La presión que llevaba enroscada en mi pecho desde hace años ha desaparecido, por fin puedo respirar de nuevo, pensar con claridad y sentir que mi vida es plenamente mía otra vez.

Disfruto de mis trayectos andando entre casa y el trabajo, ya no voy corriendo y con la cabeza gacha, e incluso me doy el lujo de pararme a mirar algún escaparate. La ciudad vuelve a tener un brillo especial. El aire huele menos viciado. Hasta mi jefe me parece menos malo. Sigue siendo un parásito con la cara cubierta de pelusilla de kiwi, pero ya no es tan terrible lidiar con él.

Los ratos del almuerzo también han mejorado. Me río más, hablo más y no me pierdo tan fácilmente en bucles mentales (aunque ahora mismo estoy en plena disociación mientras ellas charlan).

Me siento aliviada porque ya no les escondo nada a las chicas. Y ahora que ellas ya saben que existe Karasuhito, hemos quedado tres veces más en mi piso y hemos pasado la tarde los cinco juntos.

Y en casa… Bueno, qué puedo decir. Estar en casa nunca fue tan agradable y al mismo tiempo tan horrible. Tener al Cuervo al lado es una tortura placentera. Y la parte de la tortura es culpa mía, no suya. Culpa mía y de mi mente descarriada que no deja de regalarme sueños en los que Karasuhito y yo parecemos una pareja de casados del Japón antiguo.

Me paso las noches dando rienda suelta a mi amor por él y los días refrenando mis ganas de confesarle cómo me siento.

Deseo tanto estar con él que duele; sin embargo, no quiero estropear lo que tenemos (sea lo que sea) incomodándolo con unos sentimientos no correspondidos. Creo que no son correspondidos. Lo

cierto es que cada vez lo tengo menos claro porque su comportamiento me tiene *muy* confundida.

A pesar de eso, intento no olvidar que un hombre que lleva seis siglos enamorado de la misma mujer no puede ser un picaflor; así que todos esos gestos y comentarios que parecen declaraciones encubiertas o intentos de flirteo tienen que ser malentendidos por mi parte.

El chasquido de unos dedos a medio palmo de mi nariz me arranca de golpe de mi ensimismamiento.

—¿Qué pasa? —me asusto.

—Buenos días, Bella Durmiente —se burla Meredith.

—No estaba dormida, solo divagando un poco —farfullo.

—¿Un poco? Llevamos media hora intentando conectar contigo —se ríe Jenna.

—¿Estabas pensando en alguien? —Isa sonríe de forma traviesa —. ¿En alguien con plumas?

Llevan tomándome el pelo con Karasuhito todo este mes. Por mucho que yo me empeñe en negarlo, me conocen demasiado bien para saber que estoy mintiendo como una condenada.

—No.

—¿Segura?

—Sí.

—¿Tenéis planes para San Valentín? —insiste Isa. Para venir de una familia muy católica, se la ve extrañamente entusiasmada con la idea de arrejuntar a su mejor amiga con un demonio—. ¿Algo romántico?

—¿Algo eróticamente festivo? —añade Jenna, moviendo las cejas de forma sugerente.

—No. No. Y no. ¿Por qué sois *tan* pesadas? —Me froto la cara con desesperación.

—Porque es evidente que hay una tensión no resuelta entre ese chico, o pájaro, o pollo, o lo que sea, y tú —interviene Meredith.

—Y porque por una vez en tu vida, no te has buscado a un capullo integral —prosigue Jenna—. Así que, si tú no das el paso por ti misma, tendremos que darte un empujoncito en la dirección correcta.

—O tirarte de cabeza al precipicio de una patada en el culo. —Meredith se encoge de hombros—. A mí me va bien cualquiera de las dos.

—Sois lo peor —siseo.

—No, no lo somos —me contradice Isa con una sonrisa—. Y lo sabes. Y también sabes que ese pobre muchacho lleva encerrado en tu casa meses, ayudándote y siendo bueno contigo, y se merece que tengas un detalle con él. Y ya que estamos, tú también te mereces relajarte y ser feliz.

Me hundo en la silla. No por el rapapolvo en sí, sino porque tiene razón. El Cuervo se merece más, pero es que… Esto no es Navidad. Esto es San Valentín. El día del amor y las parejas. No puedo darle una explicación lógica ni coherente a Karasuhito para que celebremos esa fecha juntos sin que eso derive en una conversación horrendamente bochornosa y que no estoy lista para tener.

—Ya le compraré unos bombones y unos calcetines —murmuro al cuello de mi jersey.



«Por los dioses, cuánto rojo», pienso, levemente abrumado.

No sé qué está pasando, pero desde hace un par de semanas, cada vez que me meto a internet para ver vídeos de cocina o buscar cosas que no entiendo, todo es de color rojo. Me recuerda a lo que sucedió en Navidad, pero ahora en vez de muñecos de nieve y señores gordos, hay corazones. Corazones por todas partes. O eso me dijo Kaya.

Francamente, estas cosas no se parecen en nada a un corazón de verdad, la forma no podría ser más errónea. De hecho, se parecen más a culos que a cualquier otra parte de la anatomía humana.

Estoy intentando cerrar tres páginas que he abierto sin querer cuando llaman a la puerta. Por supuesto lo ignoro, yo no puedo abrir. En teoría, ni siquiera estoy aquí. La casa está *vacía* mientras Kaya está trabajando.

Pasado un minuto, vuelven a llamar de forma muy enérgica e insistente.

—¡Karasuhito!

Me quedo petrificado. «¿Acaban de decir mi nombre?». Pero eso es imposible. Nadie sabe que estoy aquí salvo Kaya. Kaya y…

—¡Karasuhito! —me llama Meredith por segunda vez. Mi pulso se desboca—. Sé que estás ahí dentro. Soy yo, Me…

Abro la puerta de golpe.

—¿Kaya está bien? ¿Le ha pasado algo? —me agobio. No encuentro otra explicación a la presencia de esta joven en el apartamento.

—Sí que te preocupas por ella —sonríe de forma torcida—. No te angusties, salado. Kaya está bien. He venido a hablar contigo.

—¿Conmigo? —me sorprendo.

—Sí. —Avanza con paso firme y me veo obligado a hacerme a un lado para dejarla pasar. Ahora que me fijo, va cargada con muchas bolsas. Las deja caer todas sin ningún cuidado, se gira para mirarme y alza las manos al cielo—. ¿Sabes qué repugnante, pero al mismo tiempo glorioso día es hoy, Karasuhito?

Soy un tengu de ochocientos años entrenado para el combate y la guerra, y ella es solo una humana que ni siquiera parece demasiado fuerte físicamente, pero en estos momentos la sonrisa de Meredith me está dando *mucho* miedo.



Solo quedan diez minutos para recuperar mi libertad. Y además es viernes. Tendría que estar radiante y la realidad es que solo siento una pesada bola de nervios en el estómago.

Al final, no le he comprado nada al Cuervo por San Valentín y eso no debería suponer un problema porque, primero, él ni siquiera sabe qué día es hoy; y segundo, él y yo no somos pareja y no tengo la obligación de regalarle nada. Sin embargo, me siento mal.

Una parte de mí sí quiere celebrarlo con él. Otra parte de mí es consciente de que he tocado fondo porque quiero pasar el día de

San Valentín con el novio demonio emplumado de una muerta. «Todo muy normal y para nada patético, no qué va», me lamento en silencio.

Cojo otro libro del carrito para colocarlo en la estantería y una compañera irrumpe en el pasillo a la carrera. Jadea, tiene los ojos excesivamente abiertos y la piel demasiado rosada. Parece un salmonete.

—Kaya… —Sus ojos se abren aún más. Se acerca, me sujeta los brazos y me clava los dedos hasta el hueso. Empiezo a asustarme—. Hay… Hay un… un chico en el vestíbulo preguntando por ti.

«¿Un chico?». No espero a nadie y la lista de hombres de mi vida se reduce al Cuervo, mi padre y mis tíos. Y no veo a ninguno de ellos pasándose por la biblioteca de la facultad un viernes por la tarde. El único que se presentaba de forma inesperada e indeseada en mi trabajo era… Mi estómago se reduce al tamaño de una semilla.

No puede ser. No sería tan estúpido de hacer eso después del encontronazo con Karasuhito. Desde luego rezo para que sea así. Y sigo rezando mientras me encamino con pasos inseguros hacia la entrada. «Por favor, que sea el tío Fergus o el tío Dean, borracho como una cuba y vestido con una falda escocesa y pompones».

Al llegar al recibidor, por poco me desmayo. No es ninguno de mis tíos. No es ningún pariente. No es Ethan. Es el Cuervo. Aquí. El Cuervo con un ramo *gigante* de rosas rojas. Aquí. El Cuervo vestido con un despampanante traje negro y un abrigo largo del mismo color que se ajusta a su imponente figura de forma indecente. Aquí. El Cuervo con una media melena azabache en vez de plumas. Aquí. El Cuervo con unos guantes oscuros que cubren sus garras y le dan aspecto de piloto. Aquí. ¡Aquí mismo, joder!

Mi mente está derrapando. No estoy respirando lo suficientemente hondo. O igual no estoy respirando en absoluto. No lo sé. Lo único que me libra de creer que me he muerto ya es que escucho alto y claro los atronadores latidos de mi corazón.

Karasuhito mira a todas partes, boquiabierto. Es la primera vez que veo ese gesto levemente abrumado en su rostro. Lo hace parecer más joven, más humano, más guapo. Y mientras él pasea

sus ojos sin descanso por el lugar, el resto de las miradas están todas posadas en él. *Todas*. Mujeres. Hombres. Palomas. Los malditos ficus de los tiestos. Nada ni nadie escapa a su belleza sobrenatural.

Tras llevar un buen rato admirando la cúpula del techo, él por fin repara en mi presencia y nos deja ciegos a todos los presentes al sonreír. Se encamina con pasos rápidos en mi dirección.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con un hilo de voz.

Para mi deleite o desgracia, no lo tengo claro, él toma mi mano, se inclina en una cuidada reverencia, me la besa con ternura y me ofrece el ramo de flores.

Escucho varios suspiros ahogados a mi espalda. Y creo que se han desplomado dos señoras de la sala de archivos y no las culpo, yo estoy a punto de caerme redonda también.

—Feliz San Calentín, Kaya —me sonríe de forma tímida.

Mi corazón mete la quinta y con un rugido ensordecedor… «¿Eh? San ¿qué?». Parpadeo. No tengo ni la más remota idea de qué ha dicho. Tampoco estoy en condiciones de analizarlo, ahora mismo tengo el cerebro hasta arriba de confeti y purpurina. Y vergüenza. De esa también hay cantidades ingentes.

—Gra… Gracias —susurro, y cojo el ramo como puedo con una sola mano. Él sigue sosteniendo la otra—. Es un detalle precioso, pero… ¿qué haces aquí? ¿Fuera de casa? —Bajo la voz todo lo que puedo.

—Meredith ha venido al piso —dirige su vista un segundo hacia un rincón del vestíbulo. Ahí están, las tres escondidas detrás de una columna. «Viejas entrometidas, alcahuetas y chismosas». A pesar de mi mirada asesina, ellas me sonríen y levantan los pulgares. Las quiero, pero no son más memas porque no se entrenan—, me ha explicado todo eso de San Calcetín —por poco me río— y las citas, y me ha dicho que, si quería darte una sorpresa, ella me ayudaba.

Suspiro. En parte irritada porque mis amigas sean unas taradas con vocación frustrada de casamenteras, en parte triste porque en realidad todo esto no ha sido idea del Cuervo. Él solo se ha dejado arrastrar a la locura de las otras tres cenutrias.

—Siento mucho que te hayan obligado a hacer todo esto —me disculpo. Él ladea la cabeza, como si mis palabras no tuviesen el menor sentido.

—No me han obligado. Ya te lo he dicho, Meredith me ha preguntado si quería darte una sorpresa y he dicho que sí porque *por supuesto* que quiero sorprenderte y tener detalles bonitos contigo, pero la mayoría del tiempo no puedo porque no puedo salir de casa.

No sé qué me abruma más, si la intensidad de su tono o de su mirada.

—¿No estás molesto?

—¿Molesto? —Su perfecta nariz se frunce—. Sinceramente, estoy agradecido y feliz de que me hayan ayudado. Debo admitir que lo de llevar un animal muerto en la cabeza no me hace mucha ilusión —se toca con un dedo cauto lo que imagino debe ser una peluca— y se me están apelmazando las plumas. —Hace un mohín jodidamente adorable—. Pero si así puedo salir y estar contigo, lo acepto. Además, el bicho muerto no huele mal, ya es algo. Y la ropa me gusta mucho. Mira. —Se separa un paso de mí, sonríe y se pasa una mano por delante del cuerpo—. Estoy muy guapo. Mucho. ¿Verdad?

Normalmente no me gusta hacerle cumplidos porque me da demasiada vergüenza y porque él solito se lo dice todo, no le hace falta nadie más para venirse arriba. Sin embargo, ahora mismo me siento incapaz de mentirle.

—Estás muy atractivo —admito, y mis mejillas se incendian.

Su sonrisa se ensancha y se ilumina, y se escucha otro golpe sordo a mi espalda. Creo que se ha desmayado otra de las señoras de los archivos. «Será mejor que nos vayamos de aquí antes de que mate a alguien de un infarto».

Estoy a punto de decirle que me espere mientras recojo mis cosas, cuando Karasuhito hinca la rodilla en el suelo. Mi boca va detrás. Jenna tiene que coger a Isa porque por poco colapsa ella también.

—Entonces, ¿me harías el inmenso honor de tener una cita conmigo hoy? —me pregunta. Sigue sonriendo, pero ya lo conozco lo suficiente para saber que está nervioso. La tensión que se

arremolina en los extremos de sus ojos rasgados lo delata. Por primera vez, él está igual de nervioso que yo. No. Rectifico, *nadie* está igual de nervioso que yo, aunque él lo está bastante. Los segundos pasan y mi boca parece cosida con hilos de hierro—. ¿Kaya?

«Joder, ¡di algo!», me insto al ver que su gesto de angustia aumenta. «Le estás haciendo pasar un mal rato. Deja de comportarte como una patata rancia y di algo. Lo que sea».

Mis labios se abren.

—Patata.

«Idiota. Idiota. ¡Idiota!». Tengo ganas de salir corriendo y tirarme debajo de un coche en marcha. «¿Cómo puede ser posible que de cuatro veces que abro la boca, la cago ocho?».

Karasuhito se esfuerza por no perder la sonrisa, pero su desconcierto es palpable.

—¿Perdón?

Tomo aire y me trago las ganas de matarme.

—¡Sí! —respondo al fin con demasiado ímpetu, demasiado alto y con la piel demasiado caliente—. Me… Me encantaría tener una cita contigo.

Él se levanta tan rápido que por poco me caigo de culo. Por supuesto el Cuervo nunca permitiría que yo me desgraciase en su presencia. No me he balanceado ni dos centímetros y sus brazos ya están a mi alrededor. Su abrazo feroz me levanta un palmo del suelo.

—Gracias —susurra en mi oído. Juro que nunca una palabra tan corta pareció contener tanta alegría y emoción.

De pronto, yo me siento igual. Nerviosa, emocionada y feliz, inmensamente feliz, y eso que me voy de cita con un viudo que no pertenece ni a mi misma especie. Pero, oye, he tenido citas peores.

—Espérame aquí un segundo mientras voy a por mis cosas, ¿vale?

Él asiente. Igual es que no puede dejar de sonreír los segundos necesarios para decir ninguna otra palabra.

Me alejo con pasos rápidos y un chillido me hace darme la vuelta. Isa ha agarrado a Karasuhito de ambas manos y se las

sacude arriba y abajo sin parar, a la vez que da gritos incoherentes. Meredith le está dando palmaditas en el hombro con gesto orgulloso. Jenna danza alrededor de todos, no sé si lo está celebrando o invocando a la lluvia. Y él… Lejos de avergonzarse, él parece a punto de explotar de felicidad y les sigue el juego.

Todos se ríen y verlos desata una emoción nueva dentro de mí. Me tiemblan las piernas, las manos, los labios, las lágrimas y el alma.

Ahí mismo hay cuatro personas a las que quiero más que a mi vida y que, milagrosamente, me quieren lo suficiente como para haber hecho todo esto. Y por primera vez en mucho tiempo me planteo que no estoy maldita, sino todo lo contrario. Alguien me ha bendecido con el mayor de los regalos.

CAPÍTULO 35 - SUTIL, DELICADO Y SUAVE

Me siento igual que si mis alas hubiesen brotado hacia el interior de mi cuerpo y ahora llenasen mi estómago. Y eso no es lo único raro. Mis pulmones, mi corazón, el pulso de mis manos, mis ojos… «¿Por qué no puedo dejar de parpadear?». Todo parece funcionar mal y, a la vez, pocas veces me he sentido mejor que en este momento.

Tampoco recuerdo una sola vez en la que haya estado así de nervioso. Ahora mismo soy una bola desmadejada de ansiedad y no debería serlo porque solo se trata de Kaya. Ya estaba enamorado de ella, lo llevo estando más tiempo del que podría comprender la mente humana.

Lo que pasa es que hay un problema. Ella es Kaya. Es mi Kaya y no lo es. Es su esencia, pero está adornada con un millón de luces nuevas por las cosas que le han sucedido en esta vida. Unas luces que la hacen única. Y debido a esas peculiaridades, creo que me he vuelto a enamorar de ella. O me he enamorado más. No sé cómo definirlo. Solo puedo asegurar que lo que siento ahora es cien veces más arrollador que lo que sentí la primera vez.

Y por eso estoy *un poquito* histérico mientras caminamos por la calle. Solo un poquito. No es que se me vayan a empezar a caer las plumas por el estrés ni nada de eso. Creo. Espero.

Kaya me ha preguntado si quería ir a algún sitio en especial y no he podido responderle. Primero, porque no conozco esta ciudad. Y segundo y más importante, porque a mí me da igual a dónde vayamos siempre que vayamos juntos.

No me habría importado pasar la tarde en casa, cocinar juntos, que me contase cómo había ido su día, cenar, jugar a algo, ver una

película… Lo que fuese. Lo que hace cualquier plan especial es que ella forme parte de él.

Sin embargo, después de que Meredith me haya explicado todo el tema de San Patatín, las citas y el romance… ¿Cómo no iba a querer hacer algo así con Kaya?

Ha sido toda una suerte que sus amigas me hayan ayudado. Al parecer, Isabella eligió la ropa que visto. Jenna consiguió el animal muerto que llevo en la cabeza. Supongo que lo mataría y lo despellejaría ella misma. También ha comprado las rosas. Y Meredith ha perdido varias horas de su día preparándome y explicándome todo pacientemente (sí, esa joven tiene paciencia, y una bastante grande debo admitir).

«Son muy buenas chicas», sonrío, sintiéndome agradecido de que Kaya cuente con personas así en su vida.

Hacemos una primera parada rápida en casa para dejar las flores y para que ella pueda cambiarse porque se niega a ir con una sudadera y vaqueros mientras que yo parezco un modelo de… «¿Cómo lo ha llamado? ¿Alfonso Domínguez?». Tampoco importa demasiado. A mí me parece que está guapísima incluso así, pero quién soy yo para decirle lo que tiene que vestir.

Cuando ella sale de la habitación con las tonalidades del otoño envolviendo su figura en forma de un vestido largo y ajustado, por poco rompo la nueva mesita del salón de un puntapié involuntario. Y luego por poco arranco la puerta de la entrada. Y después por poco ruedo escaleras abajo al no ser capaz de apartar mis ojos de ella. Todo por poco, gracias a los dioses.

Kaya se apiada de mí y no se toma a mal el lamentable espectáculo que estoy dando. Ni mis balbuceos incoherentes al intentar decirle lo bellísima que está. Solo sonríe y se sonroja. Lo cual me pone aún más nervioso y por poco me estrello contra la pared. Por poco.

En la calle logro recobrar la compostura porque tengo que concentrarme para no chocarme con nadie y eso no me deja margen para quedarme embobado mirándola.

La decisión de dónde ir recae en Kaya y me lleva al cine. Esto es como el salón de casa, pero en tamaño gigante. Y hay palomitas. Me

gusta este sitio. Cuando se apagan las luces, me gusta todavía más. Y después de que Kaya se acurruque contra mi brazo decido que podría venir aquí todas las semanas con ella.

Tras la película, paseamos hasta llegar a una zona ajardinada a través de la cual discurren senderos que han alumbrado con farolillos con forma de corazón (o de traseros, todo depende del punto de vista).

Hay muchas parejas aquí. Me fijo en ellos. Todos van de la mano, agarrados del brazo o el caballero rodea los hombros o la cintura de su acompañante. Y todos se miran como quisiera que nos mirásemos Kaya y yo.

Nunca he tenido reparos a la hora de tocarla o abrazarla, para mí es natural. Sin embargo, ahora soy extrañamente consciente de mi cuerpo, del suyo y del aire que nos separa. Me siento tímido y bobo, todo a la vez. Creo que se debe a que no puedo sacarme de la cabeza que esto es una cita, algo especial y reservado a personas que albergan sentimientos mutuos, según me ha explicado Meredith.

A pesar de mis nervios, sigo anhelando cualquier contacto entre nosotros, así que del modo más disimulado que puedo, balanceo mi brazo para aproximarlo lentamente al suyo sin perder de vista mi objetivo: su mano. Mis dedos se preparan para rozar los suyos. Solo un poco más… De pronto, su mano desaparece.

Kaya se gira bruscamente y se aleja en dirección a una pareja de ancianos que están paseando a su perro.

Yo también me aproximo y el pobre animal me mira con una mezcla de sumisión y miedo. Igual se cree que me lo voy a comer. Cosa que jamás haría. Puedo matar personas, pero nunca le haría daño a un perro. Hasta un demonio tiene sus límites.

Retomamos nuestra marcha y decido intentarlo de nuevo. He visto esto en la película de antes. Finjo un bostezo, me estiro y elevo los brazos. De reojo, observo mi nuevo objetivo: los hombros de Kaya. Mi brazo derecho desciende suavemente y antes de que pueda aterrizar, ella se vuelve a desviar. Esta vez para devolverles el balón a unos críos.

Estoy empezando a sentirme *un poco* irritado. Aun así, no me rindo. Lo intento con su mano otra vez y ella tiene que apartarse

para dejar pasar a unos señores con un carrito. Luego se tropieza. Después ve otro perro.

—¿Quieres dejar de deambular por ahí como un animalillo perdido? —estallo, tras mi sexto fracaso.

—¿*Disculpa*?

—Llevo un buen rato intentando cogerte de la mano y tú no dejas de huir de mí —le digo, desesperado.

—Oh.

—Sí, oh. —Respiro—. Si esto es una cita de verdad, quiero que seamos como el resto de las parejas que hay aquí —admito, bajando el tono.

—No huía de ti —sus pestañas caen y empujan su mirada al suelo—, es que no me he dado cuenta. Lo siento.

Se acerca dos pasos y me ofrece su mano.

—Yo también siento haberme alterado. Estoy bastante nervioso —confieso, entrelazando mis dedos con los suyos.

Un leve temblor sacude su mano y me llega un aroma acre mezclado con su perfume dulce. Ansiedad.

—Si no te sientes cómodo con esto, podemos volver a casa —musita, sin mirarme a la cara.

Al verla así, decido tragarme mi ego y ser lo más sincero que puedo sin llegar a contárselo todo.

—Kaya, no es incomodidad, solo nervios. Es mi primera cita, ¿sabes? No tengo experiencia con estas cosas porque cuando me enamoré —ella hace un gesto de dolor que no entiendo— todo era muy distinto. Quiero que te lo pases bien, quiero ser un buen acompañante y compartir una velada especial contigo; por eso estoy nervioso. No quiero hacer algo mal o seguir tropezándome como si fuese un ave palmípeda en vez de un señorial cuervo. —Mi pequeña broma le arranca una sonrisa—. Pero te prometo que no deseo estar en ninguna otra parte ahora mismo. Solo a tu lado.

—Gracias. —Duda, y su mano se retuerce dentro de la mía—. Y no hace falta que estés nervioso, yo siempre me lo paso bien cuando estamos juntos y, aunque te cayeses cincuenta veces de culo al suelo, eso no estropearía mi noche —se ríe—. Yo también estoy donde quiero estar y… con quien quiero estar. —Me mira a través de

sus densas pestañas y mi mundo implosiona en un millón de fragmentos brillantes. Mis esperanzas acaban de coronar el Monte Fuji—. Así que, ¿por qué no dejamos de preocuparnos tanto porque esto sea una cita y simplemente disfrutamos de esta noche juntos?

—Me parece una idea maravillosa —sonrío.

Mucho más tranquilo y animado, tiro de su brazo para atraerla hacia mí. Ir de la mano ya no me parece suficiente, así que también rodeo sus hombros y el aire que nos separaba queda en el olvido.

Tras el paseo, vamos a un restaurante muy curioso en el que las mesas están repartidas alrededor de la cocina, la cual está a la vista de todos y en el centro del local. Kaya ha pensado que esto me gustaría y no se equivocaba. Es increíble ver cómo los cocineros manejan las sartenes, los cuchillos y las especias. Intento memorizar todo lo que puedo para ponerlo en práctica las próximas semanas.

La comida es deliciosa, el ambiente es agradable y las cosas con Kaya no pueden ir mejor. Los dos nos reímos y bromeamos igual que en casa, ella no para de hablar y parece relajada y feliz. Y de vez en cuando se queda mirándome fijamente y luego se sonroja después de que un pulso de calor la recorra entera.

Además, ella ha accedido a tener una cita conmigo en este día dedicado al amor. Ha dicho que no hay nadie más con quien quisiese estar hoy. Y se ha alegrado genuinamente con este plan.

Cada vez estoy más convencido de que no estoy entendiendo mal las señales. De que su corazón ha sanado lo suficiente para albergar sentimientos por mí (recordados o nuevos) y eso me está envalentonando. O a lo mejor son las… ¿Cuatro? ¿Nueve? No sé. Algún número entre cero y doce copas de este líquido dorado y chispeante que me he tomado.

Abandonamos el restaurante y esta vez no dudo, la rodeo de inmediato con mi brazo y ella se apoya en mí mientras caminamos por las calles que siguen llenas de vida y romance.

De regreso a casa cruzamos otro parque. En este no hay farolillos ni gente paseando, solo unas estructuras metálicas extrañas pintadas de colores alegres y decoradas con dibujos de flores, gatos, barcos, soles…

Kaya echa a correr y se sube a unas barras que discurren paralelas al suelo, intenta caminar con los brazos en cruz, pero se cae a los cuatro pasos. Se ríe y vuelve a intentarlo. Al verla, mi pecho se llena con el sonido de mil campanillas de viento y el calor de las noches estivales.

Me reta a que lo haga yo. A pesar de que mi mente flota entre nubes doradas y burbujeantes, cruzo el obstáculo sin mayor dificultad. Dado mi historial de los últimos meses, puedo no parecerlo, pero de verdad que soy un tengu muy ágil. Lo que pasa es que Kaya tiene la mala costumbre de electrocutarme el cerebro con su belleza y su *adorabilidad*.

Ella se enfada, resopla, pone pucheros y vuelve a caerse. Entre risas, le ofrezco mi ayuda para que ella también pueda cruzar este estrecho puentecito que no conduce a ningún lado. Después nos colgamos de unas barras de madera y nos deslizamos por una colina de metal.

No comprendo el propósito de todo esto y tampoco lo necesito. Me lo estoy pasando bien y Kaya no deja de reírse, eso es todo lo que importa.

Tras quedarse casi sin aire corriendo de aquí para allá, ella toma asiento en una extraña silla colgada de cadenas. Me coloco a su lado mientras ella se mece suavemente y sonríe. Me sonríe. Ni las estrellas relucen tanto como sus ojos.

—Me lo he pasado muy bien —comenta, balanceando los pies frente a ella.

—Yo también. Gracias por decir que sí.

—Gracias a ti por pedírmelo y por hacer caso a esas descerebradas —se ríe—. Desde luego voy a recordar esta velada durante mucho tiempo. —La luz de su mirada titila y se oscurece—. Me da pena que se acabe esta noche.

Me pasa igual. Yo tampoco quiero que se acabe este momento. Quiero vivir alumbrado por sus sonrisas el resto de mis días. Quiero pasear con ella. Quiero que vayamos juntos a sitios nuevos. Quiero compartir mi tiempo y mi vida con ella de todas las formas posibles. Quiero sus abrazos, sus caricias y sus besos. Quiero entregarle mi

corazón sin esconder nada más. Quiero contarle cómo me siento. Quiero decírselo. Quiero…

«Voy a hacerlo», me decido de repente. No sé si soy yo o las veinticinco copas chispeantes que me he tomado las que hablan; pero ya no puedo contener todo lo que siento dentro del pecho por más tiempo. Voy a declararme aquí y ahora. Voy a hacerlo.

Ha sido una noche preciosa, este es un momento romántico, como esos de los que me ha hablado Meredith, y no se me ocurre una ocasión mejor para dar el paso.

Quiero estar a la altura de las circunstancias, sin embargo, no tengo apenas experiencia, así que recurro al recuerdo de la película que hemos visto antes. Esa declaración infinita y acaramelada en la que sonaban violines de fondo.

Yo también deseo que Kaya oiga violines, por lo tanto, eso es lo que tengo que hacer. Justo eso. Ser sutil, delicado y suave, y ofrecerle una confesión de amor inolvidable. «Yo puedo».

—Kaya —la llamo, y sus ojos se deslizan hasta mi rostro mientras ella se balancea. «Sutil, delicado y suave»—, te amo con todo mi corazón y no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ti desde que te moriste hace seiscientos años.

Las palabras atraviesan esa bruma dorada que flota por mi cráneo. «Eso ha sonado un poco… un poco *directo*, ¿no?». No tengo tiempo de analizarlo. Los párpados de Kaya se pierden dentro de sus cuencas, sus manos se abren de golpe y ella cae a plomo de espaldas al suelo.

CAPÍTULO 36 - TE ESPERARÉ

—Gracias a ti por pedírmelo y por hacer caso a esas descerebradas —me río—. Desde luego voy a recordar esta velada durante mucho tiempo.

Me lo he pasado realmente bien con Karasuhito. Es divertido, caballeroso, interesante, dulce, generoso, comprensivo, ha congeniado bien con las chicas, es un poco torpe a veces, pero tan mono… La clase de pareja que siempre soñé tener (si no tenemos en cuenta todo ese asuntillo del ser infernal y el plumón, claro).

Al compás de mi cuerpo, mis pensamientos también se mecen, oscilando entre dos opciones: decirle cómo me siento o callarme como una muerta. «Como la muerta de la que él sigue enamorado», me recuerdo y una lanzada se hunde a través de mis costillas.

No puedo decirle nada. Esta cita no ha significado lo mismo para él que para mí y, seguramente, nunca se repetirá otra vez.

—Me da pena que se acabe esta noche —admito con un hilo de voz, sabiendo que esto es todo lo que puedo esperar de él. Una relación de amistad preciosa que a mí, en mi codicia infinita, no me parece suficiente.

Mi ánimo va en caída libre, arrastrado por una descomunal bola de frustración más pesada que el puñetero plomo.

—Kaya —su grave voz tira de mis ojos hasta que se encuentran con los suyos—, te amo con todo mi corazón y no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ti desde que te moriste.

«¡¡Me cago en los chupachups de Coca Cola!!». El mundo se congela. O se incendia. O es invadido por los aliens, yo qué sé.

«¿Ha dicho que me ama? ¡¿Ha dicho que me ama?! Espera… ¿Ha dicho que me morí? No, céntrate, lo importante es lo otro. ¡¡LO OTRO!! Ha dicho que me ama, ¿verdad? No he alucinado. Vosotros también lo habéis oído, ¡¿no?! ¿A quién coño le estoy preguntando?

Ay, por Dios, estoy perdiendo la cabeza. Da igual, el caso es que yo *sí* lo he oído».

Mi cuerpo colapsa, las manos se me abren solas y siguiendo la inercia del columpio, aterrizo de espaldas en el suelo como una tortuga panza arriba. Se me sale todo el aire del pecho y veo puntitos de colores, pero no pasa nada. También hay puntitos de colores flotando dentro de mi corazón.

—¡Kaya! —grita el Cuervo. Su rostro invade mi campo de visión moteado—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Abro los labios para decirle que se deje de memeces y que vaya a lo importante, que me repita eso de que me ama, sin embargo, de mi boca solo sale un silbido que transporta el último aliento que me quedaba.

—¡Kaya! —se angustia él.

Ahora quiero decirle que no sea tan dramático, pero las palabras siguen sin salir. Y lo que es peor, él se inclina más, la peluca se le cae y la maraña de pelo falso aterriza dentro de mi boca abierta.

Procedo a ahogarme por partida doble. Y también me estoy muriendo del asco, para qué mentir. Solo Dios sabe qué clase de gérmenes habrá enredados en el pelo sintético.

El aire se agota del todo y mi mirada se enturbia. «No. No. No. ¡Y una mierda me muero yo ahora! No, cuando él se acaba de declarar. ¡Me niego!».

De algún sitio saco una última pizca de energía para forcejear con la maldita peluca. Logro quitármela de la cara a la vez que Karasuhito me gira de lado y me frota la espalda para relajar mis músculos, que están más rígidos que un ladrillo.

El dolor por fin mengua y mis pulmones se expanden. El aire deja una sensación dulce y ahumada a su paso que alivia la quemazón del pecho. Me permito respirar diez veces, bien hondo, antes de ocuparme de lo verdaderamente importante.

Me escurro del agarre del Cuervo con tanto ímpetu que acabo rodando por el suelo varios metros cual albóndiga enharinada. Me pongo a cuatro patas y, abandonando todo rastro de dignidad (si es que alguna vez la tuve), gateo a toda prisa hasta que estoy cara a

cara con Karasuhito, que me mira sorprendido. O asustado, quién sabe.

—¿Me amas? —le interrogo. Soy consciente de mi tono de incredulidad y desesperación. También soy consciente de que esta situación, con él de cuclillas y yo a cuatro patas, igual no es la más romántica del mundo; pero si a él no le importa, a mí menos.

—Sí. —No hay rastro de vacilación en su voz. Tampoco de guasa. Esto no es una broma. Repito: no es una broma.

—¿Pero tú no estabas enamorado de un cadáver? —suelto sin pensar. Mi comentario lo espanta tanto que aterriza de culo en el suelo. Siendo honestos, no puedo culparlo. Yo también tengo ganas de estrellarme contra el suelo, aunque con la cabeza por delante—. Me… Me refiero a que tú estás enamorado de esa chica, tu última protegida, la que murió hace tanto —me explico de forma atropellada—. Me lo dijiste en Navidad y lo has repetido varias veces desde entonces.

Él suspira y se pasa la mano por las plumas.

—No entendiste nada de nada —sonríe de forma culpable—. Kaya, tú eres esa chica. Tú eres la chica a la que salvé y de la que me enamoré perdidamente hace seiscientos años.

—Has bebido demasiado champán en la cena —sentencio, tras escuchar semejante disparate—. Eso es una locura. Estás bolinga.

Un puño invisible impacta contra mi estómago y por poco me quedo sin aire de nuevo cuando me doy cuenta de algo. Si está diciendo esas incoherencias, entonces… «Entonces, lo más seguro es que lo de que me ama también sea mentira».

Me muerdo el labio para sofocar las ganas de llorar. «¿Cómo he podido pensar que alguien como él se iba a enamorar de alguien como yo?». La palabra "idiota" se acaba de quedar corta para definirme.

Lo escucho moverse, sin embargo, no puedo alzar la vista. Si mis párpados se mueven un milímetro, las gotas que hacen precarios equilibrios en mis pestañas regarán el suelo.

Sus rodillas se materializan al lado de mis manos. La cortina de pelo que me cubre es alzada con delicadeza y él la sujeta a mi espalda. Posa la otra mano en mi barbilla e intenta que lo mire.

—Kaya, ¿podrías escucharme un momento y luego decidir si lo que te estoy diciendo es o no una locura? —me pide. No, más bien me suplica. Esa palabra se ajusta mejor a su tono.

—Te estoy escuchando —susurro lo más bajo que puedo, para que no se note la inmensa pena que me asfixia.

—¿Y podrías escucharme y mirarme al mismo tiempo?

—No creo.

Un suspiro resignado se extiende entre nosotros. Su mano se desliza hasta acunar mi mejilla. Su pulgar encuentra la primera perla de agua que ha logrado escapar.

—No sé qué he dicho para hacerte daño, pero lo siento mucho. No era mi intención. Y si te has puesto así porque te he dicho que te amo, te ruego que olvides esta conversación. De verdad que no quería disgustarte, lo que pasa es que ya no podía callarme más. No podía seguir guardándome para mí todo esto. Te quiero, Kaya. —Tono firme. Voz serena. Sin dudas. Sin risas. Solo sinceridad—. Te he querido, te quiero y te querré. Hace seis siglos, hoy, dentro de mil años. Solo estás tú. No hay otra. *Solo tú*.

—Pero… —empiezo, y me callo al darme cuenta de que lo acabo de interrumpir—. Perdón.

No lo veo, aun así, me imagino una sonrisa llenando el silencio entre los dos.

—No pasa nada. ¿Sabes qué es la reencarnación de las almas?

El brusco cambio de conversación me desconcierta bastante y permanezco callada más de lo que pretendía.

—Sí, sé lo que es. Mi madre y mis abuelos son sintoístas.

—Bien, eso me ahorra muchas explicaciones. Eres la misma chica de la que me enamoré hace tanto porque, aunque tu cuerpo sea otro, tu alma es la suya. Por eso te reconocí de inmediato en cuanto vi tus ojos en aquel balcón de Nara. Te reconocí porque llevaba seis siglos pensando en ti a cada instante, rezando porque volvieses conmigo.

La perplejidad consigue lo que no han logrado sus ruegos. Alzo la cara y me topo con un gesto imbuido en cariño, felicidad y devoción.

—¿Cómo? —No atino a decir nada más.

—Eso solo lo saben los dioses. —Se encoge de hombros—. También desconozco si habías regresado antes ya y nuestros caminos no se cruzaron, o si esta es la primera vez que tu alma pisa este mundo desde que me dejaste ese fatídico día de otoño. —Sus labios se cierran de golpe y veo el dolor desgarrarlo desde dentro. No lo soporto y me muevo por instinto. Lo abrazo y, tras un breve instante, él también me estrecha fuerte—. Lo único que sé es que, antes de que te fueses, me juraste que me encontrarías y yo te juré que te esperaría. Y así ha sido. Gracias, Kaya. Gracias por volver conmigo.

Su abrazo se vuelve feroz. Me duele un poco el golpe que me he dado en la espalda, pero por nada del mundo le pediría que me soltase cuando se está aferrando a mí con semejante desesperación.

Estoy confundida y abrumada. Es evidente que él cree que esto es real, sin embargo, yo no sé qué pensar. Solo hay una idea medianamente coherente flotando a la deriva por mi cabeza. Una duda que necesito que él me responda con sinceridad. Y su contestación podría hundirme del todo o darme alas, ya veremos.

—¿Solo me amas porque crees que soy esa chica? La reencarnación de quien fue tu amor verdadero.

—Kaya, *tú* eres mi amor verdadero, ya te lo he dicho. Solo has sido y serás tú. No hay nadie más. —Me suelta y se aparta un poco. Sus ojos se incendian y el fuego me devora—. Y te amo porque tú eres todas las cosas que me gustaban de ella y más.

—No te entiendo —admito.

—Tu alma no es exactamente igual a la suya. Tus experiencias han moldeado tu espíritu de una forma ligeramente diferente y ahora es incluso más hermoso que antes. Tú eres más hermosa, gentil, generosa y fuerte. —Me acaricia el pelo.

—También estoy como una jodida regadera defectuosa, soy una gruñona y tengo más traumas que espinas tiene un cactus —le recuerdo, y él se ríe.

—La imperfección también es bella y a mí todo eso me parece adorable. Ya te dije que solo hay dos cosas que no me gustan de ti y ninguna de ellas es culpa tuya. —El silencio se prolonga y el aire se vuelve demasiado denso—. ¿Estás enfadada conmigo?

—Enfadada no, solo…

«¿Confusa? ¿Perpleja? ¿Escéptica? ¿A punto de tener un aneurisma?».

—No te lo había contado antes porque ya te estaban sucediendo demasiadas cosas y no quería añadir más preocupaciones a la lista —se justifica—. Tampoco me pareció que estuvieses preparada para enfrentarte a todo esto. Confiaba en que al final me recordaras por ti misma, que recordaras quién era yo y todo lo que existió entre nosotros; pero el tiempo ha pasado, nos hemos ido acercando, mis sentimientos han crecido y ya no he podido callarme. Lamento si te he hecho daño al hablarte de esto.

No sé si lo que siento puede definirse como dolor. Todo es muy extraño. Me vienen a la memoria otras veces en las que él ha dicho cosas parecidas a lo de hoy, así que esto no puede ser por el alcohol.

Además, está esa extraña sensación de familiaridad que él despierta en mí. La forma en que siempre sabe qué hacer o decir para calmarme, como si ya me conociese. Siempre me ha tratado con una cercanía y una intimidad reservadas a gente que se conocía más que nosotros.

Pero es que todo eso de la reencarnación suena a cuento chino. Esto parece el argumento de una novela romántica paranormal. Se podría titular: *La Maldita y El Cuervo*. Me dan ganas de reír solo de pensarlo.

Un suave movimiento capta mi atención. Las plumas de Karasuhito meciéndose con la brisa nocturna. «Plumas…». Algo se conecta en mi cabeza. «Tengo a un demonio delante de mí. Llevo conviviendo con él casi medio año. ¿De verdad lo de la reencarnación es tan raro?».

Unas uñas arañan las paredes internas de mi mente. Un pensamiento luchando por emerger a la zona consciente. Es esa molesta sensación de que algo se me escapa que me lleva carcomiendo desde que Karasuhito me salvó de Ethan, desde que…

«Las alucinaciones», me doy cuenta de pronto. Ese día, en el callejón tuve unas visiones rarísimas que yo creía que eran fruto del estrés. Y… los sueños. No eran invenciones mías, eran recuerdos.

En cuanto ese pensamiento toma forma, un dique revienta dentro de mi cabeza. Mi mente se convierte en una vidriera compuesta por cientos de fragmentos de escenas y no recuerdo haber vivido algunas de ellas. Dentro de mí hay un mosaico de una vida pasada entremezclada con la mía. Ahora lo veo claro.

«Joder. Joder. Todas las indirectas que no he pillado. Todas las cosas que he malinterpretado. Todo este tiempo pensando que él quería a otra… ¡Todo este puto tiempo he estado celosa de mí misma!».

Un grito frustrado se escapa entre mis dientes y el Cuervo se sobresalta.

—¿Kaya? —se preocupa. Menos mal que me tiene bien sujeta por los hombros porque, si no, ahora mismo iba a buscar una alcantarilla y me tiraba por ella—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, solo soy *infinitamente* idiota —mascullo ofuscada.

—Yo… —Frunce la boca y sus ojos se pasean nerviosos por mi cara—. Si no te importa, prefiero no responder a eso porque dudo que esa conversación nos lleve a los violines.

«¿Violines? ¿Qué dice ahora este? ¿Se ha vuelto a confundir de palabra?». Decido dejarlo estar porque, sinceramente, yo tampoco quiero que me dé una respuesta a lo de ser idiota. Con lo descontroladas que están mis emociones ahora mismo, como me diga que sí lo soy, lo mismo rompo a llorar y luego le obligo a tragarse la peluca.

—Entonces, ¿qué…? —Su voz suena menos grave de lo habitual y se perciben notas de timidez en ella—. ¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Cómo te sientes respecto a mí? ¿Me recuerdas? ¿De verdad no estás enfadada?

Ante su avalancha de preguntas tomo consciencia de que él me ha confesado su amor y yo me he caído del columpio, casi me muero dos veces, me he comportado como una enajenada, lo he acusado de estar bolinga y le he llamado loco. En resumen, no le he dado ni una sola respuesta coherente.

—Si esto no te parece bien o te incomoda —prosigue—, podemos olvidarlo todo. Yo no necesito que suceda nada más entre nosotros. No negaré que lo deseo, pero no lo necesito. Con estar a tu lado, de

la forma que sea, yo soy feliz. Así que, si te he hecho sentir mal, lo siento. Y por favor, no me alejes de ti. No dejes de hablarme otra vez.

Algo se enreda alrededor de mi corazón. Es frío, puntiagudo y duele. Duele mucho.

Apoyo mis dedos en sus labios para detener su discurso nervioso. Son tan suaves… Un pulso de calor recorre mi cuerpo.

—Karasuhito, no me he enfadado. Solo me he sorprendido mucho. Lo que me has contado es… bueno, *increíble* y me está costando un poco asimilarlo todo.

—Es comprensible. E imagino que eso es porque no me recuerdas. No recuerdas nuestro amor —dice desanimado.

Ha llegado el momento de ser totalmente honesta para no hacerle más daño.

—Recuerdo algunas cosas, fragmentos de momentos puntuales. Una pelea en medio de un bosque. Una mañana tendiendo la ropa. Una tarde cocinando mientras tú me miras. Algunas noches… —El calor trepa por mi cuello y alcanza la punta de mis orejas—. Pero no son más que eso, retazos *muy* pequeños. —Cada vez está más cabizbajo—. Así que esto que siento no se debe a que te recuerdo de otra vida y, sinceramente, lo prefiero así —admito. Quiero que mis sentimientos sean míos y solo míos, no alguna mierda mística del destino.

—¿Lo que sientes? —Una chispa prende con suficiente fuerza como para no dejarse engullir por la oscuridad de su mirada.

—Yo también estoy enamorada de ti —confieso con una patética voz de pito que da vergüenza ajena.

A él no parece importarle lo más mínimo porque se arroja con tanta fuerza sobre mí que los dos caemos al suelo. Por supuesto, no me golpeo en ningún sitio, él se encarga de eso.

De algún modo, consigue abrazarme, girarme y que aterrice sobre su pecho, todo esto en menos de un latido. Y lo ha hecho el chico que por poco se va rodando escaleras abajo tres veces hace unas horas porque no atinaba a levantar solo un pie cada vez.

Sus risas restallan contra mi oído, la vibración se propaga por mi cuerpo y su felicidad se filtra a través de mi piel y, después, por las

grietas de mi corazón hasta insuflarle vida nueva. Yo también me río, y lloro un poquito, mientras él no deja de repetir que me quiere.

Lloro de alegría y, también, por esa leve sensación agridulce de la que no puedo desprenderme porque la mayoría de los obstáculos que había entre nosotros siguen ahí. Él sigue siendo un demonio ochocientos años mayor que yo. Yo envejeceré y él no. Yo moriré y él volverá a quedarse solo y devastado.

—Karasuhito. —La ansiedad empuja las palabras fuera de mis labios. Él me ayuda a incorporarme cuando nota que intento moverme. Su sonrisa es tan luminosa que duele. Duele pensar que algún día volverá a apagarse por mi culpa y solo Dios sabe cuántos siglos le llevará sanar esta vez—. ¿Estás seguro de esto?

Su cabeza se ladea.

—No te entiendo.

—Yo… —No hay forma de suavizar esto—. ¿Estás seguro de que quieres que pase esto entre nosotros? ¿De verdad quieres que seamos algo más?

—Es lo que más deseo en el mundo.

Un dedo puntiagudo se cuela entre mis costillas y se pone a hurgar sin clemencia en mi interior hasta hacer sangre.

—¿Y qué pasará luego? ¿Qué pasará contigo cuando yo…? —No quiero decir abiertamente "cuando yo me muera" porque suena un poco tétrico, pero por su cara, él me ha comprendido—. ¿No te da miedo pasar otra vez por lo mismo?

—Ya no —declara—. Porque ahora sé que volverás. Ahora estoy seguro de ello. Así que, cuando tenga que despedirme de nuevo de ti, te esperaré con la certeza de que regresarás conmigo y eso me ayudará a sobrellevar la pena. Y, además, esta vez tendré los recuerdos de dos vidas a tu lado para mantenerme en pie —sonríe, y el invierno se acaba de golpe—. ¿Tú tienes miedo?

—No.

«¿Cómo voy a tenerlo cuando aquí al lado está el corazón más valiente y tierno que he contemplado jamás? ¿Cuando me siento más amada de lo que me he sentido nunca? Es imposible».

Su sonrisa se ensancha.

—Te amo, Kaya. Ahora y siempre.

Sus labios me roban el "te quiero" que estaba a punto de pronunciar, el cual acaba perdido en el mar de nuestras bocas unidas.

Su beso es lento, suave y profundo, y su lengua va dejando notas ahumadas en mi boca mientras explora. De pronto, me siento en casa.

Me acerco a él, intentando fundirme también con su cuerpo y mis dedos se deslizan entre la sedosidad de sus plumas. Es una sensación extraña y, al mismo tiempo, familiar.

Al notar mi caricia, él gruñe de forma grave y suave un segundo antes de que el beso se intensifique y los dos nos convirtamos en una estrella fugaz caída capaz de dejar senderos de fuego a su paso.

En medio del arrebato de pasión, soy ligeramente consciente de que igual no es muy apropiado estar haciendo esto en el suelo de un parque infantil. Pero tampoco creo que sea muy apropiado besar a un ser mitológico que antes mataba gente, así que… Me encojo de hombros mentalmente.

Cuando su mano se cuela dentro de mi abrigo y traza los contornos de mi cuerpo con caricias expertas, se escucha un nuevo gruñido bronco y un desgarrón. Las alas de Karasuhito están a la vista.

Sin interrumpir el beso, él me sostiene contra su cuerpo y alzamos el vuelo. Esto es lo más surrealista y, al mismo tiempo, lo más excitante que he hecho en mi puñetera vida y mi propia temperatura me impide sentir nada de frío mientras surcamos el cielo de la ciudad.

Esta vez no podemos entrar por el balcón, así que nos vemos obligados a separarnos para poder caminar la manzana que nos separa de casa, tras aterrizar en un callejón angosto y oscuro.

No hemos dado ni diez pasos y él tira de mi brazo, me empuja contra la pared y me roba el aliento con otro beso abrasador. Cualquiera diría que no puede separarse de mi boca y debo admitir que eso me hace sentir especial, deseada y poderosa.

Seguimos avanzando entre interrupciones constantes para besarnos, tocarnos, abrazarnos y reírnos. Para cuando entramos a

nuestro piso, somos un caos de ropa arrugada, cabellos y plumas despeinados, manos ansiosas, labios sedientos y ojos febriles.

Él cierra la puerta con el talón, me quita el abrigo a toda prisa y se arranca la parte de arriba de la ropa, que ya estaba rota. Tengo al Cuervo vestido solo con los pantalones oscuros del traje en mi entrada. Ahora no hay motivos para apartar los ojos y por poco combustiono al fijarme bien en su perfecto cuerpo.

Mis latidos se aceleran tanto que se me va la cabeza y empiezo a ver otra vez lucecitas intermitentes de colores, como si alguien hubiese instalado un pino gigante de Navidad en mi mente. Y en vez de una estrella, coronándolo hay un cartel que reza: "aquí yace Kaya. Causa de la muerte: Karasuhito estaba indecentemente bueno".

Quiero respirar hondo, y solo atino a tragar haciendo *demasiado* ruido. Mis funciones corporales van a su aire porque mi cerebro está más frito que una gamba en tempura.

Su boca, esa que hasta hace dos segundos me estaba devorando, se curva de una forma sugerente y espantosamente atractiva. Me llevo una mano al pecho cuando mi pulso se salta tres latidos enteros. «Al final me muero de verdad».

—¿Qué pasa, Kaya? —ronronea él de forma juguetona—. Si me miras así, me va a dar vergüenza. —Desliza un dedo desde su clavícula hasta la cintura del pantalón.

El mundo estalla y solo hay calor. *Mucho* calor.

—Sí, ya veo la vergüenza que te está dando —respondo con la boca seca y los ojos fijos en él. Ya da igual si me toma por una pervertida. Antes me mato que dejar de contemplar esa maravilla.

—Mucha —se ríe con picardía, y se acerca un paso a mí.

—A nadie con ese cuerpo tallado por los dioses le podría dar vergüenza que lo miren —salto sin pensar.

—¿Tallado por los dioses? —Sus cejas se elevan la misma distancia que se ensancha su sonrisa—. ¿Tan guapo te parezco, Kaya? ¿Tanto te gusta lo que ves? —me provoca—. Que sepas que mi cuerpo es el resultado de una perfecta genética demoníaca y siglos de duro entrenamiento. Podría decirse que yo también soy

como una fruta prohibida y tentadora. —Mueve las cejas de forma lenta.

«La madre que lo…». Es que le encanta pavonearse. Aunque tiene razones para hacerlo.

—¡Ya! —estallo—. ¡No hace falta que te sigas vendiendo que ya te he comprado, leches!

Se inclina sobre mí y la luz desaparece.

—Solo quiero saber si me deseas tanto como yo a ti. —Su dedo se desliza por la curva de mi cintura y sigue ascendiendo por mi columna, electrizando toda mi piel.

Se me ha olvidado cómo se habla. Así que decido responder sin palabras. Imito el gesto que él acaba de hacer, deslizando las yemas de mis dedos por su piel desnuda. Su pecho vibra. Su piel se eriza. Me alzo sobre las puntas de los pies y lo beso volcando en él todo el fuego que me abrasa por dentro.

En menos de un segundo, me levanta por los aires y me lleva hasta la habitación mientras nos vamos perdiendo cada vez más el uno en el otro.

CAPÍTULO 37 - UN OSO POLAR EMPLUMADO

La puerta de la cafetería se abre de golpe y un torbellino con rizos irrumpe a la carrera. Casi se lleva por delante tres mesas.

La última vez que Jenna estaba así de alterada, se había cargado el cuadro eléctrico de la sucursal donde trabaja tras intentar sacar *algo* sospechoso (yo tengo la firme creencia de que solo era una pelusa) del enchufe con una lima de uñas.

Al intentar frenar, derrapa varios metros y su cadera impacta contra la mesa de unos atónitos chicos que le dirigen miradas recriminatorias. Ella se disculpa con rapidez y por fin logra sentarse con nosotras.

—No os vais a creer lo que ha pasado —resuella, con las mejillas coloradas y brillantes del esfuerzo.

—¿Has vuelto a confundir a un cliente del banco con un atracador y has intentado inmovilizarlo con el cable del ratón? —se burla Meredith.

«Uy, no me acordaba de eso».

—Ese hombre era *terriblemente* sospechoso —se defiende Jenna —. No dejaba de sudar, de tartamudear y de lanzarme miradas intimidatorias.

—Eso era porque estaba intentando pedirte salir, ¿no? —pregunta la rubia con su típica sonrisa torcida.

—Pobre muchacho —murmura Isa.

—Pobre muchacho —coincido, aguantando la risa.

—¡Pobre yo que me di un susto de muerte pensando que me iba a atracar! —exclama Jenna—. Y no sé por qué estamos hablando de esto porque no viene al caso.

—Pues si no has reducido a nadie por error… —Meredith se queda pensativa mientras se da golpecitos en la barbilla con el dedo.

—¿Has vuelto a quedarte encerrada en la cámara de seguridad del banco? —inquiere Isa.

Me tengo que tapar la boca para ahogar la risa. «Tampoco me acordaba de eso». Francamente, no sé cómo Jenna conserva su trabajo.

—¿Por qué tenéis que ser así de brujas? —se ofende la interrogada.

—Yo no soy una bruja —declara Isa—. No lo soy… No lo soy, ¿verdad? —Me mira.

—No lo eres.

—Yo sí —afirma la reencarnación rubia de Maléfica, y le da un sorbo a su vaso—. Aunque en este caso concreto no lo estoy siendo. No es nuestra culpa que seas una cabeza hueca.

—Seguid faltándome al respeto de esa forma y me buscaré a otras amigas con las que compartir el premio. —Jenna gira la cara con indignación.

—¿Premio? —me sorprendo.

—¿Otras amigas? —Meredith enarca una ceja con escepticismo.

Jenna le saca la lengua y procede a ignorarla para responderme a mí.

—Por eso he venido corriendo, para contároslo. ¡He ganado un fin de semana en una cabaña cerca de Verlot y del Lago Spada! —Aplaude—. ¡Y puedo llevar a tres personas conmigo! ¿No es estupendo?

—¡Eso es maravilloso! —se alegra Isa.

—La naturaleza me da urticaria —declara Meredith.

—¿Hay algo que no te dé urticaria? —me río.

—Pocas cosas, la verdad —responde con total desfachatez.

—Deja de ser una amargada, Mer —suplica Jenna—. Es la primera vez en toda mi vida que gano algo y quiero compartirlo con mis mejores amigas. Será como el viaje a Japón, pero sin el sushi ni las doce horas de vuelo —sonríe de forma amplia.

—Me extraña que sea la primera vez que ganas algo con la de sorteos a los que te apuntas siempre —comento, porque es verdad.

Jenna tiene la costumbre de participar en cualquier cosa donde haya un premio o un regalo, aunque ni siquiera le interese.

—Lo sé. De hecho, ni recordaba haberme apuntado a este —se ríe—, pero mi tenacidad ha dado sus frutos y lo que es mejor, ¡puedo compartirlo con vosotras!

—¿No recuerdas haber participado? —Meredith frunce el ceño y se cruza de brazos ante la negativa de Jenna—. ¿No será un timo? ¿O alguna broma por el uno de abril[7]?

—Estamos en mayo —le recuerda Isa.

—Ya lo he comprobado y todo es legal y verídico. Y ya tenían todos mis datos personales, por lo tanto, sí que tuve que registrarme para el sorteo, aunque yo no me acuerde. Y bien, ¿qué me decís? La reserva es para el segundo fin de semana de junio.

—Yo tengo que comprobar los turnos en el hospital, pero si no trabajo, por supuesto que me apunto —asiente Isa. Jenna baila en la silla.

—Los bichos no me gustan y en el bosque hay muchos bichos —protesto.

—¿No será que no quieres dejar solo a tu caballero emplumado? —sonríe Isa—. Todavía estáis en la mágica fase de los primeros meses.

Una oleada de calor nace de mi estómago y asciende por mi pecho hasta acumularse en mi cara.

—No es por eso —farfullo, muerta de la vergüenza—. De verdad me dan pánico los bichos, ya lo sabéis.

También es verdad que pasarme un fin de semana entero sin ver a Karasuhito se me hace un poco duro ahora mismo. Me he vuelto más adicta a ese hombre que al chocolate y Dios sabe que me cuesta la vida mantener mis manos y mi boca lejos de él. Pero tengo a bien callarme ese bochornoso detalle.

—Para algo se inventó el insecticida —contraataca Jenna—. Llevaremos veinte botes. Y de repelente también.

—En ese caso, está bien —cedo, porque no quiero ser la clase de persona que desaparece cuando está en una relación. Me ocurrió

con Ethan y fue en contra de mi voluntad, no me apetece que suceda de nuevo.

—Solo quedas tú, Mer. ¿Qué me dices?

—¿Qué he hecho yo para merecerme esto? —musita la aludida, pasándose las manos por la cara y el pelo con desesperación—. No soy un ratón de campo, ni siquiera soy una rata de ciudad, solo soy un murciélago que quiere disfrutar de su solitaria y lúgubre cueva, joder.

Ante semejante declaración solo podemos reírnos de ella. Isa es la primera que recobra la compostura e inclinándose sobre la silla, entrelaza su brazo con el de Meredith y la mira como un cachorrito desvalido.

—No será lo mismo si no estás con nosotras…

—Quejándote de todo cada cinco segundos —añado, entre risas.

—La gruñona eres tú, Kaya, no yo —me reprocha Meredith con el morro más apretado que los pantalones de un bombero—. Yo no me quejo. Yo lanzo maldiciones con la furia del infierno.

—Pues maldice entre abetos para variar —bromea Jenna.

—Porfi… —Los ojos de Isa se redondean más, y Meredith resopla.

—Por favor, Meredith —me uno a la súplica, y me gano una mirada asesina.

—No te hagas la difícil —le pide Jenna—. Sabes que somos unas lelas y que no sobreviviremos solas un fin de semana entero. Tienes que venir, Mer.

La aludida deja escapar un gruñido exasperado.

—¡Está bien! —Nos apunta a todas con un dedo largo y afilado como un punzón—. Pero después de eso, no nos saldremos de nuestra cómoda rutina durante tres meses por lo menos, ¿entendido?

—Sí, señora —respondemos las tres al unísono.



Tardo menos de dos segundos en soltar todo lo que tengo en las manos y llegar a la puerta en cuanto escucho las llaves. Kaya aún no ha cruzado el umbral y mis labios ya están sobre los suyos, saboreando la risa que se le escapa por el impetuoso recibimiento. Pero es que la he extrañado *mucho*.

Durante los últimos meses, lejos de acostumbrarme a sus ausencias, cada vez las siento más porque el tiempo que ahora compartimos es mil veces mejor.

Donde antes había convivencia y amistad, ahora hay amor. Ahora hay minutos que se quedan cortos para contener nuestras caricias, nuestros besos, nuestras charlas entrelazados en el sofá y nuestro deseo de más. Siempre más. Como si tratásemos de compensar los seiscientos años que hemos pasado separados.

—Bienvenida —murmuro contra sus labios, y su risa me acaricia —. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Se alza sobre las puntas de los pies para corresponderme con otro beso que me sabe más dulce que el primero, porque este nace de ella.

Cuando el beso acaba, la suelto a regañadientes para que se pueda quitar la cazadora y los zapatos, y ponerse cómoda.

—¿Qué tal tu día? —le pregunto.

—Bien. Tengo que contarte una cosa. —Sus ojos aletean con nerviosismo—. Jenna ha ganado un viaje de un fin de semana a una cabaña aquí cerca, a una hora y media, y nos ha invitado a las chicas y a mí. Pasaré fuera el segundo fin de semana de junio… —titubea, agacha la cara y su voz también desciende varios tonos—. Espero que no te parezca mal.

—¿Mal? —me extraño—. ¿Hay algún peligro de muerte cerca de ese lugar?

Su gesto se contrae con perplejidad.

—No. A no ser que cuentes los insectos del bosque como potencialmente mortales.

Me trago la risa para no interrumpir la conversación.

—Entonces, ¿por qué iba a parecerme mal?

—Pues… —Cada vez parece más perdida—. ¿Porque no voy a estar aquí? —pregunta, como si ni ella misma lo supiese.

—Y eso significará que te echaré de menos, pero no que me parezca mal. Siempre y cuando no te expongas a situaciones peligrosas de forma deliberada, no veo dónde está el problema. —Me encojo de hombros—. Y sé que pasar tiempo con tus amigas te hace feliz, así que entiendo aún menos por qué iba a parecerme mal.

Su boca se convierte en una fina línea temblorosa y de pronto tengo miedo de haber dicho algo inapropiado y haberla disgustado. Antes de poder preguntar nada, ella da un paso, agarra el bajo de mi camiseta y apoya su frente en mi pecho.

—Perdona —dice con voz queda.

—Siento tener que decirlo, pero… cada vez entiendo menos lo que está pasando —confieso. No le veo la lógica a su disculpa. Ni a todo lo anterior, ya que estamos.

Ella se ríe de forma suave y eso alivia un poco mi malestar.

—Perdona porque, por un segundo, se me ha olvidado que tú eres lo opuesto a lo que yo he vivido hasta ahora —me explica—. Estaba esperando que reaccionases como lo habría hecho él y me he sorprendido cuando simplemente has sido tú mismo. Eso no ha sido justo por mi parte, así que, lo siento.

—Kaya —la rodeo con mis brazos y la mezo suavemente—, no pasa nada. Después de todo lo que has vivido, tu cerebro está condicionado a reaccionar de cierto modo y te llevará un tiempo poder dejar todo eso definitivamente atrás. No te preocupes.

—Siempre eres demasiado bueno —susurra, frotando su mejilla contra mi pecho.

—Eso díselo a la gente que me comí en Hikone…

—¿Qué has dicho? —Se aparta de mí y me mira con los ojos anormalmente abiertos.

—¡Nada! —grazno demasiado alto—. No he dicho nada. Nada de nada.

—Karasuhito…

—Uy, ¡qué tarde es! —comento, señalando el reloj de la pared—. Tengo que ponerme ya con la cena.

—No huyas de mí.

—No huyo. Solo atiendo mis deberes de buen novio.

—Para un segundo. —Intenta agarrarme y yo acelero el paso.

—¡Qué tarde! Como no empiece ya a cocinar, no vamos a tener cenita esta noche —exclamo con tono afectado—. ¡Nos va a doler la barriguita por el hambre!

—Deja de ser un teatrero —se ríe, pero yo no me confío. No debo bajar la guardia o lo mismo suelto otra burrada.

—Nos iremos a la cama con el estómago vacío, pobrecitos de nosotros. ¡Lo mismo no llegamos a ver un nuevo día! —Me llevo la mano a la frente.

—Cuentista.

—Y desde luego, si no cenamos, no vamos a tener energías para hacer otras *cositas*. —Ahora sí me paro y sonrío de ese modo que siempre logra hacer que ella se ruborice. Esta vez tampoco falla.

—Eres lo peor. —Sus mejillas se hinchan y sus labios se fruncen en un mohín. «Adorable. Adorable. ¡Adorable!». Sonrío más—. Si no me vas a responder, me voy a dar una ducha.

—Si quieres te froto la espalda —ronroneo. Su *adorabilidad* ha logrado que me olvide de la cocina.

—¿Y qué pasa con la cena?

—La cena puede esperar. —Hago un gesto con la mano.

—La madre que te…

Me desplazo a toda velocidad, la rodeo con mis brazos y me inclino sobre ella.

—Yo también estaba pensando en darme un baño. Si quieres, lo hacemos juntos para ahorrar tiempo —digo con tono sugerente.

Mi dedo dibuja su silueta y ella traga con fuerza a la vez que sus ojos se inundan con deseo. Sin embargo, en menos de tres latidos, el deseo es sofocado por otra cosa: venganza. Iluso de mí, se me había olvidado lo pendenciera que puede ser Kaya para lo poco que abulta.

—Te recuerdo que tú tienes que hacer la cena o nos iremos a la cama con la tripita vacía. Pobrecitos de nosotros —me devuelve mis palabras con sorna—. Así que *yo* me voy a dar una ducha mientras *tú* haces la cena.

—Pero yo me quiero duchar contigo —gimoteo.

—No te hace falta, no estás sucio —sentencia, e intenta liberarse de mi abrazo.

—Sí lo estoy. Sucísimo. Lleno de mugre. Necesito un baño urgentemente.

—Huelo el aroma del gel de ducha en ti. Ya te has bañado, mentiroso.

«Vaya. Me ha pillado».

Kaya sonríe con suficiencia, sabiendo que ha ganado esta discusión. O eso cree ella. Se le ha olvidado que está tratando con un demonio.

—Sí que estoy sucio —declaro con una sonrisa perversa, un segundo antes de abrir la nevera, sacar el bote de kétchup y embadurnarme los brazos de rojo. Su boca dibuja un círculo perfecto —. Y ahora, ¿nos bañamos? ¿O prefieres que me tumbe así en el sofá?

—Te voy a…

Sus ojos prometen muerte, pero antes de que complete su amenaza, yo ya he caído sobre ella y la he silenciado con mis labios. La sujeto de la cintura y me la llevo en brazos al baño.



Estamos en fila india delante del todoterreno que hemos alquilado para ir a la cabaña de Verlot. Meredith camina por delante de nosotras con pasos largos y las manos a la espalda, soltando un discurso sobre seguridad vial y los peligros de los bosques de Washington (que, como todos saben gracias a las realistas novelas de *Crepúsculo*, están habitados por hombres lobo y vampiros vegetarianos).

También comprobamos que no nos dejamos nada importante bajo el tutelaje de la rubia obsesa del control. Después, solo queda una cosa por hacer: despedirnos.

Karasuhito ha bajado a la calle conmigo para ayudarme con la maleta y para ver a las chicas. Lleva una peluca nueva que le consiguió Jenna porque dejamos la primera abandonada tras nuestro

arrebato de fogosidad. Algún crío la encontraría y la adoptaría, seguro.

Todas le dicen adiós con un abrazo. Bueno, todas no. Meredith se limita a darle unas palmaditas en el hombro. Pero lo hace con una sonrisa sincera en el rostro, lo que en lenguaje de la rubia equivale casi a una declaración de amor.

Él las trata con el mismo cariño. Me llena de felicidad ver lo cercanos que se han vuelto. Aunque debo admitir que podría vivir sin escuchar las conversaciones de Meredith y Karasuhito sobre matanzas, formas de tortura y demás cochinadas sangrientas.

Por último, llega mi turno. Pretendo que esta sea una despedida breve y, sobre todo, casta, dado que estamos en medio de la vía pública y con tres chismosas delante.

—Pásatelo bien con tus amigas y, si tienes cualquier problema, llámame —me dice él, mirándome con una ternura capaz de derretir el Polo Norte enterito. Yo asiento—. Nos vemos en un par de días. Te quiero, Kaya.

En cuanto sus labios rozan los míos, se me olvida lo de la brevedad, la castidad y la homoscedasticidad (ni siquiera sé qué coño es eso, creo que lo he visto en un libro del trabajo).

Mis manos ascienden por sus perfectos costados, notando sus músculos tensarse bajo mi contacto. Un ronroneo se cuela por mi boca seguido de su lengua y mi mundo se incendia, consumido por unas llamaradas negras.

La piel de su nuca se eriza mientras mis dedos buscan sus sedosas plumas. En lugar de eso, me topo con unos cabellos de textura áspera. «¿Qué leches…?». De la impresión, tiro demasiado fuerte y por poco me quedo con la peluca en la mano. La magia se rompe, el fuego se extingue y el beso termina.

Abro los ojos y veo el anhelo contenido a duras penas en los suyos. Un ruidito capta nuestra atención. Los dos nos giramos. Isa está de espaldas observando con una atención reverencial el coche. Jenna y Meredith no tienen tanto recato y me miran de un modo que me dan ganas de hacer el viaje hasta Verlot dentro del maletero.

—¿Nos vamos? —pregunta la rubia—. ¿O prefieres que te demos diez minutos a solas con tu hombre pájaro? El asiento de atrás parece cómodo…

La vergüenza me devora.

—No hace falta, *gracias* —siseo. Me vuelvo hacia Karasuhito—. Que tengas un buen fin de semana. Nos vemos pronto. Te quiero. —Rozo sus labios para evitar que la situación se descontrole de nuevo.

Él es consciente de lo que he hecho y sonríe. Me sostiene el rostro y, tras decirme nuevamente que me quiere, me besa la frente, las mejillas, la nariz y roza mis labios con suavidad. Les dice adiós a las demás con la mano y regresa al edificio.

Nosotras nos montamos en el coche. Jenna conduce, Meredith va de copiloto, Isa está sentada detrás de la rubia y yo de la morena.

Tras una pelea a muerte entre Jenna y Meredith por el control de la radio, nos ponemos en marcha, listas para pasar un fin de semana en las montañas. «Que Dios nos asista y nos libre de los bichos campestres», rezo en silencio.

Nos lleva un buen rato salir de la ciudad por culpa del tráfico del viernes por la tarde. La cosa mejora considerablemente una vez que tomamos la Interestatal 5 en dirección norte y nos alejamos de Seattle.

Desde mi asiento no tengo las mejores vistas, pero a través de la ventanilla de Isa sí puedo contemplar el pico del Monte Pilchuck, una daga gris contra el azul pálido del cielo. El paisaje va cambiando y el verde finalmente nos engulle cuando tomamos un desvío hacia una carretera rural que serpentea entre los árboles.

Debatimos sobre qué es lo primero que tenemos que hacer en cuanto lleguemos. Yo digo que limpiar y desinfectar la cabaña a fondo. Dos veces. Meredith insiste en que lo primero es comprar alcohol y café, y a la comida que le den. Jenna quiere ir a cenar fuera. Isa se limita a intentar poner paz.

Tomamos una curva cerrada y, aunque mi vista está fija en Meredith, capto algo blanco por el rabillo del ojo. Al principio creo que es una furgoneta que viene en sentido contrario; sin embargo, una pequeña señal de alerta se activa en mi cerebro. Hay algo en el movimiento de ese vehículo que está mal.

El tiempo parece ralentizarse. Mi cuello comienza a girar y mi cerebro por fin asimila qué falla: la furgoneta se mueve en perpendicular, no en paralelo a nosotras. Me vuelvo del todo hacia la ventanilla. «Eso no es una furgoneta».

No hay tiempo para más. Algo nos embiste por el flanco izquierdo. Nuestro habitáculo se llena de gritos. La carrocería se hunde y yo me aparto todo lo que me deja el cinturón. Nos salimos de la carretera por el lateral contrario por el que hemos sido placadas y caemos por la ladera del monte.

Antes de que el mundo se apague, me asalta un último pensamiento: «nos acaba de sacar de la calzada un puto oso polar emplumado».

CAPÍTULO 38 - NO HAY ESCAPATORIA

Me despierto y me siento terriblemente confusa. No recuerdo haberme ido a dormir. Además, me duelen bastantes partes del cuerpo, como si me hubiese caído, y una palpitación me atraviesa el gemelo.

Intento abrir los ojos sin éxito, mis párpados pesan demasiado. En medio de la neblina mental logro captar otras sensaciones. Escucho un jadeo. Huelo a hierro. Me agobio.

No sé qué está pasando. Lo último que recuerdo es que me despedí de Karasuhito y me subí al coche alquilado. La pelea por la radio. Nos pusimos en marcha y… y… Nada. Vacío. Un vacío resplandeciente que me hace daño en mi maltratado cerebro. «Cuánta luz. Cuánto blanco… ¡El oso polar!». Algo nos sacó a la fuerza de la carretera y caímos por el arcén.

Reúno la poca energía que me queda y muevo las manos. Palpo algo suave y fresco entre lo que sobresalen bultos duros y afilados. «Hierba. Raíces. Piedras». Parece que estoy sobre el suelo del bosque. Lo que no sé es cómo he llegado aquí si yo estaba dentro del habitáculo con las chicas.

Al pensar en ellas, el miedo lanza una descarga de adrenalina que recorre mi sistema. Por fin logro alzar los párpados. Mi vista está borrosa y acuosa. Hay un gran bulto frente a mí. Me incorporo lentamente y parpadeo de forma frenética. El todoterreno va cobrando forma.

La carrocería está llena de abolladuras, pero el vehículo permanece sobre las cuatro ruedas, gracias al cielo, no ha volcado. La puerta del lado donde yo iba montada está abierta de par en par.

No sé cómo he salido. Los rizos de Jenna caen desmadejados sobre el volante. No veo a Isa ni a Meredith.

Me incorporo un poco y me percato de que algo brillante y puntiagudo sobresale de mi gemelo. Mi estómago se revuelve, se me va la cabeza y me dejo caer sobre el suelo otra vez. «Aguanta. Por Dios, aguanta». Abro la boca para llamar a mis amigas y de mis labios solo sale un sonido sibilante y ronco.

«Necesito ayuda. Necesito a Karasuhito». Intento pronunciar su nombre y ni el aire sale de mi pecho. Golpeo el suelo con frustración.

—Te veo muy enérgica después de semejante accidente.

Se me hiela toda la sangre del cuerpo. No quiero mirar, aun así, mis ojos se mueven solos guiados por el terror. A unos metros de mí, formando el vértice de un triángulo con mi cuerpo y el vehículo, está Ethan.

Trago. Vuelvo a tragar. Nada baja. Sin embargo, algo agrio sube desde las profundidades de mis entrañas cuando el pánico las estruja. «¿Qué hace aquí?». No lo entiendo. Es imposible que él nos haya sacado de la carretera. Lo que nos ha embestido no era un hombre ni una furgoneta. «Entonces, ¿qué? ¿Y qué hace él aquí?», me repito.

—También te veo más calladita y formal que durante nuestro último encuentro. —Su sonrisa se transforma en una mueca de desprecio feroz—. A lo mejor es porque ya no te sientes tan valiente sin ese demonio cerca. ¿Por qué no lo llamas, Kaya? —me provoca.

Tampoco entiendo esto. No entiendo que sea tan gilipollas o tan suicida como para venir a por mí una segunda vez, sabiendo lo que le espera cuando Karasuhito se entere de lo que acaba de hacer.

Porque el Cuervo lo dejó bien claro, nada ni nadie lo detendrá una segunda vez. Ni siquiera mis ruegos funcionarán esta vez. Y esa certeza es lo que mantiene mis labios firmemente sellados a pesar del terror que burbujea caliente en mi sangre.

No dejaré que Karasuhito se convierta en un asesino por culpa de esta montaña de mierda. Ya les ha hecho daño a las chicas, no permitiré que hiera a nadie más que me importa. «Basta». Me ocuparé de él yo misma, como debí haber hecho hace años.

Un segundo cañonazo de adrenalina me recorre. Me trago el pánico junto con la bilis, escaneo disimuladamente el espacio que me rodea y le ofrezco el mismo desprecio silencioso que él me está regalando a mí.

—¿No dices nada? ¿Te has mordido la lengua? —se burla—. En otras circunstancias, me daría igual. Siempre has estado más mona calladita. —«Cabrón insolente»—. Pero justo hoy necesito que hables, Kaya. Necesito que llames a ese pajarraco tuyo como el día del callejón.

Mi cerebro se agita como si alguien hubiese arañado un plato con un tenedor. «Algo no va bien. Por muy loco que esté, no es normal que me pida que llame al que será su verdugo». Necesito tiempo para pensar y aclarar lo que está pasando aquí. E igualmente no quiero llamar a Karasuhito, así que opto por desviar el tema.

—¿Qué pasa, Ethan? ¿Acaso quieres que él te haga otra nariz nueva? —Señalo el puente torcido que solía estar perfectamente recto—. Porque hay formas menos dolorosas para conseguirlo.

—Puta.

—Cabrón —sonrío, y él sisea—. Te vuelve a tocar a ti. O puedo seguir yo, no tengo ningún problema. Cerdo desalmado. Aliento de estiércol. Mamarracho. Cagarruta de ñu…

Se impulsa hacia adelante como una res enfurecida y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no ponerme en pie y huir. Ni siquiera sé si el gemelo me sostendría. Y si los dos estamos de pie, perderé mi escasísima ventaja sobre él.

Cierro el puño con fuerza hasta que la piel de mis nudillos amenaza con abrirse. Ethan llega hasta mí y yo me encojo. No por miedo, sino para sacar provecho de mi pequeño tamaño y obligarlo a agacharse para alcanzarme. Él lo hace y ahí está mi oportunidad.

Sujeto con firmeza la piedra que he cogido y lanzo el brazo a toda velocidad hacia su sien. Con un poco de suerte, lo mismo lo dejo inconsciente en el acto. Sin suerte, al menos confío en desequilibrarlo y aprovechar para golpearlo de nuevo una vez que caiga al suelo.

Él ve venir el golpe un segundo demasiado tarde, cuando ya no puede hacer nada por apartarse de mi camino. Y a pesar de eso, mi

puño solo encuentra aire porque algo empuja a Ethan con fuerza desde atrás y lo tumba.

Una melena rubia con brillantes mechones carmesíes baila en el aire siguiendo el compás marcado por los pies de Meredith. Ella pivota y le pega una patada a Ethan en el costado que le arranca un satisfactorio gruñido de dolor.

—No vas a ponerle la mano encima de nuevo, puto cobarde de mierda —bisbisea ella. Es mi amiga y la quiero con toda mi alma, pero su mirada me está dando miedo hasta a mí—. Por encima de mi cadáver.

—Si eso es lo que quieres —se ríe Ethan desde el suelo—. Siempre fuiste la que me caía peor de todas. —Intenta levantarse y Meredith le vuelve a patear.

—El sentimiento es mutuo, gusano.

Él rueda unos metros por el suelo, alejándose de mí. Ella se planta entre los dos, convirtiéndose en mi escudo.

Al verla caminar me percato de que cojea de una pierna, tiene sangre en la cara, además de por el pelo, y también le gotea de una mano. Y aun así, aquí está, erguida, altanera y desafiante como nadie. Es mi admiración por ella lo que consigue que no vomite y pierda el sentido al ver tanto rojo (y el chute descomunal de adrenalina que llevo encima también ayuda).

—¿Puedes moverte? —me pregunta Meredith.

—Los brazos sí. No he probado a levantarme. ¿Estás bien?

—Estaré mejor cuando le rompa los dientes a ese miserable. —Al oírla, Ethan suelta una cosa entre un gruñido y una risa ronca—. Y hablando de romper… ¿No deberías llamar a Karasuhito?

—Yo… no sé si debo —confieso, y mi amiga me lanza una mirada sorprendida por encima del hombro.

—No es momento de ponerse quisquillosa con chuminadas como la moral, Kaya. Ese puto loco nos ha sacado de la carretera.

—Es que él me está pidiendo que lo llame. Algo no cuadra —le cuento. No tengo tiempo de decirle nada más porque Ethan ya está en pie.

Meredith es muy lista, tiene la lengua más afilada que una navaja, un vocabulario que haría ruborizarse al más curtido marine y

tiene un cuerpo atlético; pero nada de eso vale mucho considerando que ella está malherida y que se está viendo las caras con un fulano que es policía y que casi le dobla en corpulencia y fuerza bruta.

Tras un breve intercambio, Ethan consigue conectar un puñetazo con el costado de ella y la tumba de un solo golpe.

El crujido que nace del cuerpo de Meredith reverbera dentro de mi cabeza y algo se quiebra en mí. De la grieta surge un monstruo de fauces afiladas que devora de golpe el miedo y el dolor. Me pongo en pie.

Mi amiga boquea, intentando recuperar el aliento y Ethan la acecha como un lobo hambriento. No. Como un lobo no. Ni siquiera los animales son así de crueles.

Lo veo levantar el pie para golpearla en la cabeza y no me lo pienso. Me arrojo contra él y lo desequilibro lo suficiente para hacerlo trastabillar un paso.

—No te atrevas a hacerle más daño. —No reconozco mi propia voz. Creo que no es mi voz. Ese sonido ha salido del mismo lugar que la bestia que ha devorado todas mis emociones salvo la ira.

—Pues llama a tu karasu-tengu.

Una campanilla repica en mi cabeza. Una nueva señal de alerta. «¿Cómo sabe qué tipo de demonio es Karasuhito?». Decididamente, algo va mal.

—No quiero que nadie me robe el placer de estrangularte con mis propias manos —declaro con una voz gélida y serena que sigo sin reconocer como mía.

Ethan se ríe. Por supuesto, no me toma en serio. Nunca lo ha hecho.

—¿De verdad te crees eso? —me increpa—. A lo mejor quieres replanteártelo porque parece que últimamente no aciertas mucho con tus predicciones, Kaya. Estoy seguro de que creías que todo había acabado y nada más lejos de la verdad. No hay escapatoria posible para ti. Nunca la habrá. Y cuando no te quede nada y me supliques de rodillas…

Gotas de sangre salen despedidas cuando Ethan se muerde la lengua y todo su cuerpo se bambolea hacia adelante.

Meredith y yo nos quedamos tiesas. Detrás de la espalda de Ethan hay un trozo gigante del salpica barros del coche y empuñándolo está Isa. Ella también está herida y se balancea de forma inestable, pero sus ojos se han convertido en una marisma de furia.

—Ya estoy harta de ti, Ethan. Si te metes con mi familia, te dejo seco y te mando al fondo del mar con los peces.

—Y luego dice que no tiene sangre mafiosa. —Meredith se agarra a mí para ponerse en pie.

El gemelo está a punto de fallarme por el peso añadido y las dos nos inclinamos en un ángulo peligroso. Por eso, ninguna reaccionamos a tiempo de avisar a Isa. Ethan descarga el talón sobre su muslo desde el suelo y ella cae de espaldas. La fisura de mi cabeza se ensancha otro metro más.

Meredith ruge y se lanza hacia adelante como un animal rabioso. Ella y Ethan se convierten en una maraña rodante de brazos y piernas. No puedo intervenir porque lo mismo le puedo dar a él como a ella.

Frustrada, hago lo único que puedo, voy con Isa arrastrando mi pierna mala por el camino.

—¿Estás bien? —le pregunto, y ella asiente—. ¿Y Jenna?

—Inconsciente. Se ha dado un buen golpe con el volante en la cabeza.

«¡Joder!». Todo esto es por mi culpa y sé que está en mis manos ponerle fin con una sola palabra y, sin embargo, algo en mí se rebela ante la idea de llamar a Karasuhito. Algo me está diciendo que aquí está pasando algo que yo no entiendo y que, haga lo que haga, debo mantener al Cuervo lejos de Ethan.

El grito de dolor de Meredith hace que mi tren de pensamientos descarrile. Ese bastardo la ha aprisionado contra el suelo usando su propio cuerpo y le está retorciendo el brazo de una forma grotesca. Si sigue así, se lo va a sacar de la articulación.

—Tenemos que ayudarla como sea —le digo a Isa, que asiente.

«A lo mejor entre las tres podemos reducirlo». Me aferro a esa esperanza. Él es más fuerte y nosotras estamos para el arrastre, pero somos más. Y estamos *bastante* cabreadas.

Y mi cabreo aumenta cuando veo que la otra mano de Ethan está perdida dentro de la camiseta de Meredith y ese cerdo se relame.

Esto es más de lo que mi cabeza puede soportar. La grieta se ensancha tanto que todo empieza a desmoronarse. La luz se extingue dentro de mí y con ella se va mi cordura, mi miedo, mi instinto de supervivencia y todo lo demás.

De pronto, solo soy rabia y uñas que se clavan en cada centímetro de piel que veo. Ethan intenta apartarme de un manotazo y, sin dudarlo ni un segundo, le muerdo. Mi boca se inunda de su sangre, pero las arcadas no llegan. Los gérmenes acaban de descender mil posiciones en mi lista de preocupaciones.

Él está encima de Meredith y yo encima de él, arañando como un gato salvaje. No le queda más remedio que rodar para librarse de mí. Da igual que me esté aplastando, no lo suelto y mis uñas siguen recorriendo su cara y su cuello, intentando llegar a sus ojos.

En medio de la trifulca, la zona lumbar de ese bruto se hunde en mi cuerpo y lo escucho escupir de golpe todo el aire. Mi vista se enfoca unos segundos y veo que Isa lo ha golpeado desde arriba con el trozo de vehículo.

Por el olor, creo que él acaba de vomitar. Ni siquiera eso me agita el estómago. Tu cuerpo no puede rebelarse contra ti si no hay cuerpo, si solo eres una llamarada de cólera y un puñado de ceniza al viento.

Isa vuelve a alzar el trozo de salpicadero y se tambalea peligrosamente hacia atrás. Está pálida y sudorosa, y una mancha parduzca se va extendiendo por el costado de su camiseta rosa a una velocidad alarmante.

—Déjame a mí. —Si yo soy fuego, Meredith es hielo. Hielo afilado e inclemente.

Agarra el trozo de salpicadero con las dos manos, clava sus ojos llenos de esquirlas en la cabeza de Ethan y se prepara para hundirle el cráneo. Y sé que lo hará. Sé que Meredith no dudará ni un solo segundo y tampoco tendrá ni un solo remordimiento sobre ello. Y la pesadilla habrá acabado.

Antes de que la cabeza de Ethan se abra como una sandía, se escucha un sonido atronador y de la nada se levanta un huracán que

nos empuja a todos hacia atrás en direcciones opuestas.

Al salir despedida, la esquirla del gemelo se me clava más hondo y no puedo evitar gritar. El inesperado aguijonazo de dolor vuelve a conectar de golpe mi mente y mi cuerpo, y soy consciente de cuánto me duele todo y de lo mareada que me siento.

Me incorporo como puedo. Isa está tirada a unos metros de mí y no se mueve. Creo que ella también ha perdido el conocimiento, igual que Jenna.

El dolor es tan intenso que mi campo de visión se inunda de puntos blancos flotantes. Son gigantes y… «Eso no son puntos». Un dedo frío se desliza por mi columna. Una gota de sudor va detrás. Son plumas. Plumas blancas.

Me giro lentamente y mi corazón se precipita a los abismos de la tierra. Hay un demonio pájaro en medio del bosque y no es Karasuhito.

CAPÍTULO 39 - HAZME UN FAVOR Y MUÉRETE

El desconocido es igual de imponente que Karasuhito, puede que incluso sea más ancho. También podría decirse que tiene una belleza sobrehumana, aunque sus rasgos son mucho más afilados y duros. También parece más mayor. El equivalente a un hombre de unos cuarenta años.

Va vestido con unos pantalones hakama rojos y nada más. Su melena está compuesta por una mezcla de plumas en tonos blancos y marrones, sus ojos dorados tienen un brillo que me causa escalofríos, y tiene dos alas blancas inmensas, similares a las de un águila. Además, retiene a Meredith con una mano mientras ayuda a Ethan a ponerse en pie. A Ethan. Al puto Ethan.

Mi estómago sigue a mi corazón en el descenso a los infiernos. «Esto no puede ser verdad».

—¿Sorprendida? —se ríe Ethan, mirándome con suficiencia. De hecho, lo estoy. Tanto, que no puedo articular palabras. Solo atino a contemplar la escena con la boca desencajada—. Déjame que te presente a Sõjõbõ, jefe de los tengus del Monte Kurama.

Observo al que se supone que es el jefe del Cuervo. «Joder, y me quejaba yo del Pelusa de Kiwi». Su gesto duro. Sus ojos fríos. Sus garras descomunales. Sus marcados músculos. Todo en él grita "fuerza y poder" de un modo intimidante. De un modo que da miedo. Puede que ambos sean tengus, pero solo me hace falta un vistazo para saber que no pueden ser más diferentes.

—¿Por qué? —le pregunto al ser de las alas blancas.

Ethan malinterpreta mis palabras y cree que la pregunta va dirigida a él.

—Porque tu demonio me atacó y me amenazó, Kaya. No me iba a quedar de brazos cruzados esperando a que él me matase a sangre fría —miente con total desfachatez, dándole la vuelta a la historia y manipulando los hechos para ser él la víctima. Igual que hacía siempre conmigo.

Karasuhito le perdonó su miserable vida y le aseguró que no le pondría un dedo encima mientras Ethan no se acercase a mí. Y *ese* es el verdadero problema.

Este desgraciado no podía dejarme en paz. No podía dejarme ir. Y como no podía, sabía que al final el Cuervo lo mataría y por eso tuvo que buscar un modo de protegerse. «Y de vengarse», añado, al fijarme mejor en sus ojos desquiciados.

—Después de ver sus alas —prosigue el tarado mayor del país—, no me fue muy difícil averiguar qué era investigando un poco. Un karasu-tengu que, milagrosamente, apareció en tu vida después de tu viaje a Japón. —«¿También sabe lo del viaje?». Se me revuelve el estómago—. Comparé los lugares en los que estuvisteis, de los cuales supe gracias a las fotos que Jenna publicó en sus redes sociales, con el folklore sobre los tengus y probé suerte en el Monte Kurama, donde conocí a este amable caballero —sonríe, al señalar al de las alas blancas—. Sõjõbõ y yo charlamos y, mira tú por dónde, resulta que él estaba buscando a un tengu fugado.

—¿Fugado? —se me escapa.

—Sí. —La sonrisa de Ethan se ensancha—. Al parecer, está prohibido que los yokais abandonen el suelo japonés. Y tu demonio lo hizo. Te siguió hasta aquí. Ha quebrantado las leyes y ahora tiene que recibir su merecido.

Quebrantar las leyes. Recibir un castigo. Si mi corazón no se hubiese suicidado lanzándose de cabeza al centro de la tierra, ahora mismo se habría detenido en seco.

«Karasuhito, eres idiota», me lamento. El muy memo me siguió hasta aquí sin pensárselo dos veces y sin importarle un pepino en salazón lo que eso pudiese suponer para él. Y lo hizo cuando yo lo trataba peor que a una plaga. Lo dejó todo por mí. Lo arriesgó todo por mí. Y ahora… Una tormenta de agua salada se arremolina en mis ojos.

—¿Por eso lo ayudas? —le pregunto al demonio alado—. ¿Para poder encontrar a Karasuhito y castigarlo?

—Por eso y porque Ethan hizo una plegaria y yo la atendí. —Su voz es tan grave y dura como su gesto.

Me da la risa. Seguramente no sea muy inteligente por mi parte reírme en la cara de un demonio que no parece *nada* amistoso, pero qué le vamos a hacer; creo que ya ha quedado demostrado que no soy la estrellita más brillante del árbol de Navidad.

—¿*Plegaria*? —me mofo—. Se supone que las plegarias son peticiones con un fin bueno y noble. Nada que haya salido de la boca infestada de mierda de ese cerdo puede ser considerado una plegaria. Que sepas que te está usando para vengarse de mí y de Karasuhito. Es lo que hace él, manipula y usa a todos a su alrededor.

Ethan me asesina con la mirada y le respondo muy amablemente con mi dedo corazón. Meredith suelta una carcajada al verme. El demonio ni se inmuta.

—Karasuhito no solo ha desobedecido nuestras leyes una vez más —no me pasa desapercibido el profundo odio con el que el tal Sõjõbõ pronuncia el nombre del Cuervo—, sino que además ha dejado que sus pasiones lo lleven por el camino del mal. Ha perseguido a una humana con la que se ha encaprichado, la ha embaucado y se la ha arrebatado al hombre que la ama. —Algo sisea dentro de mis venas—. Y luego ha amenazado de muerte a dicho hombre. La plegaria de Ethan buscando ayuda está más que justificada —sentencia el pajarraco blanco.

El siseo de mi cuerpo se convierte en una erupción.

—¡¿Se puede saber qué mierda de historia te has montado en la cabeza?! —le increpo a Ethan—. ¡¿Qué mentiras has ido contando por ahí?!

—Solo he dicho la verdad —declara él con calma.

—¿La verdad? —Se me escapa una risa seca, igual que a Meredith, la cual se revuelve e intenta patear a Ethan desde su posición—. ¡Tú no me amas! ¡Nunca lo has hecho! ¡Y nadie te ha arrebatado nada porque yo no era tuya! —La rabia me quema la garganta y los ojos—. Y la única razón por la que Karasuhito te amenazó fue porque…

—¡Suficiente! —brama Sõjõbõ, silenciándome de golpe y arrastrando a Meredith un metro para alejarla de Ethan—. Sé que Karasuhito te ha llenado la cabeza con todas esas tonterías de que sois almas gemelas; las mismas tonterías que lleva repitiendo siglos, pero lo cierto es que es solo un pretexto para hacer lo que le viene en gana. Ese muchacho no sabe ceñirse a sus deberes ni a las normas de nuestra especie.

«¿Muchacho?». Aunque me pica la curiosidad, me abstengo de preguntar cuántos años tiene él para considerar a alguien de ochocientos un *muchacho*.

—Hace seis siglos —prosigue el tengu—, en vez de regresar al Monte Kurama cuando acabó su labor de protección de aquella joven, se fue a vivir con ella. Mintió y dijo que estaba enamorado para desatender sus obligaciones, y lo siguió haciendo durante centurias una vez que la chica murió. Excusas para vaguear. —Mi sangre vuelve a hervir. Nadie que haya visto el dolor con el que carga el Cuervo puede afirmar que ese amor era mentira. *Nadie*. Pero él lo acaba de hacer—. Tras muchas advertencias, me tocó amonestarlo seriamente y pensé que después de casi perder el corazón, habría aprendido la lección…

—¿De casi perder el qué? —lo interrumpo espantada.

—Él no dejaba de afirmar que su corazón estaba hecho pedazos, así que decidí que podíamos echarle un vistazo para ver si eso era verdad —responde el demonio con parsimonia.

Mis ojos se fijan en las afiladas garras de Sõjõbõ y una imagen parpadea en mi cabeza. La cicatriz estrellada que tiene Karasuhito debajo de la clavícula izquierda, justo encima de… «Del corazón».

Me llevo las manos a la boca para contener el sollozo que amenazaba con escapar de mis labios. Él me dijo que había tenido problemas con los suyos. Que no se habían tomado bien que llevase tanto tiempo sin atender plegarias. Pero esto… Mi cuerpo se estremece.

En medio de su duelo y su dolor tuvo que enfrentarse a la soledad, al desprecio y a castigos físicos. Y aun así, cuando me encontró, su sonrisa seguía resplandeciendo más que el sol, un reflejo de la auténtica bondad de su alma.

Ajeno al sufrimiento que sus palabras me han causado, el Águila sigue hablando:

—Aquello solo fue un escarmiento. Aunque le hubiese sacado el corazón del pecho, no lo habría matado. Aun así, curar eso debió de ser terriblemente doloroso —cuenta él, impasible. Algo ácido me abrasa la garganta. Mi cuerpo tiembla. Mi corazón se encoge—. Los dioses saben que me empleé a fondo para intentar reformar a Karasuhito, y ya veo que no sirvió de nada. Ese necio está peor que nunca. Se ha saltado todas nuestras normas, te ha arrastrado a su pequeña farsa, ha atentado contra un hombre inocente…

Por segunda vez, algo cruje dentro de mí y todo se viene abajo.

—¿Inocente? ¡¿*Inocente*?! ¡¿Qué coño tiene él de inocente?! —le increpo, harta de escuchar estupideces—. Es un perturbado, un mentiroso compulsivo, un acosador y un maltratador. Puede que te haya contado la mayor milonga del mundo, pero después de ver lo que ha hecho hoy aquí, hasta un bárbaro con el cerebro lleno de plumón como tú debería haberse dado cuenta ya de que de inocente no tiene nada.

No sé qué chispea más, si los ojos claros de Ethan o los pozos dorados del demonio águila.

—¿Y qué he hecho según tú, Kaya? —inquiere mi ex con un tono de inocencia más falso que los cigarrillos de chocolate.

—Si quieres una lista completa, más te vale sentarte porque esto va para largo. Pero por resumir un poco, casi nos matas al sacarnos de la carretera…

—Ese he sido yo —confiesa el de las plumas blancas sin el menor pudor—. Tenía que interceptaros antes de que llegaseis a un sitio concurrido. Necesito discreción para manejar la situación con Karasuhito. Y me he asegurado de que nadie moría. Como he dicho, los tengus no matamos inocentes.

—No nos has matado, pero nos has dejado para el puto arrastre, psicópata —sisea Meredith.

El demonio la ignora igual que si fuese un insignificante bicho zumbando en su oído y sigue mirándome a mí.

—Y por lo que he visto aquí, sois vosotras las que habéis atacado a Ethan primero. Él se ha limitado a sacarte del vehículo y luego se

ha defendido de vuestros ataques. No ha hecho nada malo.

Empiezo a verlo todo rojo. El bosque. Sus plumas. El cielo. Todo. Y dentro de mí todo es de ese mismo color. No queda miedo, ansiedad o culpa. Solo rojo. Mucho rojo.

—Ya veo que lo de ser un demonio con decencia es un rasgo exclusivo de Karasuhito —comento con voz calmada, mucho más calmada de lo que me siento yo.

—Ese muchacho ingobernable te ha cegado con sus mentiras y su palabrería bonita. —Los ojos dorados de Sõjõbõ llamean, pero no más que mi sangre.

—El único ciego aquí eres tú —replico con desdén—. Es evidente que tienes un problema con Karasuhito y quieres desquitarte con él. Y por conveniencia has decidido tragarte las patrañas de ese mamarracho para poder justificar tu comportamiento de mierda.

—Mi problema es que se niega a seguir las leyes y a cumplir órdenes.

—¡Dios le libre de pensar por sí mismo en vez de seguir como un borrego a un jefe que está peor de la cabeza que una gallina hasta las cejas de Xanax!

—¿A quién llamas gallina, humana?

—¡¡A ti!! —grito todo lo fuerte que puedo. No sé de dónde estoy sacando las agallas. O a lo mejor sí lo sé. A lo mejor, al tener a alguien a mi lado que no deja de repetirme que soy valiente y fuerte, al fin he logrado serlo—. ¿Además de idiota, eres sordo?

—Te convendría moderar tu lengua —me advierte el Águila con tono grave.

—¿O qué? ¿Me vas a despeñar por una colina? Ah, no, espera, ¡que eso ya lo has hecho! —Le saco el dedo. Y luego, ya que estoy, lo dirijo también contra mi ex por aquello de ahorrar energía, esfuerzos, proteger la Capa de Ozono, o yo qué sé.

Ethan se envara y los tendones de su cuello se tensan. Sin embargo, es un actor estupendo y en menos de un segundo respira, traga, relaja los hombros y sonríe.

—Antes no era así. Ella solía ser mucho más dócil. Ese karasu-tengu la ha corrompido.

—¡Me cago en Peppa Pig! ¿Corromper? ¿*En serio*? —me río de su desvergüenza de un modo tan áspero que me irrito la garganta—. ¿Quieres que hablemos de quién ha corrompido y roto a quién, Ethan? Porque te aseguro que lo único que Karasuhito ha hecho es apoyarme, cuidarme y ayudarme a recomponer lo que tú destrozaste.

—Chiquilla, harías bien en reconsiderar tu postura —interviene el emplumado blanco. «¿*Chiquilla*?». Mi paciencia está danzando sobre una cuerda más fina que el papel de arroz—. Estás malgastando energías y poniendo en peligro a la gente de tu alrededor por proteger a un ser que solo finge que le importas para librarse de sus responsabilidades.

—Reconsideraré mi postura cuando tú hagas lo propio con la tuya, vejestorio condescendiente —le espeto, y Meredith se ríe—. No sabes nada de mí ni de Karasuhito; aun así, te llenas la boca lanzando amenazas y dando consejos que nadie te ha pedido. Ahora veo por qué habéis hecho tan buenas migas vosotros dos. —Los señalo a él y a Ethan.

—Hazte un favor y llámalo. En cuanto lo tenga a él, me olvidaré de ti y de tus amigas.

—Hazte un favor y muérete.

Meredith se vuelve a reír. Nunca la he visto mirarme con un orgullo mayor. Por lo visto, lo de ser unas inconscientes es un requisito obligatorio para ser parte de este selecto grupo de amigas.

—No va a hacerlo por las buenas, se ha vuelto una necia y una terca. —Ethan niega con la cabeza.

—Hazme un favor y muérete tú también —le ladro.

—Vas a llamarlo —asevera Sõjõbõ, y de pronto cambia el agarre sobre Meredith, le libera los brazos y su gigantesca mano se cierra alrededor del largo y pálido cuello de mi amiga. Mis ojos se abren la misma distancia que se encoge mi corazón.

—Has dicho que los tengus no matan inocentes —le recuerdo y, por primera vez en mucho tiempo, mi voz tiembla. Ya no me siento tan valiente.

—Sí, pero no he dicho nada de herir o torturar. —Su brazo se eleva y el cuerpo de Meredith va detrás. Ella boquea ante la súbita

falta de aire—. Llámalo.

Mi voluntad hace aguas al ver las sacudidas del cuerpo de mi amiga que, incluso en esta situación, sigue luchando, tratando de patear a Sõjõbõ.

—No se te ocurra hacerles caso, Kaya —susurra Meredith con voz ahogada—. O te las tendrás que ver conmigo y con la escobilla del baño de la facultad.

Quisiera reírme, de verdad que sí, pero el nudo que siento en el pecho está demasiado apretado.

Sõjõbõ me mira de reojo y aguarda unos segundos insignificantes. Como no hago nada ni digo nada, camina con Meredith por los aires y llega al lado de Isa, que sigue inconsciente en el suelo, sangrando por el costado.

El Águila se da cuenta de su herida e hinca el pie descalzo en ese punto. El dolor trae de vuelta a Isa del mundo de los sueños y su dulce voz produce un aullido que desgarra tanto el aire como mi corazón.

—¡No la toques! —Meredith logra balancearse hasta apoyar los talones en el abdomen del demonio y empieza a patearlo con furia. Sus esfuerzos solo sirven para que su rostro se torne azul más rápido.

No contento con lo que ya ha hecho, ese desgraciado coloca un pie sobre la espalda de Isa y hace fuerza hacia abajo. Se escucha un gemido, un llanto quedo y un pecho que lucha por coger aire.

Esos sonidos se clavan en mis huesos y me obligan a moverme. Me incorporo y avanzo un par de pasos. Se produce un estallido de dolor en mi gemelo que trepa por mi pierna, desarma mi cadera y llega hasta mi estómago. El mundo reluce en fogonazos intermitentes y yo caigo al suelo en medio de una arcada.

A través de la cortina de lágrimas veo a mis amigas sufriendo, intentando resistir como pueden a la tortura de ese loco.

No somos guerreras, no sabemos pelear ni tenemos ninguna clase de superpoder. Esto no es una película y no vamos a volvernos de pronto igual de mortíferas que Catwoman gracias a los arcoíris y al poder del amor y la amistad. Esto es la vida real y nosotras solo somos unas chicas normales y corrientes que no tienen nada que

hacer frente al sadismo y la fuerza de un demonio. Solo hay alguien que puede plantarle cara. Alguien que ya resultó gravemente herido a manos del Águila.

La culpa me engulle y me arrastra a las profundidades de un mar oscuro y frío. Se me mete por la boca e inunda mi garganta y mis pulmones. No puedo respirar.

Si no hago nada, mis amigas van a sufrir terriblemente. Si llamo a Karasuhito, será él quien se exponga al peligro. No hay elección correcta. Haga lo que haga, alguien a quien amo saldrá herido. Haga lo que haga, yo pierdo y el cabrón de Ethan gana.

Los ojos dorados y carentes de luz del Águila se fijan en mí.

—Llámalo.



Regreso al piso con el corazón desbocado por ese último beso con Kaya. Menos mal que la interrupción de las chicas me ha insuflado un poco de sentido común porque he estado a punto de levantarla por los aires y traerla de vuelta conmigo. Pero no podía hacer eso. Creo… «No, no podía».

Puede que yo no tenga a nadie más en este mundo y que ella sea el centro de mi vida, sin embargo, gracias a los dioses, eso no es así para Kaya. Ella tiene más personas importantes a las que quiere y que la quieren, y debe cuidar esas relaciones.

Me quito el animal muerto de la cabeza y me ahueco las plumas. Mientras contemplo el pelo negro, me asalta un pensamiento. «A lo mejor ya no es correcto decir que no tengo a nadie más», recapacito al pensar en Jenna que mató y despellejó un segundo animal para darme una peluca nueva; en Isabella y la forma en la que siempre me abraza cuando nos vemos y en las recetas italianas que me está enseñando; y en Meredith, su sonrisa torcida y su infinita curiosidad por mis historias como guardián.

Ellas son amigas de Kaya, pero también han creado un espacio en sus vidas para mí. Me han acogido, me enseñan, me escuchan, me aconsejan, me tratan como si yo fuese una persona normal y me

hacen sentir que yo también pertenezco a su pequeña familia de cuatro… Me gustaría creer que no lo hacen solo por Kaya y que también me aprecian, porque desde luego yo lo hago. Les estoy cogiendo cariño a las tres.

Sin saber muy bien qué hacer ahora que Kaya no está, deambulo por el piso buscando algo con lo que entretenerme y, al mismo tiempo, intentando no tocar nada que no debo. Que los dioses me asistan si rompo algo más de esta casa.

Al final acabo sentado en la mesa del comedor con un cuaderno y el libro de recetas que Kaya me regaló por Navidad y me dedico a hacer el calendario de comidas para la semana que viene.

Puede parecer aburrido, pero a mí me gusta. Mirar las recetas, buscar platos que combinen entre ellos, alternar sabores… Es todo un arte en el que yo me estoy volviendo un experto. Y lo digo de verdad, no porque tenga el ego hinchado como afirma Kaya.

Tras hacer cinco borradores, me quedo satisfecho con el resultado final. Arranco la hoja del cuaderno, la pongo en la nevera y…

«*Karasuhito*».

La llamada me golpea como un mazo invisible. Y la oleada de sentimientos que la acompaña también. Esta vez no hay terror, solo desesperación y culpa. Muchísima culpa.

No sé qué le está pasando a Kaya para necesitarme tan pronto ni por qué se siente así, pero no hay tiempo para conjeturas. Me lanzo hacia el balcón y de ahí al cielo del crepúsculo que se va tiñendo de añil.

Sigo el vínculo que me une con la mujer a la que le he entregado todo lo que soy y lo que tengo. Tras unos minutos agónicos, aterrizo en medio de un bosque y contemplo horrorizado la escena. El vehículo en el que las chicas se han montado está lleno de golpes. El olor a sangre es denso. Los sollozos flotan en el aire.

Kaya está tirada en el suelo con los ojos vidriosos. Está herida y no deja de murmurar: "lo siento". Nuestras miradas se encuentran y no percibo ni un gramo de alivio en ella al verme y eso me preocupa casi tanto como su aspecto.

No veo a Jenna, aunque noto su olor. Meredith e Isabella también están en el suelo. La primera resuella desesperada en busca de aire mientras se agarra el cuello, la segunda llora de forma queda apretándose el costado.

Durante una fracción de segundo creo que han tenido un accidente, el tiempo que me lleva localizar a la quinta presencia. La noche cae a plomo sobre el mundo y me traga vivo.

—Tú. —Mi voz vibra bajo el peso de la cólera al dirigirme al hombre que, al parecer, ansía con fervor su propia muerte. El humano sonríe satisfecho.

—Karasuhito, no está solo —me avisa Kaya.

El sonido de sus alas, tan familiar, lo delata y no tiene tiempo de emboscarme. Me elevo a la par que él desciende. La nieve y la tinta se cruzan en el aire.

—¿Qué haces tú aquí? —Acompaño mi pregunta con un gruñido bronco.

—He venido a por ti —responde Sõjõbõ, y me enseña los colmillos—. Te lo advertí, Karasuhito. La última vez que tuve que castigarte, te lo advertí; no más faltas, no más saltarse las normas, y mírate. No hay una sola ley que no hayas roto ya o que no hayas amenazado con quebrar, ¿y por qué?

Tengo muy clara la respuesta.

—Por ella. —Señalo a Kaya—. Lo haría todo por ella. Y lo volvería a hacer mil veces más.

—Necio.

—No espero que alguien que solo vive por y para las leyes lo entienda, Sõjõbõ, pero hay cosas más importantes que el deber.

—No digas disparates. Aparte, solo la estás usando como excusa para justificar el abandono de tus funciones y de tu familia.

—Tú no eres mi familia. Ni tú ni ninguno de los tengus del Monte Kurama —declaro, y sus ojos se incendian ante lo que él considera una blasfemia—. Una familia no obliga, no acosa ni maltrata. No sois mi familia. Ella lo es. —Miro a Kaya—. Ella es mi hogar y mi familia. Y ellas también lo son ahora. —Apunto con el ala a Meredith e Isabella—. Y tú les has hecho daño a todas y sin razón.

—La razón de que hayan resultado heridas eres tú, Karasuhito. —Escupe mi nombre—. La culpa es tuya y de esa chiquilla por ser tan terca y no llamarte antes.

Me fijo mejor en Kaya. Veo los remordimientos tatuados en su rostro y por fin lo entiendo todo. No me ha llamado inmediatamente al verse en peligro. La han obligado. Han hecho daño a las demás para forzarla a llamarme. Le han hecho elegir entre sus amigas y yo. Le han hecho sentirse miserable y culpable.

La temperatura se desploma y la oscuridad que habita en mí devora de golpe toda la luz de este lugar. Mi sangre es tinta. Mi alma es carbón quemado. Mi cuerpo se convierte en un puñal de obsidiana y yo me lanzo a por Sõjõbõ. Chocamos en un caos de zarpazos, dentelladas, músculos y plumas.

—Si te resistes será peor —me advierte él—. Acepta tu culpa, regresa conmigo, asume tu castigo y tu muerte, y deja que la humana se quede con el hombre que de verdad la ama.

Sus palabras son yesca que alimenta la hoguera de mi pecho. El crepitar del fuego se vuelve ensordecedor, me raja el pecho y escapa de mi cuerpo en forma de un rugido salvaje que hace temblar los mismísimos hilos de la realidad. Sõjõbõ me mira, atónito, y yo lo empujo por los aires de una patada antes de lanzarme otra vez sobre él.

Puede que él sea más mayor y tenga mucha más experiencia en combate, por algo es el jefe de todos los tengus del Monte Kurama; sin embargo, nada puede superar al monstruo de la ira que ha tomado posesión de mi cuerpo.

Mis garras rozan su pecho dos veces mientras las plumas crean remolinos a nuestro alrededor con cada nueva embestida de nuestras alas.

El guerrero que me enseñó a luchar tiene que emplear toda su concentración para frenar mis acometidas. Lo conozco lo suficiente para saber que está sorprendido con lo que está pasando. Seguramente pensaba que me iba a someter fácilmente.

La última vez que nos enfrentamos, yo seguía paralizado por el dolor de haber perdido a la Kaya del pasado y la angustia de no saber si la volvería a ver jamás. Por eso, él luchó con un cuerpo al

que le faltaba un alma entera que lo moviese y casi me arranca el corazón del pecho.

Ahora no peleo para defenderme yo, sino para proteger a Kaya y a las chicas. Lucho para salvar lo más importante que he tenido en casi un milenio de existencia. Lucho sabiendo que perder no es una opción. Esta vez no.

La destreza de Sõjõbõ pronto le gana terreno a la ferocidad de mis ataques y las cosas se igualan. Mi carne también se abre y mi sangre llueve sobre la tierra mezclada con la suya. Aun así, yo sigo teniendo ventaja y no pienso desaprovecharla.

Lanzo un zarpazo contra su vientre y él aprovecha mi posición inclinada para hundir su codo en el hueco entre mi hombro y mi cuello.

Me precipito hacia adelante, pero mantengo la calma. Tenso al máximo los músculos de mi abdomen y ayudándome con las alas, giro sobre mí mismo hasta que mi talón impacta contra su cabeza. El golpe es brutal y Sõjõbõ se estrella contra el grueso tronco de un abeto que se estremece como si fuese un brote tierno.

Es la oportunidad que estaba esperando. Extiendo las alas al máximo y me preparo para caer en picado sobre él cuando un grito agónico me paraliza. «Kaya».

CAPÍTULO 40 - COMO LAS HOJAS MUERTAS EN OTOÑO

Karasuhito se abalanza sobre su jefe a una velocidad imposible. Los dos chocan, un trueno falso rompe la quietud del bosque y todas las aves de los alrededores emprenden el vuelo en una frenética retirada.

Es imposible saber lo que está pasando. Solo veo dos borrones a gran altura que no dejan de fundirse en una mancha gris y decenas de plumas cayendo sobre el mundo, igual que copos sedosos y gigantes hechos de perlas y ónice.

La culpa me devora, me mastica y me consume. La sensación empeora cuando oigo gruñidos de dolor y desgarrones. Diminutos pétalos rojos se suman a la lluvia en blanco y negro.

No soy muy creyente, puede que sea el resultado de haber crecido en un hogar donde cada uno de mis padres tenía su propia religión y yo no quería posicionarme entre ellos. Aun así, ahora junto las manos y rezo. Rezo a quien sea que esté ahí arriba para que proteja a Karasuhito.

Si algo malo le sucede, no podré seguir viviendo conmigo misma. Yo he decidido que él era nuestra única opción de salvarnos y lo he llamado. Lo he arrojado a una situación de violencia y dolor, todo aquello de lo que quería protegerlo. De nuevo me siento impotente, pequeña y débil. Inservible. Inútil. Una fuente de problemas.

Una risa hiriente se clava por todo mi cuerpo.

—Rezar no te va a servir de nada, Kaya.

—Vete a la mierda, Ethan. Si quieres, hasta te hago un mapa no vaya a ser que te pierdas por el camino. —Lo fulmino con la mirada mientras él se limita a sonreír.

—Te avisé. Te dije que no iba a dejar que siguieras con tu vida sin más. Tú eres mía.

Alrededor de las sogas de culpa que me atenazan aparecen unos hilos de un brillante tono carmesí. Odio.

Odio a Ethan. Lo odio. Lo odio con todo mi ser. Nunca he odiado a nadie así en mi vida, de una forma tan cruda y abrumadora.

—Yo no quiero estar contigo. —Fuerzo las palabras a través de todas las sensaciones que me atascan la garganta.

—Igual quieres reconsiderar eso, dadas las circunstancias. —Mira el todoterreno y a mis dos amigas que siguen en el suelo, igual que yo—. Nos podríamos haber ahorrado todo esto si te hubieses limitado a seguir siendo una buena chica y a hacer lo que yo te decía. Te avisé. Te dije que las cosas no acabarían bien para ti si tratabas de alejarte, pero me ignoraste. Y ahora, mírate. Míralas. Mira lo que ha pasado por *tu culpa*.

Quiero decirle que se meta sus manipulaciones por la compuerta trasera, sin embargo, no logro abrir la boca porque los remordimientos se siguen dando un festín conmigo.

Una vocecita dentro de mi cabeza me susurra que este momento es el resultado de mis malas decisiones. Que si yo no hubiese empezado a salir con él, no estaríamos donde estamos, con mis amigas heridas y Karasuhito peleando y arriesgando su vida para protegernos.

Los ojos de Ethan brillan con perversidad mientras se regodea en mi miseria y en mis dudas.

—Y todo para nada, Kaya. Porque Sõjõbõ va a matar a tu Cuervo y cuando ya no quede nadie para protegerte, volverás a ser mía. Volverás conmigo.

Sus palabras me caen encima como un manto de plomo y mi cuerpo se hunde.

—Él no va a morir —gruñe Isa desde el suelo—. Y aunque lo hiciese, Kaya nos seguirá teniendo a nosotras y a su familia. No está sola.

—Después de lo que ha pasado hoy, haríais bien en quedaros al margen de una puta vez. —La voz de Ethan es acero. Fría, suave y afilada—. No vaya a ser que la próxima vez que nos veamos, no

tengáis tanta suerte de seguir respirando una vez que yo me haya ido.

Una luz parpadea. Un destello. Una chispa. «¿Qué acaba de decir?». La amenaza de Ethan cala poco a poco en mi aturdido cerebro. La chispa se convierte en un fogonazo y por fin lo veo claro. Lo veo todo *perfectamente* claro.

El culpable aquí es él, no yo. Por muy mema o crédula que yo sea, él no tenía derecho a jugar conmigo, a mentirme, a maltratarme psicológicamente durante años hasta romperme, ni a pegarme. No tenía derecho a hacerles daño a las personas que son importantes para mí solo por venganza. *Nada* justifica lo que él ha hecho.

Y si yo no me hubiese cruzado en su camino en aquel bar, habría sido otra chica. Habría convertido la vida de otra mujer en un infierno como hizo con la mía porque él es el verdadero demonio aquí.

Después de lo mal que ha ido mi último intento de ponerme en pie, decido que mejor me quedo donde estoy. Agarro la piedra más grande que veo a mi alrededor y se la tiro con todas mis fuerzas.

Me pasé *muchas* tardes de mi infancia y adolescencia jugando a los dardos con mi padre y mis tíos. Puede que tenga las habilidades físicas de una lamprea, pero por Dios que sí tengo puntería.

—¿Qué coño te crees que haces? —me increpa él, tras apartar el proyectil de un manotazo. Por toda respuesta, agarro la siguiente piedra que tengo a mano y la arrojo como un misil, directa a su cabeza—. ¡Estate quieta!

—Oblígame —le reto, con el tercer pedrusco ya listo para despegar.

Esa palabra es suficiente para que salten todos sus fusibles. Ethan se quita la careta de chico cuerdo y amable, y viene hacia mí con una mueca desquiciada.

Me niego a seguir teniéndole miedo. *Me niego*. Lo único que de verdad me da miedo en este mundo es que les suceda algo malo a las personas que lo son todo para mí. Eso, y que lo siguiente que se cargue Karasuhito en casa sea la lavadora y tengamos que

buscarnos un río para hacer la colada a mano. Aunque eso no viene al caso, claro.

Agarro las dos rocas más afiladas que tengo a mi alcance y me preparo. En cuanto está a menos de un metro, lanzo la pierna buena hacia él para obligarlo a retroceder. Ethan finta hacia un lateral. Mi brazo ya está en movimiento y logro arañarle con una arista.

Él gruñe y vuelve a acercarse. Giro sobre mi culo y lanzo la pierna por segunda vez. Sus dedos se cierran en torno a mi tobillo. Me arrastra en su dirección y con la otra mano intenta cogerme de la ropa. Un punzón de piedra se clava en su dorso, él grita y yo sonrío.

De repente, un estallido ensordecedor nace a unos metros de altura. Parecía madera astillándose. Sin querer, miro hacia arriba.

Ethan aprovecha mi pequeño despiste y lo hace por todo lo grande. Levanta la rodilla y descarga su talón con furia sobre la esquirla que aún asoma en mi gemelo. La punta metálica se abre paso por la carne. El dolor me desgarra viva y aúllo como un animal herido, que es justo lo que soy.

Mis ojos se convierten en una cortina acuosa y al otro lado distingo un rostro que se relame con excitación. Siento presión sobre el gemelo y la esquirla que tengo clavada dentro de mí se mueve.

Miro, horrorizada, y veo la mano de Ethan sujetándola. El trozo de metal se retuerce y gira como si fuese una cucharilla dando vueltas en la taza de café. Se me revuelve hasta el alma, rompo a sudar, jadeo y me mareo. Si no me he desmayado ha sido un milagro.

—Suplícame que pare —me dice él con voz densa y turbia, y da otra vuelta a la esquirla.

«Puto loco». No puedo articular más pensamientos coherentes. El dolor lo ha roto todo dentro de mi mente. Y si no puedo pensar, mucho menos hablar; por eso, me sorprende que Ethan pare, aunque yo no he dicho nada.

—Kaya. —Su voz es una caricia que mitiga un poco mi sufrimiento.

Me obligo a poner juntos los suficientes pedazos de mi mente para poder enfocar la vista y ahí está. Mi faro de obsidiana. Mi guardián oscuro. Mi Cuervo. Mi amor.

—Karasuhito… —La última letra se quiebra en un sollozo ahogado. Lloro mayoritariamente de alivio porque, salvo algunos arañazos, parece que está bien.

Levanto la mano y acaricio su bello rostro. Por primera vez mi piel está tan pálida y fría como la suya. Por el rabillo del ojo veo a Ethan en el suelo, protegiéndose el brazo izquierdo. Es el brazo con el que me estaba haciendo daño y ahora tiene dos codos en él.

Con una delicadeza máxima, el Cuervo me rodea con sus brazos, afianza mi pierna herida para que no se bambolee y me levanta. Con pasos rápidos me lleva hacia el lugar donde siguen Isa y Meredith.

—Estaréis más seguras si permanecéis las tres juntas.

—Karasuhito, lo siento —sollozo, y me agarro a los jirones de su camiseta.

—¿Por qué me pides perdón?

—Siento haberte puesto en esta situación… Las chicas… Tenía que protegerlas, pero… pero eso no significa que tú no me importes… Lo juro… Te quiero —lloro desesperada.

Él me deja en el suelo al lado de Meredith que me mira con una pena infinita. Isa extiende su mano y agarra con fuerza la mía. Está mojada y pegajosa.

—Kaya —me obliga a levantar el rostro y a mirarlo—, lo sé. Lo entiendo y no estoy enfadado. No contigo, desde luego. No te preocupes.

—Pero… Te quiero…

—Lo sé. —Su mirada se dulcifica, el guerrero se aplaca y vuelvo a tener ante mí al chico tierno que adora cocinar, invadir mi espacio personal y hacer bromas ridículas—. Yo también a ti. Tenías que tomar una decisión y has hecho lo correcto. Ellas son inocentes y no tenían que haberse visto envueltas en nada de esto. Ahora, descansa. —Roza mis labios con suavidad—. Confía en mí, yo me ocupo de todo.

Se gira y arremete en dirección a Ethan con una velocidad electrizante al mismo tiempo que otra sombra blanca como el algodón cae en picado desde un árbol.



«Cambio de planes. Primero elimino al humano. Luego me ocupo de Sõjõbõ». Es la única manera de que no vuelva a lastimar a Kaya. Y para ser totalmente honesto, quiero matarlo. *Necesito* matarlo. Solo he deseado una cosa en esta vida más que acabar con ese hombre, que Kaya regresase conmigo.

Acelero, impulsándome con mis alas para intentar llegar hasta ese bastardo antes de que Sõjõbõ me alcance a mí. Ya se ha recuperado del golpe contra el tronco y está listo para volver a pelear.

Lo esquivo por muy poco, pero no alcanzo mi objetivo. Un ala del blanco más puro me barre desde el flanco derecho.

Mis pies se deslizan varios metros por el suelo y antes de poder frenar, ya tengo a Sõjõbõ encima. Mi primer impulso es alzar el vuelo, a pesar de eso, me refreno. Con el humano aún vivo es mejor que no me aleje de Kaya y las chicas. Si sigo en tierra, puedo protegerlas mejor; aunque eso me robe parte de mi ventaja.

El que fue mi mentor (y mi peor pesadilla) es más grande, más fuerte y su técnica de lucha está mucho más pulida. Yo soy más veloz y escurridizo, y eso me beneficia si estamos en el aire, donde puedo maniobrar con libertad.

Al permanecer en tierra, la balanza se equilibra y cada vez encajo más golpes. Además, a esta distancia tan escasa, nada amortigua los sollozos de Kaya. En más de una ocasión me despisto y lo pago caro.

Cuando me llevo el tercer zarpazo y se abren unos cortes profundos y anchos en mi muslo, la frustración estalla en mi pecho y me empuja a hablar:

—Sé que he roto las reglas, Sõjõbõ, pero tú estás ayudando a un ser despreciable que se dedica a atormentar por placer y sin motivo a mujeres indefensas.

—Esas muchachas parecían defenderse muy bien antes —asegura él con voz calmada; sin embargo, lo veo. El fugaz instante

en que sus ojos se desvían hacia el grupo que se abraza y llora, y la duda lo aguijonea. Lo aprovecho.

—Deja que me ocupe de ese humano y, después, te dejaré impartir el castigo que estimes oportuno sin resistirme.

—¡¡Y tres mierdas fritas vas a hacer tú eso!!

El grito que resuena a mis espaldas me hace saber tres cosas. Primero, Kaya me ha oído. Segundo, no le ha hecho la menor gracia mi sugerencia. Y tercero, si no me mata Sõjõbõ, lo hará ella en cuanto me ponga las manos encima. «¡*Bien*!». Al menos ha dejado de llorar para chillarme, eso es bueno. Creo. Espero.

—Ese humano es mi protegido y un hombre inocente. No matamos a personas inocentes.

—¿De verdad crees que es inocente? ¿O solo te lo repites para ver si te convences a ti mismo de que estás haciendo lo correcto aun sabiendo que no es así?

He ido demasiado lejos al poner en duda su moralidad. Mi provocación corta de golpe nuestra pequeña tregua, su mirada se enfría y la lucha se reanuda.

El intercambio de golpes es cada vez más rápido y brutal. Casi no hay margen para defenderse, solo para atacar y nuestros cuerpos sufren las consecuencias de nuestras decisiones.

La siguiente vez que Kaya grita es de terror, cuando una de las doradas garras de Sõjõbõ se hunde dentro de mi costado. Me trago el dolor y giro sobre mí mismo, abriéndome más la carne. A cambio, logro pegarle un codazo en el cuello que le arranca el aliento de golpe.

Él se tambalea y yo me arranco sus uñas haciendo que la sangre nos riegue a ambos. Mi visión se nubla un breve instante a causa del estallido de dolor. El jefe de los tengus de Kurama no necesita más que eso.

Su rodilla encuentra mi muslo y la mía cede un palmo, dejándome en una posición levemente inclinada hacia atrás. Mi esternón se hunde bajo el peso de su codo y antes de que pueda quitarme del medio, él me agarra del cuello y empuja con todas sus fuerzas hasta dejarme clavado en el suelo.

Agito las alas para intentar golpearlo por los lados y que me suelte, pero él se defiende a la perfección con las suyas. Mientras me retiene con una mano, la otra hurga con saña en la herida que me acaba de abrir en el costado. Algo a medio camino entre un rugido y un alarido me rompe la garganta y escucho a lo lejos cómo Kaya grita mi nombre con desesperación.

No puedo evitarlo y cometo el segundo fallo en menos de un minuto. La miro. Se está arrastrando en mi dirección. Meredith e Isabella van detrás. Tengo la sensación de que esas tres pretenden venir en mi ayuda. Francamente, no sé si me siento emocionado u horrorizado. Seguramente sea ambas.

Sõjõbõ aprovecha mi despiste y me pega un puñetazo. Mi visión se llena de pequeños pétalos demasiado luminosos como para ser reales. Mi mente se embota.

Kaya vuelve a gritar mi nombre y eso me hace reaccionar. Me revuelvo como una bestia acorralada. Mi ala evade su defensa y le golpea en el costado lo suficientemente fuerte como para alejarlo de mí unos metros.

Me incorporo a toda prisa, él clava los pies para impulsarse en mi dirección, se escucha un chirrido estridente y… Una sombra inmensa lo embiste desde atrás y lo hace volar sin necesidad de que Sõjõbõ extienda las alas.

Nos quedamos todos paralizados. Nadie dice nada. Prácticamente nadie respira y lo único que se oye en el bosque es el suave ronroneo del coche.

La puerta delantera se abre y una maraña de rizos manchados de sangre emerge de dentro.

—¡La Virgen! Me echo una siestecita de cinco minutos y mira la que liais. Ahora tenemos a otro palomo medio desnudo y… ¿por qué carajos está aquí el picha corta de Ethan? —Jenna intenta ponerse en pie, se dobla sobre sí misma y vomita de forma ruidosa—. Creo que no me han sentado bien las empanadas de la comida. —Se frota la boca con el brazo.

—Jenna, es probable que tengas una conmoción cerebral, no te muevas —le ruega Isabella.

—La conmoción la lleva de fábrica —murmura Meredith. Es un alivio *inmenso* volver a ver esa sonrisa torcida.

—Te he oído, Mer —protesta Jenna—. Cuando Isa me dé permiso para moverme, te vas a enterar.

Me encantaría poder escuchar sus discusiones, pero tengo ciertos asuntos importantes entre manos ahora mismo.

Mis ojos siguen la trayectoria que ha descrito Sõjõbõ tras recibir el impacto del vehículo y evalúo los daños de su cuerpo.

La piel de su costado está más roja que la pulpa de una fresa, su hombro izquierdo está descolgado en un ángulo extraño, no deja de toser y una de sus alas está salpicada de carmesí. No distingo si la sangre procede de la propia ala o de su cuerpo. Tampoco importa. No está en condiciones de enfrentarse a mí.

Gracias a la espectacular aparición de Jenna, las tornas han cambiado y yo puedo ponerle fin a este lamentable incidente de una vez por todas.

No necesito matar a Sõjõbõ (tampoco es que pudiese, solo el poder de los dioses puede matarnos), me basta con derrotarlo y demostrar que soy el tengu más fuerte.

Según nuestras leyes, eso me convertiría en el nuevo líder de Kurama, pero le permitiré conservar su puesto a cambio de que él me deje abandonar el clan para estar con Kaya y ocuparme del humano sin interrupciones ni represalias. Y me tomaré mi tiempo. Me relamo solo de pensarlo.

Con los ojos fijos en Sõjõbõ, avanzo dos pasos y de pronto un estallido de dolor me paraliza. Mi sangre sufre una deflagración, se congela, se funde, se solidifica, se evapora, muta y le brotan un millón de espinas que me desgarran con cada latido de mi corazón.

El invierno y el verano más salvajes que ha conocido el mundo se desatan a la vez dentro de mí. Me quemo y me hielo. Mis músculos se retuercen. Mis nervios restallan. Mis pulmones se contraen. La vida se apaga.

Miro de reojo y veo algo negro clavado en mi costado. Las rodillas me ceden por completo y caigo al suelo a cuatro patas. No soy lo único que cae. Una lluvia de plumas marchitas se desata a mi alrededor.



Tras la sorpresa inicial, el alivio recorre mi cuerpo como agua fresca al ver a Jenna salir del coche. Hasta le perdono el asco que me está dando verla echar los higadillos y limpiarse todo el pringue con el brazo («será marrana») porque ha salvado a Karasuhito.

Mientras Meredith y Jenna se tiran pullas, como si estuviésemos en la cafetería almorzando en vez de en esta situación de mierda, mis ojos van con él. Mi faro de oscuridad ahora teñido con franjas rojas, igual que rayos de sol que rompen el terciopelo negro de la noche. Su atención permanece fija en el cuerpo de su jefe.

Yo también le echo un vistazo rápido. Parece que se ha llevado un buen golpe. Está bastante peor que Karasuhito tras el encontronazo con el camión, aunque también es verdad que aquello fue un roce y no un impacto intencionado y directo.

Los papeles han cambiado y ahora el Cuervo acecha al Águila. En este pequeño trozo de bosque el depredador se ha convertido en presa.

Karasuhito avanza con pasos firmes. Una campanilla repica en mi cabeza. «Algo va mal». Soy demasiado lenta para percatarme de qué se trata y, para cuando lo veo, el daño ya está hecho.

Ethan ha aprovechado la cobertura del todoterreno para acercarse a Karasuhito desde su ángulo muerto y le acaba de clavar algo en el costado. Parece un puñal negro. Igual de negro que el agujero que se ha abierto dentro de mí.

El Cuervo se detiene, pero no dice nada. No hace nada. Parece congelado. Ethan saca el puñal y Karasuhito se desploma. «No, no, no, no, no. Por favor, no. No. No».

Gateo más rápido para ir con él. Tengo que protegerlo. Mover la pierna herida es una tortura, sin embargo, todo dolor físico palidece en comparación con lo que está pasando dentro de mí al ver que las sedosas plumas negras de Karasuhito empiezan a caerse como las hojas muertas en otoño.

Antes de que yo pueda llegar hasta él, sus hermosas alas han desaparecido por completo. No queda nada de ellas salvo las plumas flotando a nuestro alrededor.

Unos cabellos oscuros enmarcan su rostro, como si se hubiese puesto la peluca. Me fijo en sus manos crispadas sobre el suelo. No hay garras. Aterrada, lo miro a la cara justo cuando él grita sin voz. Tampoco hay rastro de sus colmillos.

CAPÍTULO 41 - SOLO UN HOMBRE

Mi mente no es capaz de comprender lo que estoy viendo. Delante de mí está Karasuhito y, sin embargo… Sin embargo… No es él. Ese no es el Cuervo. Ese es solo un hombre con su rostro. Me tiembla todo.

—¿Qué le ha hecho? —murmura Meredith, dándome alcance.

—No lo sé —respondo con lágrimas en los ojos. Tampoco sé por qué lloro como si acabase de morir alguien, pero es lo que me está diciendo mi corazón. Que el Cuervo acaba de morir.

En medio de la debacle, Ethan alza el puñal por encima de su cabeza y se prepara para clavárselo a Karasuhito en el centro de la espalda.

—¡¡NO!! —grito, totalmente desesperada.

Un relámpago blanco nos adelanta y embiste a Ethan, que cae de espaldas entre toses. «Eso es. Ahógate. Muérete, cabrón». Mi mente sisea como el metal al rojo vivo.

—¿De dónde has sacado tú esto, humano? —Sõjõbõ no parece *nada* contento. Se pone en cuclillas y recoge con dos garras el puñal negro que ha dejado caer Ethan al recibir el golpe.

Ignorando toda prudencia y el hecho de que el Águila igual me ataca a mí también, vuelvo a avanzar. Tengo que ir con Karasuhito. Necesito llegar hasta él.

Sõjõbõ ni se molesta en mirarme cuando los alcanzo. Su vista sigue fija en Ethan. Está esperando una respuesta que el otro mamarracho no puede darle porque sigue tosiendo los pulmones por la boca.

—Karasuhito. Karasuhito, ¿estás bien? —le pregunto, aguantando los sollozos. Sus ojos siguen siendo oscuros como la noche, aunque

ya no veo esas hogueras azules en ellos.

No me mira. No me responde. No se mueve. Ni siquiera sé si sigue dentro de su cuerpo o si estoy delante de un cascarón vacío. Las lágrimas caen con más fuerza.

Pongo una mano en su rostro y la retiro de inmediato, asustada. No está frío. Su piel está más caliente que la mía.

Solo quiero hacerme una bolita en el suelo y llorar hasta perder el conocimiento, pero no puedo. Él me necesita. Él siempre ha estado ahí para mí y yo pienso estarlo para él, a pesar de que no entiendo lo que está pasando.

Le acaricio la espalda de forma reconfortante como él hace siempre conmigo, le hablo al oído y apoyo mi cabeza en su hombro. El olor a fósforo también se ha ido y eso rompe mi corazón tanto como haber visto desaparecer sus preciosas alas. Era el olor que yo asociaba ya con mi lugar seguro, mi lugar favorito.

Desesperada ante su falta de respuesta, dedico mi atención a la única otra persona, o pájaro, o demonio que tal vez sepa qué está pasando.

—¿Qué le ha hecho? ¿Se va a poner bien?

Sõjõbõ me mira de soslayo, después a Karasuhito, y de nuevo a mí.

—Le ha robado la inmortalidad. —El mundo se queda a oscuras —. Ya no es un karasu-tengu, ahora es solo un hombre. Una persona. Un mortal como tú. Así que supongo que no, no se va a poner bien.

—¿Y se puede saber cómo ha podido hacer eso un puto patán como Ethan? —Meredith se arrodilla a mi lado y me pone una mano en el hombro. Isa se coloca detrás de mí y me frota la espalda. El susodicho patán sigue luchando por coger aire. Yo rezo para que no lo logre.

—Ha sido el puñal —señala el Águila—. Es el puñal de Izanami.

—Iza ¿quién? —Desoyendo lo que le ha dicho Isa, Jenna también se acerca tambaleándose. Me acaricia el pelo antes de desplomarse a nuestro lado.

—Izanami es la diosa de la muerte. Ella es la reina del Yomi[8] y la que dio origen a la muerte de los seres vivos del mundo. De no ser por ella, todos seríais inmortales. Y en ella también reside el poder de privar de dicha inmortalidad a las criaturas sobrenaturales. Este puñal está hecho con sus cabellos y es capaz de extinguir cualquier vida que toque. Incluso las vidas imperecederas.

Si las chicas no me estuviesen sosteniendo, me habría desplomado sobre el suelo convertida en un millón de fragmentos rotos y sangrantes.

—Ex… Extinguir… una vida… —balbuceo—. Eso… Eso sig… significa que él está…

No puedo decirlo en voz alta. No puedo. Duele demasiado. Y si lo digo será real. No puedo. No puede ser verdad. No, cuando lo tengo aquí mismo, cuando veo su pecho moverse, cuando siento su piel caliente y cuando sus latidos golpean mi mano.

Pero, entonces… «¿Por qué no se mueve? ¿Por qué no dice nada?», me angustio. Mis pedazos rotos escapan a través de mis labios en forma de sollozos ahogados.

—Kaya, tranquila. Respira —susurra Isa, aunque ella también llora.

—Ya te lo he dicho. —El tono de Sõjõbõ es levemente exasperado, como si estuviese hablando con una niña de cuatro años que no entiende nada y lo obliga a repetirse como el ajo—. Ahora es un hombre. Se ha extinguido su vida inmortal. Ya no es un demonio, solo un humano. Está vivo, sí, pero seguramente habría sido mejor y más misericordioso que hubiese muerto del todo antes de ver cómo se han caído sus alas.

—Más misericordioso… —musito. Entiendo las palabras por separado, pero por alguna razón no comprendo el significado global de lo que el Águila acaba de decir.

«¿Cómo va a ser mejor estar muerto del todo?». No lo entiendo. «¿Por eso Karasuhito no se mueve? ¿Porque piensa igual que el del plumón blanco? ¿Preferiría estar muerto?». El dolor se va sofocando a medida que otra emoción le roba el aire.

No soy una idiota insensible. Solo soy una idiota a secas. Una idiota de las que dan vergüenza ajena, no de las crueles. Por eso sé que lo que le ha sucedido a él es una tragedia. Sé lo mucho que amaba sus plumas, sus alas, volar y pavonearse por ahí. Alguien le ha arrebatado a la fuerza todo eso. Le han quitado una parte importante de sí mismo; pero eso no es excusa para quedarse catatónico o pensar que la muerte sería mejor, joder.

Sigue teniendo dos piernas para caminar. Dos ojos para contemplar el mundo. Dos manos para cocinar, para sostener las mías mientras paseamos y para acariciarme por las noches. Dos brazos con los que acunarme. Una boca para hablar, para reír y para besar. Sigue teniendo un corazón que late fuerte dentro de su pecho. Un corazón que yo seguiré amando pase lo que pase.

Retrocedo un poco para colocarme delante de él y poder verlo bien.

—Karasuhito —lo llamo con tono firme—. ¡Karasuhito!

Nada.

«A la mierda ya con todo».

Junto el pulgar y el índice y le sacudo un capirotazo en medio de las cejas. El efecto es inmediato. Él aúlla, se encoge apoyando el peso de su cuerpo sobre los talones y se lleva las manos a la frente con desesperación.

—¿Por qué? —me increpa con ojos llorosos.

—A mí también me gustaría saberlo… —comenta Meredith. La fulmino con la mirada y se retracta al instante, alzando las manos en actitud conciliadora.

—Por si acaso eres tan memo de pensar igual que tu jefe —respondo, y él me mira sin comprender nada—. Sé que te ha ocurrido una desgracia terrible, pero aún sigues vivo y eso es lo importante. Sigues vivo y tienes un juramento que mantener. Me juraste que no me ibas a dejar nunca. Cuando las estrellas se apaguen, ¿recuerdas? —Las lágrimas se deslizan por mis pestañas—. Bien, pues te informo de que las estrellas van a seguir brillando esta noche, y la siguiente, y la siguiente también. Así que no puedes dejarme. No se te ocurra pensar que habría sido mejor morir. Tienes que quedarte conmigo.

Dos hilos invisibles se enredan en su hermosa boca y sus comisuras se mueven en la dirección equivocada. Bajan, cuando siempre suben. No soporto verlo así de derrotado.

—Kaya, eso no es lo que me preocupa… Yo ya no… —Sus ojos se convierten en cristal negro que refleja una pena que me asfixia a mí también—. Ya no soy un tengu, ya no puedo ser tu guardián, he perdido mis alas, mis garras, mi fuerza; ya no puedo protegerte. Yo… ya no puedo hacer nada bueno por ti…

Le sacudo otro capirotazo.

—¡¿Por qué?!

—¡¡Porque eres un idiota!! —estallo—. ¿En serio estás así *por mí*? ¿Que no puedes protegerme? ¿Que no puedes ser mi guardián? ¿Cómo te atreves a decirme que ya no puedes hacer nada bueno por mí? ¡¡Mentiroso!!

—Pero es que ya no soy un tengu…

—¡Me cago en las palomitas!

—A las palomitas no las metas en esto. —Karasuhito me apunta con un dedo—. Ellas no tienen culpa de nada.

«No puedo hacer esto. Estoy rodeada de memos». Me pellizco el puente de la nariz y me trago las ganas de darle un tercer capirotazo, pero no la mala leche.

—¡A la mierda las palomitas y a la mierda los tengus! —Percibo una mirada amenazante clavándose en mi cogote—. Sin ofender —le digo al Águila, antes de que decida destriparme aquí mismo. Él asiente y yo me vuelvo a concentrar en Karasuhito—. ¿Te crees que eso me importa? ¿Te crees que me enamoré de ti solo porque podías protegerme? ¡No! —me respondo yo solita—. Me da igual si eres un demonio o solo un hombre, mientras no tengas ocho patas, por mí puedes ser un puto rábano. Y me da igual si has perdido tu fuerza, tus garras o tus alas, aunque siento mucho esto último —añado, porque es verdad—, lo que me importa y lo que amo de ti sigue estando aquí, joder. —Pongo mi palma abierta sobre su pecho.

—Y el cuerpazo no lo has perdido, eso también sigue estando aquí y es *muy* importante.

—¡Jenna! —le reñimos todas a la vez.

Me abstengo de ponerme en pie y sacudirle a ella también por dos razones muy simples. La primera, no puedo ponerme en pie. La segunda, ha logrado que Karasuhito sonría levemente. Al parecer, el colega ha perdido las plumas, pero no el ego. Supongo que eso es bueno. Y lo del cuerpazo también, aunque no viene al caso y *no* es lo primordial.

Respiro para serenarme un poco y darme un segundo para poner en orden mis ideas. Lo que necesito decirle al tarugo de mi novio exdemonio es importante.

—Karasuhito, las veces que más me has ayudado no has necesitado tu fuerza. Para protegerme solo has necesitado tus abrazos, tu cariño y tu cabeza hueca. De lo que verdaderamente me has salvado es de mis propios miedos e inseguridades. Y puedes seguir haciéndolo.

Veo un pequeño amanecer en sus ojos y eso me anima a seguir siendo una jodida intensita y una cursi de la leche a pesar de la vergüenza que estoy pasando; porque sí, resulta que finalmente sí me he contagiado de algo. Tengo una ETR. Una enfermedad de transmisión romántica. Karasuhito me ha pegado su intensidad.

Pero me da igual convertirme en la mujer más moñas del planeta si así consigo que este bobo sonría otra vez.

—Mientras sigas vivo, mientras estés a mi lado y me regales cada día tus sonrisas, tu dulzura, tu espontaneidad, tus atenciones y tus locuras, seguirás siendo mi guardián, el guardián de mi corazón. —«En serio, me estoy dando diabetes a mí misma». Dudo si añadir lo que tengo en la cabeza, pero ya total, de perdidos al río—. Y siendo totalmente honesta, una parte de mí se alegra de que ahora seas mortal. Me alegra saber que no voy a volver a dejarte solo otros seiscientos años y… también me alegra *mucho* saber que no voy a ser la única de esta relación que envejezca y se arrugue como un melocotón pasado.

Se le escapa una risa y de pronto el mundo parece menos oscuro.

—A veces dices unas cosas muy raras e inapropiadas —sonríe.

—No es solo a veces, pero gracias por suavizarlo. —Envuelvo su rostro con mis manos—. Si estás triste por lo que has perdido, lo

entiendo, te daré tiempo y lo superaremos juntos. Sin embargo, si lo que te preocupa es que mi opinión de ti vaya a cambiar, olvídate de eso. Te quiero con tus rarezas, tus palabras inventadas y tus malditos estropajos. A ti. A mi lado. Siempre. No necesito nada más para ser feliz.

«Spoiler: eso es… mentira cochina». También necesito cantidades industriales de desinfectante de manos para ser feliz, aunque eso me lo callo para no cargarme el momento.

—Gracias, Kaya.

Su sonrisa es un faro en medio de la niebla más densa, una llamada silenciosa a mis labios que van al encuentro de los suyos. Al principio es un poco… raro. No desagradable, solo raro porque es igual que besar a otra persona.

Sus labios están calientes, su aliento no deja notas ahumadas a su paso por mi lengua y no siento el suave roce de sus colmillos en la sensible piel de la zona interior del labio; sin embargo, la forma en la que adora mi boca, las caricias de su lengua y ese suave ronroneo que se le escapa sí son igual que siempre. Es Karasuhito. No el Cuervo, solo Karasuhito, y no me parece mal.

—Qué romántico —suspira Isa de fondo.

—Qué de lengua. —Esa es Jenna.

—Qué asquerosidad.

Mi cuerpo se congela porque esa *no* es Meredith. Al parecer, el mojón con ojos no nos ha hecho a todos el favor de morirse de una vez.

Me separo de Karasuhito y miro por encima de su hombro. Sí, Ethan se ha puesto en pie y contempla la escena con el rostro desencajado por la rabia.

—Cada día das más asco, Kaya. Eso es casi como besar a un perro —me escupe las palabras.

Un gruñido grave retumba por el aire a la vez que las plumas blancas y doradas de Sõjõbõ se erizan. No le ha hecho mucha gracia el comentario.

—Te recuerdo que también te besaba a ti y eso es casi como besar un inodoro público —sonrío.

Meredith suelta una carcajada ronca y al segundo se lleva la mano a dos sitios diferentes de su cuerpo, claramente arrepentida. Su conato de risa solo aviva la cólera de Ethan.

—Zorra.

—Psicópata.

—Hija de…

—¡¡Basta!! —truena el Águila, y por poco me hago pis encima del susto. Por suerte, me ignora y centra su ira en Ethan. Con otro poco más de suerte, él sí se habrá meado en los pantalones—. Si ya has recuperado la capacidad de hablar, dime de dónde has sacado la daga de Izanami. Es un objeto sagrado, no debería estar en tu poder, humano.

Ethan se encoge de hombros.

—Fue un suvenir que compré en Japón, nada más.

—Esta daga se guarda en un santuario protegido, es imposible que la compraras. La has robado. Y si tenías la daga, no necesitabas rogar por protección —le increpa Sõjõbõ.

—Conseguí la daga más tarde, me la vendió una chica durante una excursión —se justifica Ethan con tono inocente—. Y tampoco sabía lo que era. Simplemente la compré porque me pareció bonita y la he llevado encima desde entonces por precaución. Tenía mucho miedo. No iba a ir por ahí totalmente desprotegido.

—Mentira —respondemos a la vez las chicas y yo.

—No te creas ni una palabra de lo que te está diciendo —añado, mirando al tengu—. Lo conozco bien. Este era su plan desde el principio, usarte para acabar con Karasuhito y, si no podías hacerlo, usarte como distracción para hacerlo él. Y ya que estamos, el resto de las milongas que te ha contado también son mentira. Hace casi dos años que no estamos juntos y rompí con él porque me pegó.

—Te caíste sola después de tropezarte y golpearte con la pared —me corrige el muy cerdo con total desvergüenza.

—No eres Pinocho, Ethan —suelta Jenna—. No te va a crecer más el pirulí por contar más trolas, así que déjalo de una vez.

—¿Qué es un pochocho? —me susurra Karasuhito.

Me tengo que tapar la boca corriendo para no soltar una carcajada. A Isa se le escapa una especie de ronquido y Meredith se

vuelve a reír, aunque se arrepiente enseguida y suelta una palabrota *bastante* gorda.

—No estoy mintiendo —asevera Ethan.

—Teníamos un pacto, humano —interviene el Águila con voz grave y amenazadora—. Tú me llevabas ante mi karasu-tengu fugado y yo te protegía de él. No tenías por qué temer nada y no necesitabas un arma porque me tenías a mí.

El miedo asoma a los ojos claros de Ethan cuando Sõjõbõ da un paso en su dirección. Algo se ha roto en su relación y todos podemos percibirlo.

—Yo creo que sí la necesitaba —contraataca don Pinocho—. Solo hay que ver lo que le ha pasado a mi brazo izquierdo. Aun estando tú aquí, ese loco se las ha arreglado para rompérmelo. Y podría haber sido peor. —Su tono se eleva y se vuelve más agudo, se está metiendo en uno de sus papeles favoritos: el de víctima—. He hecho bien en buscar un modo de protegerme a mí mismo, de lo contrario, solo Dios sabe lo que podría haberme sucedido. Y si tú hubieses hecho mejor tu trabajo…

Los ojos del Águila se convierten en dos finas rendijas por las que se desborda una luz dorada que amenaza con abrasar el mundo.

—Karasuhito ha dejado de pelear conmigo y se ha centrado en ti porque has decidido hacerle daño a esa chiquilla —le interrumpe, a la vez que me señala.

«Y dale». No me gusta que el vejestorio me llame así, pero como ahora mismo me está dando un miedo *que te cagas*, prefiero no abrir mi boquita a no ser que sea para algún asunto de vida o muerte como, no sé, insultar a Ethan.

—¿Pretendes darme lecciones de moral? —se ríe el puerco mentiroso—. Te recuerdo que tú las has herido a todas al sacarlas de la carretera y luego has torturado a dos de ellas.

—Mis acciones tenían un fin, lograr que Karasuhito viniese aquí —se justifica el Águila, de un modo bastante lamentable, si se me permite el añadido—. Y lo he logrado. Ya no había necesidad de hacerles más daño y tú se lo has hecho.

—Porque es un puto loco y un sádico, ya te lo hemos dicho —le recrimina Meredith a Sõjõbõ.

Él la ignora, solo tiene ojos para Ethan y casi que me alegro.

—Estabas ocupado con tu pelea y no lo has visto, pero Kaya me ha vuelto a atacar. Yo solo me he defendido.

—¡Serás cabrón! —se me escapa, porque recordemos que insultar a Ethan entra dentro de las excepciones vitales por las que me permito abrir la boca en estos momentos—. ¡Yo no te he hecho nada!

—Me has agredido tirándome piedras.

—¡Me cago en My Little Ponny!

Durante un segundo la ira me ciega y me lanzo hacia adelante. Me da igual si no puedo ponerme en pie. Si hace falta, le arrancaré los tobillos a mordiscos como un chihuahua infernal.

Unos brazos me rodean y me retienen, pegándome a un pecho firme y duro, y a la vez amable y cálido. Forcejeo y no logro nada. Karasuhito dirá que ha perdido su fuerza, pero a mí me parece que sigue estando como un puñetero buey.

—No intervengas ahora —me susurra—. Deja que Sõjõbõ se ocupe.

En menos de un segundo tengo que dar gracias porque me haya frenado. El jefe de los tengus pasa de estar de pie frente a nosotros a convertirse en un borrón, para después volver a materializarse al lado de Ethan. Lo agarra del cuello y lo levanta por los aires sin ningún esfuerzo como ha hecho con Meredith. Lo considero justicia poética.

—¿Qué haces? —La histeria impregna cada nota de la voz de Ethan—. Has dicho que no puedes hacerles daño a personas inocentes. Va contra las normas.

—No me hables tú de normas —sisea el Águila, y todos los pelos de mi cuerpo reaccionan poniéndose tiesos. Por el rabillo del ojo veo a Isa santiguarse y a Jenna quedarse lívida. Meredith sonríe de oreja a oreja—. Tú has quebrantado dos leyes sagradas. No eres inocente, humano. Ni siquiera los tengus matamos a otros tengus. Si un tengu es condenado a muerte, lo llevamos ante los monjes Yamabushi[9] que conviven con nosotros en el Monte Kurama y ellos llevan a cabo la voluntad de los dioses. Solo ellos pueden empuñar la daga de

Izanami. Solo ellos pueden arrebatarle la inmortalidad a uno de los nuestros en nombre de la diosa y después matarlo; cosa que hacen inmediatamente para que no tengamos que sufrir presenciando la pérdida de nuestras alas. Has robado una reliquia sagrada y la has mancillado con tus manos. Has impartido un castigo que no te correspondía a ti decidir ni ejecutar, sino a los dioses. No eres inocente —dice esas tres últimas palabras *muy* despacio.

Traducción: a Sõjõbõ le importa tres leches fritas que Ethan nos haya hecho daño a todos los presentes; solo le preocupa que haya robado un cuchillito y lo haya usado sin su permiso. Desde luego ese señor tiene que hacer un cursillo de repaso sobre la ética y la moral porque las tiene un poco oxidadas.

Ethan abre la boca para replicar, pero de sus labios solo escapa el sonido de una tetera hirviendo. Un pitido sibilante y agudo que es bruscamente interrumpido por un crujido seco cuando el fuerte puño de Sõjõbõ le parte el cuello con la misma facilidad que si fuese una ramita.

Los dedos del Águila se abren y el cuerpo cae a plomo, quedando desmadejado y laxo sobre la tierra. Y así, sin más, Ethan ya no está. Ya no es. La pesadilla se ha acabado del todo.

La araña ha caído presa de su propia red. Ha pensado que podría salirse nuevamente con la suya, que volvería a ser el más listo de la sala, y le ha salido el tiro por la culata y a lo grande.

A lo mejor debería estar más alterada. Acaban de matar a alguien delante de mí. Sin embargo, siento el pecho extrañamente hueco y una lágrima solitaria es todo lo que producen mis ojos. Y desde luego no es una lágrima de pena.

Es una gota agridulce más que salada porque, aunque el terror haya acabado para siempre, antes de irse, ese cabrón se ha encargado de joder de lo lindo a prácticamente todas las personas que más quiero en este mundo.

—¿Estás bien? —me pregunta Karasuhito. Una arruga de preocupación estropea su entrecejo.

Lo abrazo fuerte. No busco consuelo, solo quiero agradecerle que incluso en una situación así y después de todo lo que le ha pasado, me siga poniendo a mí por delante de todo.

—Estaré perfectamente en cuanto nos larguemos de aquí —asevero—. ¿Cómo estáis vosotras? —Me giro hacia las chicas.

—Deberíamos ir a un hospital, aunque no sé cómo vamos a explicar todo esto —comenta Isa con el gesto descompuesto.

—¿Y si decimos la verdad? —sugiere Jenna, y todas la miramos, espantadas—. Me refiero a parte de la verdad. Que hemos tenido un accidente con el coche y ya.

—¿Y qué pasa con él? —Meredith señala a Karasuhito—. Él también está herido, ahora es humano y necesita un médico, pero en teoría no existe en este país.

«Ni en ningún lado», me lamento.

—Yo puedo ocuparme de sus heridas —se ofrece Isa—. Lo que me preocupa es eso otro. —Señala hacia el cadáver y el demonio pájaro.

Sé a lo que se refiere. Si hay un muerto, habrá una investigación y es imposible que la policía se trague que Ethan viajaba con nosotras después de los mil intentos de denunciarlo que yo hice en su día. Y tampoco parece muy creíble que, de cinco pasajeros, cuatro resulten levemente heridas y uno, el que le cae mal a todo el mundo, acabe con el cuello partido en un ángulo de noventa grados.

—¿Y si lo dejamos tirado por ahí y que se lo coman los bichos? —propongo, tragándome el asco que esa imagen mental despierta en mí.

—No creo que eso… —empieza Isa, pero dejo de escucharla cuando siento un movimiento a mi espalda.

Me giro y veo a Karasuhito desplazándose por el suelo con los ojos fijos en un punto. Un punto con alas blancas que se acerca a nosotros.

Al intentar moverme yo también, él me detiene con una mano y niega mientras se incorpora y se aleja renqueante para ir al encuentro de Sõjõbõ.

Los nervios culebrean por mi estómago y no comprendo el motivo. El Águila ha matado a Ethan, se supone que ahora está de nuestro lado, ¿no?

—¿Qué vas a hacer ahora, Sõjõbõ? —inquiere Karasuhito.

—Tengo que acabar lo que he venido a hacer —responde el tengu con voz monocorde, haciendo que todo mi mundo se desmorone de nuevo.

«No. No, no. Triple no. La pesadilla se ha acabado. ¡Se ha acabado! ¡Déjanos en paz!», chillo dentro de mi cabeza, porque mis labios parecen cosidos con hilos de hierro.

—Lamento lo que te ha ocurrido, Karasuhito —continúa el Águila —, porque es una deshonra que haya sido un humano impío el que te lo ha arrebatado todo; sin embargo, eso no cambia el hecho de que has violado nuestras leyes y debes recibir el castigo que mereces. —La tormenta más devastadora de la historia se desata en mi alma—. Supongo que ya no es necesario llevarte a casa, podemos acabar con todo ahora y ahorrarte el sufrimiento y la vergüenza de vivir más tiempo convertido en una sombra de ti mismo. —Alza las garras al cielo y apunta al pecho en el que habita el corazón más cálido que he conocido nunca.

La tormenta se convierte en un tifón y los relámpagos llenan mi cuerpo de electricidad. Mis músculos responden. No sé ni cómo, me pongo en pie y corro. El dolor del gemelo es una ínfima gota perdida en medio del aguacero de mi corazón.

Me arrojo delante de Karasuhito y me engancho a su pecho en el mismo instante en que la garra de Sõjõbõ emprende su descenso.

El tiempo se ralentiza. Un corazón fuera de mi pecho martillea mi esternón con más fuerza que el mío propio. Mis ojos se cierran en anticipación al estallido de dolor que espero sentir en cualquier momento en la espalda.

—Apártate —me ordena el jefe de los tengus.

Estoy jadeando a causa del pánico y del esfuerzo que he hecho para llegar aquí a tiempo. Sudo. Mi estómago parece el tambor de una lavadora. Mi corazón va enloquecido al galope. Tengo la boca seca. Y veo confeti de colores cayendo del cielo. Y a pesar de todo eso, mi voz logra mantenerse firme.

—No.

—Kaya, por favor —me suplica Karasuhito, intentando empujarme. Estoy tan enredada con él que no puede moverme ni un milímetro—. No puedo permitir que te haga daño…

—Pues ya somos dos —replico, y mirando a Sõjõbõ por encima de mi hombro, añado—: Los tengus no matáis a gente inocente.

Sus ojos dorados ondean mecidos por la confusión.

—Así es.

—¿Me consideras culpable de algo?

Su confusión va en aumento.

—No —me responde, tras un segundo que me ha parecido un siglo.

—Bien. Pues que sepas que para llegar hasta él, vas a tener que quitarme del medio a mí. Una persona inocente. Para impartir tu castigo de mierda, vas a tener que romper tus normas y matarme.

—Kaya. —La voz de Karasuhito es angustia hecha sonido, pero lo ignoro porque vive Dios que yo soy la persona más angustiada en este jodido bosque, país, continente y hemisferio.

—Mientras siga respirando, no pienso soltarlo —prosigo desafiante—. Así que dime, ¿qué vas a hacer, Sõjõbõ? ¿Vas a matar a una persona inocente?

—A dos. —Isa se coloca por delante de mí con los brazos cruzados y la barbilla alzada.

—Que sean tres. —Jenna le pasa un brazo por los hombros, no sé si en señal de apoyo o porque no puede mantenerse en pie sola.

—No es que esto sea el mejor plan del mundo… —rezonga Meredith—. Pero sigue siendo mejor que el puto bar de cowboys. Así que, que sean cuatro. —Se detiene al otro lado de Isa, mientras Jenna se ríe.

Son unas memas. Pero son mis memas. Y las quiero muchísimo. Y también las odio porque he acabado llorando otra vez por su culpa.

—Por favor —implora Karasuhito—. No hagáis esto. Vuestras vidas…

—Nuestras vidas son nuestras, encanto. —Meredith nos mira de soslayo y sonríe—. Y hacemos lo que queremos con ellas.

—Y lo que queremos hacer es cuidar y proteger a nuestra familia —añade Isa.

—También queremos comer chocolate y no engordar —se ríe Jenna—, aunque por el momento nos conformamos con lo que ha

dicho Isa.

—Tú mismo lo has dicho antes, Karasuhito —intervengo yo—. Somos tu familia. Para mí, para nosotras, tu vida vale tanto como las nuestras para ti; así que nada de lo que hagas o digas va a hacernos cambiar de idea. Acéptalo. Y tú también —me dirijo a Sõjõbõ.

—Estáis siendo unas necias —resopla el Águila.

—Sin faltar, macizo. —Jenna le apunta con un dedo.

—No me hace falta mataros para quitaros del medio. ¿Tantas ganas tenéis de que os haga daño otra vez? Porque os aseguro que no quiero; sin embargo, si no me dejáis más remedio, lo haré.

—¿De verdad no puedes dejar estar las cosas, joder? —estallo—. ¿Es que no lo hemos pasado todos ya lo suficientemente mal? Además, Karasuhito no me corrompió, no me separó de nadie y sí, amenazó a Ethan y lo vapuleó un poco, pero porque ese loco me agredió. El hombre al que quieres castigar me salvó. Hizo su trabajo. Me ha estado cuidando y no tienes nada que reprocharle o echarle en cara.

—No te metas en lo que no comprendes, chiquilla.

—¡¿Quieres dejar de llamarme así?! ¿Y se puede saber cuántos años tienes tú?

—Mil cuatrocientos cuarenta y dos.

—Santo paté de aceitunas —murmura Isa, y la entiendo, yo también me acabo de quedar tiesa.

—Va… Vale… Llámame como te dé la gana… —murmuro.

—Sé que no te gusto, Sõjõbõ —Karasuhito toma la palabra—, pero te ruego que tengas clemencia por una vez. Ya no soy un tengu. Ya no vas a tener que verme nunca más. Solo quiero quedarme aquí con la mujer que amo y con nuestra pequeña familia el tiempo que me quede en este mundo. Si no lo haces por mí, hazlo por ellas. No se merecen sufrir más…

—Ellas no son mi responsabilidad, tú sí —responde el Águila con terquedad—. Y puede que el humano mintiese sobre algunas cosas y no seas culpable de todo lo que él te acusaba, aun así, has roto varias de nuestras normas y se debe imponer un castigo proporcional.

—Hasta aquí ha llegado mi paciencia. —Meredith se adelanta un paso. Sus ojos se han convertido en dos glaciares y su cara da *mucho* miedo. «No irá a pegarle, ¿verdad?». Pero no, el arma más mortal de la rubia siempre ha sido otra—. ¿Y cuáles son esas normas que Karasuhito ha roto?

—Ya las he enumerado antes.

—Bueno, *discúlpame* si no estaba muy atenta dado que me estabas estrangulando. —Meredith sonríe igual que un depredador y mi cuerpo se estremece.

—Para empezar, los yokais no podemos abandonar Japón.

—Ya… —Meredith se da unos golpecitos en la barbilla—. ¿Y me explicas entonces qué coño haces tú aquí, salado?

La boca de Sõjõbõ se abre, pero no salen sonidos de ella. Le lleva tres intentos poder articular palabras.

—Yo… Yo tenía que venir a buscarlo. No había otro remedio.

—Y Karasuhito tenía que venir para proteger a Kaya de un pirado muy peligroso, como ya has visto. No había otro remedio. —Meredith se encoge de hombros.

—Eso es diferente —contraataca Sõjõbõ.

—Elabora esa respuesta si no te importa —le reta mi amiga—. Porque verás, hasta donde llega mi inteligencia, y está feo que yo lo diga, pero llega muy lejos, no veo diferencia alguna entre lo que hizo él y lo que has hecho tú.

—Yo…

—¡Espera! —le interrumpe la rubia—. Sí la veo. Él rompió las normas por una causa noble y justa: proteger a una mujer. Tú las has roto simplemente porque querías castigarlo, cosa que podías haber hecho una vez que él regresase a Japón, porque es evidente que tarde o temprano iba a volver. Así que, en realidad, no había necesidad alguna de que tú vinieses aquí, ¿cierto?

—No la había —concuerdan Isa y Jenna, y Meredith asiente.

—Te pudo la impaciencia y tu rencor contra ese hombre y rompiste las reglas por eso. Una razón poco noble y justa, si se me permite decirlo. —Meredith termina su discurso con una sonrisa de satisfacción.

—Habláis sin comprender…

—¡Oh! ¡Claro que comprendo! —se ríe la rubia de la lengua despiadada—. Comprendo que estás interpretando las leyes como te da la gana para condenar a otros por faltas que tú también has cometido. —La piel del Águila empieza a adquirir un matiz rojizo. Lo que no tengo claro es si el cambio se debe a la furia o a la vergüenza—. Comprendo que a pesar de ser más viejo que los pedos, te comportas como un mocoso malcriado que reniega de la verdad en cuanto esta no le beneficia y, lo que es peor, se niega a aceptar sus propios errores. Has ayudado a un cabrón despiadado, has hecho daño a personas inocentes, te has saltado tus propias normas, y prefieres incriminar a otro y arrebatar una vida antes que admitir que te has equivocado. Muy maduro y ético, sí señor. Tus dioses deben sentirse *orgullosísimos* de ti. Qué buen tengu. Qué gran líder. —Aplaude tres veces, muy lentamente—. Y por si acaso tú también tienes problemas con eso, déjame decirte que eso era sarcasmo puro y duro. Lo estás haciendo de puta pena, querido.

Cada día que pasa me alegro más de ser amiga de Meredith, porque yo no soportaría un rapapolvo así. Me moriría aplastada por sus palabras.

Sõjõbõ tiene los puños apretados, igual que la mandíbula, y sus ojos son dos rendijas de pura rabia.

—Eso no…

—Yo que tú me lo pensaría dos veces antes de intentar rebatirle nada —le aconseja Isa con tono suave—. Lo digo por tu bien, de verdad.

—Solo iba a decir que esa no es la única falta que ha cometido Karasuhito. Abandonar Japón no es la única ley que ha quebrantado.

—¿Qué más ha hecho, según tú? Vamos, dime —le reta Meredith —. Dame más argumentos que desmontar.

—Ha entablado relaciones íntimas con una humana. Eso está prohibido. Y es la segunda vez que lo hace. La primera me limité a hacerle una advertencia seria. —«Y tan seria, joder. Casi le arranca el corazón»—. Y él sabía lo que sucedería si reincidía en su comportamiento pecaminoso.

—Mierda —masculla Meredith, y pone las manos en jarra—. No tengo cómo negar eso dado que os habéis comido los morros

delante suyo. —Nos mira a Karasuhito y a mí.

—Fui yo la que inicié esas relaciones —declaro—. La culpa es mía, no suya.

—Kaya, eso no… —empieza Karasuhito. Le tapo la boca corriendo antes de que pueda decir alguna cosa más que lo incrimine a ojos del Águila.

—Da igual quién iniciase las cosas. Va contra nuestras leyes —sentencia Sõjõbõ.

Meredith suelta un juramento y se frota las sienes, buscando algo con lo que defendernos.

—Tranquilos todos —Jenna da un paso al frente—, que yo me ocupo de esto.

Perplejos, la observamos avanzar con un equilibrio un tanto precario hasta colocarse delante de Sõjõbõ, que la mira de forma escéptica ante la inesperada proximidad.

—¿No deberíamos hacer algo? —comenta Isa, nerviosa.

—No sé qué hacer cuando no sé qué pretende hacer ella —admite Meredith.

Y yo no quiero soltar a Karasuhito por si acaso. No quiero darle la más mínima oportunidad a Sõjõbõ de atacarlo.

—Estimado hombre pájaro de piel perfecta y músculos de infarto, me llamo Jenna. Un placer.

Una de las cejas del Águila emprende el vuelo hasta casi tocar el nacimiento de sus plumas.

—No veo la necesidad de presentarnos —contesta, visiblemente confuso.

—Es que no me gusta besar a completos desconocidos.

«¿Be…? ¡¿Besar?!».

Jenna pega un brinco, se engancha del cuello de Sõjõbõ y, efectivamente, le besa.

Meredith deja caer los brazos, Isa la boca, mis ojos se van rodando por el suelo del bosque y a Karasuhito se le escapa un silbido. No sé si estamos más sorprendidos por el arrebato de Jenna o porque ha pasado un minuto entero y Sõjõbõ no la ha apartado.

—Uy, por Dios, qué calores. —Jenna se abanica cuando por fin se separa de él. Se da la vuelta, parece mareada y tiene unos coloretes

que rivalizarían con la manzana de Blancanieves—. Ah, no, ¡espera! Que Karasuhito había roto esta regla dos veces.

Se gira de nuevo, trepa por el cuerpo de Sõjõbõ y vuelve a besarlo con más intensidad que la primera vez. No solo eso, también engancha una pierna alrededor de la cadera del Águila y se restriega de una forma nada decorosa.

En medio de mi estupor, una mano grande aterriza delante de mis ojos y me bloquea el espectáculo.

—Tú no… no mires… —farfulla Karasuhito.

«¿Y por qué yo no, pero los demás sí?». Me callo mi protesta porque no quiero sonar como una absoluta depravada.

Cuando la mano desaparece, presupongo que el beso ha terminado.

Jenna regresa con nosotras, falta de aire, soltando risitas y abanicándose con la mano.

—Eso tenía algún propósito o… —Meredith no puede ni acabar la frase. Mientras, la cara redondeada de Isa parece una frambuesa.

—Sí que lo tenía —afirma Jenna, que no puede dejar de reírse como una colegiala.

—Algún otro propósito aparte de tu propia satisfacción… —insiste Meredith.

—Sí que lo tenía. Ahora él también ha intimado con una humana. ¡Dos veces! —declara triunfal—. Está igualado con Karasuhito.

Me abstengo de mencionar que la forma en la que Karasuhito y yo hemos intimado ha ido mucho más allá de unos besos, y lo hago por dos razones. Uno, mi vida íntima no es asunto de nadie. Dos, me da verdadero terror que Jenna se tome eso como un desafío personal y haga algo aún más loco.

—Me has engañado —la acusa Sõjõbõ.

—No, cielo, no. Te he besado. Y a juzgar por lo que he notado ahí abajo…, lo has disfrutado tanto como yo, así que, *de nada*. —Le sonríe con una picardía inmensa y le lanza un beso, y él se sonroja entero.

Meredith estalla en carcajadas y felicita a Jenna. Isa parece debatirse entre felicitarla también o darle un sermón. Yo sigo muda con toda esta situación.

—Tus amigas… —me susurra Karasuhito. Como no sigue, lo miro de reojo. Su cara es una perfecta mezcla de terror y admiración.

—Lo sé. —Le doy unas palmaditas—. Lo sé.

—Bien —Meredith toma la palabra—, ¿hay alguna acusación más que quieras hacer contra Karasuhito? ¿Alguna regla más que él haya roto y tú no? Y en vista de lo que acaba de pasar, te aconsejo que medites muy bien tus próximas palabras, no vaya a ser que Jenna te robe algo más que unos besos.

Siento las oleadas de calor que desprende el cuerpo de Sõjõbõ desde aquí. Pensándolo bien, es posible que este haya sido su primer beso. Entre eso y que se está viendo las caras con Meredith, me empieza a dar un poco de pena el señor Águila.

—Sõjõbõ —lo llamo—, por favor. No le hacemos daño a nadie, solo queremos estar juntos. Y Karasuhito ya ni siquiera es un tengu, ¿de verdad sigue siendo tu labor castigarlo? Ya no es uno de los tuyos. Además, le han robado su inmortalidad, ¿no es ese suficiente castigo?

Las dudas titilan en sus ojos como una llama a merced de una corriente de aire. Una llama que puede extinguirse o incendiarse más.

—Ella tiene razón —concuerda Karasuhito—. Los demás no van a volver a verme. Por lo que a mí respecta, puedes decirles que he muerto hoy. En parte lo he hecho. Un karasu-tengu ha muerto en este bosque, esa es la verdad. El demonio ha muerto, deja que el hombre viva —le ruega. No hay respuesta—. ¿Tanto te cuesta aceptar que la amo y que solo anhelo vivir a su lado? Ahora yo también soy humano y ya no hay nada de malo en que estemos juntos. Entierra a tu tengu aquí, digámonos adiós y déjame ir, por favor.

Ante su silencio, las chicas vuelven a cerrar filas por delante de nosotros, por si acaso. El silencio se vuelve insoportable, casi más molesto que un enjambre de bichos zumbando sin cesar.

Un suspiro resignado le pone fin a mi sufrimiento y el frío oro de los ojos de Sõjõbõ se convierte en miel fundida.

—En vista de todo lo que ha sucedido, de los errores que yo también he cometido —al oír eso, Meredith hace una leve inclinación

de agradecimiento con la cabeza— y de que ya no formas parte de mi clan; supongo que podemos dar el asunto por zanjado.

—Gracias —sollozo, y las piernas finalmente me fallan. Me habría derrumbado si Karasuhito no me llega a sostener. Él también ha roto a llorar.

—Gracias, Sõjõbõ —dice él.

—No hay de qué —responde el otro con cierta incomodidad—. Mi trabajo aquí ha concluido, así que será mejor que regrese a casa cuanto antes.

—¡De eso nada! —interviene Meredith con una voz digna de un sargento del ejército—. Que no se te olvide que nos has torturado y nos debes una. Tú no te largas de aquí hasta que nos ayudes a deshacernos del cadáver, ¿entendido?

—Sí, señora —murmura el Águila.

Al final, las cuatro chicas sin poderes ni fuerza sobrehumana han logrado resolver la situación y salvar el día gracias a nuestro ingenio, nuestras agallas y nuestra memez. Y al calentón de Jenna, que no se nos olvide esa parte.

Aunque estamos todos exhaustos y medio muertos, nos pasamos la siguiente hora ideando un plan que no acabe con nuestros culos en prisión.

Lo más sencillo sería tirar el cadáver al Estrecho de Puget. Sin embargo, si Ethan desaparece de la faz de la tierra sin más, eso levantaría sospechas. Las sospechas seguramente me salpicarían a mí y no podemos tener a la policía merodeando hasta que no arreglemos la situación de Karasuhito.

Los conocimientos de Isa sobre medicina forense y cómo deshacerse de un cuerpo sin dejar evidencias (que según ella ha aprendido en las series de la tele y, *por Dios*, espero que sea así) nos son de mucha utilidad. Y que se haya hecho prácticamente de noche también ayuda para lo que tenemos que hacer a continuación.

Una vez que Isa le recoloca el hombro, el tengu busca las llaves del coche de Ethan. Según el Águila, su difunto dueño lo ha dejado aparcado en un recodo del bosque cerca de donde nos encontramos.

También nos cuenta que todo el asunto del concurso era *en teoría* verdad, pero fue Ethan quien usó sus conocimientos sobre hackeo para meter el nombre de Jenna en la lista de participantes y amañar el sorteo para que ella fuese la ganadora, y así sacarnos de la ciudad y emboscarnos aquí.

Una vez que Sõjõbõ está listo y que Meredith le ha repetido ochenta veces lo que tiene que hacer hasta casi hacerlo llorar de la desesperación, él alza el vuelo, llevándose el cadáver de Ethan con él.

Tiene órdenes de meter el cuerpo en el coche, dejarlo en el asiento del conductor sin cinturón y luego empujar el coche por algún risco como ha hecho con nosotras. Eso explicará todos los golpes y huesos rotos.

Y luego tiene que tirar una cerilla dentro del depósito de combustible para que el coche arda y se lleve todos los restos de nuestros pelos, piel, sangre y demás sustancias (me trago una arcada) que puedan quedar sobre Ethan después de pelearnos.

Mientras aguardamos, Isa hace lo que puede por remendarnos con el botiquín que llevábamos para el viaje, en el cual fundamentalmente hay repelente de insectos por mi culpa. Según su criterio, los que peor estamos somos Jenna, Karasuhito y yo, luego Meredith y ella.

Francamente, creo que se ha puesto en último lugar no porque sea verdad, sino para que la dejemos ir de un lado para otro atendiéndonos. Y lo creo por la inmensa mancha de color óxido que recubre todo su costado.

Cuando Sõjõbõ regresa y nos aseguramos de que ha cumplido con todas sus tareas a la perfección, toca la parte más dura de la noche. Separarnos.

No podemos pedir ayuda mientras Karasuhito siga aquí porque no tiene documentos identificativos, ni seguro médico, ni nada de nada. Por no tener, no tiene ni zapatos.

Por eso, el Águila se llevará volando a Isa y a Karasuhito hasta Verlot para que ella pueda ir a la farmacia local, y luego los dejará en la cabaña que debíamos ocupar para que mi amiga pueda tratar en condiciones las heridas de ambos.

Después de que ellos se hayan ido, nosotras llamaremos a las autoridades y diremos que nos hemos salido de la carretera.

Con la promesa de volver a encontrarnos pronto y esta vez, para no separarnos más, le doy un beso al que era mi Cuervo y que ahora es solo un hombre, y lo veo alejarse en el aire con unas alas prestadas.

EPÍLOGO - LA INVOCACIÓN SATÁNICA

«¿Qué he hecho yo para merecerme esto? ¡¿Qué?!», me lamento. «En serio, debo estar maldita o algo. Tiene que ser eso porque, si no, no me lo explico».

Me tapo más fuerte los oídos para amortiguar los desgarradores sonidos que van despellejando mis pobres tímpanos poco a poco.

—Por abominaciones como esta es por lo que odio la puta Navidad —sisea Meredith. Ha debido de hacerlo muy alto si he logrado escucharla por encima del ciertamente abominable ruido de los villancicos.

—No está tan mal… —dice Isa, pero está a punto de echarse a llorar. Ese sonido infernal le está haciendo el alma pedacitos.

Mis dos tíos, mi padre, Karasuhito y Jenna siguen berreando como animales moribundos subidos encima de la mesa. Y para rematar, los cinco van vestidos con faldas escocesas. Y juraría que el tío Fergus se ha vuelto a olvidar los calzoncillos.

No sé cómo Karasuhito se ha prestado a hacer algo así. Bueno, sí lo sé. Es igual de canelo que el resto de los hombres de mi familia, por eso ha encajado a la perfección con ellos. Un lelo más para el rebaño.

Y ellos lo han acogido con los brazos abiertos porque ven lo feliz que me hace. Y porque es imposible no cogerle aprecio con ese aire de cachorro desvalido e hiperactivo y esos sobornos que prepara. Sobornos en forma de comida y aperitivos.

De hecho, le quieren tanto que mi padre y mis tíos ahora visitan con regularidad nuestro piso, cosa que nunca habían hecho antes. No es que me sienta celosa, molesta o ignorada. No, qué va. Estoy feliz. Muy feliz. ¿A que se me nota? Resplandezco de felicidad. Brillo

más que la estrella del árbol… «Mentira podrida». Pero no puedo quejarme o me tomarán por una bruja, y no quiero robarle el puesto vitalicio a Meredith.

Cuando la canción (o la invocación satánica, no lo tengo claro) acaba, todos se felicitan por el buen trabajo, se abrazan, se palmean, el tío Fergus enseña su blancuzco culo… «Por Dios santo».

Están a punto de empezar un nuevo villancico y, presa del pánico, Meredith agarra el árbol de Navidad y amenaza con tirarlo a la chimenea y ponerle fin a todo de una vez por todas como no se callen. Los demás se ríen, creyendo que es una broma, Isa y yo nos acercamos disimuladamente a las jarras de agua *por si acaso*.

Ante la amenaza de que la casa de mis padres de pronto se convierta en un funeral vikingo, me replanteo si fue buena idea invitarlas a festejar la Navidad con nosotros.

Tras meditarlo un nanosegundo, decido que no me arrepiento de ello ni con fuego de por medio. Ellas me aseguraron que se tenían que quedar por trabajo, pero yo sé que no es así. Se quedaron por nosotros y por eso tenían que estar hoy aquí.

Después de todo lo que pasó en junio, los cinco estamos más unidos que nunca. Sí, los cinco. También incluyo a Karasuhito. Las chicas lo adoran y si él está aquí conmigo es gracias a ellas.

Al ingenio y las agallas de Meredith, a la espontaneidad y la locura de Jenna, y al sacrificio de Isa y su *inesperada* red de contactos.

Aunque salvamos a Karasuhito de Sõjõbõ, seguíamos teniendo el problema de cómo explicar la aparición de una persona de la nada, como si fuese un hongo que ha germinado en medio del bosque.

No se trataba solo del tema de inmigración, es que él no tenía papeles de ningún país. No tenía certificado de nacimiento, títulos escolares, cartilla de vacunación… Nada. Absolutamente nada. Y no se puede introducir a una persona que no existe en el sistema, o eso creía yo.

Resulta que el primo de la mujer del tío segundo de la cuñada del abuelo de Isa; o a lo mejor era el nieto de la tía del primo del abuelo de un cuñado de Isa… Los involucrados cambian cada vez

que ella lo cuenta, pero no seré yo quien señale lo sospechoso que es eso, ni lo mucho que suena a familia mafiosa. No. No señor.

El caso es que *alguien* de la familia de Isa logró *mágicamente* unos documentos falsos que parecían totalmente auténticos para Karasuhito. Estos incluían todo lo que una persona normal que ha nacido hace treinta y un años, y no ochocientos y su madre, necesita para vivir en este país.

Ahora Karasuhito es un hombre que nació en Kioto, que se quedó huérfano muy pronto y que fue acogido por unos familiares en los Estados Unidos, los cuales murieron hace unos años. Consiguió su permiso de residencia y su ciudadanía siendo aún un adolescente, completó la educación obligatoria y tiene un registro médico impecable. Todo muy normal, muy humano y para nada demoníaco.

La historia *oficial* es que nos conocimos por casualidad durante el viaje a Japón del año pasado. Hablamos. Nos hicimos amigos. Luego algo más. Él se mudó a Seattle y aquí estamos. A lo mejor el orden de los factores está levemente alterado, pero sí es casi toda la verdad de lo ocurrido entre nosotros. Casi. Hay cosas que es mejor que mi familia no sepa nunca.

Como que durante un tiempo él me sacó ochocientos años, que era un demonio, que tenía plumón, colmillos y una cierta tendencia asesina (muy chiquitita), que yo intenté matarlo (solo un poquito) o que nos lo montamos en un parque infantil. Esas son cosas que ningún padre o madre necesitan saber. Es mejor así. Todos viviremos más así.

Y todos viviremos más también si logramos que Meredith se aparte de la chimenea. Tras aplacar a la rubia trastornada, logramos que el coro infernal deje de cantar y se baje de la mesa con la promesa de que habrá tartas y una partida de dardos.

Las tartas han sido cosa de Karasuhito. Igual que muchos de los platos de esta noche. Se ha pasado varias horas en la cocina conmigo, con mi madre y mis tías. Sí, ellas también lo adoran (y a ellas también les da algún sofoco al mirarlo de reojo, cosa comprensible. Habrá perdido las alas, pero no ese atractivo desmedido).

A mi novio le sigue apasionando cocinar y lo ha convertido en su forma de vida. Ha abierto un pequeño servicio de catering y vende sus platos en una furgoneta por los alrededores del campus. Y la verdad es que le va muy bien.

Lo de enseñarle a conducir no nos fue tan bien. Llegué a pensar que Meredith nos iba a encerrar en cajas herméticas y nos iba a tirar al mar a él, a Jenna y a mí de rebote. A pesar de eso, al final lo logró y ahora es muy feliz con lo que hace; y yo también lo soy porque ya no hay nada que enturbie esa sonrisa que tanto adoro.

Esa sonrisa que camina hacia mí en estos momentos. Voy a su encuentro con una leve cojera, secuela permanente de lo que Ethan me hizo en el gemelo. Karasuhito acelera para que yo no me esfuerce y en cuanto llega a mi lado, me abraza, da una vuelta conmigo en el aire y me da un beso.

—No gires tanto que le vas a enseñar el culo a todo el mundo —me río.

—Creo que a la gente le gustaría más ver mi culo que el de tu tío —bromea.

—Eso no lo pongo en duda.

—No sabía qué pensar sobre estos kimonos cortos —agarra un pliegue de la falda de cuadros—, pero debo admitir que son cómodos y así todos podéis deleitaros con mis maravillosas piernas —sonríe de esa forma pícara que tanto me desquicia y me encanta.

—Bobo.

—Yo también te quiero. —Vuelve a besarme y empiezo a notar mucho calor.

—No te pongas pegajoso delante de mi familia. —Intento apartarlo, y no hay manera. Solo consigo que se me pegue más. Las cinco mil copas de champán que se ha tomado lo están volviendo muy osado y aún más intenso—. Quita, leches.

—Oblígame —ronronea, y me da un mordisquito en el cuello.

Se me funden todos los fusibles de golpe. Por suerte, escucho las graves risotadas de mi padre de fondo y eso trae de vuelta mi cordura.

«Si eso es lo que quiere». Me encojo de hombros mentalmente antes de recurrir a algo que nunca falla últimamente.

Finjo que lo abrazo y cuelo mis manos por debajo de su ropa y las planto con firmeza en su zona lumbar.

Un aullido rompe el aire.

—¡Dioses, qué frío! ¡No me hagas eso que me congelo! —gimotea. Intenta retroceder y no se lo permito.

—No huyas, cobarde.

—¿Por qué estás tan fría? ¿Te has muerto?

—No te quejes, que tú solías estar aún más frío —le susurro muy bajito y con malicia.

—Y tú solías ser como una bolsita de agua caliente.

«Será…». Subo más las manos dejando dos caminos gélidos en su espalda. Él vuelve a aullar.

—Kaya, no atormentes al pobre muchacho —me regaña mi padre.

—No estoy haciendo nada, solo lo abrazo.

—¡Me está torturando, señor! —grita el condenado—. ¡Que alguien me salve!

—Exagerado —murmuro.

—¡Se me va a congelar la sangrecita en las venas!

—Karasuhito…

—¡Pobre de mí, se me va a parar el corazoncito! —proclama con tono lastimero.

—Calla.

—Pues quítame esos chuzos de hielo de la espalda. —Me fulmina con la mirada.

—*Oblígame* —sonrío con una maldad digna de un demonio.

Él también sonríe y mi estómago se encoge. Esa sonrisa no augura nada bueno. Esa sí es una sonrisa digna de un demonio. O de un exdemonio, mejor dicho.

No tengo tiempo de decirle que lo retiro. En menos de un segundo estoy colgando bocabajo de su hombro y viendo el vaivén de su falda desde arriba.

Chillo y le exijo que me baje inmediatamente. No me hace ni puñetero caso, claro. Ni él ni nadie. Por mí no se preocupa nadie. Por él sí. Pero a mí que me zurzan.

El tarado de mi novio se dirige a la entrada y yo grito más fuerte. Veo unas piernas que nos siguen, las chicas. Pido auxilio, y solo se ríen de mí.

El aire gélido me araña el rostro cuando salimos a la calle. Antes de que pueda volver a amenazar de muerte al hombre de mi vida, salgo volando y aterrizo en una montaña de nieve.

Al segundo, algo me cae encima y la nieve estalla en mil direcciones diferentes. Estoy a punto de matar a alguien. Sin embargo, en cuanto abro los ojos y lo veo sobre mí, con esa hermosa sonrisa, con el mismo gesto de felicidad que un chiquillo travieso, y unos ojos que desbordan cariño, se me olvida el arrebato homicida.

—Ahora estamos los dos congelados —declara con tono orgulloso.

Dudo entre llenarle la boca con nieve o besarlo. Me decanto por la segunda opción porque Dios sabe que necesito el calor en mis venas.

El beso acaba, él se ríe contra mis labios, y yo también. En cuanto escucha ese sonido, sus oscuros ojos prenden y me da un segundo beso que podría desintegrar toda la maldita Capa de Ozono.

Por suerte (o no tanta), alguien nos interrumpe. Jenna se arroja de cabeza a la pila de nieve que hay justo a nuestro lado entre risas.

—¡El perdedor paga el cine y la cena del próximo domingo! —exclama, antes de lanzarle un misil blanco a Meredith.

La guerra estalla en el porche de mis padres. La Navidad se convierte en una sangrienta batalla a muerte en medio de un campo de algodón. Hasta mis tíos salen a combatir valientemente en faldas por el honor de nuestra familia.

¿Se me están congelando hasta los pelos de la nariz? Sí. ¿Me duele el estómago de reírme? También. ¿Me importa lo más mínimo? Pues no. Cuando has pasado mucho tiempo en la oscuridad, aprendes a amar la luz. A disfrutar de cada pequeño momento de felicidad como si fuese el primero y el último. Y eso es exactamente esto, mi felicidad.

Da igual si el tío Fergus nos está enseñando su culo azulado cada cinco segundos o si los vecinos van a acabar llamando a un exorcista por los improperios de Meredith; tengo a mi familia, tengo a mis amigas y tengo a mi amor.

Ya no hay monstruos acechando en las sombras. No hay pesadillas. No hay ansiedad. Él ya no es un cuervo y yo no creo estar maldita (aunque a veces me guste decir que sí porque no podemos olvidar mis tendencias melodramáticas).

Mi vida nunca ha sido más normal que en este instante ni tampoco más plena. Nunca he sido más feliz y, a juzgar por su sonrisa, Karasuhito tampoco. Y eso es todo lo que importa porque esto es la vida real, no un libro de fantasía. Somos felices juntos y con nuestros seres queridos, y eso es todo lo que importa.

AGRADECIMIENTOS

Antes de dar las gracias, me gustaría decir unas palabras porque creo que esta historia lo requiere. Espero que me perdones, querido lector.

Este libro es una comedia romántica, pero también contiene pinceladas de una realidad muy seria y cruel. Las relaciones abusivas y el proceso de sanación posterior. Temas que espero haber sabido tratar con el respeto y la delicadeza que merecen a pesar del tono de la novela.

Me gustaría comenzar diciendo que, si estás viviendo una situación similar a la de Kaya, por favor, busca ayuda. El aislamiento y el silencio son tus peores enemigos. No te calles. No lo escondas. Habla con tu familia, con tus amigos, con tu médico, con los profesionales del 016, con un vecino, con quien sea; pero habla. No estás sola.

Si has vivido una relación abusiva del tipo que sea (romántica, a manos de un familiar, de un "amigo", de tus compañeros de clase o de trabajo…), déjame decirte dos cosas: no hay nada malo en ti y debes estar orgulloso de ti mismo. Tanto si lo has superado, como si estás sanando, como si nunca lo haces del todo… Da igual. Eres maravilloso, fuerte y especial. Eres un luchador. Alza la cabeza y pisa fuerte. Te lo has ganado.

Y si conoces a alguien que está pasando o ha pasado por una situación así, recuerda, sé muy paciente y no juzgues sus circunstancias. Cada persona tiene sus propios tiempos y formas de procesar las experiencias traumáticas. Sé la mano que está ahí para sostener con amabilidad, nunca para tirar a la fuerza.

Dicho esto, y dejando a un lado la parte más seria, pasamos a lo bonito y procedo a ponerme moñas, que es lo que toca en este apartado.

¡Gracias, lector! Tanto si este es el primer libro mío que cae en tus manos, como si eres un lector reincidente, gracias por haber confiado en mí y en mi obra. Espero que esta novela haya estado a la altura de tus expectativas, que te haya sorprendido para bien y que te haya hecho llorar de la risa, y puede que de pena también. Al final, una buena historia es la que nos hace sentir todo tipo de emociones.

Ahora vamos con la persona más importante de mi vida. Mamá, gracias por leer todo lo que escribo con esa ilusión contagiosa, por darme ánimos para seguir publicando a pesar de lo complicado que es este mundillo, por enamorarte de mis personajes (sí, confieso públicamente que mi madre tiene un crush *muy* fuerte con Karasuhito. ¡Lo siento, papá!) y por creer en mí incluso cuando ni yo misma lo hago.

Evidentemente, también tengo que darle las gracias a mi amiga Isa por ser luz y por estar. Sí, por algo tan sencillo y a la vez tan complicado como estar ahí. Estar para lo bueno y lo malo. Para las risas y las lágrimas. Para las bromas y los rapapolvos cariñosos si me los he ganado. Creo que es obvio cuánto la quiero porque le he dedicado el libro entero y también he creado un personaje que contiene pinceladas de ella. Eso sí, debo aclarar que mi Isa no tiene nada de mafiosa; eso ha sido una licencia creativa, no me vaya a ganar una demanda por difamación.

Y reconduciendo esto de nuevo al tema de la escritura, gracias una vez más a Mónika por otro espectacular trabajo de maquetación. Este ya es el quinto libro en el que trabajamos juntas e igual que siempre solo tengo palabras de admiración y gratitud para ti.

Sé que a veces nos encontramos baches por el camino (las imágenes que no se quedan donde deben; el texto en árabe porque sí, porque patata; el trauma con los pies de página; el InDesign que no colabora); sin embargo, nos lo tomamos con humor y nunca me estreso porque sé que puedo confiar plenamente en ti y que al final todo saldrá perfecto, como siempre. Estoy feliz de contar con una profesional como tú al lado a la que ya considero mucho más que una simple compañera de trabajo.

Por supuesto, también le doy las gracias de todo corazón a la increíble Raquel M. Varela (@reirei.art) por aceptar trabajar conmigo en otra novela. Yo tenía clarísimo que quería contar con ella después de las maravillas que creó para *Muerta por Amor. Literalmente* con esa portada y esa ilustración que nos robaron el corazón a todas.

Trabajar con Raquel es supercalifragilisticoespialidoso. No tengo otra forma de definirlo porque yo le entrego un PDF chapucero lleno de desvaríos y ella hace auténtica magia. El trabajo fluye, su arte siempre refleja a la perfección el espíritu del libro y de los personajes, el resultado es de infarto y encima ella es graciosa, amable, cercana y tiene un gusto en hombres… que… Pero eso no viene al caso, claro.

Resumiendo: Raquel, te adoro y nunca nunca nunca dejes de dibujar ni de crear porque el mundo necesita tu talento, tu originalidad y tu luz. También necesita un artbook tuyo. Editoriales, no sé a qué esperáis, no le tengáis miedo al éxito.

Por último, quiero hacer una mención especial a mis lectores más fieles y especiales (Cristina García, Jose Carlos, Anabel y Borja) y a algunos nuevos (Cris B., Miriam P., Isa G.A., Bárbara, Tania P., Graciela y Raquel H.). No os hacéis una idea de lo que han significado para mí vuestros mensajes, posts y comentarios. Una de las cosas más bonitas que me ha dado el mundo de la escritura es haber conectado con personas tan maravillosas como vosotros. De corazón, un millón de gracias por vuestro apoyo y que Dios os lo pague de algún modo porque yo estoy a dos velas.

Y como ya he dado mucha rienda suelta a mi verborrea incontrolable, solo diré una vez más: gracias, amigo lector, por elegir este libro. Espero volver a verte en los siguientes (o en los anteriores si aún no conoces la saga de *Los Mejorados* o *Muerta por Amor. Literalmente*).

Si tenéis cualquier comentario, pregunta, sugerencia…, estaré encantada de leeros en mi cuenta de Twitter (lo siento, soy viejuna y me resisto a llamarlo "X") o Instagram: @sophieinari.

[1] **Yukata**: vestimenta tradicional japonesa muy parecida al kimono y hecha de algodón. En la actualidad se usa principalmente para los festivales de verano y las estaciones cálidas.

[2] **Onigiri**: plato japonés que consiste en una bola de arroz glutinoso con forma triangular u oval que suele ir relleno o mezclado con otros ingredientes y, a veces, envuelto en una tira de alga nori. Su origen se remonta al período Heian (794-1185 d.C.).

[3] **Yokais**: término con el que se designa a todas las criaturas mitológicas del folklore japonés y que incluye a todo tipo de demonios, fantasmas o monstruos.

[4] **N. de la A.:** por favor, niños, no intentéis hacer esto en casa. Recordad que matar está feo y os pueden llevar presos (y a mí también por dar ideas. Y no puedo ir a la cárcel porque tengo manuscritos que corregir).

[5] **Kilt**: falda típica escocesa que forma parte de la ropa tradicional masculina y que en la actualidad se reserva para las grandes ocasiones.

[6] **Daimio**: término con el que se designaba a los señores feudales más poderosos en el Japón antiguo. Eran aristócratas y grandes señores de la guerra que controlaban amplios territorios en nombre del shogun.

[7] En Estados Unidos el uno de abril o April's Fool equivale al día de los Santos Inocentes en España.

[8] **Yomi**: es el término que se emplea en Japón para referirse al inframundo.

[9] **Yamabushi**: monjes ascetas de Japón que viven en las montañas que se consideran sagradas y que practican el shugendõ, una mezcla de budismo, sintoísmo y creencias animistas, que les permite conectar con los dioses a través de la naturaleza. En la antigüedad se les atribuían poderes esotéricos.